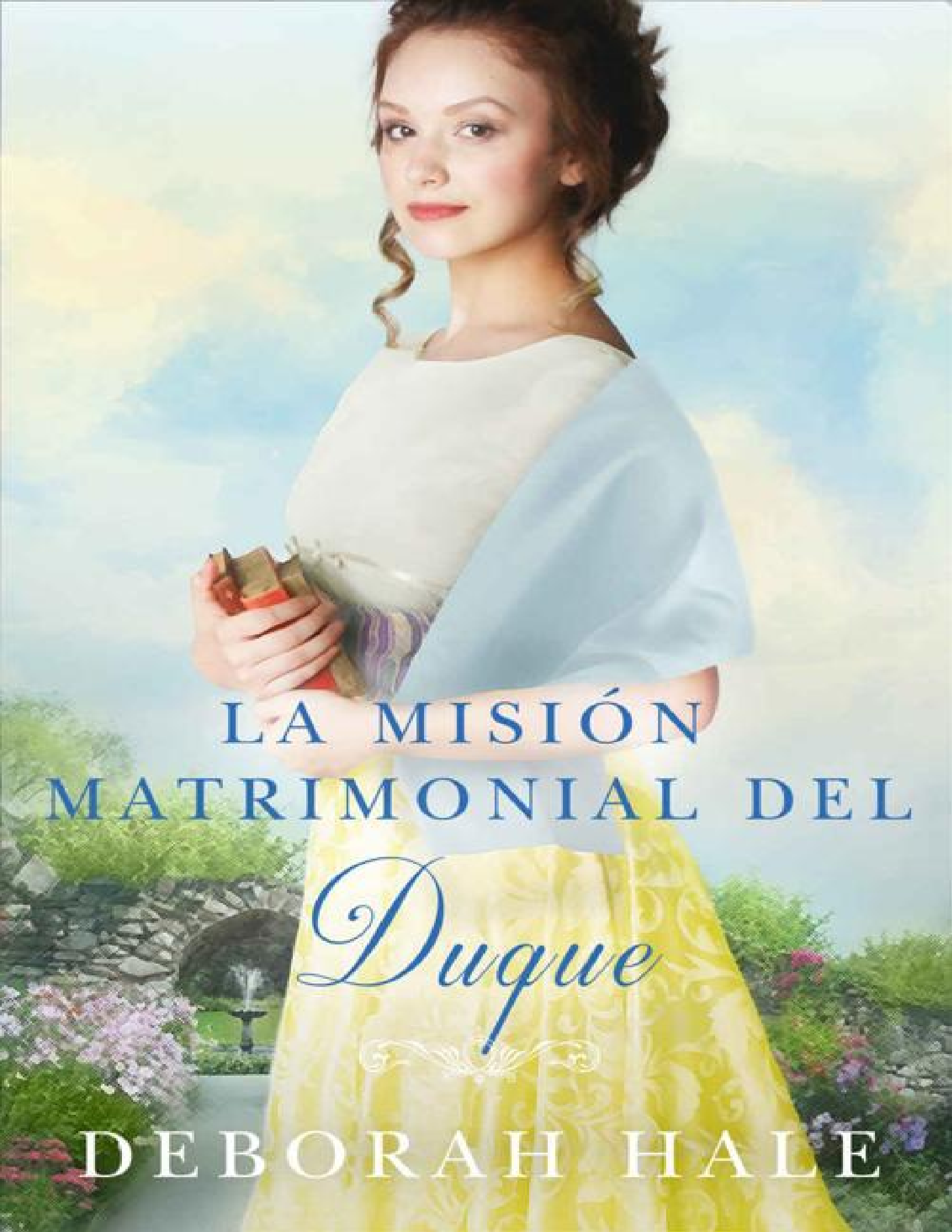




LA MISIÓN
MATRIMONIAL DEL

Duque

DEBORAH HALE

La misión matrimonial del duque

Deborah Hale

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Epílogo](#)

[Palabras finales de la autora](#)

Capítulo uno

Somerset, Inglaterra

Julio 1816.

¿Debería haber aceptado un puesto de institutriz, en esta apartada finca, en lugar de ayudar a sus amigas a establecer una nueva escuela de caridad? Las dudas inquietaban a Leah Shaw, mientras se encontraba ante la imponente entrada principal de Renforth Abbey.

Ella no podía negar que habría sido un desafío estimulante buscar locales adecuados, contratar maestros y prepararse de otra manera para educar a las hijas huérfanas de los clérigos. Sin embargo, su amiga Evangeline sería mucho más adecuada para tales tareas. Sin duda, crear una alternativa misericordiosa y bien administrada, en comparación con la miserable institución que ella y sus amigas habían soportado, sería un proyecto gratificante.

Aunque aquí le esperaba una misión igualmente vital. Leah recordó esto. En algún lugar de esta vasta y espléndida casa había un niño que necesitaba el tipo de ayuda para la que ella se encuentra excepcionalmente calificada.

—¿Es esto todo el equipaje que usted tiene, señorita? —El carretero que la había traído desde el pueblo descargó el baúl y dos cajas—. ¿O tiene más?

—Este es el lote completo. —Leah buscó en su bolso algunas monedas para pagarle—. Prefiero no cargarme con demasiados bienes mundanos. Solo me agobiarían y harían difícil moverme de un lugar a otro.

Después de pasar tantos años, prácticamente prisionera, en esa horrible escuela Pendergast, Leah nunca podría soportar permanecer en un lugar por mucho tiempo. Además, ¿qué importaba cuántos bienes poseía? La verdadera medida de una vida, bien vivida, se encuentra en las experiencias acumuladas: lugares visitados, libros leídos y amistades construidas. Por supuesto, los llevaba consigo en el baúl sin fondo de su memoria. No era necesario volver a empaquetarlos, el próximo año, cuando llegara el momento de abandonar Renforth Abbey.

La enorme puerta de roble se abrió, revelando a un sirviente disgustado, cuya postura severamente erguida lo hacía parecer más alto de lo que realmente era. Miró a Leah y su pequeño equipaje con el ceño fruncido.

—Señorita, ¿puedo preguntarle por sus asuntos aquí? Me temo que usted ha venido a la casa equivocada.

Negándose a dejarse intimidar, Leah le dirigió su más brillante sonrisa.

—Si esto es Renforth Abbey, entonces, estoy exactamente en el sitio correcto. Mi nombre es Leah Shaw. Me presento para trabajar como institutriz para Lord Renforth. ¿Y usted es...?

—Adolphus Gibson, mayordomo de Su Excelencia, el duque de Northam —anunció con tanto orgullo, como si el título nobiliario le perteneciera a él—. Le pido perdón, señorita Shaw, pero no sabía que se hubiera contratado una institutriz para el joven Lord Renforth.

—No hay necesidad de disculparse, señor Gibson. —Leah pasó junto a él, se quitó los guantes y continuó desatándose el sombrero—. Estoy segura que si hubieras sabido que venía, usted habría organizado una recepción mucho más cálida. Pero, no soy alguien que sigue las ceremonias. Si tiene la amabilidad de indicarme donde está la guardería para conocer a mi nuevo alumno, más tarde, podré conocer a los sirvientes. Supongo que se necesitan muchos para administrar un lugar de este tamaño. ¡Qué inmensa responsabilidad debe ser esto para ti!

La expresión severa del mayordomo se suavizó.

—Señorita Shaw, el personal es realmente numeroso. Es un honor supervisar una casa de tan larga y noble historia.

—Debes ser muy bueno en lo que haces. —Leah echó un vistazo al vestíbulo de entrada, mientras caminaba. Aunque la recepción parecía escrupulosamente cuidada, también parecía extrañamente descuidada, como si no tuviera mucho uso—. La mayoría de los mayordomos de las grandes casas son considerablemente mayores que tú cuando alcanzan ese puesto.

Ella señaló una elaborada escalera de madera reluciente de color marrón rojizo.

—¿Este es el camino a la guardería?

—De hecho, sí lo es. —El mayordomo empezó a cerrar la puerta—. Permítame acompañarla. Entonces, informaré a Su Excelencia de su llegada.

—Será muy amable de su parte, señor Gibson. ¿Puedo convencerlo también para que usted traiga mis pertenencias y las lleve a mi habitación?

—Por supuesto, señorita Shaw. Debo ocuparme de eso inmediatamente. —Él parecía escandalizado, ante la idea que las maletas se quedaran afuera, como si Renforth Abbey fuera una pensión común—. Si puedo pedirle que espere un momento...

Leah le hizo un gesto para que se retirara.

—No se preocupe por mí, señor.

En el momento en que él estuvo fuera de su vista, ella subió las escaleras. Como esperaba, había muchos sirvientes trabajando tranquilamente, a quienes podía preguntarle la dirección que necesitaba.

Por fin, localizó la guardería y entró. Después de una mirada, casi dio la vuelta y salió de nuevo. Seguramente, esta magnífica habitación no podría ser la guardería, incluso si perteneciera al heredero de un ducado. La enorme cama era casi tan grande, como algunas habitaciones que Leah había ocupado en el pasado. La chimenea era igualmente imponente y parecía hecha de mármol. De las paredes colgaban tapices que representaban animales y pájaros fantásticos, aunque no era fácil verlos en la penumbra. Las gruesas cortinas, que cubrían las ventanas, hacían un excelente trabajo al impedir la entrada del sol del verano.

—Papá, ¿eres tú? —Una pequeña voz surgió desde el interior de la cama cavernosa—. ¿Ya terminó mi tiempo de descanso? Espero que sí... no he pegado un ojo.

Las palabras del niño despertaron a una criada, quien dormitaba en una silla cerca de la cama.

—¿Qué pasa amo Kit? ¿Puedo traerle algo? —La muchacha se levantó de un salto cuando vio a Leah—. ¿Quién es usted, señorita, y qué hace aquí?

—Soy la nueva institutriz de Su Señoría. —Leah abrió las cortinas de la ventana—. Y he venido a encontrarme con mi alumno. Tengo un hambre terrible después de mi viaje. ¿Serías tan amable de traerme algo de comer?

La joven parpadeó rápidamente, como si se preguntara algo o estaba soñando con la repentina llegada de Leah. Luego, ella siguió lo aprendido en su entrenamiento e hizo una reverencia.

—Sí, señorita. ¡De inmediato!

—¿Institutriz? —preguntó la vocecita clara desde la cama—. ¿Qué es una institutriz? Tilly, si vas a buscar galletas, yo también quiero una.

—Sí, amo Kit —replicó la criada, mientras se alejaba corriendo.

Leah dejó caer su sombrero y sus guantes en la silla más cercana.

—Soy institutriz. —Apartó las cortinas de la cama para poder ver bien a su nuevo alumno—. Soy tu institutriz. Una institutriz es una señora que enseña a los niños en sus hogares. Mi

nombre es Leah Shaw. Puedes llamarme señorita Shaw o señorita Leah, si así lo prefieres.

Ella le sonrió al niño que yacía en la cama. Su cabello era oscuro y muy corto. Le habían dicho que tenía casi ocho años. Aunque parecía más bajo que la mayoría de los niños de esa edad, su rostro era delgado y las sombras oscuras bajo sus ojos grises azulados lo hacían parecer mayor. Él le devolvió la sonrisa. Había un aire tan atractivo en esa expresión, lo cual inmediatamente disipó sus dudas sobre aceptar este puesto.

—Bienvenida a Renforth Abbey, señorita Leah. —El niño la saludó con una curiosa formalidad para su edad—. Soy Christopher Latimer, Lord Renforth. Pero, todos excepto el doctor Bannister me llaman el amo Kit. Me pregunto por qué nadie me dijo que iba a tener una institutriz. Quizás pensaron que eso me emocionaría. El doctor Bannister dice que no es bueno para mí emocionarme.

—¡Tonterías! —A Leah no le gustaba esa expresión del doctor Bannister. Se había rebelado contra demasiadas personas como él, a lo largo de los años—. Un poco de emoción de vez en cuando nunca hace daño a nadie.

No era de extrañar que el pobre niño pareciera tan pálido y enjuto, atrapado en esta habitación sin nada más que hacer que mentir y ser tiranizado por un viejo médico represivo.

La sonrisa de Kit se amplió, reflejando también un brillo plateado en sus ojos.

—¿Lo dices en serio?

Leah asintió vigorosamente.

—Para empezar, vamos a sacarte de esta cama. Afuera hace un buen día, uno de los mejores que hemos tenido en todo el verano. ¿Te gustaría ver?

—Yo lo haría —suspiró Kit—. Pero, no puedo caminar. Algo me pasa con las piernas: están muy rígidas y no soportan mi peso.

—Lo sé. —Leah intentó no darle demasiada importancia a esa dificultad—. Pero, tus brazos funcionan bastante bien, ¿no?

Cuando Kit asintió, ella retiró las mantas y lo levantó hasta el borde de la cama.

—Puedo cargarte en mi espalda, si me rodeas el cuello con tus brazos y te agarras fuerte.

—Sí puedo hacer eso —dijo Kit, aferrándose a ella.

—¡Muy bien! —Leah tomó sus piernas rígidas y delgadas, a cada lado de su cintura, y las rodeó con los brazos para brindarle un apoyo adicional—. ¿Estás listo para tu viaje?

—¡Vamos! —Kit se rió entre dientes.

Cuando Leah se puso de pie, quedó sorprendida por el peso ligero del niño. No le costó casi ningún esfuerzo llevarlo hasta las ventanas.

La vista desde allí era realmente espléndida. Amplias terrazas plantadas con una vívida variedad de flores se alineaban en la suave pendiente, que descendía hasta un exuberante césped verde frente a la gran casa. Un par de lagos ornamentales se extendían, a ambos lados del camino, que era ancho y liso. Un pintoresco puente de piedra superaba al estrecho arroyo que los separaba. Una elegante locura coronaba la cima de una colina baja, que dominaba uno de los lagos. Leah había trabajado en algunas casas excelentes antes, pero ninguna podía compararse con esta.

—El cielo es tan grande y azul. —Kit parecía encantado por el simple hecho de mirar por la ventana—. Las flores son muy bonitas. Nunca había visto tantas a la vez. Generalmente, solo veo unas pocas en un jarrón.

La reacción del niño convenció a Leah que debía ser la primera vez que le permitían mirar por la ventana. ¡La represión que ella había sufrido en la escuela Pendergast no era nada comparada con esto!

Hablaron durante un rato sobre las cosas que podían ver, pero finalmente los brazos de Leah se cansaron.

—Creo que es hora que vuelvas a la cama.

—¡Oh! No, por favor —le rogó Kit—. Déjame quedarme un rato más.

Leah había tratado con suficientes niños, a lo largo de los años, y había aprendido uno o dos trucos para lograr que abandonaran una actividad que disfrutaban.

—¿Vamos a fingir que eres un oficial de caballería y yo soy tu caballo? Quizás tú estás regresando a la tienda de campaña, después de un largo día de exploración. ¿Suena divertido?

Ella se dirigió hacia la cama con un paso de trote, e imitó bastante bien el relincho de un caballo.

—Te llamaré Shawberry. ¿Te gusta ese nombre? —Kit se rió entre dientes, su desgano aparentemente fue superado, tal como Leah había esperado.

—Sí. ¡Es genial! Puedes decir “yid-yap” para hacerme ir más rápido, o “guau” para que me detenga. Pero, no me golpees con tu látigo, o podría levantarme y arrojarte.

Mientras hablaba, Leah escuchó que se abría la puerta de la guardería. Debía ser la criada que traía los refrigerios. Eso debería animar a Kit a dejar de montar sin problemas.

No esperaba que una voz áspera atravesara el aire como un látigo.

—¿Qué estás haciendo con mi hijo? ¡Haz que vuelva a la cama ahora mismo!

La conmoción de ese sonido inesperado hizo que Leah se sobresaltara y perdiera el equilibrio. Cuando empezó a caer, una ola de pánico la invadió. ¿Qué pasaría si ella aterrizara encima de este frágil niño, y lo lastimara más de lo que ya estaba?

* * *

Una llamarada de ira protectora atravesó a Hayden Latimer, cuando vio a una mujer extraña haciendo cabriolas, por la guardería, con su hijo aferrado a su espalda.

¿Quién diablos era esa mujer y qué quería? Ella había engañado para entrar en su casa, fingiendo que era la institutriz de Kit. Sin embargo, eso fue una mentira perversa.

Cuando la vio a punto de arrojar al niño, el instinto paternal venció sus modales.

—¿Qué estás haciendo con mi hijo? ¡Haz que vuelva a la cama ahora mismo!

Se acercó a ella justo cuando se produjo el desastre. La mujer se encabritó como un caballo de verdad, al que hubieran frenado con demasiada fuerza. Ella perdió el equilibrio y se cayó hacia atrás.

Hayden se abalanzó hacia adelante, atrapándola a ella y a Kit, antes que cayeran al suelo. Una oleada de alivio lo invadió, al darse cuenta que había evitado una de sus calamidades más temidas. Pero eso no calmó su temor por lo que podría haber sucedido ni su rabia hacia la persona, que había puesto a su hijo en riesgo. Despreciaba el destello de satisfacción que le producía volver a abrazar a una mujer así, después de tantos años. No tenía por qué pensar en nada más que en mantener a Kit, a salvo.

Resistiendo el odioso impulso de permanecer cerca de ella, Hayden apartó a su hijo y lo acunó en sus brazos.

—¿Te duele alguna parte, Kit? ¿Qué te hizo esta mujer? ¿Te asustó?

Antes que su hijo pudiera responder, la mujer dio la vuelta para enfrentarse a Hayden.

—¡No podría haberlo asustado ni la mitad de lo que tú lo asustaste con tus gritos! ¡Y no habría perdido el equilibrio, si no me hubieras asustado!

—Sin embargo, le agradezco a usted que nos hayas atrapado —ella añadió, en tono de mala gana.

Mientras Hayden llevaba a Kit de regreso a la seguridad de su cama, la mujer se enderezó, alisándose las faldas. Eran blancas, salpicadas de un verde pálido, que hacía juego con su chaqueta tipo Spencer. Su rico cabello castaño oscuro estaba recogido en una salvaje cascada de rizos, algunos de los cuales se habían soltado cuando ella cayó. Con una punzada traicionera, Hayden notó que era muy bonita y lucía de una manera vivaz y vibrante, por lo que deseaba no haberla encontrado tan atractiva.

Esa acusación lo inquietó, casi tanto como esa bella apariencia. ¿Sus acciones habían puesto a su hijo en peligro? Su conciencia le obligó a admitir que era posible.

La culpa lo puso a la defensiva.

—¿De qué otra manera se suponía que iba a reaccionar, cuando encontré a una mujer extraña en la habitación de mi hijo, retozando con él de una manera tan peligrosa?

El pobrecito quedó claramente conmovido por la experiencia. Sus ojos, muy parecidos a los de su madre, Celia, parecían más grandes que nunca y sus pálidas mejillas estaban sonrojadas. Su delgado pecho subía y bajaba rápidamente bajo su camisón.

—Por favor, papá. —El niño se apartó de él, luego que Hayden le revolvió el pelo, en una caricia tranquilizadora—. No te enfades con nosotros. La señorita Leah solo quería mostrarme lo hermoso que es el día afuera.

—¿Lo ves? —El tono de la mujer despertó el antagonismo de Hayden—. No soy responsable de asustarlo. Los dos estábamos disfrutando de un momento agradable hasta que irrumpiste, mordiendo y gruñendo. No te preocupes, Kit. Tu padre no está enojado contigo.

¡Qué descaro el de ella! Ofrecerle a su hijo palabras de consuelo, como si existiera alguna posibilidad que su ira estuviera dirigida al niño.

—Por supuesto que no estoy enojado contigo, Kit. —Envolvió al niño con las telas de la cama—. Solo me preocupaba que tú pudieras sufrir algún daño, como casi sucede. Y me sorprendió encontrar a una extraña aquí contigo en lugar de Tilly.

—La señorita Leah no es una extraña —protestó Kit—. Ella es mi nueva institutriz. Ella me va a enseñar aquí en casa porque no puedo ir a la escuela.

La nota de entusiasmo en la voz de su hijo asestó un duro golpe a Hayden. Incluso si el niño fuera lo suficientemente fuerte como para emprender un curso de estudios, esta mujer no poseía ninguna de las cualidades que él exigiría en una institutriz.

—Ya veremos. —Hayden sabía que no debía negarle a Kit cualquier cosa rara que le gustara. El niño había heredado, en cierta medida, la obstinación de su difunta madre y podría enfermarse de inquietud, cuando se viera frustrado.

Hayden había recibido suficientes advertencias del médico sobre cómo mantener a su hijo tranquilo y silencioso. Con el paso de los años, había aprendido a retrasar cada respuesta hasta que Kit olvidara su petición. Ahora, por mucho que quisiera insistir en que los cerdos volarían, antes de permitir que esta criatura descuidada le enseñara a su hijo inválido, recurrió a las evasivas habituales.

—La señorita Leah y yo deberíamos hablarlo. —Se sentía extraño referirse a esta odiosa desconocida de una manera tan familiar y agri dulce al mismo tiempo—. ¿Dormiste algo mientras estuve reunido con el señor Forster?

—¡No! Estaba cansado. El tiempo pasó hasta que llegó la señorita Leah. —Kit negó con la cabeza.

—Entonces, tal vez, deberías intentar dormir ahora —sugirió Hayden—, mientras hablo con... ella. Por cierto, ¿dónde está Tilly?

¿Qué había llevado a la niñera a abandonar su puesto en aquel momento?

—Ella fue a buscarnos unas galletas —respondió Kit—. Tenemos hambre.

—¿Tienes hambre? —Hayden lo dudaba. Su hijo nunca tuvo mucho apetito. Más bien, era necesario cada gramo de persuasión que se pudiera proporcionar para lograr que el niño tragara unas cucharadas de caldo o avena.

—Un poco —admitió Kit—. Pero, quería hacerle compañía a la señorita Leah, quien tiene hambre, después de su largo viaje. Quizás debería dar una vuelta en un coche para también tener hambre.

¿Una vuelta? ¿Este frágil niño, tambaleándose en un carruaje tirado por caballos grandes y temperamentales, que podían salir disparados sin previo aviso? El mero pensamiento le dio escalofríos a Hayden. Esta mujer estaba llenando la cabeza de su hijo con todo tipo de fantasías peligrosas. ¡Debía alejarla de Kit, antes que ella sugiriera que el niño se deslizara escaleras abajo para buscar la bandeja del mayordomo!

En ese momento, Tilly regresó con los refrigerios que había ido a buscar. Hayden supuso que no podía culpar a la muchacha por haber sido tomada por sorpresa, ante la repentina aparición de la extraña y su flagrante engaño. Hablaría con ella más tarde, y le dejaría claro que nunca debía dejar a Kit solo, mucho más después de esto, excepto por orden expresa de él.

—Tilly, necesito que te sientes con mi hijo un rato más. Puede comer algo si lo desea, aunque nada que perturbe su digestión. Mientras tanto, llevaré a esta dama para una... charla privada.

Él le frunció el ceño a la intrusa y asintió brevemente hacia la puerta. Ella tuvo la temeridad de sonreírle, y sus ojos color avellana bailaron.

Mientras caminaba hacia la puerta, Hayden escuchó a Tilly preguntar qué le gustaría comer a Kit.

—Nada por ahora. —El niño parecía demasiado alegre para complacer a su padre—. Esperaré a que regrese la señorita Leah. Entonces, podremos comer juntos.

Su hijo tendría una espera muy larga, reflexionó Hayden, mientras mantenía abierta la puerta de la guardería para la mujer que había trastornado su tranquilo y ordenado hogar. ¡Tenía la intención de enviarla a hacer las maletas, con la advertencia que nunca más volviera a cruzar el umbral de Renforth Abbey!

* * *

Su presentación al duque podría haber sido mejor, admitió Leah para sí misma, mientras él la sacaba a empujones de la guardería de su hijo.

Era una pena que un hombre tan apuesto arruinara su apariencia con esa expresión severa. Actuó como si la hubiera sorprendido intentando asesinar a su hijo, en lugar de darle al pobre niño el tan necesario sabor de la libertad. Es cierto que sus esfuerzos podrían haber tenido consecuencias desafortunadas, pero al final todo salió bien. ¿Por qué preocuparse por todas las cosas terribles que podrían suceder, si nunca ocurrieron?

—Por aquí. —El tono del duque era casi tan rígido como su postura, mientras avanzaba por el amplio pasillo, revestido de paneles, esperando claramente que ella lo siguiera.

Tenía una buena figura, era alto y enjuto, con hombros anchos. Leah trató de descartar la sensación inquietante que la había invadido, cuando él los atrapó, a Kit y a ella. El primer agarre de sus brazos le había transmitido una fuerza confiable con una suave protección. Desde que tenía uso de razón, Leah se había abierto camino en el mundo y atesoraba su independencia. Sin embargo, durante ese fugaz instante, había disfrutado la sensación de contar con alguien, en quien apoyarse.

Por supuesto, el duque lo estropeó al instante siguiente, arrancando a su hijo, y culpándola a ella por lo sucedido, cuando al menos la misma culpa era suya. Su comportamiento descortés le recordó que tener a alguien en quien confiar, a menudo, conllevaba a soportar el costo de reglas y restricciones, que no siempre podían cumplirse. Sin duda, ella estaba a punto de aprender las reglas de Renforth Abbey de su formidable amo.

—¿Está mucho más lejos, Su Excelencia? —ella preguntó, mientras lo seguía por la amplia escalera—. Como mencionó Kit, tengo bastante hambre. Un empleador, verdaderamente amable, habría invitado a comer a la nueva institutriz de su hijo, antes de llevársela a rastras para hablarle de sus deberes.

El duque se detuvo al pie de las escaleras, y dio la vuelta con tanta rapidez, que ella apenas logró evitar chocar con él. Tal como estaban las cosas, ella se tambaleó en el penúltimo escalón, precisamente a la altura de los ojos de Su Excelencia.

A esa distancia íntima, ella quedó impactada por el color de sus ojos. Su incisiva mirada azul pareció perforar la armadura de su bravuconería, y la observaba más detalladamente de lo que a ella le gustaría que la vieran. Había algo más en sus ojos que la inquietaba. Las sombras oscuras debajo de ellos y las líneas arrugadas, que se irradiaban desde las esquinas, lo hacían parecer cansado, como si no hubiera disfrutado de un sueño verdaderamente reparador en varios años.

Ese pensamiento provocó la simpatía de Leah, algo que no quería sentir por un hombre que la miraba con desprecio.

—Puede prescindir del engaño, señorita... cualquiera que sea su verdadero nombre. Pudiste engañar a mi mayordomo, a la niñera y a mi hijo, pero, estoy seguro que lo recordaría, si hubiera contratado una institutriz para Kit. No he hecho nada parecido ni tengo intención de hacerlo. No puedo comprender sus motivos para venir a Renforth Abbey, pero estoy convencido que no pueden ser buenos.

¿Cómo podía decir cosas tan insultantes, teniendo un aspecto tan irritantemente atractivo? Leah consideró que eso era muy injusto. El cabello castaño del duque era corto, como el de su hijo, tal vez para evitar que pareciera desordenado. Su nariz prominente y la línea definida de su mandíbula le daban a su rostro un aspecto severo. La generosa plenitud de su labio inferior contrastaba con eso, al igual que sus cejas móviles y su frente alta, que parecía inclinada a convertirse en líneas de desconcierto o preocupación. El efecto combinado era demasiado convincente para Leah. No quería sentir ni un atisbo de admiración por un hombre tan duro y represivo.

—Mi verdadero nombre es el que les dije a todos los que he conocido hasta ahora en Renforth Abbey: ¡Leah Shaw! —Ella exageró la pronunciación—. ¡No he hecho nada para engañar a nadie! Quizás no recuerdes haber contratado una institutriz para tu hijo, pero, ¿acaso te olvidaste de pedirle a tu hermana que buscara a una persona adecuada para instruirlo y supervisar su cuidado? Me sorprende que Lady Althea no te haya escrito para informarte de cuándo llegaría... Supuse que sí.

—¿Althea? —Los ojos del duque se abrieron y dio medio paso hacia atrás, como si Leah lo hubiera empujado—. ¿Mi hermana te envió aquí?

—¿No es eso lo que dije? —Era difícil permanecer enojada con el duque, cuando él parecía tan confundido—. Quizás lo recuerdes ahora. A veces, también se me escapan cosas de la mente, aunque no suelen ser cosas tan importantes. Mi anterior empleador me recomendó a Lady Althea. Ella pensó que le iría muy bien a tu hijo. Habiendo conocido a Kit, estoy de acuerdo en que necesita a alguien como yo... al menos, al principio. Como le dije a tu hermana, no me

interesa permanecer en un puesto más de un año. ¡Espero que eso no sea un problema!

—De ninguna manera. —El duque hizo un evidente esfuerzo por recuperar la compostura—. Pero, ha habido un malentendido... Le pido disculpas por acusarla de engaño deliberado. Una vez que conozca las circunstancias, creo que estará de acuerdo en que tenía motivos para sospechar. Cuando se trata de la seguridad de mi hijo, no puedo dejar de ser demasiado cuidadoso.

Él retrocedió, dándole espacio a Leah para bajar las dos últimas escaleras. Más bien deseaba que no lo hubiera hecho, porque eso significaba que él se alzaba sobre ella otra vez... Aunque no era que ella estuviera en lo más mínimo intimidada.

—Esa fue una disculpa muy tibia, considerando las cosas espantosas de las que me acusaste. ¿Qué es ese malentendido que crees que excusa tu descortesía?

Era evidente que el duque no estaba acostumbrado a que se cuestionara su conducta. Sin duda, su palabra era ley en Renforth Abbey y era libre de tratar a sus sirvientes como quisiera. No obstante, al pasar de un puesto a otro con tanta frecuencia, Leah había aprendido a no tolerar semejantes tonterías por parte de sus empleadores. Una vez que dejó eso claro, rara vez tuvo más problemas. Por el bien de su hijo, esperaba que el duque de Northam fuera igualmente sensato.

Él pareció dudar si debía reprenderla por dirigirse como lo había hecho, pero decidió no hacerlo. En cambio, comenzó a caminar por el pasillo de la planta baja. Esta vez, él no se alejó, esperando que ella lo siguiera, más bien, caminó a su lado como un escolta.

—Quizás me lo merezco, señorita Shaw. Pero, ¿qué iba a pensar, cuando no sabía ni de tu llegada, ni que mi hermana había contratado tus servicios? Si ella te dijo que actuaba en mi nombre, entonces fue ella quien te engañó.

Ahora fue el turno de Leah de quedar desconcertada. ¿Era posible que hubiera entendido mal a Lady Althea?

El duque se detuvo ante un conjunto de elaboradas puertas dobles.

—Continuemos nuestra discusión en la privacidad de mi biblioteca.

Él abrió una puerta y la hizo pasar. Leah mostró un grito ahogado, ante la magnificencia de la habitación. Donde quiera que mirara había enormes estantes, algunos empotrados en las paredes, otros sobresaliendo para crear interesantes nichos. Todos estaban llenos de una fortuna en volúmenes finamente encuadernados. ¡Su amiga Marian estaría en su gloria con una biblioteca así, a su disposición!

Leah esperaba que el duque la invitara a sentarse en una de las sillas, elegantemente tapizadas, agrupadas alrededor de la habitación. Como le habían dicho que tenía hambre, tal vez llamara para pedir el té. En lugar de eso, él caminó hasta un escritorio macizo y se paró por detrás.

Plantando las yemas de los dedos en el borde de la mesa, la miró fijamente con una mirada azul helada, que le recordó al más tiránico de sus maestros de la escuela Pendergast.

—¡Dejemos una cosa clara! Señorita Shaw... No autoricé a mi hermana a buscarle una institutriz a Kit. Ella me dijo que eso era lo que debía hacerse. Cuando me negué, ella debe haber tomado el asunto en sus propias manos.

Leah se encogió al reflexionar sobre sus acciones anteriores: irrumpir en la Renforth Abbey y dar órdenes a los sirvientes. Más importante aún, se preguntaba qué sería de ese pobre niño, si no tuviera a una institutriz. Ahora, que había conocido a Kit, estaba más ansiosa que nunca por enseñarle.

Hasta hace poco, la vocación de Leah había sido un medio para financiar sus planes para el futuro. Aunque al haber recibido una pequeña herencia, no tenía las mismas preocupaciones que

sus amigas acerca de ahorrar cada centavo para mantenerse, cuando ya no pudiera trabajar. Si así lo deseaba, podría permitirse el lujo de alquilar una cabaña en el campo, contratar a una compañera viuda, por razones de decoro, y disfrutar de una vida retirada. Pero esa perspectiva no la atraía en lo más mínimo.

En lugar de eso, prefirió aceptar puestos docentes temporales, lo que le dio la oportunidad de ver otros lugares y conocer gente nueva, mientras ahorra dinero para su sueño: una gira por el continente. El salario que le habían ofrecido para este puesto le habría permitido viajar al extranjero, mucho antes.

Sin embargo, la idea que sus planes se frustraran, en ese momento, no fue lo que la desanimó. Si el duque tenía intención de despedirla, ella no tenía nada que perder diciendo lo que pensaba. Caminó hacia el escritorio y plantó las manos en el lado opuesto, reflejando su postura.

—¡Resulta que estoy de acuerdo con Lady Althea, señor! Está claro que su hijo quiere y necesita una institutriz. Ya que he recorrido todo este camino, ¿por qué no me dejas quedarme un rato, a prueba, y ver cómo funciona?

—¿Quedarte? —Los dedos del duque presionaron con fuerza sobre el escritorio—. ¡Eso está fuera de discusión! Soy bastante capaz de brindarle a mi hijo el cuidado que necesita. Ahora veo por qué mi hermana te envió aquí. Ella pensó que una vez que pusieras el pie en la puerta, no podría despedirte. ¡Déjame asegurarte que estaba equivocada!

Cuando respiró hondo para continuar, Leah aprovechó la oportunidad para decir algo.

—Usted, ¡no sea ridículo! ¡No tengo ninguna intención de quedarme donde no me quieren! Pero, ¿qué daño podría hacer si eso ocurriera?

* * *

Entonces, ¿qué daño podría ocurrir? Si el asunto no hubiera representado tal amenaza para su hijo, Hayden podría haberse reído de la absurda pregunta de Leah Shaw. Apenas sabía por dónde empezar para enumerar las posibles consecuencias.

Al mismo tiempo, él no podía descartar sus sospechas de por qué Althea había seleccionado a esta mujer en particular. Su hermana debió haber pensado que él caería bajo el dominio de la vivaz belleza de Leah Shaw, y querría mantenerla en Renforth Abbey, bajo cualquier circunstancia.

Mientras la miraba al otro lado de la mesa, Hayden no pudo reprimir una punzada de impaciencia consigo mismo. Esta era la primera vez en años que era tan consciente de la apariencia de una mujer. Las finas y oscuras cejas de Leah Shaw eran móviles y expresivas, reflejando su cambio de humor, en un abrir y cerrar de ojos. Sus labios tenían una cualidad voluble similar, aunque él sintió que su expresión más frecuente era una sonrisa encantadora.

Recordándose a sí mismo que no era culpa de ella, que él la encontrara atractiva, se esforzó por moderar su tono.

—Señorita Shaw, lamento que nuestra relación comenzara con un malentendido tan desafortunado, enteramente culpa de mi entrometida hermana. Althea ha estado tratando de dirigir mi vida desde que éramos niños. Ella no tenía por qué enviarte aquí sin mi aprobación, pero, usted no tiene la culpa de eso... Pero, sé qué es lo mejor para mi hijo... Como usted ha visto, sus necesidades son diferentes a las de otros niños, a los que hayas enseñado. Su salud y bienestar son mis principales preocupaciones. Me temo que su constitución es demasiado delicada para permitirle emprender un curso de estudio riguroso.

—¡Tonterías! —Ella chasqueó—. El tipo correcto de enseñanza no tiene por qué poner a prueba la constitución de Kit. Al contrario, le proporcionará una distracción muy necesaria. Por

lo que he visto, la peor amenaza que enfrenta su hijo es morir de aburrimiento bajo su régimen asfixiante.

¿Qué le había hecho suponer que se podía razonar con esta mujer? Nadie que retozara con un niño frágil y discapacitado, a su espalda, podría tener algún sentido común, al que valiera la pena recurrir. Hayden sabía que algunas personas, especialmente las mujeres, estaban motivadas por el impulso y la emoción, más que por el buen juicio. Estas personas eran un peligro tanto para sí mismas, como a todos los que las rodean. Había comprobado que Leah Shaw era una de ellas.

—¡Yo decidiré qué es lo mejor para mi hijo! —Él no estaba acostumbrado a que lo pusieran en su lugar con tanta insolencia—. ¡Usted no es mi hermana, y ciertamente es una extraña que nunca vio a Kit, solo hasta hace una hora!

Cuando ella intentó interrumpirlo, él la silenció con una mirada severa.

—Es demasiado tarde para que salgas de Renforth, así que ordenaré que te preparen una habitación. También tengo la intención de pagarte la mitad del salario anual que prometió mi hermana. Eso debería mantenerte hasta que consigas un nuevo puesto.

—Eso es generoso de su parte, señor, pero...

—Ofrezco este acuerdo con la condición que abandones Renforth Abbey, mañana por la mañana, sin más problemas y no regreses nunca. ¿Está claro?

—Perfectamente claro. Pero, mi silencio no está a la venta a ningún precio. Agradezco su cortesía al ofrecerme una cama para pasar la noche, pero me niego a mirar hacia otro lado, cuando estoy segura que está cometiendo un grave error, que su hijo pagará.

Su respuesta dejó a Hayden momentáneamente sin palabras. Nunca se le había ocurrido que Leah Shaw pudiera rechazar su oferta. Aunque le molestó verse frustrado, no pudo reprimir un atisbo de admiración por esta exasperante mujer, lo cual no tenía nada que ver con su atractiva apariencia. A pesar de su breve relación con Kit, debía preocuparse mucho por su bienestar, o no rechazaría una compensación tan generosa.

¿Cómo podía culparla por eso? Sin embargo, no se atrevió a seguir el peligroso camino que ella proponía. Años de cautela se opusieron enérgicamente a ello.

—Entiendo su preocupación por el bienestar de su hijo —Leah Shaw continuó, claramente decidida a dar su opinión, por lo que pagaría un precio tan alto—, y lo felicito por ello. Pero, ¿es necesario mantener vivo a su hijo, privándolo de todo lo que hace que valga la pena vivir? ¿Había mirado alguna vez por esa ventana, antes de hoy? ¿Le han permitido alguna vez salir de esa cama, o esa es la espléndida celda de una prisión?

Sus apasionadas palabras fueron mucho más allá de la mera impertinencia. Rozaron la brutalidad. Todas le dieron a Hayden un golpe doloroso. No obstante, cuando él intentó reunir sus defensas y contraatacar, una parte traidora de su persona le preguntó si algo de lo que ella había dicho podría ser cierto.

—Si tuviera que soportar una existencia tan solitaria y monótona... —Su voz se quebró—. Me volvería loca. Le ruego, señor, que si no me considera adecuada, contrate a otra persona para que sea la institutriz de Kit. ¡Pero, no permitas que tu aversión hacia mí prive a tu hijo del gozo de aprender!

A él no le desagradaba ella. Hayden se mordió la lengua con fuerza para no admitirlo. El problema era que fácilmente podría llegar a agraderle demasiado. A partir de ahí, solo habría un paso corto y traicionero para preocuparse por su opinión sobre él. Esa era una debilidad que no podía permitirse, estando en juego el bienestar de su hijo.

—¡Ya he oído suficiente! —Él la interrumpió con un movimiento cortante de su mano—. Si

no aceptas la compensación que le he ofrecido, es su elección, señorita Shaw. Pero, no arriesgaré la salud de mi hijo por consejo de alguien que sabe tan poco de la situación de Kit. Al contrario de lo que puedas creer, amo a mi hijo con todo mi corazón y estoy seguro de saber qué es lo mejor para él. Nada de lo que puedas decir alterará eso. ¡Buenos días y adiós!

Dicho esto, dio la vuelta y salió de la biblioteca, dividido entre el alivio y el arrepentimiento de no volver a ver a Leah Shaw nunca más.

Capítulo dos

¡Ese hombre tan exasperante!

Mientras Leah observaba al duque salir de la biblioteca, se encontró dividida entre una aguda frustración y un intenso alivio. ¿Cómo no comprender las condiciones intolerables, a las que sometía a su pequeño hijo? Le recordaba su arruinada juventud en la escuela Pendergast: las habitaciones oscuras y húmedas, la rutina embrutecedora y el conformismo asfixiante. Se había rebelado contra ello, por todos los medios a su alcance, siendo el humor escandaloso el arma más eficaz de su arsenal.

Si tan solo Su Excelencia le diera una oportunidad, estaba segura que podría alegrar la vida de Kit y ampliar sus horizontes, que estaban aún más restringidos que los de ella, en su pasado. Aunque, al menos, ella había tenido el estímulo de sus estudios y la compañía de sus amigos.

Sin embargo, por mucho que quisiera quedarse en Renforth Abbey por el bien de Kit, Leah no lamentaría escapar de tener que lidiar con su imperioso padre. A pesar que había quedado impresionada por la oferta del duque de una compensación tan generosa, le molestaba que él supusiera que podía sobornarla para que guardara silencio sobre algo tan vital como el bienestar de su hijo. Desde que dejó esa miserable escuela, ¡nunca se había encontrado con un déspota tan obstinado y miope!

Apenas consciente de lo que estaba haciendo, Leah comenzó a frotarse la falda con las palmas de las manos. ¡No! De hecho, no le gustaba la perspectiva de vislumbrar las constantes batallas que tendría que librar con Lord Northam para lograr que aliviara las restricciones sobre su hijo. Y, sin embargo, no podía negar que algo en su enfrentamiento verbal la había estimulado.

—Le pido perdón, señorita Shaw. —La voz del mayordomo sacó a Leah de su silenciosa furia—. Su Excelencia me informó que pasará la noche en Renforth. Me pidió que le proporcionara té. ¿Le importaría tomarlo aquí o en una de las salas de estar?

¿Cuántas salas de estar tenía esta casa? Ella pensó eso.

—Aquí en la biblioteca estaré muy bien, gracias, señor Gibson. —Leah trató de no permitir que su enfado con su amo afectara su cortesía hacia el mayordomo.

—Como usted desee. Si quiere tomar asiento, regresaré en breve.

De modo que el duque prestó atención, cuando ella le dijo que tenía hambre. Leah consideró su inesperado gesto de hospitalidad, mientras se tomaba un momento para apreciar la silenciosa grandeza de su entorno. Sobre las altas estanterías de libros colgaban retratos centenarios con marcos dorados. Una colección de delicados jarrones orientales se alineaba sobre la repisa de la chimenea, mientras que cerca había un globo de mesa finamente elaborado. Tres grupos de sillas y sofás ocupaban diferentes zonas de la sala sin parecer abarrotados en lo más mínimo.

Después de mirar detenidamente a su alrededor, Leah se sentó en uno de los sillones de brocado, que se encontraban agrupados alrededor de una mesa baja, cerca de un alto grupo de ventanas. Apenas se había instalado, cuando reapareció el mayordomo con una bandeja de té.

—Lamento saber que se equivocó al pensar que la habían contratado como institutriz del joven amo. —El mayordomo parecía sinceramente comprensivo, mientras le ofrecía a Leah una gran cantidad de sándwiches, galletas y pasteles, que le hicieron agua en su boca.

—No puedes estar ni la mitad de arrepentido que yo. —Ella llenó su plato—. Por el bien del

niño, más que por el mío. No puedo imaginar cómo soporta el pobre niño estar confinado en esa cama, día tras día. ¿Cómo puede su padre hacerle eso?

—Le pido perdón, señorita. —El mayordomo la miró fijamente—. Pero, estaría equivocado al suponer que las acciones de Su Excelencia surgen de algo menos que la más tierna devoción a su hijo. Apenas se separa del joven amo, salvo para dormir unas horas y atender los asuntos más urgentes de la finca. Pasa, hora tras hora, leyéndole al niño y divirtiéndolo por todos los medios a su alcance.

El bocado de galleta mantecosa en la boca de Leah de repente perdió su sabor, mientras se reprendía a sí misma por su brusca precipitación al juzgar. Ella, más que nadie, debería comprender la voluntad de dedicar todo el tiempo y la energía al servicio de un ser querido. Sin embargo, ella había hecho todo lo que estaba en su poder para preservar la independencia de su abuela, protestó la conciencia de Leah. Nunca habría encerrado a su abuela, lejos del mundo, sin importar lo más seguro que eso hubiera sido.

—¿No cree que el niño se beneficiaría de una exposición a una sociedad más variada y de la oportunidad de aprender? —preguntó, más que nada para calmar su autorreproche—. Es posible que sus piernas no sean capaces de llevarlo a lugares a los que otros niños pueden ir, pero, seguramente se le debe permitir a su mente moverse libremente y asumir desafíos.

—Hay algunos en la casa de Su Excelencia que estarían de acuerdo con usted. —La expresión solemne del mayordomo hacía imposible adivinar si podría estar en ese grupo—. Ciertamente, Lady Althea ha expresado esa opinión, a menudo.

—¿Por qué su hermano se niega a hacerle caso? —Leah pensó que podría saber la respuesta, incluso antes que respondiera el mayordomo.

La hermana del duque tenía una personalidad muy contundente y estaba claramente acostumbrada a salirse con la suya por cualquier medio necesario. A Leah le molestaba la forma en que Su Señoría la había engañado y manipulado. Cualesquiera que fueran los defectos del duque, al menos fue franco en su oposición.

—Su Señoría no estaba aquí la noche que nació su sobrino. —La compulsión de defender a su amo pareció apoderarse de la discreción del señor Gibson—. La partera pensó que el niño había nacido muerto. Pero, Su Excelencia insistió en que se hicieran todos los esfuerzos posibles para revivir a su hijo. Le advirtieron que incluso si tenían éxito, el niño podría ser débil, tal vez un inválido de por vida. Su Excelencia no hizo caso. Ha cuidado a su hijo durante varios ataques de enfermedad, a lo largo de los años. Ha dedicado su vida al niño. Creo que eso le da derecho a decidir qué es lo mejor para su hijo.

—No tengo ninguna duda que Su Excelencia está actuando por preocupación. —Leah no pudo reprimir un atisbo de admiración por el duque—. Pero, sigo convencida que en este caso está equivocado.

Parecía que al mayordomo le hubiera gustado seguir debatiendo el asunto, pero se dio cuenta que ya había revelado demasiado sobre los asuntos privados de su amo.

—Si no necesita nada más, la dejaré disfrutar de su té, señorita Shaw. Luego, le mostraré su habitación.

Después que el señor Gibson se fue, Leah empezó a tomar el té. Su apetito se vio bastante mitigado por lo que el mayordomo le había contado sobre Lord Northam y su hijo. Dada su historia, tal vez no fuera sorprendente que el duque hubiera reaccionado excesivamente a sus acciones en la guardería. Si no hubiera sido tan impulsiva, ¿podría Su Excelencia haber sido más receptivo a la posibilidad de contratar una institutriz para su hijo?

Cuando el mayordomo regresó, el hambre de Leah estaba apaciguada, pero no su

conciencia. Se abstuvo de hacer más comentarios críticos sobre el duque, mientras el señor Gibson la conducía por muchas habitaciones enormes y elegantemente decoradas. Subieron por una escalera diferente a la que Leah había tomado para llegar a la guardería.

—Esta será su habitación para pasar la noche, señorita Shaw —anunció el mayordomo, mientras abría una puerta y la hacía pasar—. Confío en que estará satisfecha con la misma. La cena se servirá a las ocho.

Por un momento, Leah quedó demasiado asombrada para responder. Estaba acostumbrada a vivir en habitaciones pequeñas, sencillas y estrechas. Mientras que esta cámara, aireada y elegante como la guardería, decorada en tonos crema y coral, parecía más digna de una princesa que para una humilde institutriz.

—¿Su Excelencia cenará conmigo? —Ella agradecería la oportunidad de disculparse por no haber sido más cuidadosa con su hijo.

El mayordomo negó con la cabeza de una manera tan decisiva que hundió sus esperanzas.

—Su Excelencia come en la guardería con su hijo.

—Por supuesto... —Leah experimentó una decepción mayor de la que merecía ante la noticia—. En ese caso, no necesitas molestar a tu personal por mí. Me conformo con llevarme una bandeja a mi habitación.

—No habrá problemas —insistió el señor Gibson—. El personal disfrutará de la oportunidad de preparar y servirle una comida adecuada.

—Muy bien entonces. Si estás seguro. —Leah miró hacia la ventana—. Dado que no me quedaré en Renforth Abbey, ¿podría echar un vistazo a la casa, antes de cenar? Nunca he visitado un lugar tan hermoso.

—Si usted lo desea. —El mayordomo parecía indeciso entre tratarla como a una invitada de honor o a una sirvienta glorificada, que acababa de ser despedida.

—Prometo que me mantendré fuera del camino del duque —le aseguró Leah.

—Eso no debería ser difícil —replicó el mayordomo—. Siempre que se mantenga alejada de la nueva zona, que alberga la guardería y el dormitorio de Su Excelencia.

—¿Realmente pasa todo su tiempo allí? —El solo pensamiento hizo que Leah sintiera como si las paredes de la espaciosa habitación comenzaran a cerrarse sobre ella.

—Excepto durante las reuniones con el administrador de la finca y su hombre de negocios. Y en las raras ocasiones en que Lady Althea hace una visita. —El mayordomo asintió.

—Pobre hombre, pobre. —Las palabras subieron instintivamente a los labios de Leah, aunque se recordó a sí misma que era decisión del duque vivir de esa manera.

Después que el señor Gibson se retiró, ella se dispuso a explorar la casa. Mientras caminaba de una gran sala a otra, todas tan ricas en historia, Leah se encontró con muchas preguntas que desearía poder hacerle a alguien. ¿Qué artista había pintado el imponente retrato de un caballero a caballo, que colgaba sobre la repisa de la chimenea del salón azul? ¿Cuál fue la historia detrás de los magníficos tapices del gran salón? ¿Había sido la casa originalmente un monasterio, como su nombre lo indica?

Finalmente, deseosa de respirar aire fresco, dio un paseo por los jardines. Los aromas mezclados de muchas flores diferentes perfumaban el atardecer del verano. Al volver a mirar la casa, vio al duque observándola desde una de las ventanas superiores.

—¿No lo puedes ver? —susurró, deseando que él pudiera oírla—. ¿Eres tan prisionero de esa celda dorada tanto como tu pobre hijo?

¿Cuándo fue la última vez que él se permitió el simple placer de dar un paseo por su propio jardín?

Mientras Hayden observaba a la señorita Shaw pasear entre los arbustos y parterres de flores, trató de recordar el olor del aire, en una noche así, y el coro agudo que cantaban las ranas desde sus nenúfares, en los lagos ornamentales. Esos jardines le pertenecían y, sin embargo, bien podrían haber estado tan distantes como la luna por todas las oportunidades que desistió de disfrutarlos.

Esa fue su elección, le recordó la fuerte voz de la responsabilidad parental. Tenía un deber con el niño que había ayudado a traer a este mundo, uno que no había pedido nacer frágil y sin madre. Un hijo que lo necesitaba, como pocos niños dependían de sus padres.

El día del nacimiento de Kit, él le había hecho una promesa a su hijo, y estaba más comprometido que nunca a cumplirla. La pérdida de un poco de libertad fue un pequeño precio a pagar. Al menos, él podía perder su libertad. Sin embargo, ese era un lujo que su hijo nunca conocería. Uno que no podía permitirse si quería sobrevivir.

—¿Qué estás mirando, papá? —preguntó Kit, en un tono que sonaba a la vez quejumbroso y petulante.

—Nada en concreto. —A Hayden le preocupó darle a su hijo una respuesta poco honesta. Pero temía que cualquier mención de la señorita Shaw solo molestaría al niño, y ella ya había hecho suficiente de eso—. ¿Te leo otra historia? ¿O jugamos con tus pequeños?

Kit negó con la cabeza.

—Quiero volver a mirar por la ventana. La señorita Leah me dejó... Ella fingió ser mi caballo... Ella me cargó para que pudiera ver el jardín.

—Casi te caes, mientras te cargaba. —El enfado de Hayden con la mujer agudizó su tono—. Podrías haber resultado gravemente herido, si no te hubiera atrapado. No hay mucho que ver por esta ventana, especialmente ahora que está oscureciendo.

Él cerró las cortinas de un tirón.

¿Se equivocó al negarle a su hijo un vistazo a los terrenos y jardines? Hayden intentó reprimir un remordimiento de conciencia. El médico había insistido en que era mejor que el niño no viera lo que había más allá de los límites seguros de su guardería. Tal vez eso solo promovería un descontento peligroso, haciendo que Kit anhelara libertades que podrían representar un peligro para su frágil salud. ¿Cómo podía rechazar el consejo de un hombre, a quien le debía la vida de Kit?

Hayden nunca había cuestionado la sabiduría de su decisión, hasta que Leah Shaw lo irrumpió, lanzándole palabras como: “aburrimiento” y “asfixiante”. Se dijo a sí mismo que la mujer tenía buenas intenciones y simplemente no entendía la gravedad de la condición de su hijo.

—¿Me llevarás a la ventana, mañana por la mañana, cuando vuelva a haber luz? —suplicó Kit—. Eres más grande y más fuerte que la señorita Leah. ¡No me dejarás caer!

—Eso lo veremos mañana —respondió Hayden, mientras caminaba de regreso a la cama de su hijo.

—¡No, no lo harás! —Kit hizo un puchero—. Nunca lo haces, cuando dices eso. ¿Cuándo volverá la señorita Leah? Ella me gusta mucho... Ella será mi institutriz y me enseñará muchas cosas nuevas.

¿Por qué le había contado todo eso a su hijo? Hayden silenciosamente se enfureció hasta que intervino su sentido de justicia. ¿Por qué la señorita Shaw debería haber guardado silencio sobre algo que creía que era cierto? Aún así, deseó que ella hubiera mostrado un poco más de discreción. Ahora se vería obligado a informar a su hijo que todo había sido un malentendido.

Intentó decirle la verdad a Kit con delicadeza.

—Eso no está decidido con certeza. Me temo que aún no eres lo suficientemente fuerte para estudiar con una institutriz. Puede resultar difícil y agotador. ¿No preferirías escuchar historias y jugar conmigo?

El niño pensó por un momento.

—¿No podría hacer ambas cosas? Podría estudiar con la señorita Leah hasta que me canse, y luego tú podrías leerme mientras descanso.

La carita pálida de Kit parecía brillar de satisfacción por haber ideado un plan tan inteligente por su cuenta. El sentido de justicia de Hayden lo impulsó a admitir que parecía un buen compromiso. Pero la vida no era justa y el destino tampoco lo era. Hayden apenas logró evitar pensar que en este mundo no había justicia.

Aunque él no culpó al Todopoderoso por lo que les había pasado a Celia y a su hijo. Había sido culpa suya por no proteger a su esposa de su propia naturaleza impulsiva. Si él le hubiera impedido viajar, cuando estaba tan cerca de su confinamiento, era posible que no hubiera tenido un parto prematuro. Ella podría haber sobrevivido al nacimiento de Kit, y su hijo probablemente habría nacido sano.

Después de todo eso, él pensaba que no merecía la misericordia divina, pero el Señor había escuchado su oración desesperada y perdonó a su hijo pequeño. Como padre de un niño enfermo, Hayden había llegado a depender más que nunca de la fuerza de su Padre Celestial. Ahora elevó una oración silenciosa, pidiendo seguridad que estaba haciendo lo correcto, e inspiración para encontrar las palabras adecuadas, lo cual le permitiría justificar su decisión.

Kit parecía atribuir la vacilación de su padre a una causa diferente.

—¿Crees que no soy lo suficientemente inteligente como para aprender de la señorita Leah? Solo porque mis piernas no funcionan correctamente, ¿crees que mi mente también está débil?

—Kit, ¿cómo puedes decir eso? —Hayden buscó a tientas la mano de su hijo—. ¡No creo tal cosa! Se ve que eres muy brillante para tu edad.

Él se esforzó por infundir a sus palabras la fuerza de la certeza. Si no lo logró del todo fue porque hubo un tiempo en el que nadie podía asegurarle cuál podría ser la capacidad mental de su hijo. Aunque no habría amado menos a Kit, se alegró mucho por el niño, cuando comenzó a hablar, a una edad temprana, y demostró que sus capacidades mentales no estaban afectadas.

—¡No quieres decir eso! —Kit apartó su mano de la de su padre y se separó de él, en una manera que desgarró el corazón de Hayden—. Crees que soy como Elsie que trabaja en la cocina. Oigo a los sirvientes hablar de ella. Dicen que camina cojeando y que es torpe. ¡Se ríen de los errores que ella comete!

La indignación rugió a través de Hayden, prendiéndole fuego a la cara... o eso sintió.

—Nadie debería reírse de la muchacha ni tratarla con crueldad. Tampoco estarán bajo mi techo... si quieren quedarse aquí... ¡yo me ocuparé de ello! Si ella no puede caminar ni razonar tan bien como ellos, con mayor razón deberían tratarla con amabilidad.

Sabía lo cruel que podía ser la gente con cualquiera que tuviera una debilidad. Nunca quiso que su hijo fuera lastimado con ese tipo de burla. Hablaría con Gibson inmediatamente y se aseguraría que sus instrucciones fueran claras.

—Pero, los problemas de Elsie no tienen nada que ver con mi renuencia a tener a la señorita Shaw como institutriz.

—¿Entonces, por qué...? —Kit sonaba como si dudara que su padre fuera a decirle la verdad—. ¿No te gusta?

—No, especialmente... —Las palabras llegaron a los labios de Hayden por una especie de

instinto defensivo, que no comprendió del todo. Sin embargo, le hormigueaban en la lengua con un amargo sabor a mentira. El hecho es que Leah Shaw le parecía demasiado atractiva, cuando ella no cuestionaba su criterio—. Lo que quiero decir es que no estoy seguro que ella sea el tipo de persona adecuada para tenerte a cargo. Para empezar, ¡carece del debido sentido de precaución!

No podía permitirse ninguna parcialidad hacia una persona que se oponía a su forma de criar a su hijo. Sabía que la señorita Shaw tenía buenas intenciones, al igual que su hermana. Simplemente, ellas no podían entender cuánto significaba Kit para él. Al no tener hijos propios, nunca habían experimentado cómo una pequeña mano podía sostener el corazón de un padre, o cuánto más fuerte se hacía ese vínculo, si un niño dependía de sus padres.

A pesar de todo eso, Hayden no podía ignorar por completo las cosas que había dicho Leah Shaw. ¿La vida tranquila y segura de Kit era una especie de prisión?

—¡No me importa! —El tono desafiante del niño preocupó a Hayden—. Me gusta la señorita Leah y quiero que se quede. Ella me hace sonreír y olvidar que no me siento bien.

La dama también le había hecho olvidar sus problemas, Hayden se vio obligado a admitirlo. Incluso, cuando discutieron, eso lo había hecho sentir más vivo de lo que había experimentado en mucho tiempo.

Sin embargo, ¿cómo podía permitirle entrar en su casa y en la vida de su hijo? Hasta ahora había podido controlar el pequeño mundo de Kit para convertirlo en un lugar de comodidad, seguridad y aceptación. Leah Shaw sería una influencia disruptiva. Ya había introducido un elemento de peligroso descontento en la relación de Kit con él que podría arder hasta convertirse en una rebelión abierta, si él no lo apagaba de inmediato.

—La señorita Shaw llegó a Renforth por error. —Él se dedicó pacientemente a explicarle a Kit cómo su tía Althea había contratado a la dama sin consultarlo.

Cuando le recordó a su hijo el daño que podría haberle causado al llevarlo hasta la ventana, Kit se negó a escuchar.

—¡Si me hubiera caído y lastimado, habría valido la pena por ver la hierba y las flores, y salir de la cama!

Las últimas palabras salieron en un sollozo que le hizo toser. A Hayden se le heló hasta lo más profundo de su corazón ver los delgados hombros de su hijo moverse bajo su camisón. Leah Shaw había causado esto, lo cual lo enfureció, mientras se esforzaba por calmar al niño.

Rechazó la cruel ironía que ella pudiera ser el único remedio.

—Silencio, ahora, silencio. —Acarició el cabello oscuro de Kit—. Tal vez pueda hablar con la señorita Shaw para ver si ella estaría dispuesta a quedarse por un tiempo.

La tos del hijo empezó a disminuir.

—¿Lo prometes?

Su única intención era distraer al niño, como lo había hecho tantas veces antes, pero, ¿qué podría decir que no le provocara un ataque de tos peor?

—¡Lo prometo! Pero, no me sorprendería que ella se negara. No estoy seguro que ella piense mejor de mí que yo de ella.

Kit inmediatamente comenzó a respirar mejor. Su rostro se iluminó con la sonrisa más brillante que Hayden había visto en él, en mucho tiempo.

—Ella se quedará. Sé que lo hará —proclamó el niño con una feliz seguridad que su padre no compartía.

* * *

Siempre había preferido los puestos temporales a los más prolongados, reflexionó Leah, a la mañana siguiente, mientras se alejaba de Renforth Abbey. Pero permanecer menos de veinticuatro horas fue el período más corto.

También pudo haber sido su puesto más lucrativo, hasta el momento, si hubiera aceptado la oferta del duque. Dado que estaba claro que nada de lo que ella dijera haría que él cambiara de opinión acerca de contratarla, ¿por qué no pudo haber ahorrado el aliento y aceptado lo que él estaba dispuesto a darle?

—¡No me arrepiento de haber rechazado tu insultante oferta! —murmuró en voz alta, para convencerse mejor.

Esperaba que su negativa hubiera persuadido al duque que no hablaba por motivos de interés propio. Realmente, creía que Kit necesitaba a alguien que lo enseñara, divirtiera y defendiera, ante su sobreprotector padre. El joven necesitaba a alguien que lo tratara como a un niño, y no como a un objeto de lástima.

Mirando por la ventanilla del carruaje, Leah vislumbró por última vez a Renforth Abbey, y frunció el ceño en dirección al nuevo campo de tiro. ¿Estaría Su Excelencia de pie, junto a una de las ventanas, en ese mismo momento, observando con aire de regodeo y triunfo cómo su carruaje la sacaba de la vida de su hijo?

¿A dónde iría una vez que llegara al pueblo? Se preguntó Leah, mientras los árboles se acercaban, a ambos lados del camino, bloqueando cualquier vista adicional de la gran casa. Sabía que cualquiera de sus amigas estaría feliz de brindarle su hospitalidad hasta que encontrara un nuevo puesto. No obstante, ella odiaba molestarlos. Hannah y Lord Hawkehurst todavía estarían de luna de miel. Marian estaría ocupada con su precioso bebé, mientras Rebecca y Grace también esperaban por dar a luz pronto. Además, Leah temía que intentaran persuadirla para que cambiara de opinión acerca de ayudar a Evangeline a montar su escuela.

Sería mejor que fuera a Londres y buscara un alojamiento temporal. Desde allí podría escribir a sus empleadores anteriores, y preguntarles si conocían alguna familia que estuviera buscando una institutriz. Sin embargo, todo eso llevaría tiempo, en el cual no le entraría dinero, con sus ahorros sangrando, e impulsando sus planes de viaje, cada vez más, hacia el futuro. Por un momento, el optimismo natural de Leah la abandonó. Se reclinó en el asiento bellamente tapizado del elegante carruaje del duque y exhaló un suspiro.

Pero tan pronto como el mismo salió de sus labios, escuchó el sordo estruendo de los cascos al galope y vislumbró fugazmente a un jinete, que adelantaba al carruaje. Inmediatamente, el vehículo comenzó a reducir la velocidad y finalmente se detuvo. Leah estaba a punto de abrir la puerta del carruaje para preguntar qué estaba pasando. Sin embargo, la misma se abrió de golpe y el duque de Northam subió.

El pobre era la viva imagen del cansancio. A pesar de su enfado con él, Leah no pudo reprimir una punzada de simpatía. Tenía los ojos inyectados en sangre y las manchas oscuras, debajo de ellos, eran más sombrías que ayer. Su cara estaba sin afeitar y la barba oscura acentuaba aún más su palidez. Curiosamente, eso lo hacía más atractivo en lugar de menos.

—Su Excelencia. —Instintivamente, se acercó a él, temiendo que pudiera desplomarse en cualquier momento—. ¿Qué está haciendo usted aquí? ¿Cuál es el problema?

El duque evitó su mano extendida y se arrojó sobre el asiento frente a ella con un suspiro que recordó el reciente enfrentamiento.

—Usted es el problema, señorita Shaw. Has llenado la cabeza de mi hijo con la idea de tener una institutriz, y él no descansará hasta que te convenza que regreses a Renforth Abbey. He estado despierto la mitad de la noche con él, solo para quedarme dormido, mientras tú te

preparabas para irte.

Parecía como si el duque pudiera dormir, durante una semana entera, sin aliviar su profundo cansancio. Gibson había afirmado que el duque pasaba casi todas las horas del día con su hijo. ¿Se sentaba también con el niño por la noche, cuando estaba enfermo o inquieto? Su aspecto actual así lo sugería. Leah nunca había conocido a un padre cuya devoción fuera tan profunda.

—Dime tu precio —exigió el duque con voz entrecortada, como si hubiera perseguido el carruaje a pie—. Y lo duplicaré.

¿Duplicar la suma que ella mencionó? Los preciados sueños de viajes y aventuras de Leah, que parecían destrozados hace solo unos momentos, de repente brillaron más que nunca.

—¿De verdad quieres que me haga cargo de tu hijo?

—¡Por supuesto que no! —Su Excelencia estalló de la rabia—. ¡No hay nada que quiera menos! Pero Kit lo quiere y no me atrevo a rechazar su fantasía por poco que me guste la idea. Así que dime tus condiciones para emplearte, y te diré las mías.

Su hostilidad, ante la idea de tenerla como institutriz de Kit, hirió a Leah más de lo que esperaba.

—Creo que deberíamos hacerlo al revés. —Ella cruzó sus brazos, frente a él—. Primero dime tus condiciones, y luego yo decidiré qué cantidad de compensación necesito para cumplirlas.

El duque frunció el ceño solo para que su expresión amenazante se estropeará con un amplio bostezo.

—Muy bien. —Él asintió, una vez superado su disgusto—. Para la protección de mi hijo debo poner límites firmes a lo que se puede y no se puede hacer con él. Ya no tendrás que hacer cabriolas pretendiendo ser su caballo. Kit permanecerá seguro en su cama. Podrás trabajar con él una hora por la mañana y otra por la tarde. Cesarás de inmediato, si parece cansado o enfermo. No provocarás descontento con su situación ni con las precauciones que debo tomar para su seguridad.

El ánimo de Leah se hundió. Si aceptaba las condiciones que exigía Su Excelencia, nunca podría ayudar a Kit a escapar de su asfixiante prisión. En cambio, terminaría atada de pies y manos por los rígidos límites del duque.

—En ese caso, señor —respondió y continuó hablando—, me temo que no hay ningún salario que pueda nombrar que me haga tolerable tal situación. Lamento que te hayas tomado tantas molestias para volver a contratarme, pero debo rechazarlo. ¡No puedo enseñar en esas condiciones!

Ella sabía que estaba corriendo un riesgo al no aceptar la oferta del duque. Quizás ese había sido su objetivo: presentarle condiciones que ella se vería obligada a rechazar. Entonces, así podría echarle a ella la culpa de la decepción de Kit. Sin embargo, si el duque realmente estaba dispuesto a hacer todo lo posible para asegurar el bienestar de su hijo, se vería obligado a llegar a un acuerdo.

Un silencio hostil se erizó entre ellos, mientras Su Excelencia consideraba su respuesta negativa.

¿Qué podría estar pensando? ¿Estaba sopesando el peligro que temía que ella pudiera representar para Kit frente al tormento de pasar más noches sin dormir, tratando de consolar a un niño decepcionado? ¿O alguna parte de él había comenzado a reconocer las consecuencias que su excesiva protección podría tener sobre su hijo?

—Dígame entonces, señorita Shaw, ¿bajo qué condiciones estaría usted dispuesta a aceptar un puesto como institutriz de mi hijo? —Un destello de férrea determinación, en sus ojos

cansados, advirtió a Leah que no debía presionar demasiado con sus demandas.

—¿Qué pasa con esto? —ella propuso—. Haré todo lo posible para evitar cualquier cosa que pueda dañar a su hijo. A cambio, debes prometer que no interferirás con mis métodos de enseñanza. Seguramente, se trata de un compromiso razonable.

La frente del conde se arrugó en un gesto de duda. O tal vez fue solo una mirada que reflejaba sus profundos pensamientos.

—¿Y tus exigencias salariales? —Preguntó, dándole la esperanza a ella, que él quisiera estar de acuerdo.

—No hago ninguna exigencia. —Ella se esforzó por no ofenderse por la forma en que él había formulado su pregunta. Si ella estuviera tan cansada, como él parecía, podría verse en apuros para mantener la civilidad adecuada—. Solo te pido que respetes los términos que acepté de tu hermana.

—Muy bien entonces. —El duque extendió la mano—. ¡Esto es una ganga!

Leah extendió la mano para tomar la de él solo para dudar en el último momento.

—Hay un asunto más que debemos resolver.

—¿Cuál? —Su Excelencia parecía sospechar de esta disposición de último momento.

—Es algo que tu hermana aceptó cuando contrató mis servicios. Lo mencioné antes, pero quiero estar segura que lo entiendes. No es mi costumbre permanecer en un puesto durante más de un año. Cuando llegue el momento de irme, te ayudaré a conseguir un reemplazo. ¿Te parece bien?

Un año le daría tiempo suficiente para persuadir a Su Excelencia que una mayor libertad solo podría beneficiar a su hijo. Después de eso, otra institutriz podría seguir el camino que ella había abierto.

La tensión en la postura y expresión del duque disminuyó. Cerró las últimas pulgadas entre las puntas de sus dedos y los de él para estrecharle la mano.

—Un puesto de un año estaría completamente de acuerdo para mí, señorita Shaw.

Obviamente, lo único que él aprobaba fue la perspectiva de deshacerse de ella en doce meses.

Ese era un asunto en el que ambos podían estar de acuerdo, se dijo Leah, en un esfuerzo por reprimir un atisbo de duda.

Capítulo tres

¡Un año! ¿Acaso podría él soportar tener a Leah Shaw bajo su techo durante tanto tiempo? Hayden se hizo esa pregunta, mientras regresaba a Renforth Abbey detrás del carruaje.

Un año era una clara mejora con respecto a tenerla allí por un período indefinido. Y al final de ese tiempo, la decisión de irse sería de ella, no de él. Kit era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta que por mucho que le suplicara a su padre, no lograría que su institutriz se quedara, por lo que no debería repetirse el disgusto de la noche anterior.

Aunque la señorita Shaw se había ofrecido a ayudarlo a encontrar una institutriz sustituta, cuando llegara el momento, Hayden no tenía intención de permitir tal cosa. Si decidiera que su hijo se beneficiaría de una mayor instrucción, contrataría a alguien más adecuado. Sin embargo, si este experimento resultaba ser nada más que una interrupción, Kit y él volverían a la rutina que les había servido bastante bien durante los últimos años.

Mientras tanto, Hayden sabía que tendría que estar atento para evitar que la presencia de Leah Shaw pusiera en riesgo la salud de su hijo. Por no hablar de evitar que Kit se encariñara demasiado con su nueva institutriz. No podía predecir cuál de ellas sería la más difícil. La señorita Shaw era testaruda e impulsiva, pero también poseía cierto encanto y él temía que el mismo pudiera resultar igualmente peligroso... y no solo para su hijo.

Ese temor se confirmó cuando el carruaje se detuvo a la entrada de la casa, y su mayordomo saludó a la dama, como si fuera un pariente perdido hace mucho tiempo.

—Es un placer darle la bienvenida nuevamente a Renforth Abbey tan pronto, señorita Shaw. ¿Supongo que esta vez se quedará un poco más?

—Eso espero, señor Gibson. —Ella soltó una risa melódica que a Hayden le molestó, aunque no pudo entender por qué. Al menos ella tendría el tiempo suficiente para conocer bien el lugar.

Mientras Hayden desmontaba, el mayordomo se dirigió a él.

—Ahora que la señorita Shaw se quedará, ¿debo buscarle un alojamiento más adecuado, Su Excelencia?

¿Un lugar más cercano a la guardería, por ejemplo? Hayden no quería eso. Leah Shaw podría empezar a meter su bonita nariz, más a menudo de lo que él deseaba.

—¿Pasa algo con la habitación que tenía anoche? Vuelve a hospedarla allí.

—No podría —ella protestó—. Es demasiado grandiosa. Quizás necesites ese espacio para...

—¿Huéspedes? —Hayden la interrumpió con una risa burlona—. No tengo la costumbre de organizar fiestas en casa, señorita Shaw. La única persona que viene de visita es mi hermana, que viene continuamente sin invitación ni aviso. Hay muchas otras habitaciones, que podemos poner a disposición de Althea. Insisto en que conserves tu alojamiento actual.

Él ignoró la mirada dudosa del mayordomo, pero le resultó imposible hacer lo mismo con la atractiva sonrisa de gratitud de Leah Shaw.

—Es muy amable de su parte, señor. Es una habitación preciosa. Nunca antes había tenido ni la mitad de una así.

Su gratitud preocupó a Hayden, sabiendo lo poco que se la merecía. Sin embargo, esperaba que eso la hiciera sentir obligada a cumplir sus deseos, si creía que le había concedido algún tipo de honor.

—Confío en que te sentirás cómoda allí. —Su respuesta sonó más como una orden—.

Ahora, si me acompañas a la guardería, mi hijo estará encantado de saber que has aceptado el puesto.

—Por supuesto, Su Excelencia. —La señorita Shaw se apresuró a seguir el ritmo, mientras Hayden entraba a la casa—. ¿Quieres que comience sus lecciones de inmediato?

—De hecho, no. —Él se armó de valor contra el encanto de su entusiasmo—. Kit estará cansado por lo de anoche, si no se ha puesto gravemente enfermo... Pospondremos cualquier lección hasta que se recupere por completo. Solo espero que la seguridad que usted ha aceptado el puesto alivie su ansiedad, y le permita descansar un poco.

—Haces que parezca como si fuera mi culpa que tu hijo estuviera molesto —dijo, mientras subían la escalera principal hacia el nuevo ambiente—. Si recuerdas, ayer vine aquí con la intención de ser su institutriz. Fue tu negativa inicial la dejó a Kit decepcionado.

Después de muchas otras noches de insomnio, la más reciente había agotado la paciencia de Hayden. Le molestaba la acusación de la señorita Shaw sobre que él era responsable de angustiar a su hijo hasta el punto de enfermarlo.

Pero no podía negarla.

—¿Qué importa todo eso ahora? —él exigió—. Está decidido que te quedarás. Quién decidió, qué y cuándo no tiene importancia.

—Sí es importante para mí —Leah Shaw habló en voz baja, pero con una insistencia firme, que advirtió a Hayden que tendría las manos ocupadas durante los próximos doce meses—. Nunca haría nada que molestara a tu hijo.

—Pero, ¿yo podría? —Hayden le lanzó una mirada furiosa, mientras ella intentaba seguir su ritmo de largas zancadas—. ¿Es eso lo que estás diciendo? Te haré saber que...

Lo que él quería que ella supiera tendría que esperar, al parecer, porque habían llegado a la guardería. Hayden no quería arriesgarse a una confrontación con la señorita Shaw, donde su hijo pudiera escucharla.

Con un esfuerzo considerable, él moderó su tono.

—Le pido perdón, señorita Shaw. No quise dar a entender que usted fuera responsable de la angustia de mi hijo. Pero, seguramente, puedes entender por qué el comienzo de sus lecciones debe esperar hasta que esté seguro que él se encuentra lo suficientemente bien.

La dama aceptó sus disculpas con una graciosa sonrisa, la cual transmitía una desconcertante sugerencia de triunfo. Aún así, la forma en que sus labios carnosos y móviles se curvaban hacia arriba, rodeados por atractivos hoyuelos, era demasiado seductora para adaptarse a Hayden. No podía arriesgarse a caer bajo su encanto por temor a que ella pudiera usarlo para persuadirlo que relajara la vigilancia sobre su hijo.

—Quizás deberíamos decidir juntos cuándo Kit estará listo para comenzar —ella sugirió—. Le aseguro que no pretendo someterlo a un curso de estudio riguroso, que pueda poner a prueba sus fuerzas. Solo quiero ofrecerle una diversión agradable, para que esté menos inclinado a insistir en sus limitaciones. Espero que eso lo haga menos propenso a sufrir disgustos y noches inquietas, lo que nos beneficiará a ambos.

Sin esperar su respuesta, abrió la puerta de la guardería y entró.

—¿Eres tú, papá? —preguntó Kit, con voz fina e inquieta—. Te escuché hablando afuera de mi puerta. ¿Atrapaste a la señorita Leah antes de que se fuera? ¿Le pediste que se quedara y me enseñara?

—Efectivamente, él lo hizo —dijo alegremente la señorita Shaw, mientras se acercaba a la cama de Kit—. Y también fue muy persuasivo. Prometí quedarme un año, y luego ayudaré a tu padre a encontrar una nueva institutriz que ocupe mi lugar.

Hayden apretó los dientes. Deseó que ella no le hubiera soltado esa información a Kit desde el principio. Ella había jurado que no haría nada que angustiara a su hijo, y él le creyó. El problema era que ella no parecía anticipar el efecto que sus palabras o acciones podrían tener en el niño.

—Un año es mucho tiempo. —Kit pareció tomar bien la noticia, para alivio de su padre—. ¿Puede enseñarme todo lo que hay que aprender en un año, señorita Leah?

Ella se rió, no de una manera que se burlara de la ignorancia del niño, sino como si compartieran una broma divertida. Su risa parecía flotar por la habitación como una fresca brisa de verano.

—Estoy segura que eres muy inteligente y yo soy una excelente maestra, pero hay mucho más que saber en el mundo de lo que podría enseñarte en veinte años.

Se sentó en el lado derecho de la cama de Kit... donde normalmente se sentaba Hayden.

—Ni siquiera estoy segura que tu sabio padre lo sepa todo.

¿Estaba esa insolente criatura burlándose de él? Una parte de Hayden estaba inclinada a ofenderse. Pero otra parte, largamente dormida, realmente lo disfrutó.

* * *

Su joven alumno tenía razón en una cosa, Leah lo aceptó unos días después. Un año podría ser mucho tiempo. Especialmente un año en el remoto Renforth Abbey, con tan poco en qué ocuparse.

El duque había decidido que su hijo necesitaba al menos dos días de descanso, antes de poder comenzar cualquier instrucción. Incluso, entonces, solo le permitiría dos horas al día con el niño. Su Excelencia le había dado órdenes estrictas de no cansar ni sobreestimar a su hijo. ¿No se dio cuenta que la mitad de los problemas de Kit se debían a que había estado subestimado durante tantos años?

Por difícil que fuera para ella, Leah logró reprimir una respuesta descarada. No quería enfadarse con el duque por miedo a que él pudiera restringir aún más su tiempo con Kit. En cambio, decidió aprovechar al máximo cada hora, para que él pudiera ver cuánto bien le hacían sus lecciones al niño.

—Entonces, dime —le preguntó a Kit, mientras se sentaba a su lado en la cama para su primera lección—. ¿Puedes leer alguna palabra?

Antes que el niño pudiera responder, el duque habló desde su silla, al otro lado de la cama.

—Él no necesita leer por sí mismo. Él me tiene para que lo haga por él.

La mano de Leah ansiaba coger una almohada, ubicada detrás de su espalda, y arrojársela a Lord Northam. Por mucho que le irritaran los otros límites que él le había impuesto, lo que más le molestaba era su insistencia en estar presente durante las lecciones de su hijo. ¿Cómo podía hacer bien su trabajo con él sentado ahí, mirándola con el ceño fruncido, dando respuestas desagradables, a las preguntas que intentaba hacerle a su hijo?

Recordándose a sí misma que no debía enfadarse con él, hizo oídos sordos a sus palabras. Le habló a Kit en un tono aún más alegre, lo que sintió que molestaba a su padre.

—Pero, te gustaría aprender a leer, ¿no?

—Sí, quiero —respondió Kit rápidamente, antes que el duque tuviera la oportunidad de expresar una opinión contraria—, ¡mucho!

Ella lo miró e intercambiaron una sonrisa de traviesos conspiradores.

—¿Cómo me enseñará a leer, señorita Leah? —insistió con una expresión que se volvió ansiosa.

—Tu padre ya ha tenido un buen comienzo —Leah se encargó de hablar lo suficientemente alto para que el duque la escuchara.

—¿Lo tuvo? —Los ojos de Kit se abrieron con sorpresa y su frente se arrugó, tal vez preguntándose si ella estaba bromeando—. ¿Cómo?

—Leyéndote. —Leah esperaba que una dosis de su aprobación pudiera llevar al duque a relajar su asfixiante vigilancia—. En mi opinión, esta es la mejor manera de empezar. Ahora creo que estás listo para dar el siguiente paso.

—¿Es así? —Los ojos del niño brillaban de hambre por aprender.

Un buen número de antiguos alumnos de Leah habían considerado sus lecciones como una tarea desagradable, emprendida con la mayor desgana y eludiéndola a la menor oportunidad. Por lo que ella se había visto obligada a ejercitar todos sus poderes de invención para interesarlos en aprender algo. Este niño, cuyo mundo era mucho más limitado que el de ellos, pareció reconocer las muchas puertas que la educación podría abrirle.

—Ya verás —bromeó ella, para despertar su curiosidad—. Dime, ¿cuál es tu cuento favorito? El que tu padre te ha leído más a menudo. Uno que prácticamente te sabes de memoria. ¿Existe un libro como ese?

El niño asintió vigorosamente.

—*Los viajes de Gulliver*. Es el libro que siempre elijo, si papá me pregunta cuál debería leer.

—¡Una excelente selección! —Leah tomó su delgada mano y se la apretó. La frialdad cerosa que desprendía la heló—. Ese también es uno de mis favoritos. Me gusta imaginar cómo debe ser visitar todas esas tierras fantásticas. ¿Cuál te gustaría explorar más si pudieras?

Obviamente, Kit ya había pensado mucho en esa pregunta, porque respondió sin dudarle:

—Lilliput, por supuesto.

—Pensé que podrías decir eso.

Qué perspectiva tan atractiva debía ser para un niño tan débil y dependiente del cuidado de otros, parecer grande y poderoso a los diminutos habitantes de esa tierra.

—¿Te gustaría ir allí? —preguntó Kit.

—Por supuesto. —Leah le frotó la mano suavemente, en un esfuerzo por calentarla—. Me gustaría visitar todos esos reinos.

Eso representaría la máxima libertad: viajar mucho más allá de los límites de cualquier mapa, a lugares donde los caballos hablarían, las islas volarían y los ratones crecerían hasta el tamaño de los caballos.

—No puedo llevarte a ninguno de los otros —dijo el niño en un tono de melancólico arrepentimiento—. Pero, podemos visitar Lilliput.

Antes que Leah pudiera preguntar cómo eso era posible, Kit llamó a su padre:

—¿Podrías traer la caja, papá, para mostrársela a la señorita Leah?

—Pensé que era hora de aprender, no de jugar. —El tono brusco del duque sonó extrañamente a la defensiva.

—Pero, quiero que ella los vea. —Kit sacó el labio inferior, frunciendo el ceño—. También puedes traer el libro para que la señorita Leah pueda enseñarme a leerlo.

Cuando su padre no se movió de inmediato, él añadió en tono imperioso:

—¡Ahora!

—Muy bien. —La evidente desgana del duque se vio atenuada por algo que sonaba a miedo—. No te preocupes. Yo los traeré.

Un momento después, él apareció junto a la cama de su hijo con un volumen desgastado de

Los viajes de Gulliver, encuadernado en cuero rojo. También trajo una caja de madera ancha, pero poco profunda, del tipo que Leah había visto que se usaba para guardar piezas de ajedrez. Estaba cerrada con un broche de bronce finamente labrado.

Una vez que Kit se salió con la suya, su carácter volvió a ser todo dulzura.

—Gracias, papá. Pon eso aquí. —El niño señaló sus piernas extendidas cubiertas con los mantos de la cama. Era imposible confundir su creciente entusiasmo, que Leah temía que no agradaría a su formidable padre.

Aunque el duque obedeció las órdenes de su hijo sin murmurar.

Kit rápidamente abrió la caja y levantó la tapa con un gesto.

—Estos son mis liliputienses. ¿Qué piensas de ellos?

—Creo que son maravillosos. —Leah extendió la mano para levantar una de las pequeñas figuras, que se encontraban en la caja, y examinarla más de cerca. En el último momento, su mano se congeló. Las personitas de esa caja estaban diseñadas con tanta habilidad que parecían que iban a retorcerse, o protestar, si ella intentaba tocarlas.

Kit estaba claramente acostumbrado a jugar con sus figuras liliputienses y no tenía tales escrúpulos.

—Papá me dio algunas como regalo, en mi cumpleaños, luego más en Navidad, y más para mi próximo cumpleaños. —Kit sacó una de las figuras de la caja y la acercó para que Leah la inspeccionara—. Este es el emperador Mully Uly Gue. ¿Ves su casco dorado con el penacho y su espada?

Leah asintió y miró más de cerca. La figura parecía pintada y tallada en madera, con la adición de adornos metálicos que Kit había señalado. Si hubiera necesitado una prueba que el duque se esforzaba infinitamente por su hijo, este atento regalo sin duda se la proporcionó.

—El emperador tiene el mismo aspecto que se le describe en el libro, desde su nariz arqueada hasta su tez aceitunada. ¿A quién más tienes ahí?

El niño rebuscó en su colección y sacó dos figuras más.

—Este es el amigo de Gulliver, Reldresal, y este es su enemigo mortal, Skyresh Bolgolam.

—Tiene una mirada muy desagradable. —Leah entrecerró los ojos para distinguir los rasgos cuidadosamente pintados del alto almirante. Sus espesas cejas negras estaban juntas en un inconfundible ceño fruncido.

—Papá tiene esa mirada a veces. —Kit se rió entre dientes.

—¡Por supuesto que no! —protestó el duque, lo que solo hizo que Kit se riera más fuerte y Leah lo apoyara.

—¡Es así, papá! —el niño chilló.

Leah asintió.

—Si pudiera verse en el espejo, Su Excelencia, estaría obligado a admitir que su hijo tiene razón.

—¡Humph! No es de extrañar que Bolgolam se sintiera molesto porque de repente un gigante apareció en la costa de Lilliput y puso patas arriba todo en el reino. —El duque los despidió a ambos bruscamente.

¿Estaba hablando de Lemuel Gulliver en Lilliput o de la nueva institutriz de Renforth Abbey? Se preguntó Leah, mientras Kit le mostraba más de sus pequeñas figuras. Si se refería a lo último, ella solo podía observar que algunas cosas en la casa necesitaban un cambio radical.

Ella no era un gigante, como Gulliver, pero tenía el poder de la razón de su lado. ¿Qué podría oponerse a eso?

Realmente, ¿su hijo lo veía como una especie de tirano mezquino y de cara agria, como el enemigo de Gulliver, que lo ataría con mil pequeños y molestos hilos?

Hayden había hecho todo lo posible por reprimir ese pensamiento durante la semana pasada. Pero ahora, mientras escuchaba la lección de la tarde de Kit, volvió a tenderle una emboscada.

La señorita Shaw estaba leyendo parte de la historia sobre la ridículamente larga lista de restricciones impuestas a la libertad de Gulliver. ¿Consideró la nueva institutriz sus reglas relativas a su puesto igualmente restrictivas? ¿Y tal vez que eso era igualmente ridículo?

—Si un expreso requiere un envío extraordinario... —leyó—, el hombre-montaña estará obligado a llevar en su bolsillo el mensajero y...

—¿Cuál es la siguiente palabra, Kit?

—Caballo —contestó el niño de inmediato.

—Muy bien. —La señorita Shaw continuó leyendo—. El mensajero y el caballo dan un viaje de seis días, una vez, por cada...

—¡Luna! —Kit pronunció la siguiente palabra, antes que ella pudiera siquiera preguntar.

—¡Bien hecho! —ella leyó—. Y vuelve dicho mensajero, si es necesario, sano y salvo, a la Presencia Imperial.

¡Que la señorita Shaw pensara lo que quisiera! Hayden cruzó los brazos con fuerza sobre el pecho y se movió en su asiento. Las reglas que había establecido eran para la protección de su hijo, por lo que Kit no exigiría mucho de sus fuerzas ni se emocionaría demasiado. Sin duda, Skyresh Bolgolam creía que estaba protegiendo a los ciudadanos de Lilliput de las acciones potencialmente peligrosas del gigante náufrago. Acciones que podrían parecer perfectamente inocentes para Lemuel Gulliver, pero, si él estuviera en Inglaterra, las mismas podrían tener consecuencias nefastas, en una isla poblada por habitantes de apenas unas pocas pulgadas de altura.

¡Maldita sea! Lo estaba haciendo de nuevo. Hayden hizo un esfuerzo consciente por relajar sus rasgos ceñudos.

Cuando la institutriz terminó de leer toda la lista, con la ayuda de Kit, Hayden ya no podía guardarse sus pensamientos para sí mismo.

—Tal vez la razón por la que Bolgolam parece tan desagradable es porque Gulliver puede contar la historia. El lector sabe que las intenciones de Gulliver hacia sus anfitriones son totalmente benévolas. Pero, ¿cómo podía saber eso el gran almirante? ¿Seguramente tenía razón al desconfiar de una criatura que representaba una amenaza tan grave para el reino?

El silencio que recibió su arrebato parecía cargado de burla.

—Es solo una historia, Su Excelencia —confirmó la señorita Shaw.

Hayden podía imaginarla intercambiando miradas burlonas con su hijo. Eso añadió más leña a su indignación. ¿Estaba Leah Shaw intentando poner a Kit en su contra?

—¡Sé que es una historia! —espetó. Sin embargo, la misma contenía inquietantes paralelismos con su propia vida.

—Ahora, Kit, veamos qué tan bien recuerdas tus números. —La señorita Shaw se dirigió al niño con un tono de fingida alegría, que parecía destinado a excluir a su padre de la conversación—. ¿Cuántos soldados tiene el gran almirante para vigilar a Gulliver?

Hayden escuchó el ruido de las figuras de juguete que eran sacadas de su caja, luego Kit comenzó a contar:

—Uno... dos... tres...

Continuó hasta llegar a nueve, un logro considerable para un niño que apenas había comenzado a aprender los números el día anterior. El corazón de Hayden se llenó de orgullo,

aunque no pudo reprimir una punzada de arrepentimiento por haber dejado que su hijo cumpliera siete años sin aprender a contar.

Trató de justificarse con la excusa que un niño postrado en cama no necesitaba ese conocimiento... excepto quizás por el respeto a sí mismo, que se obtenía al dominar una habilidad, la cual otros niños de su edad daban por sentado.

—Muy bien, en verdad —elogió la señorita Shaw, a su joven alumno—. ¿Y ahora qué pasaría si Gulliver estornudara y tres de los soldados huyeran aterrorizados? ¿Cuántos quedarían para hacer guardia?

Kit consideró la pregunta por un momento, tal vez contando las cifras restantes en voz baja. Luego anunció en tono triunfante:

—¡Seis!

—¡Correcto! Parece que eres naturalmente inteligente con los números.

Hayden sabía que la institutriz de Kit debía estar sonriéndole con una cálida admiración, que ningún hombre podría resistir, ya fuera de siete años... o de treinta y siete. Sin duda, el niño la estaba mirando con la ansiosa devoción de un cachorro, dispuesto a hacer cualquier cosa que ella le pidiera.

—Ahora probemos con esto —continuó la señorita Shaw—, si el emperador decidiera que las condiciones impuestas para la liberación de Gulliver eran demasiado numerosas y eliminara a los últimos cinco, ¿cuántas quedarían en la lista?

De nuevo Kit reflexionó en silencio sobre la pregunta. A medida que la pausa se prolongaba cada vez más, Hayden se ponía cada vez más ansioso. No era una pregunta justa en absoluto. ¿Cómo se podía esperar que un niño que apenas había empezado a contar restara de tal suma? ¿Estaba la señorita Shaw deliberadamente tratando de disuadirlo? Hayden comenzó a articular la respuesta, esperando que de alguna manera la comunicara a su hijo.

Por fin, él ya no pudo soportarlo más.

—Cuatro, Kit. La respuesta es cuatro. Nueve elementos de la lista menos cinco. ¡Esa era una pregunta demasiado difícil para ti!

—¡No, no lo es! —protestó el niño—. Estaba a punto de decir cuatro, cuando lo gritaste primero. En verdad era así, señorita Leah.

—Por supuesto que sí, Kit. Siempre es una buena idea pensar detenidamente una pregunta, antes de dar una respuesta. Tu padre estaba un poco impaciente, eso es todo.

Por suaves que sonaran sus palabras, Hayden sintió el aguijón de su reproche.

—Papá pensó que no podría resolverlo por mi cuenta —se quejó Kit con amargura—. ¡Él no cree que yo pueda hacer nada!

—Ahora hijo. —Hayden se levantó, acercándose a la cama—. ¡Sabes bien que eso no es cierto!

—¡Lo es! —Kit lo miró con un tormentoso desafío que asestó a Hayden un golpe cruel—. Me gustaría que te fueras y dejaras de interrumpir, papá. Estas son mis lecciones, no las tuyas...

—Por supuesto que lo son, hijo. Solo quise decir...

—Perdóneme, Su Excelencia. —La señorita Shaw lo interrumpió—. Pero, tal vez ustedes dos podrían resolver esto más tarde, cuando Kit y yo hayamos terminado nuestro trabajo.

¡Esta intrusa no le daría órdenes en su propia casa!

—Ya ha terminado, señorita Shaw. Al menos debería finalizar. —Hayden señaló con el dedo índice en dirección al reloj de la repisa de la chimenea—. Esta lección ya pasó un cuarto de hora de su hora límite. Todos los días de esta semana tus lecciones han excedido el tiempo que acordamos. Cada lección ha durado más que la anterior. Si sigues así, ¡usted tendrá a mi hijo

trabajando las veinticuatro horas del día!

Leah Shaw alzó su atrevida barbilla.

—Solo extendí mi tiempo de enseñanza para compensar tus constantes interrupciones...

—¡Esa excusa no servirá! —Hayden intervino antes que ella pudiera terminar—. La lección de hoy ha concluido.

—¡Eso no es justo, papá! —Kit apartó la caja y esparció sus figuras liliputienses sobre la colcha. Algunas cayeron al suelo—. Disfruto mis lecciones. ¡No quiero parar!

—Silencio, Kit. —Su institutriz intentó calmar al niño—. Podemos continuar nuestro trabajo mañana.

—Mañana es domingo —le recordó Hayden—. En Renforth Abbey respetamos el día sabático. No habrá clases los domingos.

—¿Eso es religión? —preguntó Kit—. ¡Entonces no me gusta! ¡Eso me dejó lisiado y ahora no me deja recibir mis lecciones!

—¡Kit! —Hayden no estaba seguro qué lo consternó más, si el rechazo de su hijo a las creencias religiosas o el uso de sus horribles palabras.

—Ahora Kit —destacó la señorita Shaw, en su esfuerzo por calmar la tempestad que se había provocado—. Estoy segura que no quieres decir eso.

—¡Sí! ¡Sí! —Kit golpeó la cama con sorprendente fuerza y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

Hayden sabía que le esperaba otra rabieta. La perspectiva amenazaba con abrumarlo.

—Por favor, ¡váyase señorita Shaw!

A pesar del “por favor”, eso no fue una petición.

—¡No! —Kit se lamentó—. Quiero que ella se quede. ¡Deberías irte tú, papá, no la señorita Leah!

—Pero Kit...

—Ahora, señorita Shaw —insistió Hayden, mientras su hijo estallaba en aullidos enojados. Con evidente desgana, ella obedeció.

Había contratado a la mujer, en contra de su buen juicio, en un esfuerzo por evitar este tipo de arrebatos, Hayden se enfurecía, mientras pensaba esto y luchaba por calmar a su hijo. Si eso iba a suceder de cualquier manera, ¿por qué debería molestarse en soportar la influencia disruptiva de Leah Shaw?

Capítulo cuatro

Los gritos de Kit persiguieron a Leah, mientras huía de la guardería, incluso después de cerrar la puerta detrás de ella. ¿Quién imaginaría que un niño tan delicado podría producir tal conmoción? Molesta como estaba por la dura hostilidad y la asfixiante interferencia de Lord Northam, no pudo evitar sentir lástima por tener que escuchar esos gritos ensordecedores.

—¡Es por su propia culpa! —murmuró, mientras regresaba a la paz y la tranquilidad de su lejana habitación—. Si nos dejara en paz, Kit y yo nos llevaríamos perfectamente bien. Pensé que teníamos un trato.

Ella había asumido que cuando el duque accedió a contratarla, significaba que estaba dispuesto a darle una oportunidad justa para enseñarle a su hijo. Si hubiera sabido que él tenía la intención de rondar por la guardería, observando y criticando cada uno de sus movimientos, nunca habría aceptado quedarse. Incluso cuando el duque no la criticaba abiertamente, ella era muy consciente de su inquietante desaprobación.

Cuando llegó a su habitación, Leah cerró la puerta detrás de ella con fuerza, pero eso no hizo mucho para aliviar sus sentimientos. Más ofensas surgieron en su mente, avivando su resentimiento hacia el duque.

Si sentía que debía interrumpir las lecciones de su hijo, ¿siempre tenía que parecer tan brusco? Desde que dejó la escuela Pendergast, Leah nunca se había sentido tan restringida en sus acciones ni tan severamente despreciada, sin importar lo que hiciera. Eso la hizo reaccionar, tal como lo había hecho en la escuela: empleando un ingenio descarado para levantar el ánimo de sus compañeras y hacerlas parte de una rebelión encubierta contra las fuerzas de la autoridad.

Otra razón por la que había tomado a la ligera el comportamiento del duque era para ocultar a su hijo la verdadera gravedad de su antagonismo. Hoy no había podido ocultar su creciente irritación. Había permitido que la hostilidad velada entre Lord Northam y ella saliera a flote. El lamentable resultado fue enojar a Kit, que era precisamente lo que ella había estado tratando de evitar.

Leah saltó hacia la ventana, donde plantó los codos en el alféizar y acunó la barbilla entre los puños cerrados. Quizás si el duque cosechara lo que había sembrado, podría pensarlo dos veces, antes de interrumpir las lecciones de Kit, después de esto.

Pensándolo bien, ella supo que era una tontería esperar que Lord Northam reconociera que él era el responsable de haber molestado a su hijo. En lugar de eso, probablemente la culparía y redoblaría su interferencia. ¿Podría permanecer en Renforth Abbey, bajo condiciones tan intolerables?

Tan pronto como ese pensamiento pasó por su mente, Leah comenzó a reírse de sí misma.

—¿Qué pensarían mis amigas de mí, si les escribiera, quejándome de mi puesto aquí? Me han dado un salario generoso, una habitación elegante y la mejor comida, a cambio de dos horas de trabajo al día y un solo alumno para enseñar. ¡Esta es la idea que tienen del paraíso la mayoría de las institutrices!

Contar sus bendiciones ayudó a aliviar la frustración de Leah, aunque no tanto como ella deseaba. El problema era que a ella no le importaban tanto las comodidades, como a otras personas. El frío y el hambre que había soportado en la escuela le importaban menos que la tiranía del personal y la rutina mortalmente aburrida. Las largas horas de inactividad tampoco fueron una bendición. Por mucho que a veces compadeciera a Evangeline, por estar a cargo de

una guardería tan completa, Leah habría cambiado con mucho gusto el puesto con su amiga. Qué rápido deben volar los días para su amiga con tantos deberes en los que ocupar el tiempo. Y a Evangeline nunca le faltaba compañía.

Incluso la miserable escuela Pendergast había sido superior a la Renforth Abbey, en ese aspecto. Allí había tenido amigas de quienes compadecerse y alumnas más jóvenes, a quienes defender de las hostigadoras. Pero aquí no tenía con quién hablar durante horas y horas.

Había intentado hacerse amiga de algunas de las doncellas, pero siempre parecían demasiado ocupadas para charlar con ella, y no quería interrumpir su trabajo como lo hacía Lord Northam. El señor Gibson desalentó firmemente sus intentos de socializar con su personal. Quizás debido a la elegante habitación que le había asignado el duque, el mayordomo parecía creer que debía ser tratada como una invitada de la casa.

Eso dejó a Leah con solo dos ocupaciones para llenar sus interminables horas de ocio: escribir cartas a sus amigas y deambular por los pasillos y terrenos de Renforth Abbey. Aunque había encontrado muchos lugares de interés, durante sus paseos, temía cansarse enormemente del lugar, mucho antes que terminara su asignación.

En un esfuerzo por desahogar sus sentimientos, Leah tomó su pluma y comenzó a escribirle una carta a Grace, la más comprensiva de sus amigas, quien ahora vivía en Berkshire con su marido y sus tres encantadoras hijastras. Mientras garabateaba furiosamente, a Leah le pareció oír la suave voz de su amiga, instándola a tener paciencia y tolerancia. Sin embargo, esas virtudes no eran una parte esencial de su carácter, como lo eran del temperamento de Grace.

Y cuando terminó su carta, la cruda indignación de Leah se sintió algo aliviada.

Unas horas más tarde, mientras terminaba su cena solitaria, el señor Gibson le preguntó:

—¿Mañana acompañará al resto de la familia para los maitines en la capilla, señorita Shaw?
¿O Su Excelencia desea que usted atienda al joven amo, mientras él está en el culto?

Leah sacudió la cabeza y trató de bromear con la situación.

—Lord Northam parece sentir que sería una ofensa al cuarto mandamiento que yo le enseñara algo a su hijo, el domingo.

Al mayordomo no pareció hacerle gracia este comentario.

—En ese caso, nos veremos en la capilla, mañana por la mañana, a las diez en punto.

—¿Dónde está la capilla? —preguntó Leah, bastante sorprendida de no haberla encontrado durante ninguna de sus exploraciones.

El mayordomo le dio instrucciones y luego le deseó buenas noches.

Posiblemente, ella debería ver si podía encontrar el lugar, mientras las indicaciones del señor Gibson todavía estaban frescas en su mente, Leah lo decidió, mientras se levantaba de la mesa. Quería asegurarse de conocer el camino para no correr el riesgo de llegar tarde al servicio religioso. Semejante error no impresionaría al duque.

Por mucho que Leah insistiera para sí misma en que la opinión que Su Excelencia tenía sobre ella no importaba, en el fondo temía lo contrario. Se había acostumbrado a ser respetada y valorada por sus empleadores, aunque sabía que había sido más afortunada que algunos de sus amigas, en ese sentido. Por el contrario, el aire de sospecha y mala voluntad del duque la molestaba más de lo que quería admitir.

Después de un solo giro equivocado, Leah logró localizar los claustros que conducían a la capilla. Hace mucho tiempo, cuando Renforth era una abadía, los claustros constituían un pasillo abierto y techado para los monjes. Desde entonces, en algún momento, los lados se cerraron con ventanas altas y estrechas, instaladas entre los pilares de piedra.

Sus pasos apenas hicieron ruido, mientras caminaba sobre el suelo de piedra. Cuando llegó

a la puerta de la capilla, la abrió con silenciosa reverencia. Leah sabía que su amiga Grace la instaría a hacer una pausa y decir una oración, pidiendo auxilio y orientación. Comunicarse con el Señor podría darle una perspectiva más caritativa sobre sus problemas, y tal vez la ayudaría a sentirse un poco menos aislada en Renforth Abbey.

Las velas parpadeaban, dentro de las linternas de latón en el altar, arrojando la luz suficiente para que Leah distinguiera el techo abovedado y una pantalla de madera oscura, intrincadamente tallada. Cuando hizo una pausa para orientarse en la penumbra, se dio cuenta de que no estaba sola.

Era algo más, además de la presencia permanente del Señor, lo cual ella sentía. La capilla tenía otro ocupante mortal, arrodillado en uno de los bancos, tan absorto en oración, que parecía no darse cuenta de su llegada. Solo tuvo que escuchar unas pocas palabras, que él decía en voz alta, para darse cuenta que ese hombre era el duque de Northam.

—Hace siete años, Señor, perdonaste la vida a mi hijo como te lo rogué. —Sus fervientes palabras resonaron en la pequeña capilla de piedra—. Nunca he dejado de agradecerte por esa bendición. Pero, ahora me pregunto si fui imperdonablemente egoísta al privar a mi hijo del gozo del Cielo para soportar las pruebas de este mundo.

El dolor en la voz del duque era tan crudo que acabó con todo el resentimiento que Leah albergaba hacia él, dejando solo cenizas de lástima. ¿Era de extrañar que se aferrara con tanta fuerza al niño que había estado tan cerca de perder?

—Padre Celestial —continuó el duque—, concédeme la fuerza y la paciencia para hacer lo mejor que pueda por Kit, para mantenerlo seguro, saludable y feliz.

Leah comenzó a retroceder. Ella no debería estar aquí, escuchando a escondidas la comunicación más íntima entre un hombre y su Creador.

A pesar de sus buenas intenciones, las siguientes palabras del duque la detuvieron en seco.

—Ayúdame a tener paciencia con la nueva institutriz de Kit, Señor. Me temo que tiene razón en que debería haber encontrado a alguien que le enseñara mucho antes. Sé que ella piensa que soy un tirano insensible, pero, por favor no dejes que ponga a mi hijo en mi contra.

Sus palabras aporrearón a Leah como el punzante golpe de un interruptor en su palma. Antes que tuviera tiempo de recordar donde estaba, una feroz negación brotó de sus labios.

—¡No estoy tratando de poner a Kit en tu contra! ¡Nunca haría algo tan malvado! ¡Eres tú quien está arruinando su afecto por ti!

Su arrebató hizo que el duque volteara y se pusiera de pie.

—¿Qué haces aquí, mujer? ¿Qué derecho tienes a espiar a un hombre que está orando?

Esa era una acusación contra la cual Leah no podía defenderse. Su conciencia le reprochó todo con tanta indignación, como lo hizo Su Excelencia. Una parte de ella quería dar la vuelta y huir, pero esa nunca había sido su manera de actuar. Ahora que había vislumbrado lo que había detrás de la hostilidad del duque hacia ella, no podía permitir que él se quedara sin respuesta... sin importar las consecuencias.

* * *

¿No era suficiente que Leah Shaw hubiera hecho que su hijo lo viera como una especie de ogro? ¡Ahora la mujer había entrado furtivamente en su capilla privada y escuchado sus oraciones!

Nunca en su vida Hayden se había sentido tan peligrosamente expuesto.

Como un león atormentado por una espina en su pata, lanzó acusaciones rugientes, desesperado por asustarla y tal vez hacerla olvidar lo que había oído. Cualquiera de sus sirvientes habría dado media vuelta de inmediato y no habría dejado de correr hasta llegar al pueblo.

La señorita Shaw se estremeció ante su arrebató, pero se mantuvo firme hasta que él se detuvo para recuperar su aliento. Luego, en vez de regresar corriendo a su habitación y bloquear la puerta, alzó la barbilla y se acercó para enfrentarlo.

—No era mi intención espiarlo, señor. También vine aquí para rezar. No tenía idea que alguien estaría aquí hasta que hablaste. Iba a irme en silencio... hasta que te oí decir que estaba poniendo a Kit en tu contra. ¡No podía dejar que siguieras creyendo algo tan ridículo!

Hayden aprovechó esa última palabra.

—¿Soy un ridículo? Tal vez le parezca así, a usted que se burla de todo. Quizás usted pueda restar importancia a la condición de mi hijo y a las medidas que tomo para protegerlo, pero no puedo...

Mientras hablaba, Hayden se escabulló de lado hacia el pasillo central, donde no estaba rodeado por los bancos. La señorita Shaw siguió acercándose hasta que estuvieron casi cara a cara.

—No tomo a la ligera la condición de su hijo. —ella lo miró de una manera desafiante—. Trato de tomarlo a la ligera para que no sienta lástima de sí mismo ni lo use como excusa para hacer menos de lo mejor que puede. Afortunadamente, Kit no parece dispuesto a hacer ninguna de las dos cosas. Es un buen chico. En muchos sentidos, has hecho un trabajo admirable al criarlo.

Habló en un tono tan rebelde que a Hayden le resultó difícil reconocer los elogios que contenían sus palabras.

—¿Lo he hecho? ¿Admirable?

Leah Shaw asintió enfáticamente y sus rizos oscuros bailaron alrededor de su rostro.

—Muy admirable. Incluso si no fuera así, nunca intentaría poner a un niño en contra de sus padres. Te ruego que elimines ese pensamiento de tu mente de inmediato.

Hayden quería creerle. Cuando ella enfocó esos grandes ojos color avellana hacia él, le resultó difícil resistirse a su súplica. Sin embargo, había hechos que no podía descartar por completo.

—Antes que vinieras aquí, mi hijo nunca me hablaba como lo ha hecho últimamente. ¡Estábamos perfectamente contentos!

—Tú podrías haber estado así, pero, ¿él? —Aunque su tono y postura no revelaban hostilidad, sus palabras desafiaron a Hayden—. Kit ya no es un bebé y no estoy convencida que su salud sea tan frágil como usted cree. Sospecho que pronto habría comenzado a anhelar más libertad. Mi venida solo encendió la chispa de una yesca muy seca.

—¡Eso no es verdad! —Hayden habló más alto de lo que pretendía, tal vez para ahogar los insidiosos susurros de duda en su mente—. Le das un mal ejemplo al convertirme en el blanco de tus bromas, riéndote de todo lo que digo, como si yo fuera despreciable.

Por fin algo de lo que él dijo pareció causar una impresión seria en esta mujer exasperantemente alegre.

—¿Es así como te pareció a ti? —Ella dio unos pasos vacilantes y se dejó caer en el banco más cercano—. Créame, Su Excelencia, nunca tuve la intención de burlarme de usted delante de su hijo.

Parecía sincera, pero Hayden había sufrido demasiados pinchazos con su ingenio como para ser persuadido fácilmente.

—Entonces, ¿por qué me convertiste en el blanco de tu diversión?

—Eso es lo que siempre he hecho cuando me siento oprimida. —La institutriz de Kit se encogió de hombros.

Algo en su forma de hablar sugería que eso había sido algo frecuente en su vida. Ese pensamiento hizo que Hayden se sintiera extrañamente protector hacia ella, algo que no había sentido por nadie excepto por su hijo en mucho tiempo. De repente, sus quejas contra ella ya no parecían importarle tanto.

Con un movimiento rápido de su mano le indicó que se moviera en el banco. Después, él se deslizó a su lado.

—¿Es por eso que usted solo acepta puestos de institutriz, durante un año, porque tus empleadores te han maltratado en el pasado y tú temes que eso vuelva a suceder?

Claramente, ella lo consideraba a él como otro de esos tiranos. Por mucho que Hayden intentó descartar esa posibilidad, cuando recordó sus acciones, no pudo evitar ese pensamiento.

—Mis empleadores anteriores me han permitido una libertad considerable —ella respondió a su pregunta, sin decirle lo que él quería saber—. No tuve ningún problema con ninguno de ellos.

—Si no fueron ellos, ¿quién fue el que te oprimió? —Hayden persistió, a pesar que sabía que ese no era un tema que ella quisiera discutir.

—¿Qué posible relación puede tener eso con nuestra situación actual? —Ella se abrazó como para protegerse de un escalofrío, aunque la tarde de verano no lo ameritaba.

—Sospecho que eso puede tener una influencia considerable en nuestras... dificultades.

La señorita Shaw lo desafió con el silencio hasta que él estuvo casi dispuesto a abandonar el interrogatorio. Luego, en un movimiento convulsivo, soltó los brazos que rodeaban su torso y levantó las manos para que él no pudiera evitar mirarlas.

—Si quieres saberlo, ¡me rebelé contra mis maestros en la escuela de caridad, a la que me enviaron! Las bromas eran un poco más seguras que el desafío abierto. Pero, no siempre era así...

Hayden miró más de cerca sus palmas y vio que estaban entrecruzadas con líneas finas, más pálidas que la carne circundante. Cicatrices como esas debieron haber necesitado muchos golpes para formarse. La idea lo enfermó de indignación.

Antes que pudiera responder, Leah Shaw apartó las manos de su vista y se puso de pie.

—Tal vez, ahora usted comprenda por qué no puedo soportar nada que huela a represión.

Ella se alejó de él y trató de salir del estrecho banco del otro extremo.

Hayden se levantó y voló para interceptarla. Llegó a la puerta de la capilla delante de ella, bloqueándole la fuga. Pero, cuando vislumbró la mirada desafiante en sus ojos, intuyó que sería un terrible error detenerla de esa manera. Una apelación podría funcionar mejor.

Él se hizo a un lado, permitiéndole libre acceso a la puerta, por si deseaba salir.

—Por favor quédese, señorita Shaw. Tenemos muy pocas oportunidades de hablar sin mi hijo presente. Lamentaría perder esta oportunidad, mientras él duerme.

Leah Shaw lanzó una mirada anhelante hacia la puerta, pero se mantuvo firme.

—¿De quién es la culpa que Kit deba presenciar todas nuestras conversaciones? Esa es otra razón por la que he tratado de restar importancia a todas tus críticas durante nuestras lecciones. No quería molestarlo con la hostilidad entre nosotros. Por mucho que me detestes, debo pedirte que me trates con respeto delante de él.

—¡No te detesto! —Hayden protestó, incluso cuando su conciencia se preguntaba cómo se podía esperar que ella supiera eso.

—¿En efecto? —Ella cruzó los brazos frente a su pecho y frunció el ceño exageradamente. Hayden temía que fuera una imitación demasiado precisa de cómo se había visto esta semana durante las lecciones de Kit—. Si estamos discutiendo sobre una elección de palabras, ¿cómo describirías tu actitud hacia mí? ¿Desprecio? ¿Aversión?

Un inesperado indicio de vulnerabilidad detrás de su desafío obligó a Hayden a confesar la verdad.

—¡Amenazado!

En el instante en que esa palabra salió de su boca, deseó poder retractarse. No obstante, el desconcertado silencio de la señorita Shaw lo impulsó a explicarse:

—Me temo que Kit preferirá tu compañía a la mía. Tu forma de enseñar hace que las lecciones sean más divertidas que jugar.

—¿Quieres decir que...? —Su admisión a regañadientes pareció moderar lo peor de su actitud defensiva—. Me interrumpiste con tanta frecuencia que estaba segura que debías desaprobarme mis métodos.

—Todo lo contrario —murmuró, obligado a confesar por un creciente sentimiento de vergüenza—. Interrumpí porque me atraieron tus lecciones. Ninguno de mis tutores nunca despertó mi interés en aprender de la misma manera que tú lo haces con Kit... y conmigo.

Por primera vez, en esa noche, los labios de la señorita Shaw formaron una de sus contagiosas sonrisas.

—Tampoco ninguno de mis maestros. Por eso estoy tan decidida a adoptar un enfoque diferente.

Hayden finalmente comenzó a comprender sus misteriosos motivos.

—Entonces, ¿cada día que enseñas es un acto de rebelión contra ellos?

Una chispa traviesa se encendió en sus ojos.

—Es usted un hombre peligrosamente perspicaz, Su Excelencia.

Otros podrían preguntarse cómo la percepción podría considerarse peligrosa, pero Hayden creía saberlo. Había algo más que ahora también entendía. Leah Shaw no pretendía desafiarlo a él, sino a aquellos sombríos maestros que habían tratado de hacer de su juventud una miseria. Pero ella se había negado a dejarlos en paz. Sus ánimos y buen humor habían sido un medio de rebelión.

¿Quién no podría admirar ese tipo de coraje? A Hayden le resultó imposible.

* * *

—Esta conversación ha sido muy esclarecedora, aunque no estoy seguro que una capilla sea el mejor lugar para ello. —El duque hizo un gesto hacia la puerta—. ¿Podemos continuar afuera, en los claustros?

Leah pensó por un momento y luego asintió. Saber que el duque se sentía amenazado por su relación con su hijo arrojó una luz completamente diferente sobre sus acciones recientes. Ningún padre querría perder el afecto de su hijo por un recién llegado. Lamentaba haberle dado a Lord Northam motivos para temer que eso pudiera suceder, y aún más pensar que pretendía ridiculizarlo ante los ojos de Kit.

Su Excelencia abrió la puerta de la capilla y le indicó que fuera a los claustros. Leah se dio cuenta que allí sería un lugar mejor para conversar. No estarían colocados uno frente al otro, fijos en sus posiciones, más bien avanzarían, uno al lado del otro.

Solo había dado uno o dos pasos lentos, cuando el duque la alcanzó.

—Espero que sepas que nunca le haría daño a nadie como tú. —Eso sonaba como si esperara que ella dudara de él.

—¡Por supuesto que lo sé! —ella respondió más bruscamente de lo que pretendía.

¿Qué la había obligado a mostrarle sus palmas llenas de cicatrices y decirle cómo las mismas se habían desarrollado? No se sentía nada cómoda con que él viera un lado de ella, que

había ocultado, durante tantos años, detrás de una máscara protectora de vivacidad y travesuras rebeldes. Pero como él ya lo sabía, ¿debería arriesgarse a revelar más sobre su pasado, si eso pudiera beneficiar a su hijo?

—Los castigos que recibí no fueron lo peor de la escuela Pendergast, ¿lo sabes?

—¿Hubo cosas peores? —El duque parecía indignado por ella, como si deseara confrontar a cualquiera que alguna vez la hubiera agraviado y pedirle cuentas.

Esa idea despertó algo en Leah.

—No es peor en la forma en que podrías pensar. Pero, felizmente habría soportado una paliza todos los días de mi carrera escolar, si tan solo se me hubiera permitido más libertad para hacer lo que quería, en lugar de lo que me ordenaron hacer.

Sus pasos formaban un murmullo constante y tranquilizador sobre las piedras desgastadas. El silencio del duque hizo que Leah se preguntara, si él podría comprender sus sentimientos mejor que los santos hermanos que una vez pisaron estos claustros.

Al ingresar a la orden religiosa, esos hombres habrían renunciado a su libertad de poseer bienes personales y a actuar en contra de los mandatos de sus superiores. Habrían renunciado incluso a la libertad básica de amar. ¿Había sido para ellos un sacrificio constante, vivir de acuerdo con esos votos? ¿O habían encontrado paz y satisfacción, al someter tan completamente sus deseos individuales a la iglesia?

Ese pensamiento preocupó a Leah. ¿La hizo menos digna porque atesoraba la libertad, que siempre había considerado como uno de los mayores regalos de su Creador?

—Entonces, ¿crees que soy un tirano como tus maestros porque no permitiré que Kit haga lo que quiera, a pesar de las consecuencias que es demasiado joven para apreciar? —El duque parecía más afligido que enojado.

—Por supuesto que no. —La mano de Leah hormigueó con la necesidad de estrechar la suya y darle un apretón tranquilizador. Pero esa era una libertad que no se atrevía a tomar. Su relación con el duque apenas había comenzado a derretirse. Lo último que quería era darle motivos para ofenderse—. Creo que eres un padre excelente en muchos sentidos. Es obvio que te preocupas profundamente por Kit, y harías todo lo que está en tu poder para protegerlo y hacerlo feliz.

—Por supuesto que lo haría —replicó Su Excelencia, sin dudarlo ni siquiera por un instante—. Mi responsabilidad hacia mi hijo es una de la que nunca querría liberarme. No es una carga sino un ancla: una conexión fija y duradera que valoro por encima de todo. Sin él podría ser libre, pero eso significaría que mi vida sería vacía.

Cuando él lo expresó de esa manera, el argumento del duque era de lo más persuasivo. Leah tuvo que admitirlo. Sin embargo, ¿cómo podrían tener razón dos personas con creencias tan contrarias?

Quizás la clave para trabajar juntos por el bienestar de Kit radicaba en concentrarse en sus áreas de interés común, por pequeñas que fueran.

—Las figuras liliputienses que mandaste a hacer para Kit son los juguetes más espléndidos que he visto en mi vida. ¿Cómo pensaste en ellos?

—Casi no lo recuerdo ahora. —Sus elogios parecieron tomar al duque con la guardia baja, aunque Leah sintió que eso le agradaba—. A Kit le encantó el libro y habló de lo mucho que le gustaría poder visitar Lilliput. Entonces, se me ocurrió que tal vez podría llevarle a Lilliput.

Para entonces, a pesar de su ritmo pausado, habían llegado al arco donde los claustros se unían a la casa. Leah reprimió una tonta punzada de decepción porque su paseo y su conversación debían llegar a su fin.

Después, sin parecer darse cuenta de lo que estaba haciendo, el duque dio la vuelta y emprendió el regreso por donde habían venido.

—Hace un uso excelente de esas figuritas y del libro para enseñarle, señorita Shaw. Nunca pensé que viviría para escuchar a un niño exigir más lecciones.

Ahora era el turno de Leah de sentirse gratificada, casi hasta el punto de avergonzarse.

—Aprender puede ser un placer y debería serlo. Lo que sea que afecte las piernas de su hijo, no tiene nada de malo en su mente. Una educación adecuada puede acercarle el resto del mundo, del mismo modo que sus pequeñas figuras le trajeron la tierra de Lilliput.

El duque asintió lentamente y se quedó pensando.

—No lo había concebido así. Supongo que si Kit quiere más tiempo de estudio, no estaría de más extender un poco sus lecciones.

Ese fue un comienzo. Leah se permitió una pequeña sonrisa, pero apartó la cara de Lord Northam para que no pensara que se estaba regodeando.

Su concesión la animó a intentar conseguir más.

—No estoy segura que necesite tanto tiempo de descanso. Parece descubrir que todo pasa lentamente y sin nada que hacer. Quizás podríamos usar algo de ese lapso para las lecciones.

—Kit se ha quejado de su tiempo de descanso. —La mirada del duque se desvió hacia los terrenos de la Renforth Abbey, que se encontraban más allá de las ventanas del claustro—. Pero, necesito esas horas libres para atender asuntos inmobiliarios. Mi mayordomo ya considera que el tiempo no es suficiente para resolver todos los asuntos que necesitamos discutir.

¿Cómo podría formular su petición de forma que no ofendiera al duque?

—No estoy sugiriendo que se quite tiempo de sus deberes, señor. ¿No podrías confiar en mí para enseñarle a Kit, sin tu supervisión?

—No es una cuestión de confianza —insistió el duque hasta que ella le lanzó una mirada dudosa, suavizada por una sonrisa—. Muy bien, tal vez lo sea, un poco.

Leah sintió su desgano. Era una barrera fuerte. Y, sin embargo, el amor del duque por su hijo era una fuerza poderosa.

—Créame, señor. El afecto de Kit por ti no disminuirá por un poco de tiempo, que estén separados. De hecho, creo que disfrutaría más de tu compañía, si no la tuviera en tanta abundancia.

—¿Es esa una forma educada de decir que quieres que me aleje durante las lecciones de Kit, y te permita hacer tu trabajo, sin que se escruten cada uno de tus movimientos y se interrumpan todas las demás frases? —Lord Northam miró hacia ella con sus hermosos rasgos fruncidos, en un ceño oscuro.

Pero, ¿acaso fue un brillo plateado lo que ella vislumbró en sus ojos azules? ¿Y una comisura de su boca fruncida se contrajo, como si apenas pudiera contenerse para curvarse hacia arriba?

Esas sutiles señales de diversión la hicieron arriesgarse a una respuesta contundente.

—Sí, Su Excelencia, eso es exactamente lo que estoy tratando de decirle.

Intentó suavizar el dolor que sus palabras podrían infligir con un tono burlón.

—Creo que les haría bien a usted y a su hijo pasar más tiempo separados. ¿Qué es lo que te lo impide, además de la desconfianza hacia mí?

El duque reflexionó sobre su pregunta. Aunque le resultó difícil guardar silencio, Leah no lo molestó para obtener una respuesta inmediata.

Al cabo de un rato, Su Excelencia se detuvo y volteó hacia ella.

—La noche que nació Kit, oré como nunca antes ni después. Le imploré al Señor con todo

mi corazón y mi alma que dejara vivir a mi hijo.

Con el recuerdo fresco de lo que había oído en la capilla, Leah pudo imaginarse esa desesperada súplica paternal.

—Era un pequeño fragmento tan frágil —Lord Northam continuó—, prometí que lo cuidaría y haría todo lo que estuviera en mi poder para evitar que sufriera daño. Pero, no tenía idea de lo agotador que podía ser cuidar a un bebé. Empecé a dejar que las niñeras asumieran cada vez más responsabilidad por él. Cuando descubrieron el problema en sus piernas, supe que había decepcionado a mi hijo.

—No es tu culpa que Kit no pueda caminar. La rigidez de sus piernas no fue un juicio divino sobre ti por dejar que una niñera le cambiara la ropa de vez en cuando. —Esa era una broma débil, pero Leah esperaba que pudiera ayudar al duque a ver lo tonto que era culparse por la condición de su hijo—. El señor Gibson me dijo que Kit sufrió por un parto difícil. El problema con sus piernas debe haber estado ahí todo el tiempo, solo que nadie se dio cuenta hasta que tuvo edad suficiente para empezar a caminar.

—Posiblemente. —La boca del duque formaba una línea de arrepentimiento. Obviamente, sus palabras no habían aliviado su culpa—. Pero, ese fue un recordatorio de la promesa que había hecho y que mi deber sería de por vida. No lo he eludido desde entonces, y no es mi intención hacerlo ahora.

—No es eludir tu deber como padre darle a Kit un poco de tiempo lejos de ti —insistió Leah—. Es natural querer proteger a quienes nos importan y mantenerlos cerca. Pero, debemos tener cuidado de no aferrarnos demasiado o podemos... aplastarlos.

Por un momento, pensó que podría haberlo persuadido, sin embargo, luego él negó con la cabeza.

—Lo siento, señorita Shaw. Pero, no puedo aceptar lo que me pides... Si tuvieras un hijo como Kit, tal vez lo entenderías.

Él dio la vuelta y caminó hacia la casa, dejando a Leah frustrada por haber estado tan cerca de ganar su cooperación, solo para quedarse corta.

—¡Espera! —ella gritó y corrió detrás del duque.

Cuando la única respuesta de Lord Northam fue apresurar el paso, ella aceleró y lo agarró de la mano. Él giró bruscamente y la fulminó con una mirada que parecía contener más sorpresa que ira. ¿Alguna persona a su servicio se había atrevido alguna vez a ponerle una mano encima?

Antes que él pudiera reprocharle, Leah jadeó las únicas palabras que se le ocurrieron que podrían hacerle cambiar de opinión.

—Lo entiendo... mejor de lo que... usted podría suponer.

Capítulo cinco

¿Cómo podría entender Leah Shaw lo que era tener un hijo como Kit? Sus palabras sorprendieron a Hayden, incluso más que el repentino apretón de su mano.

—¿Qué quieres decir con esto? —Volteó hacia ella, pero no hizo ningún esfuerzo por librarse de su toque intrusivo—. ¿Tuviste un hijo fuera del matrimonio y lo pusiste en acogida en algún lugar?

Otros podrían condenarla y pensar que recibió lo que merecía. Si era cierto, Hayden solo sentiría lástima por ella... y una extraña sensación de decepción.

Su pregunta hizo que sus rasgos se relajaran en una expresión de asombrada consternación. También pareció recordarle que todavía estaba aferrada a su mano, porque la soltó abruptamente.

Sin embargo, la sorpresa no la dejó muda. Hayden se preguntó si algo era capaz de hacer eso.

—¿Niño fuera de...? ¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes imaginar algo así? ¿Asumes que porque valoro mi libertad, no me importa lo que está bien y mal ni mi autoestima?

Qué velada tan inexplicable había sido esta, haciendo que sus emociones oscilaran de un extremo a otro y viceversa. Esto agotó a Hayden, como si hubiera ejercido sus músculos rígidos después de un largo desuso. Y, sin embargo, le hacía sentir como si estuviera completamente despierto y vivo, al final de un largo y entumecido sueño.

—No creo tal cosa —le aseguró con total sinceridad—. ¿Pero qué otra conclusión podía sacar de su extraordinaria declaración?

Leah Shaw respiró profundamente y abrió la boca, como si quisiera recitar una docena de explicaciones inocentes. Pero sus palabras no salieron.

Después de una pausa incómoda, sus rasgos se torcieron en una expresión casi cómica de disgusto.

—Tiene razón, señor. Pero, si usted me permite explicarle...

Una extraña sensación afligió las comisuras de la boca de Hayden, casi como una picazón. No se podía aliviar rascándose, sino sonriendo. Intentó resistir el impulso.

—No solo se lo permitiría, señorita Shaw. La animo positivamente a que me ilumine.

Una vez que él se declaró dispuesto a escuchar, la damisela pareció volverse reacia. Para su sorpresa, Hayden descubrió que podía simpatizar con ella. No le había resultado fácil revelar los dolorosos acontecimientos de la primera lucha de su hijo por la vida y el desgarrador descubrimiento de la discapacidad de Kit. Además, confiar en Leah Shaw le había proporcionado una inesperada sensación de alivio. ¿Era porque ahora sabía que la vida la había tratado duramente, pero no había logrado doblegar su espíritu?

Después de una breve lucha que se desarrolló en sus expresivos rasgos, la señorita Shaw quedó obligada a hablar:

—Antes que me enviaran a la escuela Pendergast, me crió mi abuela, ya que mis padres murieron, cuando yo era muy joven. En sus últimos años, la abuela comenzó a quedarse ciega. Tuve que hacer más y más para ayudarla y cuidarla. Puede que ella no fuera una niña, pero yo le tenía tanta devoción, como usted a su hijo. Y ella dependía tanto de mí, como Kit de ti.

La idea de una joven cuidando a su abuela ciega tomó a Hayden por sorpresa. ¿Era de extrañar que Leah Shaw valorara su libertad por haber llevado tal peso de responsabilidad, sobre sus hombros, a esa edad? Sin embargo, no parecía que ella hubiera resentido ese deber, como

tampoco a él le molestaba cuidar de su hijo.

—No dudo de lo fuerte que puede ser ese vínculo, señorita Shaw. Mi hermana y yo fuimos criados por nuestra abuela, después de la muerte de nuestros padres. Ella era devota de nosotros y nosotros... es decir... yo de ella. Es difícil imaginar que ella dependa de mí, como la tuya dependía de ti. Era una dama bastante formidable. Pero, cerca del final de su vida, cuando necesité mi ayuda, traté de cuidarla tanto como ella me lo permitía.

—¿Y tu hermana? —Leah Shaw se dio cuenta de su desliz verbal, para disgusto de Hayden —. ¿No era devota de tu abuela? Me resulta difícil imaginarlo.

Ya él le había contado a la institutriz de Kit más cosas sobre su historia personal de las que quería, pero suponía que una revelación más no tendría importancia.

—Has conocido a Althea. Tal vez entiendas, cuando te diga que ella y mi abuela tenían un temperamento demasiado parecido para ser compatibles.

La idea pareció desconcertar a la señorita Shaw.

—Abuela y yo éramos muy parecidas: aventureras, comunicativas y proclives a ver el lado bueno de las cosas. Nadie me entendió como ella. Pero, supongo que si Lady Althea y tu abuela tenían una voluntad fuerte, y estaban ansiosas por hacer todo a su manera, la relación no habría sido fácil.

A pesar del tema serio de su conversación y las emociones incómodamente fuertes, que esa noche había provocado, Hayden descubrió que no podía reprimir una risita.

—Esa es una forma caritativa de decirlo. La verdad es que mi hermana y mi abuela se llevaban como la chispa y la pólvora.

—¿Te atrapan a menudo en las explosiones? —preguntó la institutriz con un inquietante destello de percepción.

La discreción lo impulsó a no decir nada más sobre el tema, pero la comprensión intuitiva que tenía la dama de la complicada dinámica de su familia lo hizo continuar, a pesar de su oposición.

—Por cada regla que establecía la abuela, Althea, no estaba satisfecha hasta que ella la forzaba o la rompía. Intenté decirle que algunas de ellas eran para su propio bien, y que patear las correas solo haría que la abuela tomara medidas más drásticas.

—¿Pensaste, a veces, que si tu abuela hubiera aliviado sus restricciones, tu hermana podría haber estado menos decidida a rebelarse? —La señorita Shaw asintió con simpatía.

—Muy a menudo, pero sabía que no debía expresar esa opinión —Hayden habló sin pensar porque estaba inmerso en sus recuerdos.

Sin embargo, tan pronto como las palabras salieron de su boca, detectó un cambio en el comportamiento de Leah Shaw. Ya no era una oyente desinteresada, sino aquella que reconocía una oportunidad, que no podía resistirse a dejar de explorar.

—Su Excelencia, veo que la misma situación comienza a desarrollarse entre Kit y usted. Me atrevo a expresar mi opinión porque sé cuánto te preocupas por tu hijo, y quieres que sea feliz. Creo que eso es más importante para ti que tener razón o ejercer tu autoridad.

—Por supuesto que lo es —replicó sin dudarlo, satisfecho que ella reconociera la sinceridad de sus motivos.

Él sabía lo que ella iba a preguntar... otra vez. Esta vez le resultaría difícil rechazarla tan fácilmente, como lo había hecho antes. ¿Qué había cambiado en tan poco tiempo para que eso fuera posible?

Cuando la señorita Shaw empezó a hablar, él levantó la mano para pedirle que guardara silencio hasta que ella lo escuchara. Si debía dar marcha atrás, lo haría en sus propios términos.

También quería dejar claro que a ella no se le permitiría recorrer ni una milla, simplemente porque él le había cedido una pulgada.

—Sé lo que vas a decir. Crees que Kit será menos antagonista, si los dejo solos durante sus lecciones. Todavía no estoy del todo convencido que eso sea una buena idea, pero creo que les debo a ambos... intentarlo.

La forma en que su rostro se iluminó le produjo a Hayden una inexplicable oleada de satisfacción. Su sentido de cautela le advirtió que podría resultar peligroso para él estar ansioso por complacer a esta mujer. ¿Quién sabía qué cambios perturbadores en la rutina infantil de Kit podría proponer, si obtuviera ese poder sobre él? Esa severa advertencia hizo poco para calmar la sensación cálida y alegre que se infló en su pecho.

—¡Gracias, Su Excelencia! —Leah Shaw parecía querer estrecharle la mano de nuevo. Ella logró detenerse en el último minuto, para su decepción—. No se arrepentirá de su decisión. Yo me ocuparé de eso.

Hayden fingió una mirada grave para enmascarar su inquietante sentimiento de vulnerabilidad.

—Me gustaría poder compartir su optimismo, señorita Shaw, pero no lo hago. Si me da el más mínimo motivo para pensarlo mejor, no dudaré en revocar mi decisión, sin importar cuán enérgicamente usted o Kit se opongan. También tengo una condición que imponer...

—¿Qué podría ser eso, Su Excelencia? —Sus palabras atenuaron el brillo ansioso de sus ojos, pero no lo extinguieron por completo. Parecía dispuesta a aceptar que no podía hacer todo a su manera.

—Al menos una vez a la semana, deseo que me incluyan en las lecciones de Kit. No como un observador, apenas tolerado, sino como un participante activo, para así poder tener una idea de lo que le estás enseñando. ¿Estás dispuesta a otorgar esa concesión?

Esperaba que la institutriz de Kit traicionara su disgusto por la idea, aunque la aceptaría de mala gana como un mal necesario.

Para su sorpresa, el rostro de ella volvió a iluminarse.

—¡Esa es una excelente sugerencia, señor! Estoy segura que a Kit le hará bien que muestres tanto interés en sus estudios. Y creo que disfrutará tenerte como compañero de clase.

No fue una sugerencia sino una condición. Hayden reflexionó sobre la diferencia, pero decidió que no valía la pena discutir sobre ello. Sospechaba bastante de cualquier cosa a la que la señorita Shaw accediera tan fácilmente, aunque no podía negar que una parte de él deseaba compartir las lecciones de Kit con la enérgica institutriz del niño.

* * *

Tres semanas después que su enfrentamiento con Lord Northam conmovió la paz de la antigua capilla, Leah saboreó su victoria, mientras impartía una lección con Kit y su padre. Ella se sentó a un lado del niño, en su enorme cama, mientras Su Excelencia se sentaba en el otro.

Le entregó al niño su ejemplar de *Los viajes de Gulliver*.

—Quizás podamos comenzar, mostrándole a tu papá el excelente progreso que has logrado en la lectura esta semana.

Kit le quitó el libro y se dirigió a su padre, mientras pasaba las páginas.

—Debes escuchar, papá y no interrumpirme. Si tengo problemas para distinguir una palabra, no me digas cuál es de inmediato. Dame tiempo para descubrirla por mí mismo.

—Como tú quieras —respondió el duque con un gesto de aspereza—. ¿Puedo ofrecerte una corrección si te equivocas en una palabra?

El niño consideró la pregunta de su padre por un momento y luego miró a su institutriz.

—¿Estará bien, señorita Leah?

Por encima de la cabeza de su hijo, el duque le lanzó una mirada significativa. No era aquella siniestra que le recordaba sus primeros días en Renforth Abbey. Ella no había recibido ninguna de esas, recientemente. Su mirada actual le informó a Leah que él reconocía que Kit estaba repitiendo sus instrucciones como un loro. Afortunadamente, un brillo en sus ojos sugirió que eso no le molestaba.

—Quizás tu papá podría darte una señal si has cometido un error —sugirió—. Puede que sacuda la cabeza o tosa un poco, pero no te corregirá de inmediato. Estoy segura que podrás encontrar la palabra adecuada por tu cuenta.

—¿Qué pasa si no puedo? —La pregunta de Kit delataba una falta de confianza en sus habilidades que Leah estaba tratando de remediar.

Años de ser mimado y que le hicieran las cosas más simples habían dejado al niño fácilmente frustrado por el fracaso y, a veces, reacio a intentar nuevas tareas. Al ver eso, Leah renovó su aprecio por su propia educación. Cuando le habló al duque de la escuela Pendergast y de sus primeros años con su abuela, su rostro irradiaba lástima por ella. Pero sabía que esos primeros desafíos habían fomentado el ingenio, la resiliencia y la gratitud por las bendiciones más pequeñas, todo lo cual le había sido de gran utilidad desde entonces.

—Si te esfuerzas lo más que puedes, pero aún no eres capaz de descifrar la palabra, puedes pedirle ayuda a tu papá. Pero, no debería decirte cuál es la correcta, a menos que le preguntes.

Kit parecía tranquilizado por la idea de contar con ayuda si la solicitaba.

—Eso suena como una buena manera, ¿no es así, papá? —Él asintió pensativamente.

—Creo que sí. —Las palabras del duque sonaron con sinceridad, lo que agradó a Leah.

Últimamente parecía haber aceptado su presencia en su casa y los cambios que estaba haciendo. Pronto, tal vez pudiera presionar para que Kit tuviera un poco más de libertad.

—Ahora —continuó Su Excelencia—, ¿seguimos leyendo para que pueda escuchar qué tan bien lo estás haciendo?

Kit respiró hondo y empezó a leer. Para inmensa satisfacción de Leah, el duque logró abstenerse de corregir a su hijo, excepto cuando se lo pedía. No cabía duda que Lord Northam estaba aprendiendo algunas lecciones valiosas de ella.

Al contrario de sus expectativas, ella estaba aprendiendo un par de cosas de él sobre la paciencia, el altruismo y la devoción que todo lo consume. Acostumbrado a salirse con la suya en muchas ocasiones, Kit podía ser exigente y poco cooperativo en ocasiones, pero el duque nunca tuvo una mala palabra para su hijo. Leah hizo todo lo posible por emularlo, pero no siempre fue fácil.

Su ejemplo la hizo preguntarse cómo habrían cambiado su vida y su carácter, si sus padres no hubieran sucumbido a la tisis, antes que ella tuviera edad suficiente para recordarlos. ¿Cómo le habría afectado crecer protegida y cuidada, como lo era Kit? Quizás no se habría vuelto tan independiente e indomable, pero, ¿podría sentirse más contenta y segura?

Ella nunca lo sabría. Leah descartó especulaciones tan infructuosas. Como el pasado no se podía cambiar, no servía de nada insistir en lo que podría haber sido.

—Muy bien hecho, Kit. —La voz del duque sacó a Leah de sus cavilaciones. La cálida aprobación de su tono pareció extenderse tanto a ella como a su hijo—. No puedo olvidar lo rápido que has podido aprender tanto.

Tal vez preocupado que el niño pudiera confundir el comentario con dudas sobre sus habilidades, Lord Northam añadió:

—Me llevó meses, incluso años, aprender lo que tú ya sabes, en cuestión de semanas.

Kit estaba orgulloso de sus logros. Este era claramente un sentimiento inusual para él, pero le gustaba mucho. Sin embargo, no se regodeó ni se atribuyó todo el crédito por su logro.

—No te preocupes por eso, papá. Eres muy inteligente, pero no tuviste una buena maestra como la señorita Leah.

Una vez más, ella y el duque intercambiaron una mirada por encima de la cabeza de su hijo. Esta vez, los ojos de ambos brillaron de diversión, ante el comentario bien intencionado, pero bastante condescendiente, de Kit. Ambos apretaron los labios para evitar reírse, esperando no herir sus sentimientos.

El duque fue el primero en dominar su alegría.

—De hecho, no tuve una maestra, como la tuya, que hiciera los estudios tan interesantes. Si hubiera sido así, ¿quién sabe en qué brillante erudito podría haberme convertido?

Sus palabras provocaron un cálido sonrojo en las mejillas de Leah, y la hicieron bajar la mirada, aunque no entendió del todo por qué. ¿Era para que el duque no viera cuánto le agradaban sus elogios?

—Ustedes, caballeros, están decididos a darme una opinión muy alta de mí misma. —Instintivamente, ella buscó seguridad en una broma—. Pero, ¿no debo permitirme ponerme demasiado alto porque mi cabeza podría hincharse demasiado para mi sombrero!

Padre e hijo se unieron a las risas, ante el cómico cuadro que ella pintó. Su diversión le dio a Leah una familiar sensación de satisfacción, que nada en su vida había podido igualar. Nunca había tenido el poder o la fortuna para satisfacer los impulsos generosos que llenaban su corazón. Aunque siempre había sido capaz de hacer sonreír al querido rostro de la abuela, y más tarde a sus amigas de la escuela. Por algunos momentos, ella había podido aliviarlos de sus preocupaciones. ¿Qué regalo podría ser mejor que ese?

—¿Volvamos a nuestras lecciones? —sugirió cuando su alegría disminuyó—. Por más inteligente que sea Kit para leer, su comprensión de la aritmética es aún mejor. Su Excelencia, ¿sería tan amable de traernos a sus figuras liliputienses para que nos ayuden? Son excelentes herramientas de enseñanza. Ellas merecen más crédito que yo por el asombroso progreso de su hijo.

—Con mucho gusto. —El duque sacó la caja con figuras de madera de una pequeña mesita de noche—. Nunca se me ocurrió cómo podrían usarse para enseñarle a Kit. La felicito por sus ingeniosos métodos, señorita Shaw.

—Gracias, Su Excelencia. Una institutriz está obligada a adaptar sus materiales a las circunstancias de sus alumnos.

Los elogios del duque agradaron a Leah, aunque no por su propio bien. En cambio, vio su aprobación como un activo, al que podía recurrir para dar el siguiente paso en la liberación de su hijo.

—Ahora, Kit, te voy a plantear un problema más desafiante que cualquiera que hayas intentado antes. Pero, no te desanimes. Estoy segura que está dentro de sus capacidades.

El resto de la lección transcurrió bien. Leah se vio obligada a admitir que disfrutaba que el duque participara en la educación de su hijo... en sus términos. Ahora parecía aceptar que el tiempo adicional de estudio estaba teniendo un efecto positivo en Kit. ¿Reconocería también los beneficios para su bienestar de tener más tiempo para sí mismo? Quizás no, pero ciertamente, él lo sabía.

El duque parecía más relajado últimamente, más dispuesto a sonreír e incluso reír en ocasiones. Las sombras de cansancio, bajo sus ojos, habían comenzado a desvanecerse y su paso

se había vuelto más ligero, como si parte de una carga aplastante se hubiera quitado de sus anchos hombros. Leah observó todos estos pequeños cambios con una cálida sensación de satisfacción, muy parecida a la que había experimentado, cuando era niña y hacía reír a su abuela.

Había otra razón por la que agradecía la participación del duque en las lecciones de su hijo, aunque se resistía a reconocerlo. El hecho era que ansiaba el estímulo de la compañía adulta. Los sirvientes de Renforth todavía parecían alarmados por sus esfuerzos para hacer amigos. Habría dado cualquier cosa si Hannah o Rebecca vivieran lo suficientemente cerca, como para reunirse para charlar, mientras tomaban el té. Poder hablar y bromear con Lord Northam, durante algunas de las lecciones de su hijo, contribuyó en gran medida a llenar ese vacío en su vida.

Una vez que las lecciones de Kit terminaron ese día, Leah dio un largo paseo por los jardines y luego, escribió una respuesta a la reciente carta de Grace. Habiendo dado ya un relato de su llegada a Renforth Abbey y una descripción de la propiedad y la familia, había pocas noticias que informar.

Cuando el reloj dio las ocho, se sobresaltó y arrojó el bolígrafo.

—¡Oh, pobre de mí! No tengo tiempo de vestirme para la cena o llegaré tarde.

¿Qué sentido tenía vestirse elegante para cenar sola? Se preguntó Leah, mientras corría por el pasillo, lleno de ecos, y luego bajaba las escaleras. Había llegado a temer bastante sus comidas solitarias en el enorme comedor, lo que parecía resaltar su aislamiento en Renforth Abbey. Ella hubiera preferido cenar con una bandeja, en su habitación, pero el señor Gibson insistió en que su personal agradecía la oportunidad de preparar y servirle una comida adecuada.

El mayordomo la estaba esperando afuera del comedor, cuando ella llegó, sonrojada y sin aliento.

—Lo siento... llegué tarde —jadeó—. Estaba tratando... de pensar en... algo interesante... que decir en mi carta.

Antes que el señor Gibson pudiera responder, una voz familiar surgió del comedor:

—Me resulta difícil imaginarla, sin saber nada divertido que decir, señorita Shaw.

Mientras hablaba, Lord Northam salió del amplio pasillo y se situó junto a su mayordomo. Estaba vestido con un atuendo más elegante del que Leah le había visto usar desde su llegada a Renforth Abbey. Su abrigo azul bien cortado enfatizaba su constitución delgada y los ricos mechones castaños de su cabello castaño oscuro. Su ropa estaba fresca e impecable. Sus botas estaban lustradas hasta dejar un brillo oscuro. ¿Se iba a alguna parte o quizás esperaba compañía?

—Buenas noches, Su Excelencia. —De repente, consciente de su rango, hizo una reverencia al duque por primera vez en más de quince días—. Me das demasiado crédito. No es fácil generar noticias interesantes, cuando mi vida es tan tranquila comparada con la de mis amigas.

—Le ruego que me disculpe, señorita Shaw —dijo el mayordomo—. Pero el correo llegó tarde. Hay cartas para usted.

Él hizo un gesto hacia una pequeña bandeja de plata, que descansaba sobre una mesa estrecha, justo fuera del vestíbulo de entrada.

—¡Cartas! —Leah voló hacia la mesa—. ¿Más de una?

—¿No es eso normalmente lo que indica el uso del plural? —Lord Northam preguntó, en lo que Leah solo pudo concluir que era una broma—. Quizás deberías repasar tu gramática, presentándonos una lección sobre el tema a Kit y a mí.

Leah se rió, más por el placer de recibir cartas escritas con la letra familiar de sus amigas, y no porque encontraba muy divertida la broma de Su Excelencia. Incluso con sus vidas ocupadas

y sus rangos exaltados, Rebecca, Marian y Hannah no la habían olvidado a ella.

Mientras daba vueltas a las cartas, acariciando ligeramente esos gruesos papeles, el duque le volvió a hablar:

—Mi hijo se durmió temprano esta noche. Prescindir de su siesta y tomar lecciones adicionales parece haberle facilitado su adaptación a la hora de acostarse.

—Me alegra oírlo, Su Excelencia. —Leah se mordió la lengua para no recordarle que le había dicho que esos cambios podrían tener ese beneficio.

Ahora que se llevaban mejor, no quería estropearlo molestándolo. Además, la llegada de las cartas de sus amigas la hizo sentir bondadosa hacia el mundo entero.

—Pensé que podría acompañarla a usted para una cena adecuada —él sugirió—. Si usted no se opone.

El duque se había disfrazado solo para... ¿ella? Por muy halagadora que fuera la idea, la oferta de Lord Northam la tomó por sorpresa. Las cartas que tenía en la mano la llamaban del mismo modo que un rico pastel podría tentar a alguien que se desmaya de hambre. A Leah le hubiera gustado traer la cena y retirarse a su habitación, lo más rápido posible, para leerlas. O tal vez habría aprovechado su soledad para mirarlas, mientras comía. Cualquiera de los dos actos sería imperdonablemente grosero, si tuviera que cenar con su empleador.

Además, ella se sentiría muy fuera de lugar, todavía con el mismo vestido sencillo que había usado todo el día, mientras él lucía tan espléndido.

Pero, ¿cómo podría negarse?

Cuando abrió la boca para responder, a Leah se le ocurrió que cultivar la amistad con el duque podría hacer que fuera más fácil persuadirlo para que aflojara su control protector sobre su hijo. Seguramente, valdría la pena retrasar un poco la lectura de sus cartas.

* * *

¿Qué le había hecho suponer que la vivaz institutriz de su hijo querría pasar su tiempo privado en su compañía? Hayden no pudo confundir su vacilación cuando preguntó. La dama había dejado claro que lo consideraba poco mejor que un carcelero, que mantenía a su hijo pequeño preso, en un capullo asfixiante.

Últimamente había empezado a preguntarse si ella tendría razón.

Él temía que las horas extra de estudio pondrían a prueba las fuerzas de Kit, pero esto parecía crear el efecto contrario. Su hijo dormía mejor, comía mejor y lucía de mejor humor, desde que le habían permitido lecciones más largas con su institutriz. ¿Podría haber otras actividades que Hayden había supuesto que dañarían a Kit, y que en cambio podrían resultar beneficiosas?

Quizás. Sin embargo, ¿podría permitirse el lujo de correr ese riesgo, estando en juego el bienestar de su hijo?

Había corrido un riesgo diferente al venir allí, esa tarde, en busca de una diversión agradable. Después de quince días de sueño ininterrumpido, Hayden se sintió como un hombre nuevo: menos ansioso e irritable y más energético. Pero con esa energía vino una sensación de inquietud y una consciencia inquietante de cuán restringido se había vuelto su mundo. Había esperado que la novedad de una comida adecuada en el comedor y un rato de la animada conversación con la señorita Shaw pudieran distraerle de pensamientos tan problemáticos. Aunque una mirada al rostro de la dama le dijo que ella encontraba la perspectiva tan atractiva como una dosis de azufre y melaza.

—Si prefieres cenar en privado, lo entiendo perfectamente. —Intentó ocultar su decepción,

sobre todo ante sí mismo—. Puedo cenar más tarde, cuando termines.

—¡No deberías hacer nada por el estilo! —gritó ella, para su propia sorpresa—. ¿Qué objeción podría tener a que comas en tu propio comedor? Si uno de nosotros debe retirarse, soy yo. Pero, como usted amablemente me ha invitado a acompañarlo, sería un honor para mí aceptar.

—¡Bien! —Su inesperado acuerdo actuó como un tónico para el ánimo de Hayden—. Está decidido, entonces.

Se dirigió hacia el mayordomo, que había permanecido pasivo y quieto durante el intercambio, casi como si no hubiera oído ni una palabra.

—¿Estás seguro, Gibson, que este cambio en nuestros arreglos no causará molestias al personal?

—En lo más mínimo, Su Excelencia —le aseguró el mayordomo—. Estaré más que feliz de volver a reservarle un lugar a la cabecera de la mesa. Si usted y la señorita Shaw me disculpan, me ocuparé de ello de inmediato.

—¿El jefe de la mesa? —Hayden negó con la cabeza—. Con la señorita Shaw en el otro extremo, bien podríamos cenar cada uno por nuestra cuenta. Tendríamos que gritar hasta quedar roncos para mantener una conversación. Por favor, coloquen nuestros lugares uno frente al otro.

—Muy bien, Su Excelencia. —Gibson hizo una reverencia y se retiró al comedor para cumplir las órdenes de su amo.

Una vez que el mayordomo los dejó solos, Hayden se sintió repentinamente abrumado por la incomodidad.

—¿Estás segura que no será una imposición cenar conmigo? —le preguntó a la institutriz de Kit—. ¿Realmente?

—Ciertamente, Su Excelencia —insistió con un tono persuasivo de sinceridad—. Si te di motivos para pensar lo contrario, debo disculparme. Tu invitación me tomó por sorpresa. No estoy vestida para cenar ni siquiera con un trabajador del basurero, y mucho menos con un duque.

Hizo un amplio gesto para indicar su vestido, acompañado de una mueca cómica que hizo sonreír a Hayden.

—No veo nada malo en tu apariencia —él confirmó. Para sí mismo, pensaba que el estilo sencillo de la vestimenta le sentaba mejor a ella—. Además, esta no es una ocasión formal. ¿Estás segura que no hay otra dificultad?

Leah Shaw agachó la cabeza, como una niña avergonzada de alguna travesura que hubiera cometido.

—Debo confesar que estaba ansiosa por leer mis cartas. Es raro. Hace solo dos meses vi a la mayoría de mis queridas amigas de la escuela por primera vez en años. Sin embargo, ahora me encuentro suspirando por su compañía más que antes.

—¿Eso es todo? —A Hayden le sorprendió sentirse abrumado por el alivio—. No creo que sea nada extraño. Debes haber disfrutado volver a ver a tus amigas, y ahora eres más consciente de lo que te has estado perdiendo.

¿Podría ser ese también su problema? ¿El sabor de la compañía de la señorita Shaw le había hecho darse cuenta de lo mucho que echaba de menos tener una mujer en casa?

Hayden descartó bruscamente la idea. Pero se le ocurrió otra y rechazó cualquier intento de sacársela de la cabeza.

—Además de esto, supongo que tienes más tiempo libre en Renforth Abbey que en tus puestos anteriores, y menos distracciones.

¿Esas desventajas la llevaron a considerar este puesto como arduo, a pesar del generoso salario? Esa posibilidad preocupaba a Hayden.

—Eso es cierto, Su Excelencia —admitió con una media sonrisa melancólica.

—Entonces, por supuesto, ve a leer esos textos —la instó—. No me ofenderé, te lo prometo.

La señorita Shaw levantó sus cartas.

—Estas no son como la leche que se agria, si se dejan reposar por mucho tiempo. Dirán lo mismo, si las leo en este minuto o dentro de tres horas. Cenar con usted, por otro lado, es una oportunidad que quizás no vuelva a presentarse pronto. Debería aprovecharla, mientras tenga la oportunidad.

¿Las letras se vuelven agrias como la leche? La señorita Shaw tenía una forma divertida de expresar las cosas, Hayden tuvo que admitirlo.

Mientras él se esforzaba sin éxito por dar una respuesta igualmente ingeniosa, el mayordomo acudió en su ayuda y apareció en la puerta del comedor:

—La mesa ha sido puesta, como usted solicitó, Su Excelencia. ¿Debo informar al personal de la cocina que usted y la señorita Shaw están listos para cenar?

—Por favor, hazlo. —Ofreció su brazo a la institutriz de Kit—. ¿Pasamos, señorita Shaw?

Quizás hubiera preferido leer sus cartas inmediatamente, pero la cocinera tenía que comer en algún momento. Si los dos cenaban juntos, el personal de cocina tendría menos trabajo. Sin embargo, no fueron esas consideraciones prácticas las que la animaron, cuando Leah Shaw le sonrió y lo tomó del brazo.

Mientras se dirigían a la mesa, él dijo:

—Esto nos dará la oportunidad de hablar sobre los estudios de mi hijo, sin que él nos escuche.

—¡Una excelente sugerencia, Su Excelencia!

En su impaciencia, la señorita Shaw le apretó ligeramente el brazo.

La sensación pareció viajar por su brazo y comunicarse con su corazón, que comenzó a latir más rápidamente, volviéndose más caliente que en mucho tiempo.

Capítulo seis

No hacía muchas semanas atrás, después del desayuno de boda de su amiga Hannah, Leah había cenado en compañía de un barón, un vizconde y un conde sin la menor incomodidad. ¿Por qué esta inesperada invitación a compartir una comida con el duque de Northam la desconcertó tanto?

Cuando llegaron a la mesa, se encontró extrañamente reacia a soltar el brazo de Su Excelencia. Y cuando él sostuvo su silla, como si fuera una dama con título, sus rodillas se debilitaron. En lugar de hundirse en su asiento, con una gracia elegante acorde con su entorno, cayó como un saco de patatas.

¿Podría ser porque él se veía tan espléndido, en comparación con ella, siendo un noble en cada pulgada? Por supuesto, esa debía ser la razón.

Sin embargo, conocer la causa de su extraña agitación no impidió que la lengua de Leah se quedara obstinadamente muda, mientras miraba a Lord Northam a través del ancho y comparativamente estrecho lugar de la larga mesa del comedor. Esperaba que él no le pidiera una conversación divertida. Por el momento, no se le ocurría nada que decir, salvo quizá comentar su atractivo aspecto. Incluso su indulgente sentido de la discreción le advirtió que eso no sería apropiado.

Su Excelencia también parecía bastante incómodo, lo que solo empeoró las cosas. ¿Se arrepintió de su impulsiva invitación? ¿Había esperado que ella aceptara una de sus ofertas para reconsiderar su decisión?

Mientras una tímida ausencia de sonidos los envolvía, Leah suplicó en silencio que llegara la comida, para tener algo de conversación, por muy común que esto fuera.

Como si lo hubiera hecho para cumplir su deseo, el señor Gibson apareció en ese momento con dos cuencos. Con excesivo cuidado, colocó uno delante de Leah. Finas volutas de vapor surgieron de la sopa, con un aroma sabroso que le hizo agua en la boca.

Después que el señor Gibson sirvió a Lord Northam, el duque tomó su cuchara y se aclaró la garganta. Leah esperaba algún comentario convencional, que pudiera derretir el ambiente tenso entre ellos.

—Hábleme de esas amigas tuyas, señorita Shaw. ¿Cuántas hay? ¿Se escriben a menudo?

Su pregunta la tomó por sorpresa y le soltó la lengua:

—Somos seis, las que nos hemos mantenido especialmente unidas a lo largo de los años. La frecuencia con la que escribimos depende de lo ocupadas que estemos, y si tenemos muchas noticias que informar. En el pasado, a veces escribíamos cartas en serie, cada una sumándose a las demás, antes de enviarlas. Nos ahorró tiempo, papel y el costo del envío.

¿Podría un hombre en su posición comprender la necesidad de economizar en tales nimiedades? Si pensaba tal cosa, el duque no dio ninguna indicación de ello.

—Pero, ¿ya no escribes así? —Miró el pequeño montón de cartas que había sobre la mesa, junto al plato de Leah—. ¿Por qué?

—Ya no existe la necesidad de economía que alguna vez hubo. —Leah hizo una pausa para tomar un sorbo de su sopa, una deliciosa mezcla de vegetales rallados en un caldo espeso—. Varias de mis amigas se han casado bien. Una de ellas es ahora la esposa de un capitán de barco retirado de la armada real. Otras tres están casadas con compañeros. Lady Steadwell vive en Berkshire y Lady Benedict en Cotswolds. Antes de venir a Renforth Abbey, asistí a la boda de

mi amiga Hannah Fletcher con el conde de Hawkehurst.

—¿Realmente? —El duque pareció sorprendido por esta información, tal vez incluso con desaprobación—. Conozco a algunos de esos caballeros por su reputación. Pero, eso representa solo cuatro de tus amigas. ¿Qué pasa con la quinta? ¿Es demasiado sencilla para atraer a un marido?

La idea que Evangeline Fairfax fuera descrita como sencilla casi fue suficiente para que Hannah se ahogara con la sopa.

—¡Nada de eso! —Su lengua se aflojó completamente ahora y lanzó una descripción admirable de su amiga—. Evangeline podría tener a cualquier hombre por el que se pusiera su gorra, sin importar su rango, si tuviera algún deseo de casarse.

—Pero, ¿ella prefiere seguir siendo solterona? ¿Por qué? —El duque parecía ofendido en nombre de todos los hombres de todas partes.

Esa divertida idea le devolvió la compostura que Leah había perdido antes.

—Si la conocieras, no tendrías que preguntar. Evangeline tiene una voluntad muy fuerte e ideas definidas sobre lo que se debe hacer y cómo. No puedo imaginarla parada ante un altar, jurando obedecer a cualquier hombre.

—¿Y usted, señorita Shaw? —preguntó el duque—. ¿Cuál es tu razón para permanecer soltera, mientras tantas de tus amigas están en matrimonios espléndidos?

Desde el otro lado de la mesa, él le lanzó una mirada inquisitiva que la hizo retorcerse. Como no quería que él adivinara cuánto la ponía nerviosa su pregunta, utilizó el humor para esquivarla.

—Por la razón más obvia, Su Excelencia, porque ningún caballero me lo ha pedido nunca.

Por supuesto, había más que eso, pero Leah no tenía intención de convertirlo en un tema de conversación durante la cena. Ya le había contado a Lord Northam mucho más sobre sí misma de lo que había revelado a cualquiera de sus anteriores empleadores.

Ansiosa por cambiar de tema, pensó en uno que seguramente distraería al duque.

—Pensé que íbamos a hablar de los estudios de Kit, no de las desventuras matrimoniales de mis amigas y las mías. ¿Usted está satisfecho con su progreso hasta el momento? Como él no está presente, puedes hablar con franqueza.

Para alivio de Leah, su distracción tuvo éxito.

—Yo le diría lo mismo, esté o no mi hijo aquí, señorita Shaw. Estoy bastante sorprendido de lo rápido que está aprendiendo a leer y hacer sumas. No tenía idea que Kit fuera tan inteligente.

Para entonces ambos habían terminado su sopa. El señor Gibson retiró rápidamente los tazones y luego sirvió el plato de pescado: lenguado de Dover, en salsa blanca sazonada con alcaparras.

Con el tenedor sobre el apetitoso plato, Leah hizo una pausa para hacerle otra pregunta a Lord Northam:

—¿Considera que sus estudios están poniendo a prueba su salud?

El duque dio un mordisco al pescado y lo masticó intensamente durante varios segundos. Eso no era necesario, como descubrió Leah, cuando el primer bocado casi se derritió en su lengua.

Por fin, Su Excelencia habló:

—Sabes perfectamente bien que sus estudios no le han hecho ningún daño a mi hijo. Nunca lo había visto tan bien en... más tiempo del que puedo recordar. Ahora supongo que debo admitir que me equivoqué para que puedas tener la satisfacción de regodearte.

¿Era eso lo que pensaba de ella? Leah sacudió la cabeza en vigorosa negación.

—La única satisfacción que siento es ver que a Kit le va tan bien, y que usted tiene una pequeña oportunidad de descansar, después de todo el tiempo que has pasado cuidándolo.

Todavía quedaba mucho por hacer para darle al niño y a su padre el tipo de libertad que ambos merecían, pero habían tenido un buen comienzo. Leah esperaba que el éxito que habían experimentado facilitara al cauteloso duque dar el siguiente paso, en ese largo camino.

—Nunca guardé rencor por un momento de ese tiempo —reflexionó Su Excelencia en voz alta—. Ahora que tengo más para mí, apenas sé qué hacer con ello.

Leah consumió lo último de su pescado y apenas resistió la tentación de lamer la sabrosa salsa de su plato.

—No debes gastarlo todo en negocios inmobiliarios. Puedes emprender algunas actividades que disfrutes. ¿Qué tipo de cosas a usted le gustaba hacer, antes de tener un hijo al que cuidar?

Su Excelencia consideró su pregunta, mientras el señor Gibson retiraba los platos y servía un lomo de carne.

—Solía disfrutar de la compañía de mi esposa.

Leah hizo una mueca, ante la nota de anhelo en su voz. ¿Podría ser esa parte de la razón por la que había dedicado todo su tiempo y energía al cuidado de su hijo, como una distracción de su pérdida? Ahora que ella lo había liberado de parte de su carga, ¿sentía su antiguo dolor, como si estuviera fresco y crudo? Él se merecía algo mejor.

—¿Qué tipo de cosas les gustaba hacer a usted y a la duquesa juntos? —Intentó no pensar demasiado en la pérdida del duque, del mismo modo que se negaba a dejarse atrapar debido a la lástima por Kit—. ¿Lectura? ¿Jugar a las cartas? ¿Equitación?

—A veces leíamos juntos, aunque a Celia le resultaba aburrido, si eso se prolongaba demasiado. Le gustaba tocar el piano y le encantaba bailar, cuando asistíamos a asambleas en Londres. A ella también le gustaba jugar a las cartas, especialmente apostando, aunque ese no era un pasatiempo que yo quisiera disfrutar.

A Leah le pareció como si la difunta duquesa hubiera disfrutado de pasatiempos sociales más activos, mientras que su marido hubiera preferido actividades más tranquilas y solitarias. No pudo evitar simpatizar con Lady Northam. ¿Había anhelado viajar y saborear las diversiones de Londres, mientras su marido prefería la tranquilidad de su apartada finca? ¿Podría su pequeño hijo haber heredado parte de su inquietud? Quizás sería mejor no insistir en este tema.

—Volviendo a nuestra discusión sobre Kit, señor, me parece que hay una parte importante de su educación que no he podido realizar.

—¿Qué es eso? —El duque pareció agradecerle que hubiera llevado la conversación en una dirección diferente—. ¿Y por qué te has visto obligada a descuidarlo? ¿Hay materiales particulares que necesita? Si es así, prepárame una lista y te los conseguiré de inmediato.

Leah negó con la cabeza.

—No es la falta de materiales lo que me lo impide, Su Excelencia. Supongo que hay mucho papel, bolígrafos y tinta disponibles en Renforth Abbey. Me gustaría que Kit comenzara a practicar su caligrafía y a aprender aritmética más avanzada que le exigirá escribir las ecuaciones. Pero, no puede realizar trabajos escritos en la cama, donde la tinta podría salpicar las sábanas o derramarse sobre la colcha.

Siguió hablando sin apenas respirar por miedo a que el duque la rechazara, antes que tuviera la oportunidad de terminar.

—Sé que Kit es capaz de sentarse. ¿No podríamos instalar un escritorio y una silla en la guardería, donde pudiera recibir sus lecciones?

Concluyendo su petición sin aliento, se preparó para una discusión como las que habían tenido antes. En aquel momento, a ella le encantaban esos desacuerdos, porque inyectaban un poco de emoción a su tranquila existencia en Renforth Abbey. No obstante, ahora rehuía la perspectiva de un intercambio hostil con Su Excelencia.

—Me temo que usted me tiene en desventaja, señorita Shaw. —El duque no parecía tan preocupado como sugerían sus palabras.

—¿De qué manera, señor?

—Al obligarme a admitir que tus sugerencias anteriores no le han hecho ningún daño a Kit, has demolido mis argumentos, antes que pueda exponerlos. Sería perverso por mi parte afirmar lo contrario.

¿Lo había entendido correctamente? Leah apenas se atrevía a tener esperanzas.

—¿Eso significa que usted está dispuesto a hacer lo que le pido, señor?

—No puedo fingir que me resulta fácil correr cualquier tipo de riesgo en lo que respecta al bienestar de Kit. Quizás he sido demasiado cauteloso con su salud, en detrimento de su felicidad. Me has demostrado que si damos pequeños pasos, los beneficios potenciales superan el riesgo de los daños. —El conde asintió vacilante.

—¡Gracias, Su Excelencia!

Menos mal que todo el ancho de la mesa estaba entre ellos. De lo contrario, ella podría haber abrazado al duque, ya que se encontraba muy contenta con su respuesta.

Después de haberlo visto cuidar a su hijo, supo lo difícil que debía ser esta decisión para él. Ella tomó como un raro cumplido que él confiara en ella lo suficiente, como para emprender un curso de acción que debía parecerle tan peligroso.

Por lo tanto, ella debía hacer todo lo que estuviera en su poder para asegurarse que él no se arrepintiera de su decisión.

* * *

A Hayden le sorprendió y conmovió lo mucho que Leah Shaw había llegado a preocuparse por su hijo en los dos breves meses transcurridos desde su llegada a Renforth Abbey.

Mientras observaba a Kit en su escritorio, aprendiendo a formar sus letras, Hayden recordó la sonrisa alegre que había iluminado el rostro de la señorita Shaw, cuando aceptó probar su idea. En ese momento, le quedó claro que ella realmente creía que una mayor independencia era tan vital para los intereses de Kit, como proteger su frágil salud. Por todo lo que había presenciado desde que ella se convirtió en la institutriz del niño, gradualmente se estaba viendo obligado a aceptar sus propuestas y métodos.

Salió de sus pensamientos para encontrar a la institutriz, mirándolo con una sonrisa diferente, a la que le había prodigado durante su primera cena juntos. Puede que esta careciera del brillo del otro día, pero su suave resplandor lo calentaba.

—Su hijo ahora puede escribir todas sus letras, Su Excelencia —anunció con evidente orgullo por el logro de su joven alumno—. También puede formar sus números y escribir su nombre.

—¡Bien hecho, Kit! —Hayden caminó hacia la mesa para revisar el último trabajo escrito de su hijo.

—Aún no es mi nombre completo. —Kit dejó la pluma—. Solo Christopher por ahora. Pero pronto aprenderé el resto.

Sentado ante el escritorio, con papeles y libros esparcidos a su alrededor, Kit parecía cualquier otro colegial de su edad, ocupado en sus lecciones. Solo el gorro de dormir, la bata y

las mantas, envueltas alrededor de sus piernas, sugerían lo contrario. Últimamente, la señorita Shaw había empezado a recomendar que el niño fuera vestido con ropa de día para sus lecciones.

—Estoy seguro que dominarás la escritura de tu nombre completo, antes que yo me dé cuenta. —Hayden le dio una palmada en el hombro a su hijo. ¿Fue su imaginación o el cuerpo del niño se sintió más resistente bajo su mano?—. Tengo gran confianza en tus habilidades. Pero por hoy ya has tenido suficiente tiempo sentado. Déjame acomodarte en la cama y luego podrás leerme una página de *Los viajes de Gulliver*.

—¡Aún no! —Kit cogió el bolígrafo con aire desafiante—. Quiero intentar escribir “Latimer”, primero.

Antes que Hayden pudiera responder, la señorita Shaw habló:

—Tendrás mucho tiempo para practicar tu apellido mañana, Kit. ¡No debes cansarte!

Hayden le lanzó una mirada de gratitud por haber acudido en su ayuda. Desafortunadamente, esto no fue suficiente para persuadir a su hijo, quien deliberadamente mojó su pluma en el tintero y comenzó a escribir.

—No me gusta tanto quedarme en la cama —destacó el niño, mientras intentaba formar una letra L—. Nadie más en Renforth tiene que hacerlo.

Al perder su concentración, intentando escribir y hablando al mismo tiempo, Kit tuvo problemas para redactar a su satisfacción. Probó de nuevo, quedando más frustrado.

Su institutriz volvió a tapar el tintero y lo quitó de la mesa para que no pudiera continuar.

—La gente se queda en cama, cuando está enferma o cansada, y resulta que usted se cansa más fácilmente que la mayoría.

—No, no lo hago —insistió Kit con un ceño amotinado. Luego, arrugó su papel.

—¡Estoy segura que ahora estás demasiado cansado! —replicó la señorita Shaw enérgicamente, mientras recogía los libros y papeles restantes del escritorio hasta dejarlo vacío—. De lo contrario, no estarías hablando de esta manera. Ven ahora, vuelve a la cama conmigo.

Ella miró a Hayden, asintió hacia Kit y después hacia la cama.

—La señorita Leah tiene razón, hijo. —Incluso en medio de esa perturbación, a él le resultó agradable y natural referirse a ella por su nombre de pila—. No querrás enfermarte y perderte las clases por un tiempo.

Deslizó un brazo debajo de las piernas delgadas y rígidas del niño y envolvió el otro alrededor de su torso.

—¡No! —Kit luchó contra el agarre de su padre, mientras Hayden lo levantaba de la silla—. ¡No quiero volver a la cama! No quiero quedarme en esta habitación. ¡Quiero ir a otro lugar!

Cuando su institutriz intentó calmarlo, el niño le arrojó su hoja de ejercicios arrugada, golpeando la nariz de ella, dejándole una raya negra por la tinta que aún no se había secado.

—¡Me tienes encerrado porque te avergüenzas de mí!

A pesar de los mejores esfuerzos de su padre y la institutriz por calmarlo, el niño comenzó a gritar y agitarse.

Hayden temía que pudiera dejar caer a su hijo, o tal vez lo lastimaría, si lo agarraba demasiado fuerte. ¿Eso era lo que había estado haciendo todos estos años sin darse cuenta?

En medio de esta confusión, Hayden fue vagamente consciente que alguien llamaba a la puerta de la guardería. Luego, escuchó que la misma se abrió, y el mayordomo anunció:

—El doctor Bannister... para ver al joven maestro.

La creciente ansiedad y frustración de Hayden disminuyeron al escuchar el nombre del médico. El doctor Bannister había estado en Francia, durante los últimos tres meses. Aunque había hecho arreglos para que uno de sus colegas atendiera a Kit, si era necesario, Hayden temía

que su hijo pudiera contraer alguna enfermedad grave que solo su médico de larga trayectoria pudiera tratar adecuadamente.

—¿Qué es todo este ruido? —El doctor Bannister entró en la habitación, exudando su acostumbrada calma y competencia—. ¿Cuántas veces he subrayado la necesidad de evitar que mi joven paciente se sobreexcite?

—Doctor —Hayden pronunció la palabra como un suspiro de alivio, cuando finalmente logró depositar a su hijo nuevamente en la cama. El sonido de la voz del médico por sí solo acalló lo peor de la lucha de Kit—. Como siempre, has llegado justo cuando más te necesitan.

Fue el doctor Bannister quien trabajó en el ácaro de cera que Celia había soportado, casi en su último aliento. Había frotado el diminuto pecho y las extremidades, había soplado bocanadas de aire en la pequeña nariz y boca hasta que de repente el bebé lanzó un débil llanto. Con cada enfermedad que el médico había ayudado a Kit a sobrevivir, la dependencia de Hayden en él había aumentado.

—Parece que ahora me necesitan. —El doctor Bannister se acercó a la cama y agarró una de las muñecas de Kit. El niño intentó zafarse, pero el médico era un hombre grande y muy fuerte. La resistencia de Kit rápidamente se redujo a lloriqueos trémulos.

Después de pasar un momento contando en silencio el pulso del niño, el doctor Bannister chasqueó la lengua con aire de profunda desaprobación.

—Esto no sirve en absoluto, mi querido muchacho. Te has excitado hasta el punto en que tu corazón late peligrosamente rápido. Si esto empeora mucho, me temo que podría provocarte un ataque.

El pronunciamiento del médico envió un rayo de hielo, que atravesó el corazón de Hayden. Kit había sufrido una convulsión, cuando solo tenía unos meses de edad, y casi murió a causa de ella. Solo el hábil tratamiento del doctor Bannister había salvado al pequeño. En sus pesadillas, Hayden todavía podía ver el pequeño cuerpo de Kit, temblando incontrolablemente. Nunca en su vida se había sentido tan impotente. No podía soportar la idea que su hijo volviera a sufrir así, especialmente ahora que tenía edad suficiente para ser consciente de lo que le estaba pasando.

—Parecía tan bien hace solo un momento. —Hayden acarició la cabeza del niño y miró hacia Leah Shaw en busca de confirmación.

La institutriz de Kit se había retirado, y permanecía en silencio junto a la chimenea. Parecía tan conmovida por el incidente, como se sentía Hayden.

El médico abrió su bolso.

—Como medida de precaución, será necesario administrarle una dosis de calmante.

—¡No! —Kit volvió a agitarse y trató de esconderse bajo las telas de la cama—. Sabe mal... me hace dormir y dormir. ¡No podré hacer mis lecciones!

—¿Lecciones? —El médico destapó una botella y vertió una cantidad de líquido de color oxidado en un pequeño recipiente de metal, que parecía un cruce entre una tetera y un dedal demasiado grande—. ¿De qué está hablando el niño, Su Excelencia?

Hayden no respondió de inmediato porque sabía lo que habría que hacer a continuación y lo temía. Solo la desesperada necesidad de evitar que Kit sufriera un ataque lo obligó a aceptar el menor de dos males.

Ante un gesto del médico, metió la mano debajo de las sábanas y abrazó a Kit. La cabeza y la espalda de su hijo descansaban contra su pecho mientras él rodeaba al niño con un brazo, manteniéndolo quieto. Con la otra mano sujetaba la cabeza de Kit para evitar que la golpeará de un lado a otro.

—Aquí vamos ahora. —El doctor Bannister se acercó con la taza con pico—. Si fuera más

cooperativo a la hora de tomar su medicamento, joven, esto sería mucho más fácil para todos nosotros.

Hayden se preparó para lo que vendría después. El médico iba a forzar el pico del vaso, entre los labios de Kit, y así vertería su contenido. Mientras tanto, él le taparía la nariz al niño para que Kit tragara el medicamento o se ahogara.

Había que hacerlo, pero Hayden lo odiaba.

—¡Detén esto de inmediato! —gritó Leah Shaw, haciéndose eco de las palabras atrapadas dentro de él—. ¿Qué tipo de medicina le estás imponiendo a mi alumno?

Su arrebató hizo dudar al médico y provocó que Hayden relajara su agarre sobre los brazos de Kit. El niño aprovechó al máximo la distracción. Con mayor fuerza de la que su padre había pensado que era capaz, se liberó y le arrebató el vaso de medicina de la mano al doctor Bannister. El contenido se derramó por toda la ropa de cama, tiñéndola de color marrón rojizo, y emitiendo un aroma dulce y especiado con un trasfondo amargo.

El médico pronunció una maldición y se levantó como un gran oso sobre sus cuartos traseros para dirigirse hacia Leah Shaw.

—¡Mira lo que has hecho, mujer tonta! ¿Qué estás haciendo aquí, interrumpiendo el tratamiento de Lord Renforth? ¡Si sufre un ataque, tú tendrás la culpa!

Le apuntó con el dedo índice como si fuera el cañón de una pistola que deseaba disparar.

A pesar de todo lo que Hayden le debía al médico, sus instintos protectores se despertaron en defensa de la dama, que se atrevió a enfrentarse a un hombre poderoso, quien temía que pudiera dañar a su joven alumno.

Antes que ella pudiera responder con algún comentario frívolo, que solo podría irritar aún más al médico, Hayden habló:

—Esta es la señorita Shaw, la institutriz de mi hijo. Todo sucedió tan rápido que temo que ella no entiende que no queremos hacerle daño a Kit. No se preocupe, señorita Shaw... El doctor Bannister sabe lo que está haciendo...

Él le lanzó una mirada que esperaba que la tranquilizara, junto con una súplica de no empeorar la situación.

Si entendió su petición sin palabras, Leah Shaw decidió ignorarla.

—¿De verdad lo sabe? ¿Qué está haciendo el buen doctor, por favor? Por lo que puedo ver, parece estar rompiendo su propia regla de evitar que su hijo se emocione. Si se le puede llamar excitación al terror abyecto.

Este era un tipo de ingenio que Hayden no había oído de ella antes: agudo, negro y calculado para provocar.

El médico estaba aún menos acostumbrado que Hayden, a que se cuestionaran sus acciones. Él respondió en consecuencia.

—No espero que comprenda mis tratamientos, señorita Shaw, ya que la ciencia de la medicina es demasiado compleja para que la comprenda la mente femenina. Si le angustia ver que al niño le han administrado una dosis vital de láudano, le sugiero que salga.

Mientras Hayden observaba al médico de Kit y su institutriz enfrentarse, sintió como si sus brazos estuvieran encadenados a un par de poderosos caballos de carrera, cada uno avanzando en la dirección opuesta. Gracias a la señorita Shaw, su hijo parecía más animado y feliz de lo que había estado en mucho tiempo. Incluso Renforth Abbey parecía un lugar más cálido y luminoso, desde que ella había fijado su residencia allí. Pero, ¿su campaña para permitirle a Kit más libertad le había dado al niño ideas peligrosas?

El doctor Bannister claramente pensaba que sí y Hayden le debía muchas veces la vida de

su hijo al médico. ¿Cómo podía dejar de lado esa obligación, y cuestionar el consejo del médico, que había seguido con tanto rigor durante los últimos siete años?

—¿Láudano? —Leah Shaw hizo una mueca, como si alguien le hubiera metido un frasco del medicamento debajo de la nariz—. ¿Tintura de opio, quieres decir? Puede que no me considere lo suficientemente inteligente para entender lo que hace, señor, pero al menos sé que... ¡no le doy veneno a un niño!

—¿Veneno? —El doctor se burló—. ¡Tonterías! Quizás si tomaras una dosis de vez en cuando no serías propensa a tener ataques de histeria, jovencita.

—¿Ve-eneno? —Kit gimió, girándose para hundirse en el abrazo de su padre—. ¡P-por favor no dejes que me dé veneno, papá! Seré bueno, lo prometo. ¡Ya no me emocionaré más!

—Silencio ahora. —Hayden abrazó a su hijo—. No dejaré que nadie te envenene.

—Ahora, ¿ves lo que has hecho? —El doctor Bannister le gruñó a la institutriz de Kit—. Has asustado al niño sin ningún motivo. Después de esto, será el doble de difícil administrarle la dosis.

Avanzó hacia Leah Shaw y la tomó del brazo. Ella se lo arrancó, antes que él pudiera agarrarlo adecuadamente.

—¿Qué crees que estás haciendo? —No se acobardó ante el médico, aunque él casi le doblaba en tamaño—. ¡No te atrevas a ponerme las manos encima!

—¡Tengo la intención de acompañarte afuera! —gruñó el médico—. Antes que hagas más travesuras. Si eso significa que debo recogerte y echarte, ¡que así sea!

Hayden no tenía dudas que el doctor Bannister intentaría llevar a cabo su amenaza. ¿Y qué podría hacer Leah Shaw para impedir tal ataque a su libertad? Fuera lo que fuese, no sería bueno para ninguno de los dos, ni para el niño asustado en brazos de Hayden.

—¡Doctor, no! —Gritó, cuando el médico pareció listo para atacarla—. Eso no será necesario.

Ambos se volvieron para mirarlo boquiabiertos de una manera que podría haber resultado cómica, en otras circunstancias.

—Pero, Su Excelencia... —protestó el médico.

—Señorita Shaw —suplicó Hayden—. ¿Podría disculparse?

—No hasta que tenga tu palabra que no permitirás que este hombre le administre a Kit ese brebaje asqueroso. —Sus ojos brillaron con el justo desafío de un mártir dispuesto a llegar a cualquier extremo por su causa.

Otro hombre podría haberle dicho lo que ella quería oír para asegurar su cooperación, pero Hayden no se atrevió a mentirle.

—Prometo que no tomaré tal medida hasta que haya considerado cuidadosamente su acusación.

El doctor Bannister frunció el ceño, lo que hizo que Hayden se diera cuenta de lo alarmantes que sus espesas cejas negras y sus rasgos marcados podrían parecerle a un niño pequeño.

—Seguramente, no va a permitir esta peligrosa tontería, Su Excelencia.

Por primera vez en siete años, Hayden se negó a aceptar el consejo del médico como ley. Era un sentimiento inquietante, pero extrañamente liberador al mismo tiempo.

—Le aseguro, doctor, que cuando se trata del bienestar de mi hijo me tomo muy en serio estas tonterías.

¿El duque estaba preparado para escucharla?

Oleadas de sorpresa, alivio y gratitud azotaron a Leah. Para ella estaba claro que el gran y ceñudo ogro, que era médico, estaba acostumbrado a imponer su voluntad a todos en Renforth Abbey. ¿Fue él quien convenció al duque que había que envolver a Kit en algodón, como si estuviera hecho de vidrio hilado, en lugar de carne y hueso?

Eso habría sido bastante malo, pero la idea de drogar a un niño, para someterlo, era una de las cosas más aborrecibles que Leah podía imaginar.

El duque retrocedió para mirar a su hijo a los ojos.

—Ahora Kit, debo hablar con el doctor Bannister y la señorita Shaw. El señor Gibson traerá a Tilly para que se siente contigo, pero debes prometer que descansarás tranquilamente, mientras no estemos. ¿Puedes hacer eso por mí?

El susto que había sufrido y la amenaza que le administrarían medicamentos, a la fuerza, parecían haber sacado al niño de su desafío anterior.

Él asintió dócilmente y dijo:

—Sí, papá.

A Leah le indignó ver a un niño intimidado para que obedeciera. Había visto suficiente de eso en la escuela Pendergast para toda la vida: espíritus jóvenes aplastados por el acoso. Les podría haber pasado a Hannah y Grace, tal vez incluso a ella, si no fuera por el apoyo moral que les había brindado su círculo de amigas. Debía darle a Kit algo de ese mismo estímulo.

No obstante, ¿y si el doctor Bannister insistiera en que la despidieran de Renforth Abbey? Estaba claro que él ejercía una poderosa influencia sobre el duque y quería que ella se fuera. ¿Podría su incipiente alianza con Su Excelencia tener alguna posibilidad de prevalecer contra eso?

Tras conseguir el consentimiento de su hijo, Lord Northam hizo un gesto con la cabeza al mayordomo, que había permanecido en silencio junto a la puerta, desde que anunció la llegada del médico. Ahora Gibson se apresuró a ir a buscar a la niñera.

Mientras esperaban a Tilly, el duque volvió a acomodar a Kit en la cama y el médico llenó su bolso con movimientos violentos, y murmuró en voz baja. Leah intentó llamar la atención del niño y finalmente lo logró. Ella hizo una mueca en una divertida imitación del feroz ceño fruncido del médico. Una pequeña sonrisa subversiva torció los labios del niño, pero desapareció rápidamente, antes que su padre o el médico tuvieran oportunidad de darse cuenta.

Por fin apareció Tilly, bastante nerviosa. Leah estaba segura que el señor Gibson debió informarle de todo lo que había sucedido en la guardería. El duque explicó que quería que ella se sentara con su hijo, como de costumbre, y que debería llamarlo de inmediato, si Kit se enojaba o sobreexcitaba.

Luego, miró al doctor Bannister y a Leah, asintiendo hacia la puerta. El médico se alejó de inmediato, mientras Leah se quedaba atrás. Lord Northam le indicó que fuera delante de él. Envueltos en un frágil silencio, los tres bajaron al salón.

Cuando llegaron allí, el duque se dirigió al médico de Kit.

—¿Puedo ofrecerle un refrigerio?

—Me vendría bien un reconstituyente después de ese miserable asunto. —El médico frunció el ceño a Leah, que apenas pudo resistir la tentación de sacarle la lengua, como una colegiala traviesa.

En cambio, ella se dirigió a él, en un tono de fingida solicitud:

—Doctor, usted parecía bastante sobreexcitado hace un momento... Quizás a usted le vendría bien una generosa dosis de láudano.

¡De toda esa maldita impertinencia! —tronó—. Su Excelencia, ¿permitirá que una sirvienta de su casa se dirija a mí de esa manera?

Antes que el duque pudiera ordenarle que se callara o, peor aún, le pidiera que se disculpara con este gran matón, Leah estaba decidida a darle un último golpe.

—¿Qué tiene de objetable mi sugerencia, por favor? Si la tintura de opio es un medicamento inofensivo, ¿por qué no deberías tomarla tan rápidamente, como lo haces para administrársela a tus pacientes?

Esa era una habilidad que había dominado en la escuela: hacer las preguntas más escandalosamente directas, en un tono de fingida inocencia, con el suficiente toque burlón para dejar en ridículo a las figuras de autoridad. Tales comentarios eran responsables de la mayoría de las cicatrices en sus palmas, pero valió la pena cada latigazo para afirmar que sus pensamientos y palabras aún eran libres.

Su actual pregunta provocó en el médico un frenesí de ira. Con un grito mudo de irritación, levantó la mano para golpearla. Leah se armó de valor para afrontar el golpe, como lo había hecho con tantos otros, mostrándose desafiante e inquebrantable.

Aunque antes que el mismo pudiera aterrizar, el duque se interpuso entre ella y el médico.

—Usted se olvida de sí mismo, señor. ¡No toleraré tal comportamiento en mi casa!

Parecía como si estuviera a punto de salir humo de los oídos del doctor Bannister.

—Sin embargo, permites que esta... criatura... me insulte impunemente, después de todo lo que he hecho por tu hijo.

—¿Por él o por usted? —La pregunta surgió, antes que Leah pudiera evitarla.

El duque se dirigió a ella:

—Eso será suficiente por su parte, señorita Shaw. Atormentar al médico de Kit, un huésped en mi casa, no ayuda a mejorar la situación.

Sus modales eran controlados y su voz sonaba con una autoridad moral, que inspiraba el respeto de Leah.

De repente, ella se sintió avergonzada de sí misma por haber incitado deliberadamente al médico.

—Sí, Su Excelencia. Doctor, le pido disculpas si lo he ofendido. Mi problema no es con usted, sino con la medicina que dispensas. He visto sus efectos y creo firmemente que es una cura peor que la enfermedad.

—¡Tonterías! —El médico resopló. Aunque había recuperado el control de sí mismo, parecía resentir la disculpa de Leah tanto como su burla anterior.

—Doctor... —el duque habló en tono de advertencia—. Creo que le debemos a la señorita Shaw... escuchar lo que tiene que decir... Continúa, querida. Dijiste que el láudano es veneno. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo sabes de sus efectos?

Sus preguntas parecieron paralizar la lengua de Leah. Ya había sido bastante difícil hablar de su época en la escuela Pendergast. Pero eso había salido a borbotones, casi antes que pudiera detenerse. Ahora, responderle al duque requeriría un esfuerzo consciente para revelar un episodio aún más doloroso de sus primeros años de vida. Por difícil que fuera decírselo a Lord Northam, hablar de ello, en la presencia hostil del médico, la dejaría insoportablemente expuesta y vulnerable.

Sin embargo, si esta podía ser su única oportunidad de evitar que drogaran a Kit, ¿qué opción tenía?

Capítulo siete

Leah Shaw había estado lo suficientemente ansiosa por hablar, cuando Hayden deseaba que ella se callara. Ahora que le había pedido que se explicara, la institutriz de Kit pareció repentinamente reticente. Ella pareció dudar entre responder o no a su pregunta.

El médico no estaba de humor para tener paciencia.

—¡Vamos, mujer! Responde a Su Excelencia. En verdad, señor, no puedo imaginar qué lo impulsó a contratar a alguien tan descortés.

Hayden le lanzó una mirada de advertencia, pero las palabras del médico parecieron superar la desgana de la señorita Shaw.

—Le hablé de mi abuela, Su Excelencia. A pesar de su ceguera, pudo salir adelante con mi ayuda y llevar una vida plena. Incluso después que se volvió reumática, nos las arreglamos bastante bien. Luego, un invierno, un médico bien intencionado le dio tintura de opio para aliviar sus dolores y molestias.

Hayden se dio cuenta de lo difícil que fue para la señorita Shaw revelar esta parte de su pasado. Su habitual ligereza y rebeldía la habían abandonado. Parecía expuesta de una manera, que lo hacía sentir a él, más protector que nunca hacia ella. Deseó que el doctor Bannister no estuviera presente para poder ofrecerle una palabra o un gesto de tranquilidad.

Era evidente que el médico no sentía tanta simpatía hacia ella.

—El láudano es un tratamiento perfectamente razonable para la dolencia que mencionas.

—¡Déjela terminar! —espetó Hayden.

Leah Shaw dejó en claro que no necesitaba que él la defendiera.

—¿Era razonable que mi abuela pasara más tiempo en el estupor por la medicina y menos viviendo su vida? ¿Era razonable que ansiara cada vez más esas cosas repugnantes y sufriera cuando la privaban de ellas? Después de su muerte, escuché a una vecina decir que mi abuela había tomado demasiado, y eso la había matado. ¿Usted niega que eso pudiera haber sucedido?

—Los medicamentos deben tomarse en la dosis adecuada. —El médico estaba a la defensiva—. Cualquier sustancia tendrá efectos nocivos, si se consume en cantidades excesivas.

La señorita Shaw asintió sombríamente, como si hubiera confirmado sus sospechas.

—Yo llamaría veneno a cualquier sustancia capaz de causar la muerte y otros efectos nocivos similares.

El médico empezó a fanfarronear.

Hayden lo ignoró.

—Gracias, señorita Shaw... Me gustaría hablar en privado con el doctor Bannister ahora, si fuera tan amable de ir a ver cómo está mi hijo.

La institutriz de Kit parecía no poder decidir si estaba ansiosa o esperanzada. Esperaba que su tono de voz pudiera tranquilizarla.

—Muy bien, Su Excelencia. —Hizo una respetuosa reverencia y luego se retiró, aunque Hayden sintió que ella tenía curiosidad por saber qué quería decirle el médico de Kit.

Una vez que ella se hubo ido, el médico se dejó caer en la silla más cercana con una fuerte exhalación.

—¡Gracias al Cielo que esto ya terminó! Cuanto antes desestimes a esa criatura impertinente, mejor será para todos nosotros.

Semejantes críticas a Leah Shaw hicieron que la columna de Hayden se pusiera rígida.

Cruzó los brazos a la espalda.

—¿Está usted expresando una opinión médica o personal?

—Ambas. —El médico soltó una risa áspera, que sonó casi amenazadora—. Seguramente, no puedes tener ninguna intención de mantenerla aquí, después de esa absurda exposición.

—¿Es cierto que la medicina que usted le ha dado a mi hijo es capaz de causarle la muerte?

—Como dije, cualquier sustancia en cantidad excesiva...

—¿Es verdad? —exigió Hayden—. ¿Sí o no?

—No en la dosis que le doy al niño. Se necesitaría diez veces más para ser letal.

Hayden tuvo que ejercer todo su autocontrol para no tambalearse. No quería creerlo, pero el médico no podía negar la acusación de la señorita Shaw. Hayden se vio obligado a reconocer que había ayudado a someter a su hijo, para que el doctor Bannister pudiera administrarle un medicamento capaz de matar a Kit.

—¡Sal de mi casa! —Obligó a su mandíbula apretada a moverse para poder pronunciar las palabras.

—Pero, Su Excelencia —protestó el médico, levantándose de su asiento—. Usted debe saber que nunca permitiría que el niño sufriera ningún daño. Piense en todo lo que he hecho, en varios años, para mantenerlo con vida.

Acaso, ¿eso era vivir? A Hayden le pareció oír a Leah Shaw desafiar la defensa del médico. Antes que ella llegara a Renforth Abbey, él nunca había cuestionado los edictos del doctor Bannister. Sin embargo, ella lo había obligado a reconsiderar sus suposiciones de larga data sobre qué era lo mejor para Kit.

Con dificultad, el duque intentó dominar su ira hacia el médico de Kit. Poner toda la responsabilidad sobre otros hombros no lo eximiría de las decisiones que había tomado.

—¡Su tratamiento representa un riesgo inaceptable para mi hijo! Todo este tiempo confié en que usted estaba haciendo todo lo que estaba a su alcance para salvaguardar su salud. Sin embargo, mientras estuviste fuera, Kit mejoró más en cuerpo y espíritu de lo que jamás lo había visto.

La expresión del doctor se endureció.

—Si lo que dices es cierto, no es todo lo que ha cambiado en Renforth Abbey durante mi ausencia.

—¿Qué estás insinuando? —insistió Hayden—. ¡Dígalo!

—Has estado bajo la influencia de esa institutriz. —Los labios del médico se curvaron—. Supongo que no se te puede culpar. Ella es joven y bastante atractiva a su manera, y tú has estado solo durante muchos años. Ha utilizado al niño para insinuarse contigo, complaciendo todos sus caprichos, por peligrosos que sean. Debo advertirle que no permita que continúe con una práctica tan peligrosa.

—¡Tonterías! —Hayden intentó ignorar un estremecimiento traicionero, que provenía desde algún lugar, muy dentro de él—. La señorita Shaw no tiene ningún interés en mí. ¡Apenas tolera mi compañía! Solo accedió a permanecer en Renforth Abbey por el bien de Kit, no más de un año.

Todo eso era perfectamente cierto, pero no podía negar que Leah Shaw le parecía más que atractiva. Y últimamente se había vuelto más consciente de la soledad de la que había tratado de escapar, dedicándose al cuidado de su hijo. ¿Era posible que su creciente aprobación hacia la institutriz de Kit hubiera comenzado a influir en su actitud sobre lo que era mejor para su hijo?

¿Qué pasaría si ella, al igual que el médico en el que había confiado durante tantos años, estuviera equivocada?

* * *

La respiración de Leah se volvió rápida y superficial, cuando salió del salón y cerró la puerta detrás de ella. Tantas emociones intensas y conflictivas se agitaban en su interior. Temía que pudieran salir en ráfagas, provocando un violento derrame de lágrimas. Por mucho que odiara admitirlo, tal vez el médico no estaba del todo equivocado acerca de los efectos nocivos de demasiada excitación.

¡Una cosa que sabía con certeza era que odiaba sentirse así! Hacía que su corazón pareciera tan precariamente abierto. Preferiría ocultar sus sentimientos, detrás de una broma escandalosa, o desahogarlos con una carcajada. Pero después de su entrevista con el duque y el médico de Kit, le resultó imposible montar alguna de sus defensas habituales.

Contarles a los dos hombres cómo su amada abuela había sido destruida, por el remedio destinado a aliviarla, contribuyó a despertar recuerdos dolorosos, que Leah se había esforzado por olvidar durante años. Ahora, anhelaba el tipo de abrazo reconfortante que alguna vez había recibido de Grace Ellerby o Rebecca Beaton. Sin embargo, todas sus amigas estaban muy lejos. En lugar de eso, se preguntó cómo se sentiría al recibir semejante gesto de consuelo por parte de Lord Northam.

La idea la sorprendió.

El duque era su jefe, no su amigo, se reprendió Leah a sí misma, con tanta severidad como lo habían hecho alguna vez sus maestros. Sin embargo, no pudo ahogar un susurro burlón, en el fondo de su mente. Le recordó que varios de los maridos de sus amigas habían sido sus empleadores.

Leah reaccionó tan violentamente, ante esa idea, como el doctor Bannister frente a sus burlas. ¡No quería ninguna relación más estrecha con el duque ni con ningún otro hombre! A pesar de lo complacida que estaba de ver a sus amigas tan felices con sus nuevas familias, no tenía más interés que nunca en el matrimonio. Después de todo, era una institución, y las instituciones fueron diseñadas para limitar la libertad de un individuo por el bien colectivo. Había prometido no volver a someterse nunca más a ese tipo de régimen.

El murmullo de voces en el salón se hacía cada vez más intenso, aunque Leah no podía entender lo que hablaban el duque y el médico. Anhelaba pegar la oreja a la puerta, y escuchar a escondidas su conversación, como lo había hecho, a veces en la escuela, para horror de sus amigas. ¿Le estaba diciendo Su Excelencia al doctor Bannister que ya no permitiría que le administraran opiáceos a su hijo? ¿O estaba considerando las exigencias del médico de despedirla? El doctor Bannister se habría sentido como en casa entre el personal de la escuela Pendergast.

Una oleada de gratitud hacia el duque surgió dentro de Leah, al recordar cómo él había insistido en que se escuchara su voz, y por la forma en que se había colocado entre ella y la mano levantada del médico. Todo lo que él le había pedido, a cambio, era que ella fuera a la guardería de su hijo. Su conducta reciente la había persuadido más que nunca que le debía su cooperación. Además, después de la aterradora experiencia que Kit había soportado hoy, él necesitaría su consuelo y guía.

Estimulada por esos pensamientos, corrió a la guardería, esperando que su tiempo como institutriz de Kit no se acortara.

— Tilly... ¿Cómo ha estado? —le susurró a la niñera, señalando la cama.

—Silencioso como un ratón, señorita —respondió la muchacha—. Le pregunté si quería que fuera a buscar alguno de sus juguetes, pero simplemente negó con la cabeza sin decir una palabra.

Leah se preguntó si toda la agitación cansó al niño y lo había dejado dormido. No obstante, cuando ella se acercó a la cama, él la miró con ojos muy abiertos y preocupados. Su joven alumno podría estar callado, pero ella podía ver que él estaba lejos de estar tranquilo.

Ella se acomodó en la cama junto a él.

—¿Te leo un rato o prefieres leerme a mí?

Kit ignoró su pregunta. En cambio, en un susurro aterrorizado, lanzó su propio mensaje:

—¿Qué dijo papá? ¿Va a dejar que el médico me envenene con esa medicina para dormir?

Su voz ahogada y su mirada afligida golpearon la conciencia de Leah. ¿Qué la había poseído para usar esa palabra delante de un niño de su edad? No era de extrañar que hubiera estado tan callado todo este tiempo, sofocado por el terror que su padre y el médico estuvieran conspirando para acabar con él.

—Nadie te va a envenenar. —Ella envolvió sus brazos, alrededor de su joven alumno, y apoyó su cabeza contra su hombro—. No debería haber dicho eso sobre la medicina del médico... No apruebo su uso, especialmente en alguien de tu edad, ¡así que me dejé llevar! Debes saber que tu papá nunca haría nada que pensara que podría hacerte daño. Significas todo para él... Todo lo que hace es por ti...

El niño dejó escapar un largo y tembloroso suspiro, y Leah sintió que los músculos fuertemente apretados de su delgado cuerpo comenzaban a relajarse en su abrazo.

Estaba a punto de felicitarse por haber disipado sus temores, cuando él cuestionó su seguridad.

—Si eso es cierto, ¿por qué papá me impide hacer tantas cosas que quiero? Me siento como Gulliver, cuando al principio estaba todo atado en Lilliput.

¿Esto también fue culpa suya? Una punzada de culpa pinchó la conciencia de Leah. En su búsqueda por asegurar más libertad para Kit, ¿lo había hecho sentir descontento y resentido con su padre, quien lo amaba tanto?

—Entiendo. —Acarició el fino cabello oscuro del niño con una caricia reconfortante—. Pero, en realidad esto se parece más a cuando la reina de Brobdingnag guardaba a Gulliver en su pequeña caja de viaje. Quizás hubiera querido salir e ir a donde quisiera, pero había muchos peligros para él, en ese mundo. Uno de los gigantes podría haberlo pisoteado por accidente. O podría haberse ahogado en un charco.

—Aún así se dejó llevar por el mono —argumentó Kit, mostrando sus ánimos habituales—. Y tuvo que luchar contra las avispas, pero se las arregló bastante bien. Además, no soy pequeño como Gulliver. No hay peligro que nadie en Renforth Abbey me pise.

—Eso es verdad. —Leah se permitió una risita para aligerar el ambiente—. Pero, hay otros peligros que tu padre teme porque tu constitución no es fuerte y tus piernas no funcionan como deberían. Cuando empezaste a comportarte así, hace un tiempo, él temió que pudieras sufrir un ataque, que podría haberte perjudicado mucho. Estaba tan desesperado por evitarlo que se aferró a cualquier medida, incluso a una que pudiera haber sido... excesiva.

—No pude evitar enfadarme —dijo Kit, aunque Leah percibió una nota de vergüenza en su voz—. Papá me provocó. No me deja hacer lo que quiero.

—No siempre podemos salirnos con la nuestra en todo. —Cuando salieron las palabras, Leah se sorprendió al darse cuenta que se estaba haciendo eco de uno de sus maestros de la escuela Pendergast, pero en un tono más suave—. También tenemos que considerar a los demás. ¿Qué pasaría si la cocinera decidiera que no tiene ganas de prepararte la cena, o si a la fregona le apeteciera dormir hasta tarde, en lugar de encender el fuego por la mañana? La vida podría ser más agradable para ellos, pero no para ti... ¿no?

Kit reflexionó sobre esa idea, que tal vez nunca se le había ocurrido antes. Luego, su cabeza rozó el hombro de Leah, mientras lo sacudía de un lado a otro.

—La libertad no es ser completamente libre —continuó, esperando que Kit fuera lo suficientemente inteligente como para captar una idea, que ella misma se había resistido a comprender hasta que fuera mucho mayor—, tiene un precio de autocontrol y responsabilidad. Si quieres que tu padre te conceda más libertad, debes demostrarle que eres capaz de controlar tu comportamiento, incluso cuando no te salgas con la tuya. ¿Crees que puedes hacer eso?

Kit lanzó un suspiro, sugiriendo que sabía que eso no sería fácil.

—Lo intentaré.

—Espero que lo hagas. —Leah se esforzó por parecer segura que él tendría éxito, aunque estaba lejos de estar segura. Ella sintió la creciente frustración del niño, debido a las restricciones impuestas por su padre. La costumbre del duque de ceder ante Kit en todo, excepto en su deseo de mayor libertad, había hecho que el niño no estuviera acostumbrado a ejercer ningún autocontrol—. ¿Recuerdas cómo Gulliver mantuvo la calma y siguió las reglas, que le impuso la gente de Lilliput? Podría haberse enfurecido y causado estragos en su isla para salirse con la suya. ¿Qué crees que pudo haber pasado, entonces?

Kit se apartó de su abrazo, con la frente arrugada y los ojos brillantes con el tipo de interés que solía mostrar durante sus lecciones.

—Podrían haberle disparado con sus flechas y haberlo atado de nuevo. Y algunos de los liliputienses podrían haber resultado heridos, en esa lucha.

—Creo que tienes razón. —Leah se preguntó si su alumno podría responder a una instrucción más formal sobre conducta adecuada—. Pero, al demostrarle al rey que podía mantener la calma y actuar responsablemente, Gulliver pudo ganarse su confianza y asegurarse una mayor libertad.

—Yo lo haré. —La boca de Kit formó una línea resuelta que a Leah le recordó a su padre—. Gulliver era inteligente y valiente. ¡Quiero ser como él!

Inmediatamente, se abrió la puerta y entró el duque. Parecía agobiado por las pesadas preocupaciones, tal como las tenía, cuando Leah llegó a Renforth Abbey. En ese momento, ella se había mostrado antagónica, lo que se había sumado a sus problemas. Ahora, el corazón de ella estaba con él y anhelaba aliviar sus problemas, si eso era posible.

Él debió haber escuchado las últimas palabras de su hijo porque preguntó:

—¿A quién deseas emular? ¿A mí?

Fue una broma bastante incómoda, pero Leah apreció su intento de calmar la tensión que persistía entre los tres.

Cuando Kit se apartó de su padre con una mirada ansiosa, que sabía que debía entristecer al duque, ella acudió en su ayuda.

—Su hijo hará bien en seguir su ejemplo, señor. Pero, en este caso se refería al señor Gulliver. Espera ejercer el tipo de autocontrol que tenía el personaje, cuando enfrentó muchos desafíos.

—Un buen ejemplo a seguir. —Su Excelencia asintió pensativamente y se sentó con cautela en el borde de la cama, como si temiera que Kit pudiera estallar en otra rabieta, si él se acercaba demasiado.

—Papá —dijo el niño. Su tono débil y asustado contrastaba marcadamente con su reciente confianza—. ¿Dónde está el doctor Bannister? ¿Vendrá a darme ese venee... medicina?

Esa ansiosa pregunta también ocupaba un lugar preponderante en la mente de Leah. ¿Qué haría si el duque decidiera ignorar sus súplicas? ¿La amenazaría para que abandonara Renforth

Abbey? Por lo poco que Leah intuía, ella pensaba que el médico de Kit había logrado persuadir a Su Excelencia para que la despidiera.

Para su abrumador alivio, el duque lo negó con la cabeza.

—El doctor Bannister se ha ido y espero que no regrese. Empezaré a buscar un nuevo médico para atenderte... uno que nunca traerá ese tipo de medicina a mi casa.

—¡Gracias, papá! —Kit se lanzó hacia su padre, quien abrió los brazos para abrazar al niño —. ¡Gracias, gracias!

Mientras el duque acunaba a su hijo con tan evidente afecto, Leah recordó su fugaz deseo de buscar consuelo en sus fuertes brazos. Cuando él levantó la vista, ella le dedicó una amplia y cálida sonrisa, que esperaba comunicara su gratitud, admiración y algunas de las otras emociones complicadas, que él le inspiraba.

Pero estas no eran todas. Ella no quería que él vislumbrara signos de otros sentimientos, que también lo confundirían y alarmarían.

* * *

—Kit no me debe su gratitud por enviar lejos al doctor Bannister —aseguró Hayden a la institutriz de su hijo, durante la siguiente oportunidad que tuvo para hablar en privado con ella—. Usted tampoco, señorita Shaw.

Unos días después del perturbador enfrentamiento, Kit finalmente se había adaptado lo suficientemente bien, como para que su padre y su institutriz pudieran cenar juntos, después que él se fuera a dormir.

—La verdad es que le debo una disculpa a mi hijo. —Hayden se concentró en su plato para evitar la mirada franca y perspicaz de Leah Shaw—. Nunca debí haber dejado que Bannister le administrara láudano.

No podía olvidar la vívida sonrisa que la señorita Shaw le había ofrecido cuando todo terminó. Su rostro radiante parecía prometer que, a pesar de su terrible error, todo volvería a estar bien. Comunicaba admiración y confianza, regalos intangibles pero invaluable, que él había hecho muy poco para merecer. Se sintió aún más indigno de considerarla, cuando recordó la clínica advertencia del médico, que podría estar utilizando a Kit para insinuarse con él. No pudo evitar preguntarse si eso podría ser cierto.

—No sabías el daño que podría causar. —La institutriz de Kit parecía dispuesta a disculpar sus acciones más fácilmente que él—. Y debiste haber creído que era lo mejor para Kit, en ese momento. Puede que no siempre esté de acuerdo con tus decisiones, pero ya no dudo que usted se preocupa por los mejores intereses de su hijo. El doctor Bannister es quien debería haberlo sabido mejor. Se aprovechó de tu confianza. No debes culparte a ti mismo.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. —Hayden no pudo resistirse a mirarla, admirar su vivaz belleza y disfrutar de su simpatía—. Si algo he aprendido desde que nació mi hijo es que ser padre significa cuestionar cada elección que hago, y siempre tener miedo de haber tomado la decisión equivocada. El doctor Bannister siempre pareció tan seguro que su camino era el correcto. Sus tratamientos parecieron rescatar a Kit de las puertas de la muerte, en más de una ocasión.

Algo poderoso le impulsó a justificar su fe en el médico. Hayden le contó a Leah Shaw sobre la noche del nacimiento de Kit y el momento en que sufrió la convulsión.

—Supongo que era más fácil confiar en su criterio que en el mío —él concluyó—. Seguir su consejo me absolvía de la responsabilidad final.

—Quizás —respondió ella en un tono suave—. Pero, cuando descubriste la verdad, lo

despediste. Sé que no puede haber sido fácil para usted, pero creo que el tiempo demostrará que fue el camino correcto. Ahora que ya no se siente obligado a seguir todas las órdenes del médico, ¿puedo esperar que afloje algunas de sus restricciones sobre Kit? ¿Quizás incluso permitirle un poco de emoción en su vida?

La encantadora curva de sus labios y el brillo dorado en sus ojos color avellana eran casi irresistibles, pero Hayden no pudo purgar por completo las sospechas venenosas que el doctor Bannister había sembrado en su mente.

—¿Quieres que siga ciegamente tu sistema como lo hice con el del médico? Sé que usted cree que es la forma correcta de criar a mi hijo, pero él estaba igualmente seguro. ¡No deseo cometer el mismo error dos veces!

Pensó que la institutriz de Kit podría reaccionar enojada y arruinar su agradable cena, discutiendo ese punto.

Para su sorpresa, ella recibió su pronunciamiento con una risa que solo contenía una leve nota de arrepentimiento.

—Debería haber sabido que no podría ser tan fácil. Aún así, le advierto que seguiré abogando por una mayor libertad para su hijo.

Hayden no pudo evitar que las comisuras de su boca se elevaran poco a poco.

—No esperaría menos de usted, mi querida señorita Shaw. De hecho, si te detuvieras, podría sospechar que una impostora ha ocupado tu lugar en Renforth Abbey. Por ahora, ¡dejemos el asunto en paz! Una vez que hayamos terminado de comer, permítame guiarla en un recorrido por el gran salón. Antiguamente fue la sala capitular de la orden del Císter, cuando este lugar era una abadía.

Ella asintió con entusiasmo.

—Lo espero con ansias, Su Excelencia. Por muy satisfactorio que encuentro mi trabajo con su hijo, debo confesar que el tiempo durante mis horas libres a veces pesa mucho sobre mis manos.

Hayden sintió que ella no estaba expresando una queja, sino más bien su agradecimiento por la diversión que le ofrecía. No obstante, le preocupaba saber que ella no estaba contenta en Renforth Abbey.

Capítulo ocho

Esto podría ser un proceso lento, aunque ella estaba progresando para darle más libertad a Kit. Leah disfrutó de una creciente sensación de logro, a medida que el otoño cubría de dorado la campiña de Somerset.

A pesar de la advertencia del duque, que pensaba continuar con su proceder cauteloso, ya no él parecía tan intratable. Leah había descubierto que si se actuaba lentamente y le daba un poco de tiempo para considerar cada nueva solicitud, él a menudo la aceptaría. Si Su Excelencia parecía más resistente de lo normal, ella contraatacaba, pidiéndole algo que sabía que él consideraría escandaloso. Después que él se rebelara, ella se ofrecería dulcemente a conformarse con una concesión menos drástica: la misma a la que él se había opuesto antes.

Esta manera de negociar le había dado a Kit la oportunidad de almorzar y tomar el té en la mesa con Leah. El duque había permitido que se añadieran varios elementos nuevos a la dieta de su hijo. Cuando vio con qué entusiasmo Kit consumía lo que él llamaba “comida real”, y cómo el niño comenzaba a poner carne en su delicado cuerpo, Lord Northam pronto retiró sus objeciones a todos los platos, excepto a los más ricos.

La última campaña de Leah fue sacar a Kit de su guardería de vez en cuando.

Una noche, cuando el duque la llevó a recorrer la galería East Range, donde se encontraba un tesoro escondido de bellas pinturas, aprovechó la oportunidad para plantear el tema.

—Renforth Abbey es una casa magnífica. Parece una pena que su hijo no pueda ver más de esto. Le describí su biblioteca y me dijo que le gustaría mucho verla. Ojalá pudiera llevarlo para darle algunas de sus lecciones allí.

—Quizás en primavera —respondió el duque, que últimamente había comenzado a posponer sus peticiones, con más demoras, en vez de dar una negativa total—. Por muy buena que sea una biblioteca, debes admitir que no está bien climatizada. No me gustaría que Kit se resfriara.

Él tenía razón, Leah se vio obligada a admitirlo. Quizás para proteger los libros del peligro de un incendio, la biblioteca solo tenía una pequeña chimenea. Pero si a Kit no se le permitía bajar hasta la primavera, su progreso se detendría, y quedaría mucho más por hacer, antes que ella abandonara Renforth Abbey.

—Puede ser que eso sea lo correcto. —Intentó suavizar la objeción del duque, aceptando su planteamiento—. Tal vez, es mejor que siga recibiendo lecciones en la guardería, y luego llevar a Kit a dar un paseo, en carruaje, por la tarde. El aire fresco le vendría bien y sé cuánto disfrutaría con un cambio de ambiente.

Ella se preparó para una explosión del duque, aunque estaba segura que él no expresaría hostilidad, sino preocupación por su hijo. En cambio, para su sorpresa, él respondió con una risita levemente burlona.

—Sé lo que usted está tratando de hacer, mi querida señorita Shaw. ¡Debo advertirte que esta vez no funcionará!

El uso por parte de Lord Northam de la broma convencional, al decir “mi querida”, puso nerviosa a Leah hasta un grado ridículo, como ocurría cada vez que él se dirigía a ella de esa manera. Apartando el rostro para ocultar un estúpido rubor, fingió examinar un vasto lienzo de Canaletto. Se dijo a sí misma que el duque no quería decir nada con eso, incluso si parecía usar esas palabras en particular con más frecuencia últimamente. Y si su voz parecía calentarse y

suavizarse, cuando las decía, debía ser un molesto truco de su imaginación.

—¿Qué no funcionará? —Ella fingió que era una persona inocente—. ¿Qué supones que estoy tratando de hacer?

Él se rió de nuevo con un sonido que la envolvió como una capa de terciopelo.

—Sabes perfectamente a qué me refiero y debería haber reconocido tu estrategia antes. Esperas que me horrorice tanto por la idea que Kit vaya a dar un paseo en carruaje, que inmediatamente aceptaré el mal menor de las lecciones en la biblioteca.

Leah volteó para mirarlo, aunque no estaba segura que el sonrojo se hubiera desvanecido por completo de sus mejillas.

—Me niego a admitir que cualquiera de las ideas que propuse sea mala. ¿Alguna de mis sugerencias anteriores le ha hecho daño a Kit?

El duque pensó por un momento, y su anterior sonrisa triunfante se volvió cada vez más arrepentida.

—Todavía no, aunque hay una primera vez para todo, y realmente creo que será mejor para Kit quedarse en su guardería durante el invierno.

—Pero, esto es el sur de Inglaterra, no Groenlandia —suplicó Leah, molesta porque Su Excelencia había elegido esta ocasión para destruir una táctica que le había sido tan útil—. Además, sabes que a Kit le frustra que lo retengan en su guardería. Ha tratado de ser paciente, pero me temo que si tiene que esperar hasta la primavera para ver más del mundo, eso puede dar paso a otras rabietas.

El rostro del duque palideció, pero sus rasgos aristocráticos se tensaron en una expresión resuelta.

—No me dejaré chantajear con esa amenaza, señorita Shaw. ¡Lo prometo! Más bien, usted debería empezar a negociar tratados comerciales. ¡Usted puede hacer una fortuna para este país!

—No si represento al otro lado —ella bromeó, incapaz de resistir la tentación de burlarse de él—. ¡Vamos! Debe haber alguna razón que te induzca a no traer a Kit... abajo.

—Quizás... —comenzó a responder y luego se detuvo—. Quiero decir, no. ¡No hasta la primavera! Puede que Somerset no sea Groenlandia, pero esta casa aún puede estar húmeda y con corrientes de aire en invierno.

—Ibas a decir algo más. —Leah percibió un punto de debilidad y trató de aprovecharlo para Kit—. Existe una posibilidad que considerarías. ¡Dímela!

—¿Para que puedas sacar tus empulgueras y convencerme de ello en contra de mi buen juicio? ¡Yo creo que no! —El duque intentó fingir severidad, pero no pudo apagar el brillo pícaro de sus ojos.

Había llegado a disfrutar de este toma y daca entre ellos. Leah lo sintió así con un destello de diversión. Y él también. Esa comprensión provocó un desconcertante choque de emociones en ambos.

En lugar de evaluar y confrontar sus sentimientos, ella hizo lo que había hecho tantas veces en el pasado: buscar una distracción segura. En este caso, había una al alcance de la mano.

—Si no me lo dices, entonces debo adivinar lo que estabas a punto de decir. ¿Será el comedor? ¿Le permitirías a Kit llevar algunas de sus comidas allí con nosotros?

—¡Eso está fuera de discusión! —El duque meneó la cabeza.

Los pensamientos de Leah recorrieron la casa de una habitación a otra en busca de posibilidades:

—¿El gran salón? ¿El salón? ¿La capilla?

Un parpadeo furtivo en los ojos de Lord Northam le dijo a Leah que su última suposición

había dado en el blanco.

—La capilla —repitió—. ¡Por supuesto! Quieres que Kit pueda adorar y escuchar la Palabra de Dios que te ha traído consuelo y fortaleza. ¡Creo que es una excelente idea! En realidad, bastante inspirada.

—Quizás —respondió el duque—. Pero, no en esta época del año. La capilla es la parte más fría de la casa. Los hermanos cistercienses creían claramente en la virtud de la abnegación. Además, ya le leo las Escrituras a mi hijo y rezo con él.

—Lo sé. —Una sensación inquietante se agitó en el corazón de Leah, como le ocurría cada vez que veía a Lord Northam y su hijo, con sus oscuras cabezas inclinadas, dedicándose a las plegarias—. Pero, hay algo especial, al adorar en un lugar consagrado con otros creyentes. Es como tomar una sola vela y ponerla en una lámpara de araña. Así los cristales reflejan y magnifican su luz.

—Por eso será el primer lugar al que llevaré a mi hijo, cuando las condiciones sean favorables para bajarlo de la guardería. Para todo hay una temporada, recuerda eso.

Una parte de Leah quería seguir insistiendo y engatusando hasta conseguir un acuerdo con el duque, pero temía que su insistencia pudiera estropear la camaradería, que había tardado tiempo en desarrollarse entre ellos. Lo intentaría de nuevo, al cabo de uno o dos días, y esperaba encontrarlo, en un estado de ánimo más receptivo. Hasta entonces, había otro tema que deseaba conversar con él.

—Es difícil discutir cuando se citan las Escrituras, señor. Hablando de tiempo y temporada, la Navidad llegará dentro de cinco semanas más.

—¡Así será! —El duque echó una última mirada al lienzo de Canaletto y luego pasó al siguiente cuadro, que era el de *La adoración de los reyes magos*—. He encargado más figuras liliputienses para el regalo de Kit, también algunos de esos rompecabezas relacionados de los que me hablaste. ¿Por qué lo mencionas? Supongo que quieres que lleve a Kit a una expedición para recolectar ramas para decorar.

Estaba claro que su pregunta era en broma, pero Leah respondió como si creyera que él era sincero:

—¡Qué buena idea! Estoy segura que una salida como esa haría a Kit más feliz que cualquier regalo de Navidad que el dinero pudiera comprar.

El duque parecía tan alarmado que Leah no tuvo el valor de animarlo más.

—Pero, eso no era lo que pretendía decir en absoluto. Solo quería decirte que he recibido una invitación para pasar la Navidad con una de mis amigas. Grace... esa es Lady Steadwell y su familia, que viven en Berkshire. Me preguntaba si usted me otorgaría permiso de quince días para tomarme unas pequeñas vacaciones.

Lord Northam parecía preocupado. Quizás el cambio de tema no lo había asimilado del todo.

—¿Quieres irte por Navidad? —preguntó, como si nunca antes hubiera oído hablar de algo así.

—Si puedes prescindir de mí. —Leah miró la pintura de *La Natividad*—. Grace espera un acontecimiento feliz dentro de poco, y creo que le vendría bien mi ayuda con las otras hijas.

—¿La familia no tiene institutriz propia? —El duque estaba extrañamente antagónico.

—La tienen, pero tengo entendido que ella ha solicitado tiempo para visitar a su familia. Si no puedes prescindir de mí, le escribiré a Grace de inmediato para que pueda hacer otros arreglos. No preveía ninguna dificultad, ya que supongo que pasarás las vacaciones muy tranquilamente.

Le había encantado recibir la invitación de Grace, redactada con tacto, como si Leah le estuviera haciendo un favor al aceptarla. A pesar de la compañía ocasional del duque por las noches, Leah había empezado a preocuparse por el aislamiento de Renforth Abbey. La perspectiva de la alegría navideña en Nethercross la atrajo a Berkshire.

—Eso es cierto —admitió Lord Northam, con la mirada fija en la pintura—. Espero que perdones mi egoísmo, señorita Shaw. Por supuesto que debes tener unas vacaciones. Tómate todo el tiempo que desees para visitar a tu amiga. Sin duda, Kit te extrañará mucho y esperamos tu regreso en el nuevo año.

—Yo también lo extrañaré. —Leah quedó consternada al darse cuenta que sus palabras eran más que una respuesta convencional.

Ella se había llevado bien con la mayoría de sus antiguos alumnos, pero nunca lo suficiente como para arrepentirse de haber pasado a su siguiente puesto, cuando llegara el momento. De alguna manera, Kit rápidamente se ganó un lugar especial en su corazón. Y sospechaba que él no sería el único miembro de la familia que la extrañaría durante su ausencia.

Esta era una razón de más para poner algo de tiempo y distancia entre Renforth Abbey y ella.

* * *

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que la señorita Leah regrese a casa, papá?

Era apenas el día de Año Nuevo, pero el constante estribillo de Kit, ya se había vuelto tan familiar para su padre como el coro de un villancico.

—Eres inteligente con los números —dijo Hayden, esforzándose por frenar su impaciencia con el niño. No podía culpar a Kit por extrañar a su vivaz institutriz, cuando él también sentía su ausencia—. Seguramente, puedes contar los días hasta el regreso de la señorita Shaw. Ella no partirá hasta después de la Noche de Reyes y... ¿cuántos días faltan para eso?

Kit arrugó la nariz.

—Esta no es una lección adecuada. No puedo comer nada de eso hasta que la señorita Leah llegue a casa. ¡Ojalá viniera mañana!

El tono malhumorado de la voz de su hijo irritaba los nervios de Hayden, como un músico raspando su arco con cuerdas desafinadas de un violín.

—Puedes desear todo lo que quieras, pero no servirá de nada. Además, Renforth Abbey no es su hogar. La señorita Shaw trabaja aquí, al igual que Tilly, Roger y el señor Gibson.

¿Le estaba recordando ese hecho a su hijo, se preguntó Hayden, o a sí mismo?

—Pero, ninguno de ellos se fue para Navidad. —Kit recogió la figura de una dama liliputiense, que se parecía a su institutriz—. ¿Por qué tuvo que irse la señorita Leah?

—Ella no tenía por qué hacerlo. —Por mucho que Hayden intentó evitar que su voz se agudizara, no lo logró—. La señorita Shaw quería pasar las vacaciones con sus amigas.

—¿No somos sus amigos? —Kit persistió—. ¿Ya no le agradamos?

La inocente pregunta de su hijo tomó a Hayden por sorpresa. ¿Leah Shaw no disfrutaba de su compañía? Ciertamente, ella parecía tenerle cariño a Kit. En cuanto a él, Hayden no estaba tan seguro. Se dijo a sí mismo que eso no importaba, pero en el fondo sabía que eso sí era relevante. Tal vez, si él se hubiera mostrado más agradable, ella no habría sentido la necesidad de ir a otro lugar para pasar la Navidad, dejando a su joven alumno desamparado.

—Estoy seguro que no le desagradamos a tu institutriz. Pero, ¡Renforth Abbey no es el lugar más festivo para pasar la Navidad! Supongo que la señorita Shaw ansiaba un poco más de alegría navideña...

¿Qué tipo de entretenimiento podría estar disfrutando en la finca de Lord Steadwell? Se preguntó Hayden. Música, juegos... ¿posiblemente, bailando? ¿Sería ella la única invitada de la familia, o podría haber otros, tal vez un hermano o un primo del barón? De alguna manera, esas ideas lo inquietaban.

—¿Qué significa festivo? —preguntó Kit.

Hayden intentó explicarse, pero las actividades que podrían considerarse festivas estaban fuera de la experiencia de su hijo. Eso nunca lo había molestado antes. Tales acciones podrían haber conducido a una excitación peligrosa. Hacía mucho tiempo que había decidido que lo que Kit no sabía... no lo perdería. Ahora, se preguntaba si había hecho lo correcto.

—¿Te gustaría sentarte a la mesa y armar uno de tus rompecabezas? —Le propuso a modo de distracción.

—Supongo. —Kit no parecía tan ansioso como en los últimos días.

¿El niño deseaba secretamente haber escapado de Renforth Abbey con su institutriz para la alegría de Nethercross? Hayden intentó pensar en una actividad que pudiera divertir a su hijo.

—Está nevando, ¿lo sabes? ¿Te llevo hasta la ventana para que puedas ver?

Kit inmediatamente se animó.

—¿Lo harás, papá? —El niño sonaba como si le hubieran ofrecido un regalo de deleite inimaginable.

Un espasmo de lástima por su hijo desgarró el corazón de Hayden, y no a causa de la enfermedad de Kit.

—Parece que lo disfrutaste la otra vez con la señorita Shaw. —Él asintió y sonrió.

—Pero, ¡no lo hice! —Kit parecía desconcertado por la voluntad de su padre de hacer algo que antes estaba prohibido—. Te enojaste con ella y la despediste. ¡Ella nunca lo volverá a hacer! Aunque se lo pedí y le pregunté.

La señorita Shaw había respetado los deseos del duque, pero no estaba de acuerdo con estos. Eso no fue fácil para alguien tan rebelde por naturaleza. Por alguna razón, esto tocó el corazón de Hayden.

—Quizás me apresuré a juzgar. —Fue a buscar la bata más abrigada de Kit y ayudó al niño a ponérsela—. Quizás estaba... equivocado.

No era una admisión con la que se sintiera cómodo. Si reconociera que se había equivocado una vez, Kit podría comenzar a cuestionar todas sus decisiones futuras. Pero su conciencia no se conformaba con nada menos que la verdad.

—Además —continuó—, estás mucho más saludable ahora que el verano pasado, y soy lo suficientemente fuerte como para transportarte con seguridad sin ningún peligro que te caigas.

—La señorita Leah no se habría resbalado, si no le hubieras gritado.

—¿Vamos a mirar la nieve, o nos sentaremos aquí a hablar? —Hayden se inclinó para tomar a su hijo en brazos.

—No de esa manera —protestó Kit—. Déjame montarme en tu espalda, como lo hizo la señorita Leah.

Hayden vaciló. Con el niño acunado, en sus brazos, tendría pleno control de la seguridad de Kit. Luego, le pareció oír a Leah Shaw argumentar que su hijo, tal vez, necesitaba sentirse más con el control: el amo de un corcel imaginario, en lugar de un bebé en brazos.

—Muy bien —estuvo de acuerdo, contrariamente a su larga costumbre y buen juicio—. Pero, debes prometer que te aguantarás fuertemente.

—Lo haré. —Kit prácticamente tembló de emoción, cuando su padre lo puso boca arriba.

Este tipo de excitación no era lo mismo que las violentas rabietas que tanto temía, se dio

cuenta Hayden con una punzada de arrepentimiento. No debería haberle negado a su hijo lo primero por miedo a lo segundo.

—¡Aquí vamos! ¡Bien! Kit, hay una diferencia entre agarrarme fuerte y estrangularme.

—Lo siento, papá. —El niño se rió entre dientes, como si su padre estuviera bromeando, lo cual era cierto, aunque no del todo.

Cuando llegaron a la ventana, Hayden corrió las cortinas. Luego giró de lado para que Kit pudiera ver el exterior. Una ligera capa de nieve había cubierto el terreno y se había posado sobre los árboles. Más copos gruesos cayeron del sombrío cielo gris.

Kit dio un grito ahogado de asombro.

—Se ve muy diferente de lo que era antes. ¿Dónde han ido todas las flores?

—Están durmiendo durante el invierno —contestó Hayden—. Volverán a crecer en la primavera y a los árboles les brotarán nuevas hojas. Las aves que se han ido volando a lugares más cálidos regresarán.

Para todo hay una temporada. Recordó haberle dicho eso a Leah Shaw, como argumento para mantener a Kit, cómodo y seguro, en su guardería, donde una temporada era poco diferente de la siguiente. Ahora, se preguntaba si su largo invierno de dolor y preocupación podría haber comenzado por fin a derretirse.

—¿Qué es la nieve? —preguntó Kit—. ¿De dónde viene?

Hayden le explicó lo mejor que pudo sobre las nubes y cómo el clima frío congelaba las gotas de lluvia en delicados copos de cristal, que se derretían nuevamente, cuando se calentaban. Mientras contemplaban el paisaje invernal y hablaban del mismo, el duque descubrió que adquiriría una apreciación completamente nueva del intrincado funcionamiento de la naturaleza con su ritmo estacional.

—Creo que la señorita Shaw tendrá que añadir historia natural a tus estudios cuando regrese —concluyó—. Creo que lo encontrará muy interesante.

—¿Es ella la que viene ahora? —preguntó Kit—. ¡Mira el carruaje!

Las palabras del niño provocaron una llamarada de euforia dentro de Hayden, como si alguien hubiera encendido fuegos artificiales.

La realidad los apagó.

—No puede ser ella... Se trata de un carruaje privado.

Si la señorita Shaw hubiera regresado temprano, habría alquilado un carro tirado por caballos en el pueblo, no este elegante carruaje.

—¿Quién será? —preguntó Kit.

—Creo que podría ser tu tía Althea.

¿Qué pudo haber llevado a su hermana a Renforth Abbey, sin previo aviso, el día de Año Nuevo? ¿Y qué problemas causaría ella?

* * *

—Espero que las niñas no te hayan causado demasiados problemas durante la Navidad, Leah. —Grace le entregó a su amiga una taza de té, mientras se sentaban juntas, disfrutando de unos raros momentos de paz y privacidad—. La señorita Colbrooke es una excelente institutriz, pero no puede rivalizar contigo, en cuanto a buen humor. Phoebe y Sophie me han preguntado si podemos mantenerte en Nethercross.

—Pero, ¿Charlotte no? —Leah preguntó con una sonrisa traviesa.

Había sentido que la hijastra mayor de su amiga no aprobaba que una mujer adulta se comportara como sus hermanas menores. En ese sentido, Charlotte le recordaba al duque de

Northam.

—No te preocupes por Charlotte. —Grace le ofreció a Leah un plato repleto de galletas y sándwiches—. Se toma tiempo para acostumbrarse a gente nueva, pero cuando lo hace, no hay amiga más devota en el mundo.

—Ella está claramente dedicada a ti. —Leah se sirvió varios bocados tentadores del plato de refrescos—. Eso le asegura mi aprobación, incluso si no me la devuelve por completo. La forma en que te trae almohadas, y trata de evitar que estés de pie demasiado tiempo es bastante conmovedora. Una vez que nazca tu bebé, me imagino que será como una segunda madre.

No había sido fácil convencer a Charlotte para que acompañara a sus hermanas en una visita, a casa del almirante DeLancey, con su institutriz, que había regresado el día anterior de su visita de Navidad. Solo la promesa de ver al apuesto hijo de la señora DeLancey finalmente convenció a Charlotte de ir, dándoles a Grace y Leah ese raro tiempo a solas.

—Me siento aliviada que las tres niñas estén contentas con el bebé. —Grace puso una mano sobre su vientre, regocijándose con una sonrisa dulce y melancólica que a Leah le recordó a la Virgen de uno de los cuadros de Lord Northam.

Demasiadas cosas le hacían pensar en el duque, Kit y Renforth Abbey. Leah había esperado que esta visita debilitara su creciente vínculo con ellos, pero parecía estar teniendo el efecto contrario.

—Ya basta de mí y de los míos —dijo Grace—. Espero que hayas disfrutado pasar la Navidad en Nethercross, tanto como nosotras hemos disfrutado de tu compañía. No podía soportar la idea que estuvieras enterrada en esa remota finca en esta época del año, sin ninguna alegría que mencionar.

—¡La pasé espléndido con ustedes, en Nethercross! —Leah le aseguró a su amiga—. Patinando con las niñas y ayudándolas a decorar la casa. Sin mencionar esa alegre fiesta de Boxing Day para los inquilinos y vecinos. Pero, lo mejor de todo ha sido verte tan feliz con tu nueva familia. ¡Nadie lo merece más!

—No estoy segura de merecer tal felicidad en absoluto —reflexionó Grace, mientras tomaba un sorbo de té—. Cuando pienso en cómo conseguí mi puesto en Nethercross con falsos pretextos y me disfracé ante el querido Rupert. Pero, estoy inmensamente agradecida por las bendiciones que he recibido. Incluso si nuestras circunstancias fueran mucho más modestas, me consideraría la más afortunada de las mujeres por haber conseguido un marido amoroso y una familia feliz.

Aunque Leah estaba complacida por su amiga, se dijo a sí misma que no envidiaba a Grace. A pesar de su delicado estado, la pobre mujer apenas había disfrutado de un momento de descanso durante toda la visita de Leah. Cuando no estaba supervisando el buen funcionamiento de esta casa tan grande, ayudó a Su Señoría con los planes para la fiesta del Boxing Day, o estaba mediando en las disputas entre sus hijastras.

Leah había reflexionado sobre cuántas responsabilidades más tenía su amiga como señora de la casa, que cuando era simplemente una institutriz contratada. Una esposa con hijos no tenía el beneficio de medio día libre ni la libertad de ir y venir cuando quisiera. Muchas otras personas dependían de ella... ¿y no era eso una forma de esclavitud?

—Espero de todo corazón que tú también seas feliz. —Las solícitas palabras de su amiga sacaron a Leah de sus pensamientos—. Enseñarle a ese pobre niño postrado en cama debe ser bastante desgarrador a veces.

—De ninguna manera. —Leah se preguntó por qué se sentía obligada a defender a su alumno de la lástima de Grace—. Kit no siente lástima de sí mismo ni yo. Y ya no está postrado

en cama. Se sienta todos los días para sus lecciones y comidas. Estoy segura que podrá tener una vida muy plena, si logro convencer a su padre que no lo mime tanto.

Aunque Grace asintió, Leah sintió que su amiga no estaba del todo convencida.

—Debe ser desagradable estar constantemente en desacuerdo con el duque sobre lo que es mejor para su hijo.

Leah se rió y sacudió la cabeza.

—No dirías eso si pudieras escuchar nuestras discusiones. El duque y yo hemos llegado a respetar las creencias de cada uno. Sé que adora a su hijo y haría cualquier cosa para protegerlo. Su Excelencia sabe que me preocupo por los mejores intereses de Kit. El toma y daca entre nosotros le ha brindado al niño una mayor libertad, al mismo tiempo que protege su salud y seguridad. Espero progresar más este invierno, y luego dar un gran impulso, una vez que llegue la primavera.

Mientras hablaba del duque y su hijo, Leah ya no podía negar cuánto los extrañaba. Sus vacaciones en Nethercross habían sido muy agradables, pero aún así se sentía ansiosa por regresar a Renforth Abbey.

—Suenas como un esfuerzo gratificante —replicó Grace—. Espero que puedas conseguir más libertad para el niño. Pero, como madre, puedo simpatizar con el deseo del duque de proteger a un joven tan vulnerable. Debe ser una vida muy solitaria para él, ¿pobrecito!

Leah hizo una mueca, como si unas manos muy fuertes e invisibles hubieran agarrado su corazón y lo hubieran apretado. ¿Estaba Hayden Latimer tan solo, como sugirió Grace? ¿Era por eso que se había agotado, cuidando a Kit, para no tener tiempo ni energía para darse cuenta de su soledad? ¿Era por eso que la había invitado a cenar con él, algunas noches, dándole visitas guiadas por su casa? No porque le agradara especialmente, sino porque estaba desesperado por algún tipo de compañía.

Los motivos de la atención que le prestó no hicieron ninguna diferencia, se dijo Leah, y trató de fingir que creía eso.

* * *

—Me alegra mucho que hayas permitido que la señorita Shaw se quedara, querido —dijo Althea efusivamente, mientras Hayden y ella salían de la guardería, después de acostar a Kit para pasar la noche—. Tenía miedo que despidieras a la pobre chica en el momento en que llegara.

—¡Estuve a punto de hacerlo! —Hayden intentó parecer molesto para que su hermana no supusiera que él aprobaba su intromisión en su vida. Sin embargo, no podía soportar pensar, cómo habrían sido los últimos meses sin Leah Shaw—. No tenías derecho a contratar una institutriz para Kit sin mi consentimiento. Y fue injusto no advertirle a la señorita Shaw que su llegada sería inesperada.

Althea rechazó sus quejas con su habitual manera prepotente.

—Sabía que era inútil preguntar, ya que seguramente te negarías. Pero, esperaba que tú pudieras intentarlo con la señorita Shaw, si ella se aparecía sin avisar. Ahora, debes admitir que tener una institutriz no le ha hecho ningún daño a Kit. El querido muchachito tiene el mejor aspecto que jamás le he visto.

Por mucho que no le gustara concederle un punto a su entrometida hermana, Hayden descubrió que no tenía otra opción.

—¡Muy bien! No fue tu peor idea e hiciste una buena elección con la señorita Shaw. Se las arregla para hacer del aprendizaje una experiencia agradable para Kit. No tenía idea de lo inteligente que él es hasta que ella comenzó a enseñarle. Tanto la señorita Shaw, como yo,

quedamos asombrados por el progreso que ha logrado en sus estudios.

—¡Estoy complacida! —Su hermana sonrió de satisfacción, cuando llegaron al comedor—. Sé que detestas, si te digo lo que hay que hacer, pero solo quiero lo mejor para Kit y para ti.

Un inesperado impulso de gratitud y amor por su hermana creció en el pecho de Hayden. Tenían un temperamento tan diferente como dos personas podrían manifestarlo. En consecuencia, contaban con un historial plagado de desacuerdos. Pero Althea sí se preocupaba por Kit y él. Ella había estado dispuesta a arriesgar su ira para darles lo que creía que necesitaban, como él solía hacer con su hijo.

Mientras Gibson se preparaba para invitarlos a cenar, Hayden acercó a su hermana para darle un breve pero cálido beso en la mejilla.

—Gracias, Althea.

Ella pareció sorprendida por el gesto, pero respondió con un fuerte apretón, antes que él retrocediera.

—Su señorita Shaw debe ser un tesoro perfecto para haber provocado tal exhibición. Ojalá no se hubiera ido por Navidad para poder recibir un informe completo de ella. Pero, no puedo culparla por irse. No parece el tipo de persona que aprecia como usted el aislamiento de Renforth Abbey.

Agarró el brazo de Hayden, mientras él la acompañaba a cenar.

—Por el aspecto de este lugar, difícilmente se podría saber que es Navidad.

Althea sacudió la cabeza con desaprobación por los modestos adornos de acebo y hiedra, alrededor de la base de los candelabros, en el centro de la mesa.

Un destello de su habitual impaciencia hacia su hermana estalló, pero Hayden lo reprimió. Por mucho que le disgustara la idea que alguna acción suya pudiera haber provocado que Leah Shaw pasara la Navidad en otro lugar, sabía que la acusación no era injusta.

—No veo ninguna razón para cargar a mi personal con las tareas de decorar la casa, cuando nadie se da cuenta. Si hubiera recibido algún aviso que tenías intención de visitarnos, quizá los habría puesto a trabajar después de todo.

Disfrutaron de una comida sorprendentemente agradable. Hayden obsequió a su hermana con un relato detallado de los estudios de Kit, mientras ella le preguntaba sobre los métodos de enseñanza de la señorita Shaw. Hayden descubrió que tener una excusa para hablar sobre la institutriz de su hijo le levantaba el ánimo.

Después de cenar se retiraron al salón y continuaron su conversación.

—Esperaba que la señorita Shaw hubiera hecho más para sacar a Kit de esa asfixiante guardería. —Por fin, Althea lo reveló—. Parecía bastante comprometida con esto, cuando la contraté.

Hayden se sintió obligado a defender a Leah Shaw.

—Nadie podría haber estado más entusiasmado con sus esfuerzos. La culpa es enteramente mía, pero ella ha progresado. Le he asegurado que una vez que llegue la primavera podremos empezar a sacar a Kit.

—Espero que lo hagas. —Althea parecía dudar que él cumpliera su promesa—. Estoy segura que le hará mucho bien a mi querido niño.

Habiendo sido testigo de la mejora en la salud y el ánimo de Kit, durante los últimos meses, Hayden no podía estar en desacuerdo. Sin embargo, cuando pensaba en los peligros que podrían surgir con una mayor libertad, el cuello parecía apretarse alrededor de su garganta, dificultándole la respiración.

—Tengo un consejo más para ti —continuó su hermana—, ya que pareces más receptivo

que de costumbre.

En aras de la armonía familiar, Hayden ignoró la provocación.

—¿Qué podría ser eso?

Althea esbozó una pequeña sonrisa satisfecha.

—Si tienes algo de sentido común, y sé que tú tienes más de lo que es bueno para cualquier hombre, tú harás lo que sea necesario para mantener a esta notable señorita Shaw en Renforth Abbey.

Las palabras de su hermana le recordaron a Hayden que la asignación de Leah Shaw pronto terminaría... iba por la mitad del tiempo previsto. No había duda que Kit la había echado mucho de menos desde que se había ido de vacaciones. ¿Cómo podría afectar al niño perder permanentemente a su amada institutriz?

No obstante, ¿qué haría falta para retener a la dama en Renforth Abbey, mientras Kit la necesitara?

Capítulo nueve

Sentimientos encontrados chocaron en el corazón de Leah, al observar la vista de Renforth Abbey, después de quince días de ausencia. La extensa y majestuosa casa parecía tan grande, como cuando la había visto por primera vez en pleno verano. De hecho, con las aguas ornamentales congeladas, los amplios prados cubiertos de nieve y los carámbanos brillando en las torres, el lugar le recordaba una belleza austera, adornada con seda blanca, encajes y diamantes para su boda.

Aunque parecía sorprendente, la escena invernal le recordó los largos y oscuros días que se avecinaban. Sería casi enterrada viva, en esta finca apartada, sin más compañía que su alumno inválido y su padre solitario.

De alguna manera, pensar en el duque y su hijo evitaba que se sintiera tan confinada. Los había extrañado como no había anhelado a nadie, desde que se despidió de sus amigas de la escuela para abrirse camino en el mundo. Estaba ansiosa por ver los juguetes nuevos de Kit y contarle todo sobre sus vacaciones. Esperaba que Lord Northam no se hubiera agotado, cuidando al niño durante su ausencia.

Le conmovió que él hubiera pensado en enviar un carruaje al pueblo a buscarla. Su regreso a Renforth Abbey prometió una recepción mucho más cálida que su llegada original. A medida que el vehículo se acercaba a la casa, miró hacia la ventana de la guardería, donde un toque de alegre color rosa brillante llamó su atención. Mientras pensaba qué podría ser, captó un destello de movimiento. Le tomó un momento reconocer dos caras mirándola, y una mano agitándose en amplios y vigorosos arcos.

El duque debió acercarse a su hijo a la ventana para observarla y darle la bienvenida. A pesar de sus temores que Kit pudiera caerse o resfriarse, se había arriesgado a permitirle al niño un poco de libertad por su bien. Una cálida sonrisa iluminó todo el rostro de Leah, e hizo que se le formara un nudo inexplicable en la garganta. Aunque dudaba que Kit pudiera verla, le devolvió el saludo con el mismo entusiasmo.

Cuando el carruaje llegó a la entrada principal, Leah se sintió halagada al encontrar al personal de la casa, reunido afuera para recibirla. Algunos le dirigieron sonrisas de bienvenida, mientras que a otros claramente les molestó la imposición.

—¿Qué es todo esto? —ella impuso su protesta al mayordomo, con las mejillas ardiendo de vergüenza—. No deberías quedarte afuera en el frío, especialmente por mi culpa. No soy una invitada en Renforth Abbey.

—Órdenes de Su Excelencia, señorita Shaw. —Gibson le hizo una reverencia, y en ese momento los lacayos y el ayudante de cámara de Lord Northam realizaron lo mismo, al igual que todas las doncellas—. Para celebrar tu regreso. El joven amo ha estado contando los días.

—Eso es muy amable, estoy segura. —Leah les indicó a todos que se dirigieran a la puerta—. Pero, ¡deben salir del frío de inmediato!

—Después que usted entre —replicó el mayordomo.

Aunque consideró ridículo preceder a los demás, cuando ella estaba vestida para el clima y ellos no, Leah se apresuró a entrar para que los sirvientes la siguieran sin demora. Desde allí, subió apresuradamente las escaleras hasta la habitación del niño, quitándose el gorro y los guantes, al avanzar. Cuando vio un espejo con marco dorado en la pared del pasillo de la guardería, se detuvo para alisarse el cabello y aprobar el color rosado, que el aire invernal había

puesto en sus mejillas.

Al llegar a la guardería, se detuvo para tocar la puerta, antes de entrar. Si Lord Northam todavía sostenía a su hijo junto a la ventana, o llevaba a Kit a la cama, no quería irrumpir y asustarlos.

—¿Es usted, señorita Leah? —El grito ansioso de Kit traspasó la puerta. Su voz sonaba más fuerte de lo que recordaba—. ¡Adelante!

Ella estaba muy feliz de hacer esto. Al entrar en la habitación, encontró al duque, arrojando a su hijo en la cama. Verlos a ambos provocó una oleada de felicidad en su interior, mucho más intensa de lo que estaba preparada para soportar.

Claramente, su joven alumno compartía el sentimiento. Su rostro pálido e inteligente resplandeció de alegría, ante su regreso.

—¡Bienvenida a casa, señorita Leah! Papá me llevó a la ventana para que pudiera verte llegar. ¿Me viste saludándote?

—Efectivamente, sí te vi, aunque apenas podía creer lo que veía. —Leah voló hasta su cama, justo cuando el duque se enderezaba y volteaba hacia ella.

Algo en su sonrisa cansada, pero acogedora le hizo difícil respirar. Logró detener su precipitada carrera demasiado cerca de Su Excelencia. Él levantó los brazos y ella se preguntó si pretendía alejarla o abrazarla, con un gesto de bienvenida.

En cambio, Lord Northam soltó una risita incómoda, mientras le extendía la mano. Agarrando la suya, la estrechó cordialmente, aunque con fuerza excesiva.

—Su regreso es muy bienvenido, señorita Shaw. Mi hijo ha estado contando los días hasta su llegada. Lo hemos utilizado para practicar su aritmética. Espero que usted haya tenido un viaje agradable desde Berkshire.

Al final de su saludo, algo largo, el duque todavía tenía la mano de Leah apretada cálidamente entre la suya, moviéndola hacia arriba y abajo.

—Tan agradable como puede ser cualquier viaje largo en carruaje, en esta época del año —replicó—. Gracias por enviar tu vehículo a buscarme al pueblo. ¡Fue una sorpresa encantadora y muy amable de tu parte!

Cuando Su Excelencia finalmente le soltó la mano, como exigía el decoro, Leah deseó poder encontrar alguna excusa para prolongar el contacto entre ellos.

—No fue ningún inconveniente. —Lord Northam la miró a los ojos, como si hubiera estado hambriento de verla—. El cochero estaba feliz de tener alguna ocupación. Puede ser que tenga que enviarte a dar un paseo hasta el pueblo, ida y vuelta, solo para mantenerlo de buen humor.

Leah se rió entre dientes. Había echado de menos el ingenio irónico del duque.

Antes que ella pudiera responder, Kit intervino:

—Perdónenme...

Parecía un poco molesto porque los adultos parecían haberlo olvidado.

—¿Vio la pancarta que le colgamos, señorita Leah? Papá me ayudó a hacerla.

Leah se obligó a apartar la mirada del duque y su hijo, y después la enfocó a la ventana. Una extensión de tela rosa brillante colgaba de la parte superior de las cortinas. Se había impreso un mensaje de bienvenida en pintura amarilla, rodeado de formas simples de flores en otros tonos vivos. Le sorprendió que no le hubiera llamado la atención en el momento en que entró en la habitación.

—¡Qué buen trabajo hicieron y qué bonitos colores! —Se acercó a la ventana para ver mejor la pancarta—. Nunca en mi vida había tenido tanto alboroto por mis idas y venidas. ¡Gracias a los dos!

Kit y su padre parecieron satisfechos por esa respuesta a sus esfuerzos.

—Considérelo un intento de compensar su recepción original en Renforth Abbey —dijo el duque—. Debería haber hecho más calor. Si hubiera podido prever tu inestimable contribución al bienestar de Kit, te habría dado la bienvenida desde el principio.

¿Estaba Su Excelencia tratando de decir que quería empezar de nuevo, sin su resistencia anterior a sus esfuerzos? Si es así, ella estaría encantada de aceptarlo.

—Cuéntenos sobre sus vacaciones, señorita Leah. —Kit dio unas palmaditas en la cama a su lado, invitándola a ocupar su lugar habitual—. ¿Qué hiciste en Nethercross para celebrar la Navidad?

—Muchas cosas. —Leah depositó sus guantes y su gorro en el escritorio de Kit, y luego se sentó en la cama junto a él—. Prácticamente, en el momento en que llegué, Charlotte, Phoebe y Sophie me reclutaron para ir a recolectar la vegetación con ellas y construir una rama de los besos.

—¿Rama de los besos? —Kit arrugó la nariz—. ¿Qué es eso y cómo se hace una?

Leah le lanzó al duque una mirada de reproche, como si le preguntara cómo le habría perjudicado al niño no experimentar tales tradiciones navideñas. Le explicó a Kit cómo se entrelazaban ramas de hoja perenne, formando una estructura esférica, y luego se adornaban con cintas, frutas y otros adornos festivos.

—Suenan muy bonito —expresó Kit—. Pero, ¿qué tiene que ver con los besos?

—Es una tradición navideña. Si un hombre y una mujer se encuentran debajo de la rama, están obligados a darse un beso —al hablar, Leah encontró su mirada atraída hacia Lord Northam, quien estaba de pie frente a la repisa de la chimenea, observándolos fijamente.

Por razones que ella no podía comprender, él lucía bastante severo.

Leah volvió a centrar su atención en Kit.

—En Nochebuena, nos entretuvimos con villancicos y asistimos a muchos servicios religiosos encantadores. Lord Steadwell organizó una fiesta de Boxing Day para sus inquilinos y vecinos. Más adelante, esa semana, nos invitaron a una asamblea organizada por sus vecinos, el almirante y la señora DeLancey.

—Ojalá hubiera podido ir contigo a Nethercross para Navidad —Kit exhaló un suspiro.

De nuevo la mirada de Leah se posó en el duque. Las palabras de su hijo le hicieron estremecerse. Ella sintió lo dividido que estaba entre los pensamientos de Kit, celebrando una Navidad tan feliz, y el temor que el niño se cansara demasiado o contrajera una enfermedad.

Decidida a no dejar que Kit cayera en una espiral destructiva de autocompasión, Leah respondió en el tono más brillante que pudo.

—Estoy segura que las niñas Kendrick también deseaban lo mismo. Me acosaron con preguntas sobre ti, Sophie en particular. Tiene casi tu edad y es una gran amante de los cuentos de hadas. También ha leído *Los viajes de Gulliver* y cuando le hablé de tus personajes liliputienses sintió mucha envidia.

—¿Ella quería saber sobre mí? —La idea pareció rescatar a Kit de su mal humor, antes que el mismo hubiera comenzado apropiadamente—. Cuéntame más sobre Sophie. ¿Cómo es ella? ¿Qué le gusta hacer, además de leer cuentos de hadas?

Leah intercambió una sonrisa disimulada con el duque, quien se relajó visiblemente.

—Sophie es un poco más alta que tú. Ella es la menor de las hijas de Lord Steadwell. Tiene un hermoso cabello rojo dorado, ojos azules y una imaginación tremenda. Le gusta escribir sus propias historias y hacer dibujos de los personajes. A ella le gusta vestirse con ropa vieja y hacer teatro.

—Ojalá viviera más cerca para poder visitarme —reflexionó Kit—. La dejaría jugar con mis pequeños, todo lo que quisiera.

—De hecho, Sophie dijo lo mismo de ti. Entonces, le sugerí que te escribiera una carta, lo cual hizo rápidamente. ¿Te lo traigo para que la leas?

Si hubiera traído un cofre de oro y joyas de Nethercross, Leah dudaba que Kit hubiera estado más emocionado. El duque no hizo nada para desalentar el entusiasmo de su hijo. Ante la ansiosa orden del niño, Leah se apresuró a alejarse y regresó con la carta de Sophie. Kit la abrió como si esto fuera una gran ceremonia, y con orgullo la leyó en voz alta, a su padre y a ella. Exclamó ante un autorretrato que Sophie había adjuntado, insistiendo en que debía estar enmarcado y colgado, donde él pudiera verlo.

—Creo que a Sophie le gustaría mucho que le respondieras —sugirió Leah—. ¿Te gustaría empezar a escribir una carta de respuesta mañana?

Ella estaba ansiosa que Kit conociera a alguien de su edad, aunque fuera solo por correo. Además, esto proporcionaría a su joven alumno una práctica útil en la lectura y escritura.

Kit no recibió su sugerencia con el entusiasmo que se esperaba. En cambio, su sonrisa vaciló y sus hombros se hundieron.

—¿Qué tendré que decirle? Nunca voy a ningún lado ni hago nada emocionante.

Leah pensó por un momento. Cuando ella respondió, sus palabras iban dirigidas al niño, pero también a su padre.

—Quizás tengamos que hacer algo al respecto.

* * *

La emoción por el regreso de su institutriz pareció cansar a Kit, lo que hizo más fácil acomodarlo para pasar la noche. Eso agradó a Hayden, ya que podría cenar con Leah Shaw. Parecía que hacía mucho tiempo que no disfrutaba del placer de su compañía y conversación.

—Me alegra saber que pasó unas buenas vacaciones, visitando a su amiga —comentó, mientras sostenía su silla—. Espero que toda esa actividad no te haya agotado.

La señorita Shaw soltó una suave risita.

—Para ser sincera, más bien lo hizo, tratando de seguir el ritmo de tres niñas enérgicas, que querían ir en todas direcciones diferentes. Nunca hubo un momento aburrido.

Hayden tomó su acostumbrado asiento frente a ella.

—Espero que Renforth Abbey no parezca aburrida después de toda la festividad de Nethercross. Por favor, cuéntame más sobre tus vacaciones. ¿Los Steadwell tenían otros invitados para pasar la Navidad?

Leah Shaw negó con la cabeza, mientras servían el plato de sopa.

—Grace no tiene más parientes que una familia reconstituida, de la que lleva mucho tiempo alejada. Las hermanas de su marido tienen sus propios hogares y familias.

Hayden intentó no mostrar lo aliviado que estaba al oírlo. Su explicación del ritual de la rama de los besos le había hecho preguntarse si estaba hablando por experiencia.

—Supongo que en las fiestas a las que asististe había mucho baile.

Ella se encogió de hombros.

—En algunas. Lord Steadwell y el almirante DeLancey tuvieron la amabilidad de pedirme uno o dos bailes. Los otros caballeros no parecían saber cómo tratarme: como a una dama o a una sirvienta. Ese el dilema habitual de una institutriz.

Aunque habló en tono de broma, Hayden no encontró nada divertido en ello. No le importaba pensar en ella plagada de invitaciones a bailar, pero le indignaba que los vecinos de

Lord Steadwell la hubieran despreciado.

—¡La pérdida fue enteramente suya! —él gruñó—. Tengan o no el ingenio para darse cuenta de ello.

—Es usted muy amable al decirlo, Su Excelencia, pero no todos son tan ciegos a las distinciones sociales, como usted. El almirante DeLancey me recuerda a usted, en ese sentido.

A Hayden podría haberle molestado la observación de admiración de la señorita Shaw sobre otro hombre, pero recordó que ella mencionó que el almirante estaba casado.

—¿Qué más hiciste en Berkshire? —preguntó, mientras retiraban los platos de sopa y se servían los de pescado.

—¿No estás cansado de oír hablar de eso? —Ella soltó una risita indulgente—. Pensé que el tema se había explorado bastante a fondo en la guardería.

—No, por nada. —Él disfrutaba escuchándola, fuera cual fuera el tema—. Seguramente, debe haber algunos detalles que mi hijo no te preguntó.

—Quizás uno o dos —admitió y luego él la obligó a contarle más detalladamente algunas de sus actividades.

Mientras hablaba, su tono y expresión se animaron. Pintó una imagen tan vívida de la Navidad en Nethercross que Hayden podía imaginarse a Kit y a él también presentes, ayudando a las niñas Kendrick a recolectar vegetación, repartiendo tazas de sidra bien caliente a los cantantes de villancicos y participando en cenas festivas. Su sentido de la cautela le advirtió severamente que tal frivolidad acarrearía una serie de amenazas para su hijo: una caída, un escalofrío, una indigestión aguda, etc. Sin embargo, cuando imaginaba las sonrisas y los ojos brillantes de Kit, se prometía que su hijo disfrutaría superando los riesgos.

—Lord y Lady Steadwell parecen una buena pareja. —Cualquiera que tratara a Leah Shaw con tanta amabilidad merecía su aprobación, incluso si la hubieran alejado de Renforth Abbey durante quince días enteros—. ¿Usted dice que Su Señoría era amiga suya en esa horrible escuela? ¿Cómo llegaron ellos a casarse?

A estas alturas, ya estaban comiendo un succulento pastel de carne, pero Hayden apenas se dio cuenta de lo que comía. La animada conversación de la señorita Shaw proporcionó un festín más nutritivo para su mente y corazón.

—Esa es una historia digna de un cuento de hadas —respondió—. Verás... Grace siempre fue una gran belleza, aunque eso no le trajo más que problemas en la escuela y más tarde en su trabajo como institutriz.

Cuando la señorita Shaw le contó cómo su amiga había sufrido atenciones no deseadas, por parte de caballeros en las casas donde había trabajado, una llamarada de indignación se apoderó de Hayden.

—¡Espero que tú nunca hayas sido sometida a tales abusos en tus posiciones anteriores!

Ella se rió ante la idea, aunque a él no le pareció nada divertido.

—Afortunadamente, mi apariencia no se puede comparar con la de Grace. Tampoco mi carácter es tan dulce y gentil, como el de ella. Había un joven sinvergüenza que decía admirarme. Cuando insistió, después que intenté desanimarlo, él recibió una jarra de agua fría sobre la cabeza para enfriar su pasión.

El alivio de Hayden se desahogó en una carcajada. Le tranquilizó saber que Leah Shaw era capaz de cuidar de sí misma en tal situación. Sin embargo, anhelaba protegerla, si alguna vez lo necesitaba. No quería que la mujer que era tan importante para su hijo sufriera ningún daño.

—La pobre Grace no tuvo tanta suerte —continuó la señorita Shaw—, cuando aceptó el puesto en Nethercross, había recurrido a disfrazar su apariencia con gafas y una gorra anticuada

y desaliñada. Resultó que Lord Steadwell la había contratado precisamente porque parecía tan sencilla. La anterior institutriz de sus hijas se había fugado, y él no quería arriesgarse a perder a otra de la misma manera.

Mientras contaba la historia de su amiga, Hayden escuchaba cada palabra de ella. Podía simpatizar con la preocupación de Lord Steadwell por sus hijas, pero se preguntaba cómo el barón no había reconocido la belleza que vivía bajo su techo. Por mucho que Leah Shaw ensalzara la delicada belleza dorada de su amiga, él prefería colores más vivos, animados por un espíritu brillante y vivaz.

Cuando sirvieron el pudín, la señorita Shaw había concluido la historia.

—Después de todas sus dificultades iniciales, Lord y Lady Steadwell parecen vivir felices para siempre. Ahora que él se ha recuperado del dolor por la muerte de su primera esposa y está feliz con Grace, sus hijas también son mucho más felices.

Sus palabras provocaron el comienzo de una idea en la mente de Hayden, una que una parte de él se resistía a considerar.

—Hubo otra cosa que sucedió durante mis vacaciones —indicó la señorita Shaw. ¿Quizás estaba desconcertada por la falta de respuesta de él a la conclusión de su historia?—. Me complace informarle que ya tengo mi próximo puesto ocupado.

—¿Le ruego que me disculpe? —Hayden sabía lo que ella debía querer decir, pero se abstuvo de reconocerlo.

—El almirante y la señora DeLancey están planeando llevar a su hijo a una gira por el continente y me han pedido que los acompañe como institutriz de Henry. —Las funciones motoras de la señorita Shaw brillaron, mientras hablaba de la grandiosa oportunidad—. ¿Qué podría ser más ideal? Podré viajar y ver los lugares de interés sin costo alguno para mí. Luego, cuando haya ahorrado suficiente dinero para mi propio recorrido, podré regresar a los sitios que admiré, o visitaré otros que los DeLancey se perdieron.

Estaba claro que esperaba que Hayden compartiera su entusiasmo por estos planes, pero eso era imposible. Él ni siquiera podía fingirlo. El apetitoso pudín se convirtió en aserrín en la boca de él.

—Solo hay una pequeña dificultad. —La señorita Shaw fingió medirla entre su pulgar e índice.

¿Solo una y menor? Hayden podía prever una serie de inconvenientes importantes a la hora que ella abandonara Renforth Abbey.

—¿Qué podría ser eso? —Él forzó la pregunta, a pesar de su garganta contraída.

—Los DeLancey esperan zarpar hacia Ostende a finales de junio, que es un mes antes de lo que yo tenía previsto abandonar Renforth Abbey —respondió la institutriz de Kit, en un tono informal, ajena a la tempestad a la que había arrojado a Hayden—. Pero, si empezamos a buscar, ahora mismo, estoy segura que para entonces podremos encontrar a una sustituta adecuada.

¿Podría encontrar una institutriz para ocupar ese puesto? Hayden reflexionó, mientras intentaba reprimir un espasmo de alarma. Pero, ¿hallarían alguna vez a alguien tan devota de Kit como Leah Shaw? ¿O una lo suficientemente valiente, como para oponerse a la voluntad de un duque testarudo de garantizar más libertad para su alumno? Incluso si consiguieran a una candidata con esas cualidades, ¿sería ella tan experta en hacer de los estudios de Kit un placer para él, en lugar de una tarea ardua? ¿Le proporcionaría a Hayden una compañía tan estimulante?

Una vez más, parecía que Althea tenía razón. Era imperativo que encontrara una manera de mantener a Leah Shaw en Renforth Abbey, por cualquier medio necesario. Esa convicción chocó en la mente de Hayden con un pensamiento anterior, que se había mostrado reacio a reconocer.

Lord Steadwell había retenido a la institutriz de sus hijas en Nethercross al convertirla en su esposa.

Hayden se preguntó si debería seguir el excelente ejemplo del barón.

Capítulo diez

—¿Se encuentra bien, señorita Shaw? —La pregunta del duque sacó a Leah de sus pensamientos privados, mientras miraba hacia el final de la cordillera oeste, por una ventana alta.

Su vista de los terrenos de la Renforth Abbey era tan monótona y lúgubre como debía ser. En las dos semanas transcurridas desde su regreso de Berkshire, el polvo de nieve navideña había sido arrastrado por días de lluvia fría. Solo una vez, durante ese tiempo, había logrado escapar de la casa para dar un breve paseo. Incluso entonces no había nada que ver excepto tierra empapada, árboles desnudos y arbustos. Sus botas se habían mojado y el dobladillo de su falda estaba completamente salpicado de barro.

El tono cálido y afectuoso de Lord Northam pareció atravesar la penumbra invernal, como un rayo de sol de mayo.

Leah se apartó de la ventana y adoptó un aire alegre por su bien. ¿Cuántos inviernos largos y aislados había soportado el duque, cuidando a su hijo?

—No se preocupe, Su Excelencia. Se lo prometo, no estoy enferma. Si tuviera escalofríos o tos, me aseguraría de mantenerme alejada de su hijo y no correr el riesgo de contagiarlo.

—Lo sé. —El duque la miró con tranquila confianza—. Pero, no pregunté solo por el bien de Kit. Puede que no esté gravemente enferma, pero últimamente no parece ser usted misma. Espero que confíes en mí, si algo te preocupa. Me gustaría mucho ayudarte, si eso está en mi poder.

Su solicitud hizo sonreír a Leah. Esta vez no hubo nada fingido al respecto.

—A menos que poseas una asombrosa habilidad para influir en el clima, me temo que es poco lo que tú o cualquier otra persona pueda hacer. El invierno siempre tiene un efecto deprimente sobre mi ánimo, cuando me veo obligada a permanecer tanto tiempo en una casa. Me recuerda mis años en la escuela, que parecían un invierno interminable, frío, húmedo y hambriento.

Qué bendito alivio fue poder hablar libremente de su tiempo en la escuela Pendergast. Ninguno de sus empleadores anteriores le había preguntado jamás sobre su pasado ni había dado señal alguna que eso le importara. La sincera simpatía en la mirada del duque pareció extenderse y envolverla afectuosamente.

—No hay excusa para que tengas frío o hambre bajo mi techo. —Lord Northam le tendió el brazo—. La cena está esperando y podemos mover nuestros lugares al final de la mesa, más cerca del fuego, que se avivará, convirtiéndose en uno bueno y cálido.

—Esas cosas ciertamente ayudarán —Leah agarró el fuerte brazo del duque y sintió que su ánimo comenzaba a levantarse—. Aunque eso no es más que la calidez y el alimento de tu compañía. Tu amabilidad nunca deja de aligerar la oscuridad invernal.

—¡Usted hace que esto parezca un sacrificio de mi parte! —Lord Northam le dedicó una sonrisa de reojo, mientras se dirigían al comedor—. Le aseguro que nada podría estar más lejos de la verdad. Durante todos los años que hice poco más que cuidar de mi hijo, no me di cuenta de cuánto extrañaba las conversaciones de adultos sobre temas distintos a los negocios inmobiliarios.

Su comentario le recordó a Leah lo que su amiga Grace había dicho acerca que el duque se sentía solo. Le alegró saber que su compañía había ayudado a aliviar su aislamiento, aunque se preguntaba si a cualquier otra compañera le habría ido igual de bien.

—Tu esposa... —Las palabras estallaron, antes que ella pudiera detenerlas—. Supongo que la extrañas mucho, ¿todavía?

Recordó que había preguntado por su esposa, en otra ocasión, y lo reacio que parecía él a discutir el tema. ¿Qué la había hecho a ella plantearlo justo ahora? Grace le había contado cuánto tiempo y cuán profundamente Lord Steadwell había llorado a su difunta esposa, antes de finalmente abrir su corazón al amor de nuevo. ¿Esperaba que el duque de Northam permaneciera solo el resto de su vida, dedicando todo su cariño a su hijo?

Por su bien, Leah anhelaba que no. Y, sin embargo, la idea que él volviera a casarse tampoco le sentaba bien.

Lord Northam consideró su pregunta. En lugar de cambiar de tema, como ella temía, el duque le dio una respuesta:

—Supongo que sí... Casi... no lo sé... Ya llevo más tiempo de viudo que casado. Mi tiempo con Celia parece un sueño lejano.

Mientras reflexionaba sobre su inesperada respuesta, el duque le hizo a Leah una pregunta que ella había anticipado aún menos.

—Hablando de matrimonio, señorita Shaw, ¿alguna vez usted ha sentido la tentación de sentar cabeza? Una vez me dijiste que nunca te lo habían pedido, aunque hace poco mencionaste a un pretendiente, al que le rociaron la cabeza con una jarra de agua fría.

¿Qué le llevó a hacer semejante pregunta? Se preguntó Leah. Eso la puso nerviosa, aunque no estaba muy segura de por qué. ¿Cómo podía negarse a responder después que el duque había sido tan franco en su respuesta?

—No dignificaría a ese tipo con el título de pretendiente, Su Excelencia. Dudo que sus intenciones fueran honorables. Si lo hubieran sido, no le habría echado un jarro de agua fría, pero tampoco lo habría animado. He permanecido soltera no por carecer de pretendientes adecuados, sino porque nunca he tenido ganas de casarme. —De algún modo, su declaración no sonó tan contundente como antes.

Para entonces, ya habían llegado al comedor, por lo que Leah estaba agradecida. Ahora su conversación podría volver a temas más impersonales.

Sin embargo, después que el duque hizo que el señor Gibson cambiara sus lugares más cerca del fuego, y ellos tomaron asiento, Lord Northam no hizo ningún esfuerzo por cambiar de tema.

—¿Puedo preguntar por qué usted no ha querido casarte? Acaso, ¿usted no ha conocido a un caballero que cumpla con tus expectativas del marido ideal? ¿O encuentras algo cuestionable en la propia institución?

Leah intentó reprimir su impaciencia, recordándose a sí misma que había sido ella la primera en plantear el tema del matrimonio.

—No puedo decir que alguna vez haya albergado expectativas particulares sobre un marido, Su Excelencia.

¿Qué cualidades buscaría, si cambiara de opinión sobre el matrimonio? Esta era la primera vez que Leah consideraba seriamente el asunto. El humor sería una gran ventaja, obviamente, así como la amabilidad y la fuerza de carácter. Cualquier hombre que se casara con ella tendría que ser paciente y comprensivo. Una voz desde lo más profundo de su mente le advirtió que no siguiera adelante con semejante inventario.

—Entonces, ¿es la idea del matrimonio lo que te repugna? —El duque no parecía tener mucho apetito por su sopa. Siguió mirando hacia el cuenco, cada vez que Leah intentaba mirarlo a los ojos, revolviendo su contenido con aire furtivo—. ¿Por qué motivos? ¿Puedo

preguntárselo?

¿No habían hablado lo suficiente de esto durante una noche?

Leah intentó reprimir su impaciencia.

—Desde muy pequeña, mi abuela me advirtió que el matrimonio significaba el fin de la libertad de la mujer. Esa es la tierna trampa que ella llamó así. Dijo que alguna vez, ella había deseado viajar al extranjero, pero en lugar de eso la convencieron para que se casara con mi abuelo. Cuando enviudó y sus hijos crecieron, había perdido la vista. Esperaba que yo pudiera ver, y hacer todas las cosas que ella sentía que se había perdido.

Leah se reprendió a sí misma por extenderse tanto. Ella calmó su lengua y la puso a trabajar, consumiendo su sopa.

—Con el debido respeto a su difunta abuela —replicó el duque en un tono de fría desaprobación—. Parece como si ella no se permitió más opciones en el asunto de las que le dieron. ¿No es la capacidad de tomar decisiones sobre nuestras vidas la libertad más básica que existe?

Un tranquilo susurro de su conciencia le dijo a Leah que Lord Northam tenía razón. Pero eso fue ahogado por bramidos de indignación que surgieron de su corazón.

Arrancando la servilleta de su regazo, ella se puso de pie y arrojó el cuadrado de lino crujiente y níveo sobre la mesa.

—¿Qué derecho tiene usted a cuestionar el consejo de mi abuela, cuando limitas tan severamente las opciones de tu hijo?

El duque se apresuró a levantarse, como dictaba el decoro que debía hacer un caballero. Aunque sabía que ya había dicho demasiado, Leah no pudo controlar su impulso de arremeter contra él.

—¡Cuanto más tiempo mantengas a Kit ignorante e inmóvil, menos opciones tendrá, a medida que crezca! ¿Es eso lo que quieres para él?

La mirada en los ojos de Lord Northam le dio la amarga satisfacción de saber que ella había provocado en él, la misma intensa reacción que él había incitado en ella.

Un relámpago pareció destellar en su mirada, sin enmascarar del todo la profunda sombra del dolor.

—¡Quiero que mi hijo tenga la oportunidad de crecer! Creí que lo entendías. No veo cómo se pueden comparar mis acciones con envenenar la mente de una joven impresionante contra el matrimonio.

¿Por qué no podía calmar este creciente antagonismo con una broma? Leah odiaba los sentimientos volátiles que bullían dentro de ella y más bien los temía. Amenazaron con tomar el control de sus palabras y acciones, dejándola incapaz de elegir un camino diferente. Nunca nadie la había hecho sentir tan incapaz de dirigir sus emociones.

¿Qué le dio a Hayden Latimer ese peligroso poder? Una parte de ella adivinó la respuesta, pero se negó a admitirla, porque eso la haría cierta.

—¿Envenenar mi mente? —Ella se hizo eco de las palabras del duque, su tono estaba erizado de desprecio—. La abuela no hizo nada por el estilo. Si lo hubiera hecho, al menos eso no habría sido peor que envenenar el cuerpo de un niño.

¡Eso no fue justo! Ella lo supo tan pronto como las palabras salieron de su boca. El duque había confiado en la persona equivocada, pero no había comprendido del todo el peligro de darle láudano a Kit. Aunque una parte de ella sintió una triste satisfacción, al saber que le había dado un golpe, su conciencia se lo reprochó. El personal de la escuela Pendergast le había enseñado poco sobre la verdadera compasión, pero Leah creía que había aprendido algo de sus amigos.

El orgullo y el dolor se negaron a decepcionarla todavía. Pero antes que el duque pudiera decir algo más para intensificar su disputa, Leah sintió que lo mejor que podía hacer por ambos era desconectarse, dándoles la oportunidad de recuperar la compostura.

—Si me disculpa, Su Excelencia, me temo que he perdido el apetito.

Sin esperar a saber si él le concedió permiso para partir, Leah dio la vuelta y huyó del comedor. Los arrepentimientos le mordían los talones, como una jauría de perros de caza, mientras corría por los pasillos y subía las escaleras. Cuando llegó a su habitación, cerró la puerta detrás de ella para dejarlos afuera, pero los mismos fueron demasiado rápidos, incluso para su comprensión.

Se abalanzaron sobre ella y la hicieron caer de rodillas, donde una desconcertante tormenta de lágrimas la abrumó.

* * *

¿Podrían haber sido sus primeras propuestas vacilantes hacia Leah Shaw las peores?

Mientras esos rápidos pasos se alejaban en la distancia, Hayden se desplomó sobre su silla. Agradeció la discreción de sus sirvientes, que se habían desvanecido, ante la primera señal de problemas. Aún así, era probable que hubiera chismes, debajo de las escaleras, a pesar de los inevitables esfuerzos de Gibson por suprimirlos.

Una escena así no se había producido en Renforth Abbey desde los días de su matrimonio, a menos que se contaran las rabietas de su hijo. Ni siquiera su hermana, con quien había estado en desacuerdo tantas veces, le provocaba semejante muestra de temperamento. ¿Estaba equivocado al considerar casarse con otra mujer, cuyas prioridades y actitudes estaban tan en desacuerdo con las suyas?

En el caso de la pobre Celia, él no se dio cuenta de sus diferencias hasta que fue demasiado tarde. Su matrimonio, que había comenzado con tantas esperanzas y promesas, se había visto tenso por la disparidad entre sus personalidades e intereses. Quería creer que Leah Shaw y él habían resuelto todas sus diferencias, y llegaron a un entendimiento tolerante, entre él y ella. Esta discordante confrontación le había demostrado que estaba totalmente equivocado. Se reprochó a sí mismo por esa escalada de las hostilidades. Nada de lo que ella le había dicho era falso, pero algo de lo expresó había sido muy cruel. Aunque las acusaciones que había lanzado habían sido hirientes, eso no las volvía falsas.

Un movimiento sutil atrajo su mirada hacia la puerta del comedor, donde vio al mayordomo rondando.

—¿Debo ir a buscar el próximo plato? ¿Su Excelencia? —Gibson claramente estaba tratando de ignorar la silla vacía frente a la de su maestro.

Hayden negó con la cabeza.

—La señorita Shaw se sintió mal y debo confesar que yo también perdí el apetito. Por favor, transmítale mis disculpas a la cocinera, y asegúrele que esto no tiene que ver con sus habilidades.

—Muy bien, Su Excelencia. —El mayordomo logró sonar como si creyera cada palabra, lo cual Hayden dudaba mucho—. ¿Hay algo más que usted necesite?

¿Brandy, tal vez? Aunque lo pensó, una vez más, Hayden negó con la cabeza. No aprobaba la frecuencia con la que muchos de sus compañeros intentaban ahogar sus problemas de esa manera.

—Nada, gracias. —Poseído por una repentina necesidad de movimiento, se levantó de la mesa y se alejó sin pensar mucho hacia dónde se dirigía.

Sus pies lo llevaron a los claustros, donde en el pasado había acudido a menudo para aclarar

su mente. El largo y cerrado pasillo que conducía a la capilla estaba húmedo y bastante frío, lo que logró enfriar cualquier rescoldo de ira que aún quedara en su interior. El suave y constante goteo de agua, que caía de los aleros, era un sonido tranquilizador, aunque se preguntaba si a Leah Shaw le resultaría deprimente.

Entre el aislamiento de Renforth Abbey, en invierno, y sus torpes esfuerzos por sondearla sobre el matrimonio, sería sorprendente que la institutriz de Kit no hiciera las maletas y abandonara su casa, durante las primeras luces del día. A pesar de su confrontación, Hayden no podía soportar la idea que ella se fuera... por el bien de su hijo.

Fue debido a sus diferencias que Leah Shaw sería la madre ideal para Kit. Su compulsión de darle al niño la mayor libertad posible equilibraba su cautela y protección. Entre esas posturas opuestas, con cierto toma y daca, hasta el momento, ellos habían logrado llegar a un compromiso que beneficiaba a su hijo. Hayden quería que eso continuara.

¿Pero cómo podría hacerlo, si él ahuyentaba a la dama? Lo recorrió un escalofrío que no se debía enteramente al frío húmedo del claustro.

Esto lo llevó de regreso a la casa, acelerando su caminata con cada paso. Mientras subía corriendo la gran escalera, se encontró con Leah Shaw, que descendía casi tan rápido. Se detuvieron en el rellano y se dirigieron la palabra al mismo tiempo, cada uno en un apuro sin aliento.

—Señorita Shaw, debo disculparme...

—¡Por favor perdóneme, Su Excelencia!

Sus palabras chocaron en la solemne quietud, cuando sus miradas se encontraron y luego rápidamente se alejaron.

Lo intentaron de nuevo.

—No hay necesidad, ciertamente.

—Protesto, ¡la culpa fue mía!

Nuevamente sus respuestas colisionaron.

Los nervios tensos de Hayden se deshicieron en un estallido de risa incómoda. La señorita Shaw farfulló con alegría en respuesta. Las piernas de Hayden se sintieron repentinamente débiles. En una lamentable falta de buenos modales, se dejó caer en las escaleras. La dama hizo lo mismo, sin ningún signo de ofensa.

Volviendo a encontrar su mirada, esta vez la sostuvo, y levantó la mano para indicar su deseo de hablar primero. Con una sonrisa tímida y un asentimiento apenas perceptible, ella le dio permiso para empezar.

—Lamento haberte ofendido, querida, al hablar como lo hice de tu abuela. Cuando una persona afirma que tiene el debido respeto, me temo que a menudo es una excusa para decir algo completamente irrespetuoso. Estoy seguro que tu abuela te aconsejó, como lo hizo, por consideración a tu felicidad. Yo más que nadie debería saber que es posible hacer o decir algo dañino, incluso con las intenciones más amables.

Leah Shaw vaciló un momento, antes de responder, tal vez para estar segura que él había terminado.

—Acepto sus disculpas, como espero que usted acepte las mías, señor. No sé qué me hizo hablarle de esa manera. Supongo que todavía me siento obligada a defender a mi abuela de cualquiera que cuestione su cuidado hacia mí.

—No es necesario que te disculpes por esos sentimientos. —Hayden se encorvó hacia adelante, con los antebrazos apoyados en los muslos—. Ante nadie, ni siquiera a mí.

—Pero, debería haberme dado cuenta que intentabas defender la idea del matrimonio, una

unión que da felicidad e hijos. Es natural que encuentres desagradables las opiniones de mi abuela sobre el tema.

Podría servir mucho mejor para los planes del duque, si Leah Shaw siguiera creyendo que su matrimonio había sido idílico. Sin embargo, Hayden no se atrevía a engañarla, ni siquiera por omisión.

—Debo admitir que las opiniones de tu abuela me preocupan, pero, por una razón contraria a la que podrías pensar.

—¿Le ruego que me disculpe?

Hayden entrelazó sus dedos, formando un apretado nudo, y apoyó la barbilla sobre ellos.

—Desde la muerte de Celia, he tratado de negarlo, pero temo que mi esposa podría haber estado de acuerdo con tu abuela.

—¡Oh! —Leah logró infundir en esa breve palabra demasiados sentimientos diferentes para que él pudiera ordenarlos.

¿Acababa de destruir cualquier esperanza de convencerla que aceptara una oferta de matrimonio de él?

* * *

¿El matrimonio del duque no había sido feliz? Esa idea dejó a Leah desconcertada y entristecida... pero extrañamente aliviada, para su disgusto. Recordó que Lord Northam mencionó que los intereses de su difunta esposa eran diferentes a los suyos, aunque también había dicho cuánto disfrutaba pasar tiempo con ella. Sus preciadas amistades le habían enseñado a Leah que dos personas no necesitaban ser exactamente iguales para compartir un afecto profundo y duradero.

—Mi abuela nunca quiso que me casara con Celia —continuó el duque—, ella pensó que no era apta para lucir el manto de duquesa de Northam y ser una amante en Renforth Abbey. Mirando hacia atrás, me doy cuenta que la abuela tenía razón, pero en ese momento, yo estaba demasiado enamorado para darme cuenta.

¿Estaba confiando en ella para expiar su pelea anterior? Leah quería asegurarle que no era necesario sacar a la luz recuerdos dolorosos para apaciguarla. Sin embargo, algo más profundo que la simple curiosidad la mantenía pendiente de cada una de sus palabras.

—No me enamoré de Celia a pesar de nuestras diferencias, sino gracias a ellas. —Lord Northam miró fijamente la amplia galería de abajo, como si pudiera imaginarse a su primera esposa corriendo y riéndose—. Esa temporada fue mi primer contacto con la sociedad londinense, y todo en ella parecía burbujear y brillar. Solo más tarde me di cuenta de lo rápido que estallan las burbujas, y de la facilidad con la que las cosas que brillan pueden romperse en peligrosos fragmentos.

—Era joven —siguió—, y por primera y única vez en mi vida me sentí un poco rebelde. La desaprobación de mi abuela me hizo decidirme aún más a casarme con Celia, al igual que la competencia de varios otros pretendientes. Me sentí fuera de mí, lleno de felicidad, cuando en un brindis tan admirado de la sociedad, ella decidió aceptar mi propuesta.

Todos esos años después, el duque todavía parecía sorprendido por la decisión de su difunta esposa. Leah no lo estaba. ¿Cómo podría alguno de esos otros pretendientes compararse con un hombre, como Hayden Latimer? No por su título y su fortuna, ni siquiera por su atractivo aspecto, sino por las muchas y excelentes cualidades de carácter que Leah había descubierto, desde que llegó a Renforth Abbey. Si Lady Celia había sido la mariposa vertiginosa que parecía, no era de extrañar que se hubiera sentido atraída por un hombre de fuerza y prudencia silenciosa,

alguien en quien se podía confiar para protegerla de un mundo duro, que podría aprovecharse de su imprudente altanería. Leah descubrió que podía simpatizar demasiado bien con los motivos de la difunta duquesa.

—Al principio, éramos felices. —Un toque de melancolía en el tono del duque tiró del corazón de Leah—. Pero, no estaba acostumbrado al ritmo frenético de la sociedad londinense y pronto me cansé. Celia abortó dos veces. Su médico dijo que era por las altas horas en que se iba a dormir, la comida rica y la sobreexcitación constante. Cuando mi abuela enfermó, me sentí obligado a regresar a Renforth Abbey. Pensé que el sano ambiente campestre le vendría bien a Celia. A ella le pareció así por un tiempo.

Leah empezó a comprender por qué el duque le contaba todo esto. Deseaba que el decoro le permitiera hacer algún gesto de consuelo.

—Aunque hacía buen tiempo, Celia parecía contenta. Invitó a sus amigas a visitarla, organizó picnics y salió a montar. Visitaba con frecuencia una finca cercana, propiedad de una amiga de mi hermana. Pero, cuando llegó el otoño y todas sus amigas regresaron a Londres para pasar la temporada, Celia también quiso ir. Me resultó imposible abandonar a mi abuela, cuando estaba claro que le quedaba muy poco tiempo. Celia me rogó que la dejara ir sola a Londres, pero no me atreví a permitirselo. Estaba embarazada de nuevo y sabía que si volvía a caer en sus viejas costumbres, podría ser peligroso para ella y el bebé.

Leah podía entender muy bien lo confinada que debió resultar la duquesa, amante de la diversión, en Renforth Abbey, a finales del otoño, sin compañía y con un clima frío y aburrido. Cómo debía haberle molestado la preocupación de su marido por su abuela enferma, quien la desaprobaba de todo corazón. Y, sin embargo, Leah no podía culpar a Lord Northam por sus acciones. Solo había querido hacer lo mejor para su abuela, su esposa y su hijo por nacer.

—Celia tenía un carácter demasiado fuerte para aceptar mi decisión mansamente. —La mandíbula del duque se tensó y las finas líneas, que se abrían en abanico desde las comisuras de sus ojos, parecieron profundizarse—. Tuvimos algunas peleas terribles. Ya has visto cómo puede ser Kit cuando le niegan lo que quiere. Celia era casi igual de mala. Y sabes por experiencia que me enfado con demasiada facilidad.

Un doloroso escrúpulo de arrepentimiento se apoderó de Leah. Su discusión, durante la cena, debió recordarle a Lord Northam los momentos más oscuros de su matrimonio.

—La acusación que Celia me lanzó con más frecuencia fue que yo le había quitado la libertad, cuando nos casamos. Dijo que Renforth Abbey era como una prisión, y que yo era más un carcelero, que un marido. Sin duda tú y tu abuela estarían de acuerdo con ella.

Qué difícil debía haber sido para él escuchar esos mismos sentimientos sobre el matrimonio, resonando en su mesa, tantos años después. Leah deseó haberse mordido la lengua. Y, sin embargo, no negaría sus creencias que el matrimonio de los Northam ilustraba tan dolorosamente.

—No es tan simple como eso, Su Excelencia.

—¿No lo es? —El duque giró la cabeza para clavarle en ella una mirada inquisitiva.

Leah lo enfrentó por un momento, esperando que él viera que hablaba en serio. Pero no podía arriesgarse a sostener esa mirada, si él vislumbraba cuán profunda era su simpatía y tal vez la confundiera con otra cosa.

—No te culpo por actuar como lo hiciste. —Ella se acercó más a la barandilla. La escalera no era el lugar más cómodo para sentarse. Sin embargo, parecía ponerlos en una posición más equilibrada, no como amo y sirviente, sino simplemente como dos personas con creencias y sentimientos de igual importancia—. Sé que no te gobernaron motivos egoístas, sino una

preocupación amorosa por aquellos a quienes te sentías obligado a proteger.

Lord Northam sacudió la cabeza lentamente.

—Eso era lo que creía y lo que me he dicho a menudo desde entonces. Pero, ahora me doy cuenta que con demasiada frecuencia he tomado decisiones equivocadas, a pesar de mis buenas intenciones.

Leah asintió con tristeza.

—Eso es lo que quise decir cuando te dije que no era simple.

El más sutil indicio de una sonrisa tiró de la comisura de sus labios y luego se desvaneció rápidamente.

—Te he contado la mayor parte de la historia. Supongo que será mejor que escuches el resto.

¿Por qué compartía tantos recuerdos privados y dolorosos con ella? Simplemente, ¿porque lamentaba su pelea? Si era así, ya él había hecho más que suficiente para expiar su culpa. Ella había sido tan culpable como él de la discusión, si no más. Sin embargo, Leah no pudo dominar su curiosidad por conocer el resto de la historia.

¿Por qué la fascinaba tanto el tema de su pasado? ¿Fue porque había sido tan difícil como el suyo, a su manera, a pesar que él era un compañero adinerado y ella una ex alumna de una escuela de caridad?

Después de una larga pausa, el duque continuó:

—Mi abuela murió hace casi seis años.

—Lo siento mucho. —Más que nunca, Leah deseaba descansar su mano sobre la de él.

No era de extrañar que el temperamento del duque hubiera sido provocado más fácilmente que de costumbre. En el caso de ella, los aniversarios de acontecimientos dolorosos de su pasado siempre sacaban a la superficie sentimientos de pena, culpa e ira más de lo que normalmente ocurrían. Además de eso, al oírla hablar de su abuela, cuyas opiniones habían sido tan marcadamente opuestas a las de su fallecida abuela, eso solo podría haberlo irritado aún más.

El duque reconoció su simpatía con un breve movimiento de cabeza. Pero antes que pudiera decir otra palabra, una puerta se abrió y se cerró en la planta baja, y los pasos decididos del mayordomo se acercaron.

Sin dudarlo ni consultarlo, Leah y el duque se pusieron de pie de un salto, como si estuvieran a punto de ser sorprendidos cometiendo un crimen.

—Gracias por esa información, señorita Shaw. —La voz de Lord Northam sonaba demasiado fuerte y cordial para una conversación natural—. Quizás podamos discutirlo más a fondo en otro momento.

Mientras hablaba, el duque empezó a bajar las escaleras. Era evidente que le daba vergüenza que lo vieran intercambiando confidencias con ella. La idea hirió a Leah, a pesar que ella sentía lo mismo. Solo ella tenía que proteger su reputación. ¿También estaba tratando de resguardarla? Aunque ese era el tipo de comportamiento que ella esperaba de él.

—Ciertamente, señor. —Intentó que su tono no traicionara el hecho que su conversación había sido todo menos ordinaria e impersonal.

Por acuerdo tácito, Leah empezó a subir las escaleras.

—Buenas noches, Su Excelencia.

—Buenas noches, señorita Shaw —él replicó.

Un momento después, ella lo escuchó hablando con el mayordomo.

¿Qué había estado a punto de decirle el duque? Se preguntó Leah, mientras regresaba a su habitación. Fuera lo que fuese, se sintió mucho más curiosa de lo que tenía derecho a sentir. ¿Se

lo diría Lord Northam en alguna ocasión futura? ¿O tal vez nunca más lo atraparía en un momento tan desprevenido?

Capítulo once

¿Había estado tratando de lograr que Leah Shaw fuera su futura esposa, o intentando expulsarla de Renforth Abbey? Una semana después de haberle confiado a la institutriz de Kit detalles de su matrimonio, Hayden todavía estaba molesto consigo mismo por revelar tanto sobre el descontento de Celia. ¿No confirmó esto las ideas críticas de la señorita Shaw sobre el matrimonio, y arrojó dudas sobre su idoneidad como marido?

A pesar de esto, él no podía negar una extraña sensación de alivio que le había traído compartir esos recuerdos con ella. Su peso ya no parecía una carga tan grande para su corazón y conciencia. Eso ayudó que la señorita Shaw hubiera adoptado una visión caritativa de sus acciones. Su comprensión significaba más para él de lo que jamás podría transmitirle.

Durante varios días después, ella pareció evitarlo y Hayden no intentó imponerle su compañía. Consideró que era mejor permitir que las emociones volátiles, que habían despertado, se calmaran por un tiempo, antes de hacer más esfuerzos para avanzar en su plan.

Como consecuencia, se encontró más que nunca esperando la oportunidad de estar con ella y su hijo para recibir las lecciones. Hoy, Kit estaba estudiando un atlas que la señorita Shaw había tomado prestado de la biblioteca de Hayden.

—Esto es Gran Bretaña y aquí está Renforth Abbey. —Señaló un lugar en el sur del país—. ¿Puedes localizar Nethercross, donde vive Sophie? Está al noreste y se encuentra a lo largo de las orillas del río Támesis.

Hayden se preguntó si era buena idea enseñarle geografía a su hijo. Conocer otros lugares solo podría provocar descontento y un peligroso anhelo de viajar. Aunque el niño claramente disfrutaba demasiado del tema, como para que su padre considerara prohibirlo.

Mientras Kit buscaba en el mapa, intentando localizar a Nethercross, la mente de Hayden empezó a divagar. Se preguntó si había lecciones valiosas que aprender de su primer matrimonio. Las mismas podrían ayudarle a persuadir a Leah Shaw que el matrimonio no tiene por qué ser la pena de prisión que le habían hecho creer.

—¡Ahí está! —El grito de Kit sacó a Hayden de sus pensamientos a la deriva—. Mira, papá. Encontré dónde vive Sophie. No parece muy lejos de Renforth en absoluto. Quizás algún día pueda ir a visitarla.

Hayden abrió la boca para acallar una idea tan peligrosa. Pero antes que pudiera decir algo, Leah Shaw llamó su atención. Su mirada contenía una brillante advertencia verde y una cálida súplica marrón que lo impulsó a responder:

—Quizás... Sophie y sus hermanas podrían venir aquí a visitarte.

Para su satisfacción, su respuesta pareció complacer tanto a su hijo como a la institutriz del niño.

—¿Ellas podrían? —Kit sonrió—. ¿Cuándo podrán venir?

La señorita Shaw evitó que Hayden tuviera que hacer planes irrevocables, en ese mismo momento, diciendo:

—Es tiempo suficiente para decidir eso más tarde. Renforth Abbey y Nethercross pueden parecer cercanas en un mapa, pero la distancia es un viaje de un día completo. Lord y Lady Steadwell nunca permitirían que sus hijas hicieran un viaje así hasta que el clima fuera más cálido y los caminos estuvieran libres de barro. Ahora bien, ¿estás preparado para una búsqueda más difícil? ¿Puedes encontrar Knightley Park en Nottinghamshire? Allí viven Cissy y Dolly

Radcliffe. Su madre adoptiva es otra vieja amiga mía.

El nuevo desafío llamó inmediatamente la atención de Kit. Su dedo se movió hacia arriba sobre el mapa.

Hayden le lanzó a Leah Shaw una sonrisa agradecida y recibió una a cambio, que hizo que le doliera el pecho con su resplandor. ¿Se lo merecía simplemente porque se había ofrecido a invitar a las niñas Kendrick a una visita? De ser así, tal vez no le resultaría tan difícil mantenerla contenta en Renforth Abbey, como a Celia.

Una punzada de culpa borró la sonrisa de su rostro. ¿Había intentado realmente alguna vez hacer feliz a Celia allí? ¿O había estado tan absorto en su preocupación por ella, el bebé y su abuela que no podía soltar el control protector contra el cual ella se había rebelado?

—No puedo encontrar Knightley Park. —Kit apartó el atlas—. Hay demasiados lugares en este mapa.

—Busca la ciudad de Newark, en la parte media. —La señorita Shaw empujó el libro hacia él—. Está en letras más grandes que algunas de las otras.

Animado así a continuar, Kit limitó su búsqueda.

Mientras tanto, su institutriz se acercó a Hayden.

—Tengo una sugerencia que espero que consideres.

Cuando se encontró con su mirada esperanzada, Hayden se preguntó cómo podría negarla.

—Por supuesto que consideraré cualquier sugerencia, querida. Si puedo estar de acuerdo, eso es otra cuestión.

Su sonrisa se amplió en respuesta a su tono de reunión.

—Creo que esta vez podrías hacerlo. Verás, me preocupa un poco que lleven a Kit de la cama a la silla para recibir lecciones y comer.

Hayden asintió. No era ajeno a tales preocupaciones. En el pasado habían sido lo suficientemente fuertes para mantener a su hijo postrado en cama. Últimamente había aprendido a actuar más, basándose en la esperanza y menos en el miedo. Pero, eso todavía no disipaba por completo sus preocupaciones.

—Pensé que sería más seguro para Kit, si fijamos un juego de ruedas a las patas de su silla para poder llevarlo desde la cama, y luego empujarlo hasta la mesa, una vez que esté sentado de manera segura...

Incluso antes que ella terminara de hablar, Hayden comenzó a asentir vigorosamente. ¿Cómo podría rechazar una sugerencia que le permitiría a su hijo más libertad sin comprometer su seguridad?

—Esa es una excelente idea. Lo investigaré de inmediato.

—¡Encontré Newark! —intervino Kit. Parecía haber estado demasiado absorto en su búsqueda para haber prestado atención al intercambio de palabras entre su padre y la institutriz.

—¡Bien hecho! —La señorita Shaw se inclinó sobre la mesa para señalar la ubicación de Knightley Park—. Creo que deberíamos agregar a Cissy y Dolly a tus destinatarios, y tal vez, a Peter Romney... Me refiero a Lord Edgecombe. Tiene casi tu edad, al igual que algunos de los jóvenes Chase. Mi amiga la señorita Fairfax es su institutriz.

Kit asintió.

—¿Dónde viven? Les escribiré y tal vez todos puedan venir a visitarnos.

Su hijo necesitaba contacto con otros niños. Hayden no podía confundir su tono de anhelo. Pero, ¿podría esto conllevar otro tipo de peligro? Recordó cómo algunos de los niños de la escuela habían criticado sin piedad a cualquiera que fuera un poco diferente: más pequeño que el resto, más lento para comprender las lecciones o con un impedimento del habla. ¿Podría ser

rechazado o atormentado un niño que no podía caminar?

Hacer amigos por carta le proporcionaría a Kit muchos de los beneficios, pero ninguno de los riesgos. Hayden admiraba a Leah Shaw por idear un compromiso tan inteligente.

¿Habría alguna manera que él pudiera aprender de ella? ¿Había cosas que él pudiera hacer para que la vida, en Renforth Abbey, fuera más agradable para ella, proporcionándole una apariencia de la libertad que tanto anhelaba?

Se le ocurrió una posibilidad.

—Si me disculpan, debo ir a consultar con el jardinero... me refiero al fabricante de carruajes del pueblo sobre las ruedas para la silla de Kit.

Su hijo levantó la vista del atlas con un brillo de esperanza en los ojos.

—¿Ruedas para mi silla? ¿Por qué?

—La señorita Leah te lo explicará. —Hayden revolvió el cabello de su hijo y luego se alejó.

Sus pulmones se sentían flotantes, como un par de globos aerostáticos, levantándole el ánimo y aligerando su paso.

A mitad de camino, dio la vuelta y volvió a hablar:

—Espero que cenará conmigo esta noche, señorita Shaw. Para que podamos discutir otras ideas que pueda tener para este joven.

—Por supuesto, señor. —Ella lo miró y Hayden quedó nuevamente impresionado por su vibrante belleza.

Aunque necesitaba casarse con la dama por el bien de Kit, esto no sería ninguna dificultad para él. Esperaba todo lo contrario.

* * *

Durante las siguientes quincenas, a Leah le pareció que Lord Northam estaba decidido a compensar su disputa anterior, siendo más servicial de lo habitual. Él no perdió el tiempo y adoptó su idea de instalar ruedas en una silla para su hijo, lo que encantó a Kit tanto como a ella.

—Me recuerda a la silla de jardín que usaba mi abuela en sus últimos años —reflexionó el duque, durante la primera vez que empujó a su sonriente hijo de la cama al escritorio.

Más tarde, cuando Lord Northam los dejó solos para sus lecciones, Kit le rogó a Leah que empujara su silla por la habitación, lo cual ella hizo felizmente.

No obstante, cuando su alumno le suplicó que hicieran otro circuito, ella tuvo que negarse.

—Debemos trabajar un poco. De lo contrario, tu papá adivinará lo que hemos estado haciendo. ¿Te gustaría escribirle una carta a Sophie sobre tu nueva silla? Quizás puedas hacerle un dibujo para acompañarla.

—Me gustaría que sacaras mi silla del cuarto de los niños para poder ver otras partes de la casa —dijo Kit, mientras Leah acomodaba el bolígrafo—. Entonces tendría aún más que contarle a Sophie. Quiero hacer algunas de las cosas sobre las que ella escribe: montar en poni y pasear en bote por el río. No necesitaría piernas fuertes para hacer eso, solo el permiso de papá.

El tono de frustración del niño le recordó a Leah el progreso limitado que había logrado en su beneficio desde que llegó a Renforth Abbey. Ella lo había liberado de su cama y ampliado los horizontes de su mente con educación, pero todavía estaba confinado en esta única habitación, por espaciosa y hermosa que fuera.

—Trata de no enojarte con tu padre. —Apoyó su mano sobre el hombro de Kit en una cariñosa caricia—. Él solo está tratando de protegerte de enfermedades o lesiones porque te ama muchísimo. Está aprendiendo a dominar su miedo, pero eso lleva tiempo, del mismo modo que a usted le ha llevado tiempo aprender a leer y escribir.

Cada palabra era cierta, pero Leah sintió como si la empujaran en direcciones opuestas. ¿Estaba poniendo excusas para el duque porque le había llegado a agradar tanto? ¿Había cejado en sus esfuerzos por liberar a Kit porque había llegado a simpatizar con su padre? De ser así, estaba traicionando su propósito original y la promesa que le había hecho a Lady Althea. Sus sentimientos hacia el duque la estaban frenando, impidiéndole esforzarse aún más por la libertad de Kit.

Los apegos personales limitan la libertad de acción. Leah recordó eso muy bien. Lo había aprendido en la escuela, cuando los maestros intentaban controlar su comportamiento, castigando a sus amigas. ¿Podría el duque estar aprovechando su simpatía para convertirla de oponente a aliada?

Destapó la botella de tinta y se comprometió en silencio a hacer del bienestar de Kit su máxima prioridad.

—Trabaja en tu carta, durante media hora, y luego te empujaré en tu silla nuevamente.

—¡Tenemos un acuerdo! —Kit cogió su bolígrafo y empezó a escribir.

Mientras Leah lo observaba trabajar con tanta energía, su mirada se desvió hacia la puerta de la guardería. Quizás ella y Kit necesitaban demostrarle al duque que ampliar los límites de su hijo no estaba tan lleno de peligros, como él parecía creer. Para lograrlo, podría ser más fácil pedir perdón, después del hecho que pedir permiso de antemano.

Cuando el duque regresó un rato después, pareció complacido al descubrir que Kit había sido tan productivo con sus estudios, y se encontraba de buen humor. Si sospechaba que la nueva silla de su hijo estaba siendo utilizada para algo más que trasladarlo, sano y salvo, de la cama a la mesa, Lord Northam no dio señales de ello.

Kit debía haber adivinado que contarle a su padre sobre su nueva diversión podría llevar a que se la prohibiera. Aunque Leah no le había pedido que la mantuviera en secreto, el niño no mencionó su nueva actividad al duque.

Pasaron una tarde agradable, leyendo en voz alta, estudiando más geografía y luego, jugando con Kit, después del té. Aunque afuera el día estaba nublado y ventoso, Leah descubrió que eso no pesaba tanto sobre su ánimo. Kit, su padre y ella crearon su propio sol.

—Espero que me acompañes a cenar —dijo el duque, mientras Leah se alejaba—. Hay algo que me gustaría mostrarte después.

—Por supuesto, Su Excelencia —respondió Leah, motivada por su curiosidad. Habían cenado juntos varias veces, desde la noche de su pelea, pero ambos se habían esforzado por evitar cualquier tema conflictivo. El duque no había tenido oportunidad de confiar nada más sobre su matrimonio—. ¿Puedo preguntarte qué deseas mostrarme?

—Puedes preguntar todo lo que quieras. —Sus ojos brillaron de una manera que Leah encontró peligrosamente atractiva—. Pero, no esperes que te lo diga. ¡Quiero que sea una sorpresa!

—¿Qué clase de sorpresa, papá? —preguntó Kit—. ¿Me lo puedes decir? Ojalá pudiera verla, sea lo que sea.

El brillo alegre en los ojos de Lord Northam se desvaneció. ¿Se arrepintió de haber planteado el tema ante su hijo, cuando Kit no podía compartir la sorpresa? Sin embargo, él se recuperó rápidamente.

—Eso depende... ¿Puedes guardar un secreto?

Kit esbozó una amplia sonrisa e intercambió una mirada significativa con Leah.

—¡Sí, puedo! Lo prometo.

—Muy bien entonces. —El duque fingió no darse cuenta del enfrentamiento entre el

alumno y la institutriz—. Te lo diré cuando te vaya a acostar, esta noche.

Mientras se disponía a vestirse para la cena, Leah intentó adivinar qué le tenía reservado el duque. La idea de una sorpresa parecía fuera de lugar para un hombre, a quien le gustaba mantener su mundo ordenado, predecible y seguro. Sin embargo, la contradicción la intrigaba.

Esa noche cuidó más que de costumbre su apariencia. Se desató el pelo del sencillo nudo de institutriz y, en su lugar, ató los sueltos rizos castaños con una cinta de terciopelo. Después, se puso un vestido que Grace le había regalado para que lo usara durante las festividades navideñas de Nethercross. Su rico color ciruela complementaba su cabello y ojos, e iluminaba su tez.

Luego, dio un pequeño giro, ante el espejo, y le preguntó a su reflejo de ojos estrellados por qué se había tomado tantas molestias. La mujer de aspecto más joven respondió con una sonrisa descarada:

—¿Por qué no debería hacerlo? Si Lord Northam se tomó la molestia de preparar una sorpresa, lo menos que puedo hacer es lucir lo mejor posible.

El duque también parecía considerar la velada como una especie de ocasión, ya que apareció vestido muy elegantemente con un abrigo verde oscuro, y ropa fresca y almidonada.

El corazón de Leah dio un vuelco tonto, cuando él la miró con una sonrisa de admiración y le ofreció su brazo. Podía entender qué había atraído a la difunta duquesa hacia su marido, cuando se conocieron por primera vez, en un elegante salón de actos de Londres. Poco se había imaginado la alegre joven debutante que un rostro hermoso y modales agradables la atraerían a una vida aburrida y restringida, de la cual no podría escapar.

Una parte de Leah agradeció este recordatorio: una mujer no debería permitir que un capricho pasajero se apodere de su buen sentido. Y, sin embargo, le reprochaba su simpatía por el duque. Sabía que no debía pensar que él alguna vez había tenido la intención de hacer infeliz a su vivaz y joven esposa. Él solo quería protegerla a ella y a su bebé de las consecuencias de su comportamiento impulsivo.

—Un centavo por sus pensamientos, señorita Shaw. —El tono de broma suave del duque sacó a Leah de sus reflexiones conflictivas—. ¿Estás tratando de idear una manera de convencerme para que revele mi sorpresa prematuramente?

—No, por nada. —Ella pudo responder con algo de sinceridad—. Aunque agradecería una pista para aliviar mi curiosidad.

El duque soltó una deliciosa y suave risa, mientras sostenía su silla.

—En ese sentido, me temo que debo decepcionarte, querida. Con tu ágil ingenio, sospecho que la más mínima pista podría llevarte a adivinar lo que tengo reservado. Y eso anularía todo el propósito de la sorpresa. Seguramente, una mayor curiosidad y anticipación son una gran parte del atractivo.

—Me tienes allí, Su Excelencia. —Leah no podía negar su anticipación. Sin duda, eso era responsable de la embriagadora espuma de emociones que burbujeaban dentro de ella. No tenían nada que ver con el hecho que Lord Northam se hubiera dirigido a ella nuevamente como su “querida”.

—Me esforzaré por desviar tus pensamientos —él prometió—. Por favor, cuéntame más sobre estos niños con quienes Kit mantiene correspondencia. Aparte de la hijastra de Lady Steadwell, ¿son todos alumnos de tus amigas de la escuela?

Leah agradeció la diversión.

—Mi amiga Evangeline es la institutriz de los niños Chase y sus hermanas. Su padre es un próspero propietario de un molino en el norte. Cissy y Dolly fueron alumnas de Marian, pero ahora ella está casada con su primo y tutor, el capitán Radcliffe. Peter... Lord Edgecombe es el

hijastro de mi amiga Hannah.

El duque pareció aprobarlo. Sin duda se sintió aliviado al saber que los otros niños serían conocidos adecuados para su hijo.

—Recuerdo que me dijiste que la mayoría de tus amigas han tomado marido. Espero que esas otras uniones hayan resultado tan felices como la de Lord y Lady Steadwell.

La cena estaba servida y el duque conversaba de manera informal, mientras comían. Sin embargo, Leah sintió que su último comentario era más que una broma ociosa.

—Mis amigas ciertamente parecían muy felices, cuando estuvimos juntas en la boda de Hannah. —Intentó no parecer sospechosa de sus motivos para sacar a relucir el tema—. Nada en sus cartas sugiere lo contrario.

—Me alegra oírlo —replicó el duque con evidente sinceridad—. No deseo provocar otra discusión, pero me siento obligado a señalar que la experiencia de tus amigas parece contradecir las opiniones de tu abuela sobre el matrimonio.

¿Debían volver a discutir ese tema en particular?

Leah respiró hondo y trató de no ofenderse ni enfadarse.

—¡No creo que sea así! Es cierto que mis amigas parecen contentas con sus matrimonios y por eso me regocijo. Pero, todas somos mujeres muy diferentes, que necesitamos cosas distintas para hacernos felices. Rebecca siempre ha anhelado la seguridad. Grace buscó la aceptación. Hannah quería otro camino que agradeciera su dedicación. El matrimonio con un hombre bueno y digno pudo brindarle a cada una lo que necesitaba.

El duque no hizo ningún esfuerzo por interrumpirla, aunque escuchó atentamente. Parecía sinceramente ansioso por comprender todo lo que escuchaba.

—Pero, las mujeres como mi abuela y yo —continuó Leah—, y tal vez su difunta esposa, valoramos mucho nuestra libertad. Por su propia naturaleza, el matrimonio más amoroso aún limitaría esa libertad.

Lord Northam masticó un bocado de faisán asado, que estaba tan tierno y apenas requería poco esfuerzo. ¿Estaba él mentalmente mordisqueando una idea que ella le había ofrecido?

—Pero tú eres una mujer de fe, ¿no es así? —El ceño del duque se frunció de una manera entrañable, lo cual hizo que Leah deseara suavizarlo—. ¿Cómo concilias tu deseo de libertad con la obediencia y la confianza que el Señor requiere de sus seguidores?

Por lo general, Leah desviaba preguntas tan serias sobre sus creencias con una broma frívola. Pero con Hayden Latimer, de alguna manera le parecía natural compartir una parte tan vital de sí misma. Quizás si la entendiera, eso le ayudaría a comprender a su difunta esposa y hacer las paces con las diferencias que habían afectado su matrimonio.

Podría haber algo más que eso, le advirtió un rayo de perspicacia, sin embargo, decidió ignorarlo.

—El Señor puede exigir muchas cosas de nosotros. —Ella eligió sus palabras con cuidado, queriendo explicarlas de una manera que el duque realmente pudiera entenderla—. Pero, Él no nos obliga contra nuestra voluntad. No somos como esas pequeñas figuras de juego de Kit, que se mueven y actúan a su disposición. Siempre, tenemos la opción de creer o no, confiar o actuar de acuerdo con nuestra fe. Para mí, esa libertad es el regalo más preciado de un Creador amoroso.

El duque no respondió de inmediato, sino que continuó consumiendo su cena en un pensativo silencio. ¿Podría empezar a comprender puntos de vista tan diferentes a los suyos?

Por fin levantó la vista, como si de repente recordara la presencia de Leah.

—A Kit parece gustarle esa silla suya. Fue una idea inteligente. Te agradezco que tú la

hayas propuesto.

¿Había hecho algún esfuerzo por comprender lo que ella se había esforzado tanto en explicar? Leah trató de no importarle el aguijón de esa duda.

—Ojalá pudiera idear un medio para que él suba y baje las escaleras de forma segura sin que lo carguen.

El duque se estremeció.

—¡Ese es uno de mis mayores temores acerca de él!

Aunque Leah no era la única, lo sabía. Si de algún modo encontraba una solución, ¿qué barrera pondría a continuación Lord Northam para la emancipación de su hijo? Por mucho que ella hubiera llegado a simpatizar con este hombre, y admirarlo de muchas maneras, su sobreprotección ponía a prueba su paciencia.

Eso le hizo pensar de nuevo en que algunas mujeres eran menos aptas para las restricciones del matrimonio. ¿No podría ser también cierto que ciertos hombres hicieran sus uniones más restrictivas que otros? Lord Northam había demostrado ser ese tipo de hombre, mucho más que los maridos de sus amigas. No era de extrañar que su matrimonio con un espíritu libre como la madre de Kit hubiera sido tenso.

El duque desvió la conversación hacia un tema aún más seguro: la historia de la Renforth Abbey, y el resto de la cena transcurrió agradablemente. Cuando concluyó y Leah se preparó para despedirse, Lord Northam le recordó:

—Aún no has visto tu sorpresa.

—Se me olvidó por completo —ella confesó—. ¿Voy a verla ahora?

Su Excelencia asintió.

—¿Puedo convencerte que cierres los ojos?

—¿Por qué?

—Si te lo digo te estropearé la sorpresa —contestó en tono juguetón. Aunque su directa mirada azul transmitía una súplica sincera que era mucho más convincente—. Compláceme por unos momentos.

¿Complacerlo? Seguramente, ella podía hacerlo.

—Muy bien. —Leah cerró los ojos, solo para descubrir que la falta de visión intensificaba sus otros sentidos.

De repente, ella se dio cuenta del tintineo apagado de la porcelana y de las voces tranquilas, mientras los sirvientes despejaban el comedor.

—Ahora, dame tus manos. —La voz del duque, que venía más cerca de lo que esperaba, la hizo sobresaltarse. Cuando ella dudó, él añadió—, solo queda un pequeño camino por recorrer y prometo guiarte fielmente. ¡Confía en mí!

Eso sería mucho más difícil que seguirle la corriente. Pero, ¿cómo podía dudar que un hombre tan protector le permitiría sufrir algún daño? Leah levantó las manos y las extendió frente a ella.

Un instante después, sintió las fuertes manos del duque apretando ligeramente sus dedos.

—Por aquí. —Él la atrajo hacia adelante.

¿A dónde la llevaba? Se preguntó Leah. Había perdido todo sentido de orientación. Dondequiera que estuviera, una parte de ella esperaba que no llegaran a su destino demasiado pronto.

La ligereza del tacto de Lord Northam sugería que consideraba sus manos como objetos preciosos que debían manipularse con el mayor cuidado. Al mismo tiempo, su agarre fue lo suficientemente firme como para transmitir su determinación de protegerla de cualquier daño.

Nunca en su vida se había sentido tan respetada.

No hicieron falta muchos pasos para llegar a su destino, sin embargo, para Leah el tiempo parecía suspendido, mientras saboreaba el lujo desacostumbrado de depositar su confianza en otra persona.

Después de dos breves pausas para abrir y cerrar una puerta, el duque murmuró:

—Ahora, solo un momento...

Consciente del aire más fresco en sus brazos y cuello, Leah adivinó dónde estaban, pero un olor inesperado la desconcertó.

—Puedes abrir los ojos... ahora...

Leah luchó contra una extraña inclinación a mantenerlos cerrados y permanecer en el espacio privado, limitado únicamente por su voz y su tacto. Después de un breve conflicto interno, se obligó a abrir los ojos, y dejó escapar un suave grito ahogado.

Después de semanas de tristeza invernal, un perfecto derroche de los colores más brillantes sedujo sus ojos, mientras el embriagador aroma de una nueva vida ofrecía un festín para su olfato.

—¿Qué es todo esto? —Miró maravillada a su alrededor, los claustros de la abadía de Renforth estaban iluminados por el parpadeo de diminutas lámparas de latón. Macetas rebosantes de flores primaverales se alineaban a ambos lados del camino de baldosas. Más vegetación caía en cascada, incluyendo cestas colgadas entre las altas ventanas con parteluces.

Algunos de los pétalos de las flores se estaban cerrando para pasar la noche, pero aún quedaban suficientes abiertos para crear un tapiz vívido y alegre. Había narcisos dorados y azafranes de color amarillo intenso, morado y blanco. También se encontraban tulipanes, en una amplia gama de tonalidades brillantes. Y vio jacintos en un arcoíris de delicados tonos de color pastel.

—Entonces, ¿lo apruebas? —La pregunta del duque hizo que ella volviera a mirarlo. Su sonrisa era lo más brillante de ese lugar y sus ojos mostraban el color más hermoso—. Pensé que podrías apreciar un sabor temprano de la primavera, así que consulté al jardinero jefe. Me asegura que cuando dejen de florecer, habrá muchas campanillas y azafranes brotando al aire libre.

—¿Hiciste todo esto... por mí? —Leah caminó a lo largo del claustro, disfrutando de la belleza que la rodeaba. Se maravilló de cómo Lord Northam había capturado la esencia de la primavera, la envolvió en un lazo y se la regaló.

La recorrió un delicioso escalofrío que nada tenía que ver con la temperatura.

Sin embargo, el duque no tenía forma de saberlo.

—¡Perdóname! —gritó—. Debería haberte traído una envoltura. Los jardineros ponen vasijas de barro llenas de brasas para mantener calientes las plantas, pero no es suficiente para tu comodidad.

Leah escuchó un crujido y se volvió para asegurarle a Su Excelencia que no tenía frío. Antes de dar la vuelta completa, algo cálido se deslizó sobre sus hombros y se dio cuenta que era su abrigo.

Ella quiso protestar e insistir en que lo retirara, pero no pudo. La prenda parecía cubrirla en un abrazo cálido y encerrado. El leve sabor del jabón de Lord Northam la envolvió, siendo un intrigante contrapunto a la omnipresente dulzura floral.

Verlo también la dejó sin palabras. Las mangas de su camisa, de un blanco nívoo, sobresalían de un chaleco de color oscuro bordado con hilos de oro. Sin su abrigo, el duque parecía un hombre diferente: menos cauteloso, más atrevido y apuesto.

Para compensar el silencio de Leah, él respondió a su pregunta anterior:

—Por supuesto que lo hice por ti. ¿Por quién más? Sé que Renforth Abbey no está en su mejor momento en invierno y eso ha pesado sobre tu ánimo. ¡Así que pensé en acelerar la llegada de la primavera!

Lentamente, el duque levantó la mano hasta que el dorso de los dedos se posó en su mejilla, en una caricia ligera, como una pluma.

—Quiero que seas feliz aquí, Leah.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre de pila sin añadir “señorita” como lo hacía su hijo. Eso, junto con la familiaridad de su toque, encendió un ardor abrasador en sus mejillas. ¿Se dio cuenta de lo que estaba haciendo?

Por supuesto que sí lo hizo. Esa idea golpeó a Leah, mientras permanecía congelada en su lugar, dividida entre inclinaciones contrarias. Nuevos y extraños sentimientos la hacían desear que este momento entre ellos se volviera aún más dulce. Incluso cuando creencias arraigadas la instaban a poner una distancia segura entre cualquier hombre y ella.

Hayden Latimer sabía exactamente lo que estaba haciendo porque lo había hecho antes. Había capturado el corazón de una dama y se casó con ella. Luego, con las mejores intenciones, había restringido gradualmente su libertad, como haría más tarde con su hijo.

Ese pensamiento hizo que Leah se estremeciera, como si temiera que él quisiera golpearla.

—Es encantador, Su Excelencia. —Ella se arrancó el abrigo, devolviéndoselo y tratando de ignorar su mirada de sorpresa y dolor—. Te agradezco que te hayas tomado tantas molestias por mi cuenta, pero se hace tarde y debería retirarme a pasar la noche.

—Pero, Leah —la llamó el duque, mientras ella se alejaba rápidamente—. Quiero decir, señorita Shaw, por favor déjeme hablar.

En ese momento, ya casi había llegado a la puerta. Por mucho que ansiara dar marcha atrás, Leah sabía que no se atrevía a hacerlo.

—¡Podemos hablar mañana! —gritó por encima del hombro, tratando de fingir un tono casual, pero fallando estrepitosamente.

Aunque sabía que él era demasiado caballeroso para perseguirla, huyó a su habitación tan rápido, como sus pies se lo permitieron. Su corazón latía con miedo. No cerró la puerta con llave. Eso no serviría de nada. En lugar de eso, deseaba que alguien la cerrara desde afuera para contenerla, en caso que sus emociones confusas se apoderaran de ella.

Capítulo doce

Él había hecho grandes progresos cortejando a Leah, hasta que su desastroso paso en falso la alejó. Ahora que se había dirigido a la institutriz de Kit por su nombre de pila, a Hayden le resultó imposible pensar en ella de otra manera.

Toda la noche, él estuvo dando vueltas y vueltas, recordando lo bien que había ido avanzando la velada. Disfrutaron de una agradable cena y lograron discutir sus diferentes puntos de vista sin animosidad. Todo el tiempo, su anticipación había aumentado, mientras se preparaba para revelar su sorpresa cuidadosamente planeada. Se había imaginado la expresión de su rostro, tratando de imaginar cómo reaccionaría ante el anticipo de la primavera, que él había preparado para ella.

Cuando estuvo listo para llevarla a los claustros, su corazón latía con una mezcla de euforia y ansiedad. ¿Qué pasaría si, contrariamente a todas las expectativas, a Leah no le gustaba lo que había hecho? Él había dejado de lado ese miedo, instándola a cerrar los ojos y confiar en que él la guiaría. Para su sorpresa y satisfacción, ella había aceptado. Tal vez, a pesar de todo lo que hablaba de libertad, secretamente anhelaba tener a alguien que la cuidara y en quien sabía que siempre podía confiar. La sensación de sus delgados dedos, entrelazados en su mano, era tan placentera, que Hayden había deseado guiarla por toda la casa, antes de llegar a su destino.

Cuando finalmente le dijo a Leah que abriera los ojos, su reacción fue más allá de lo que podría haber esperado. La forma en que sus ojos color avellana se habían abierto con asombro, su suave inhalación y la forma en que todo su rostro brillaba lo habían abrumado con tierna felicidad. ¿Había algo que él no estaría dispuesto a hacer, si eso prometiera brindarle un deleite tan obvio?

Cuando ella tembló de frío, Hayden se reprendió a sí mismo por ese detalle pasado por alto. Sin embargo, no podía arrepentirse del todo, ya que le brindaba una nueva oportunidad de ser útil. El abrigo que había puesto sobre sus delgados hombros era un sustituto de los brazos que ansiaban abrazarla, manteniéndola siempre cerca y segura.

Luego, con tono de incredulidad, ella le preguntó si le había preparado una sorpresa tan deliciosa. Su pregunta confirmó su sospecha anterior que Leah nunca había experimentado realmente el cuidado amoroso que merecía.

A una edad demasiado temprana, se le había asignado el papel de guía, compañera y cuidadora de su abuela. Se había visto obligada a observar con impotente indignación cómo la anciana dependía de algo más fuerte que la esclavizaría y destruiría. Enviada a esa escuela bárbara, Leah había tratado de ayudar a sus amigas, atrayendo hacia ella la crueldad de sus maestros. Más recientemente, en su profesión de institutriz, había guiado y cuidado a sus alumnos.

No era de extrañar que ella le diera un valor tan alto a la autosuficiencia. ¿De quién más había tenido que depender alguna vez? Ya era hora que experimentara la libertad de tener a alguien que la cuidara.

Una convicción como esa era demasiado poderosa para resistirla. Hayden se había visto obligado a actuar en consecuencia, aunque solo fuera rozándole la mejilla con la mano.

Pero eso había sido un grave error. Hayden dio la vuelta y golpeó la almohada, en un esfuerzo infructuoso por aliviar su enojo consigo mismo. ¿Por qué no podría haberse sentido satisfecho con el prometedor comienzo que había tenido? ¿Cómo pudo haber ignorado la

precaución, que estaba tan profundamente arraigada en sus huesos?

Sin embargo, mientras cuestionaba enérgicamente sus propias acciones, Hayden no pudo evitar cuestionar también la reacción de Leah. Estaba seguro que ella agradecía la libertad que se había tomado. Después de todo, no era un chico desgarrado que por primera vez salía a la sociedad, desconcertado por las misteriosas costumbres de las mujeres. Sabía cuándo una dama era receptiva a sus atenciones, incluso si ella misma no era plenamente consciente de ello. Leah Shaw había dado todos los indicios que su compañía le resultaba más que agradable. Todos sus modales habían pedido una señal clara de sus sentimientos.

¿Cuáles eran sus sentimientos hacia ella? Se preguntó Hayden, mientras se levantaba para enfrentarse al día y a Leah Shaw.

No podía negar que encontraba su compañía muy atractiva y estimulante. Admiraba su espíritu indomable y se compadecía de las muchas experiencias duras que había soportado. Su plan de casarse con ella podría surgir de la necesidad y la preocupación por su hijo, pero eso no significaba que casarse con la institutriz de Kit representaría ninguna dificultad.

Pero, ¿realmente la amaba? La conciencia de Hayden persistió, mientras su ayudante de cámara lo afeitaba y lo ayudaba a vestirse.

Quizás no, concluyó tras un riguroso examen de su corazón. No obstante, seguramente, eso era lo mejor para todos los involucrados. Había estado perdidamente enamorado de Celia, a quien Leah le recordaba en muchos sentidos. Quizás si hubiera habido menos emoción y más prudencia, por parte de ambos, su matrimonio con Celia podría haber sido más feliz. Eso era lo que él quería, por el bien de Kit: una unión estable, cómoda y duradera.

No descartó la posibilidad que Leah y él se acercarán más con el paso de los años. De hecho, esperaba que así fuera. Pero al principio, los sentimientos menos intensos serían los más seguros.

Todo eso estuvo muy bien, el reflejo de Hayden pareció reprenderlo. Después de la forma en que Leah había huido de los claustros la noche anterior, ¿tendría alguna vez la oportunidad de proponerle matrimonio?

Frunciendo el ceño por última vez, ante el espejo, Hayden se apresuró a interceptar a Leah, antes que ella llegara a la guardería. Las cosas que tenía que decirle no eran para los oídos de su hijo. Lo último que quería era aumentar las esperanzas de Kit, diciéndole que Leah permanecería con ellos.

Logró alcanzarla, cuando se dirigía a comenzar las lecciones matutinas del niño.

—¿Me permite hablar con usted, señorita Shaw, antes de comenzar con sus deberes?

—¿No puede esperar, Su Excelencia? —Leah parecía nerviosa por su repentina aparición y más que un poco cautelosa—. Kit me estará esperando y no le gusta que lo hagan esperar.

Quizás lo que tenía que decir pudiera esperar, pero Hayden no podía soportar ni un momento más de ansiedad.

—No te retendré mucho, lo prometo.

Miró por encima del hombro para asegurarse que no hubiera sirvientes cerca, haciendo su trabajo en silencio y con los oídos abiertos.

—Muy bien entonces —Leah estuvo de acuerdo, aunque obviamente no estaba contenta con eso—. ¿Qué quieres decirme?

De repente, Hayden se sintió nervioso como un colegial:

—Quiero pedirle perdón si anoche la ofendí con mi familiaridad. Te aseguro de todo corazón que no tienes nada que temer de mí ni lo tendrás jamás. No me parezco en nada a esos hombres que intentaron imponerse a Lady Steadwell, cuando ella trabajaba como institutriz. Mis

sentimientos hacia usted son respetuosos y mis intenciones completamente honorables.

Leah sacudió la cabeza vigorosamente y, por un angustioso instante, Hayden temió que no le creyera.

—No tengo esos temores, señor. Sé que eres un hombre de honor.

Una oleada de alivio invadió a Hayden, tan fuerte que amenazó con hacerle doblar las rodillas.

—¡Estoy encantado de escucharlo! Pero, no puedo ocultarte lo que seguramente mis acciones... me traicionaron... He llegado a tenerte en la más alta estima posible y espero que me permitas presentarte, no como tu empleador sino como... un pretendiente a tu mano.

Leah palideció y pareció tambalearse un poco. Hayden no supo decir si ella acogió con agrado su declaración o la despreció.

La dama no lo dejó mucho tiempo en vilo.

—Me siento honrada que pienses en mí, en esa unión, pero no he ocultado mi actitud hacia el matrimonio.

—Lo has expresado... en los términos más vehementes. —Las comisuras de sus labios se torcieron en un esfuerzo infructuoso por reprimir una sonrisa.

A pesar de sus protestas, sintió que Leah era más receptiva a sus atenciones de lo que afirmaba. Ella apretó los labios para evitar una sonrisa de respuesta. Pero no pudo evitar que sus ojos bailaran.

—Pero, espero —continuó Hayden—, que me permitas intentar persuadirte de lo contrario.

Los labios de ella se separaron un poco. Se agarró el inferior entre sus dientes, como para evitar decir algo de lo que pudiera arrepentirse. ¿Fue eso algo de estímulo o rechazo? Hayden no podía decirlo ni estaba seguro que ella lo supiera.

Deseó atreverse a tomar sus manos entre las suyas, como lo había hecho la noche anterior, pero temía que eso pudiera arruinar cualquier esperanza de conseguir su anhelada aprobación.

—Anoche no me mojaste con agua fría —él le recordó, como posible indicación de los sentimientos que tal vez ella no podía comprender del todo—. Lo tomo como una señal de esperanza.

Su tensión se desahogó en una burbuja de risa que abrió sus labios. Claramente, el humor era un medio para llegar a la parte de ella que podría querer lo que él le ofrecía.

—Tal vez sea solo porque no había agua fría a mano —ella bromeó, aliviando aún más la tensión entre ellos.

—¿Fue esa la única razón? —Una nota de sincera curiosidad infundió la pregunta de Hayden.

Leah reflexionó por un momento y luego sacudió la cabeza.

—Un gesto de tanta bondad merecía una respuesta más considerada. No creo que mi opinión sobre el matrimonio vaya a cambiar, pero tal vez valdría la pena... hacer una prueba para estar segura.

Esto fue más alentador de lo que Hayden esperaba. Su sonrisa parecía una de encanto.

—Es una visión muy ilustrada. No puedo pedir más que eso.

Su evidente satisfacción con su respuesta pareció causar cierta consternación a Leah.

—Espero que no hagas más, por lo que he dicho. Lamentaría mucho herir tus sentimientos si, como espero, no puedo darte la respuesta que desearas.

Debería decirle que su corazón no estaría en peligro, le instó la conciencia de Hayden. Por supuesto, se sentiría amargamente decepcionado, por el bien de Kit, si no pudiera inducir a Leah a aceptar su eventual propuesta. Sin embargo, eso fue todo.

Aún así, informar a una futura novia que tiene la intención de proteger su corazón no era la mejor estrategia.

—Déjame preocuparme por mis sentimientos. Si te esfuerzas por mantener la mente abierta, estaré contento de correr el riesgo.

—Como quieras —respondió Leah con el aire de alguien que acepta un desafío—. Ahora, debo ocuparme de mis deberes. Independientemente de lo que pase entre nosotros dos, tu hijo será mi primera prioridad.

—En eso, estamos perfectamente de acuerdo —Hayden extendió su mano como para estrechar la de ella. Pero cuando la alcanzó, él juntó sus dedos, y se inclinó para rozarlos con sus labios.

* * *

¿Qué principio de anatomía podría explicar las sensaciones que ella estaba experimentando? La pregunta atormentaba a Leah, mientras intentaba concentrarse en enseñarle a Kit esa mañana. Cada vez que recordaba al duque rozándole los dedos con los labios o la mejilla con la mano, un cálido cosquilleo ardía en el lugar que la había tocado.

¿Qué dirían sus antiguos maestros, si supieran que un duque quería convertirla en su esposa? No podrían estar ni un poco más asombrados que ella.

Por supuesto, había percibido que los sentimientos de Lord Northam hacia ella se volvían más cordiales últimamente, al igual que los de ella hacia él. De vez en cuando, había tenido indicios que esos sentimientos podrían ser más que amistosos, pero decidió ignorar o negar las señales de advertencia. En el pasado, su profesión rara vez la había puesto en contacto cercano con caballeros, que era como ella lo prefería. La lectura de las desafortunadas experiencias de Grace había reforzado su creencia: no se estaba perdiendo nada al evitar los peligros del romance.

Después de su primera reacción desfavorable con el sobreprotector padre de Kit, nunca se le había ocurrido que podría llegar a respetarlo o agradecerle, y mucho menos desarrollar un vínculo más cálido. Por esa razón, se había olvidado de montar defensas contra tales sentimientos.

Ahora se preguntaba si tal vez sería demasiado tarde.

—¿He escrito bien esta palabra, señorita Leah? —La pregunta de Kit la sacó de pensamientos que eran a la vez inquietantes y tentadores.

Empujándolos al fondo de su mente, se esforzó por concentrar toda su atención en su alumno.

—Sí... ¡Bien hecho! Has estado trabajando muy duro esta mañana. ¿Te importaría tomar un pequeño descanso y dar un paseo en tu silla?

—¿Quieres decir fuera de la guardería? —preguntó Kit, en un tono de emoción. El doctor Bannister habría hecho todo lo que estuviera en su poder para disuadirlo—. ¡Sí, por favor!

No había mucho que ver aparte de los cuadros colgados en las paredes de los pasillos y diferentes suites de habitaciones de invitados, que no habían sido utilizadas durante años, pero al menos sería un cambio de escenario para el niño.

Mientras Leah le envolvía un chal sobre los hombros y le cubría las piernas con una manta adicional, deseó que Kit pudiera visitar el gran salón, la biblioteca y especialmente los claustros con su jardín interior de primavera, que su padre había ideado para beneficio de ella. ¿Era posible que pudiera aprovechar el interés del duque por ella para conseguir mayor libertad para su hijo?

—Allá espero que estés lo suficientemente abrigado —dijo Leah, mientras se agachaba

junto a la silla de Kit. Por más vital que ella creyera que fuera para él experimentar más libertad, no quería correr el riesgo que se enfriara.

Antes que pudiera levantarse del todo, Kit le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Gracias, señorita Leah! Me alegro que hayas venido a ser mi institutriz. ¡Me gustas más en el mundo al lado de papá!

La declaración del niño y el cálido apretón hicieron que a Leah se le hiciera un nudo en la garganta. Una respuesta de afecto la llevó a darle un cariñoso beso en la frente.

—También me alegro de haber venido a Renforth Abbey.

¿Lamentaría dejarlo dentro de unos meses? Su corazón sufrió un extraño dolor y un inmenso vacío, ante ese pensamiento. Quizás no se arrepentiría de haber abandonado la finca, tan tranquila y aislada. Pero extrañaría muchísimo a Kit, como sus vacaciones en Berkshire sirvieron de indicación. Ella también extrañaría a su padre, no podía negarlo.

¿Lord Northam ya había empezado a cambiar su opinión sobre el matrimonio, incluso antes de intentarlo?

Con cuidado, empujó la silla de Kit fuera del cuarto del niño y pasaron por la larga galería. La forma en que el niño reaccionó, ante una muestra tan pequeña de libertad, alegró el corazón de Leah. Eso la hizo más decidida que nunca a asegurarle tanta libertad, como fuera posible, en los meses que le quedaban como su institutriz.

Cuando lo llevó más allá de las escaleras, Kit estiró el cuello y se inclinó tanto como le permitió su silla. Si la misma no hubiera estado equipada con brazos, podría haberse caído, pero esa posibilidad no parecía molestarlo.

—La habitación donde a veces cenas con papá está ahí abajo, ¿no es así, señorita Leah? ¿Y el lugar donde te trajo todas las flores? ¿Me llevarás allí algún día?

La idea que Kit explorara la riqueza de las variadas habitaciones de la planta baja la atraía enormemente. Pero eso se vio arruinado por visiones inquietantes del duque perdiendo el equilibrio, mientras cargaba a su hijo por ese largo tramo de escaleras.

—He hablado con tu padre al respecto y seguiré hasta convencerlo.

¿Por la forma en que pretendía seguir cortejándola hasta que ella aceptara casarse con él? ¿Era posible que sus esfuerzos por persuadirse mutuamente terminaran beneficiándolos a ambos y al niño que cuidaban?

Leah se había sumido tanto en sus pensamientos y Kit estaba tan atraído por todas las nuevas vistas que ninguno de los dos escuchó pasos silenciosos acercándose hasta que fue demasiado tarde.

—¿Qué tenemos aquí? —La voz del duque hizo que tanto Leah como su alumno se sobresaltaran—. No recuerdo haber dado permiso a mi hijo para que hiciera excursiones fuera de la guardería.

No levantó la voz, pero su tono de desaprobación era inequívoco. Eso despertó el espíritu de rebelión de Leah.

—Tampoco recuerdo que me prohibieras sacar a Kit de la guardería.

¿Su broma descarada aprovecharía sus sentimientos hacia ella para disminuir su oposición? ¿O despertaría su antiguo antagonismo, y le haría reconsiderar su deseo de casarse con ella? Leah no estaba segura, aunque cualquiera de las dos alternativas podría tener sus beneficios.

Pero, ¿cuál de los dos esperaba?

Leah no estuvo segura hasta que Lord Northam soltó una risita irónica.

—Me tienes ahí, querida. Después de esto, debo asegurarme de ser bastante específico acerca de los límites que le pongo a mi hijo para su protección. Al menos te tomaste la molestia

de abrigarlo bien contra el frío.

—No hace mucho frío, papá —protestó Kit—. Me alegro que no te enfades con la señorita Leah por sacarme del armario.

El duque se agachó ante su hijo.

—No puedo entender por qué quieres estar aquí, cuando tu cuarto de bebé es tan cómodo y está lleno de todos tus libros y juguetes.

—Porque... —Kit señaló por el amplio y sencillo pasillo—. Esto es nuevo para mí.

La sencilla explicación de su hijo hizo que el duque retrocediera sobre sus talones.

—Muy bien entonces. —Se levantó lentamente—. Puedes continuar con tus... exploraciones por un poco más de tiempo, con la condición que me permitan acompañarte.

—Por supuesto que puedes, papá —Kit le tendió la mano a su padre, quien la envolvió entre la suya y se la apretó.

Pasaron otra media hora husmeando en el piso superior de la nueva cocina. Kit saludó todo lo que vio como si fuera un descubrimiento sorprendente.

El entusiasmo del niño pronto comenzó a contagiar a Leah, quien se encontró mirando más de cerca cuadros y muebles, que anteriormente apenas les había echado un vistazo, viendo cosas que de otro modo se habría perdido. ¿Las vistas del continente serían realmente más notables que los lugares ordinarios observados con ojos nuevos, en compañía de los seres queridos?

Sintió que pensamientos similares podrían estar pasando por la mente de Lord Northam. Mientras respondía las ansiosas preguntas de Kit, el duque a veces observaba por encima de la cabeza de su hijo para captar su atención. A menudo, él sonreía y ella no podía evitar devolverle la sonrisa. Otras veces sus hermosos rasgos permanecían solemnes, pero sus ojos brillaban con un afecto por su hijo que parecía extenderse también a ella.

Cada vez que eso sucedía, su corazón parecía dar una voltereta en su pecho.

¿Se estaba enamorando de Hayden Latimer? Esa pregunta y otras que siguieron le provocaron un escalofrío de asombro y un escrúpulo de inquietud. ¿Se había ido enamorando gradualmente de él, desde el momento en que se conocieron? ¿Y ya era demasiado tarde para parar?

* * *

Esa noche, a mitad de la cena, Leah dejó el tenedor y miró a Hayden al otro lado de la mesa.

—Si quieres regañarme por sacar a Kit de su cuarto sin tu permiso, termina con esto, por favor.

Su tono era defensivo y un poco impaciente, como si sospechara que él retenía deliberadamente su censura para abalanzarse sobre ella, cuando bajara la guardia. Esos sentimientos reflejaban los suyos tan fielmente que Hayden no pudo evitar reírse, para disgusto de Leah.

—¿Qué es tan divertido, puedo preguntar?

Con dificultad, Hayden dominó su alegría. Se sentía bien reírse con tanta frecuencia, como lo había hecho en los últimos meses. Esa simple liberación había estado ausente de su vida durante demasiado tiempo. Ahora valoró esta preciada bendición. Una oleada de gratitud hacia Leah creció dentro de él, porque era ella quien había devuelto la risa a Renforth Abbey.

—Perdóname —reprimió una última risa—. Pero, estaba a punto de pedirte que dijeras que me lo dijiste, y terminar con esto de una vez.

—¿Te dijera qué...? —Aliviada por la perspectiva que su ira no descendería sobre ella, en cualquier momento, Leah soltó una risita en respuesta.

—Lo mismo que me has estado diciendo desde el día que llegaste aquí. —Hayden se preparó para seguir con un plato de rodaballo en salsa blanca y una generosa porción de un pastel de humildad—. Que los beneficios de permitirle a mi hijo más libertad superan los riesgos.

—¡Oh, eso! —Leah le dedicó una sonrisa burlona endulzada con inconfundible afecto—. ¿Por qué debería seguir resollando esa vieja melodía, cuando parece que tú la estás aprendiendo muy bien por tu cuenta?

Ambos se rieron entre dientes por eso, el tono de su risa y la de él crearon una armonía tan agradable, como cualquier dúo, interpretando una ópera en un teatro.

—De todos modos, dudo que Kit esté satisfecho con investigar mucho tiempo el piso superior. —Hayden se puso serio—. ¿Se te ha ocurrido alguna idea inteligente sobre cómo podemos subir y bajar escaleras de manera segura? Su silla con ruedas no será de ayuda para hacer ese viaje, y no confío en que nadie, incluido yo mismo, pueda llevarlo sin correr el riesgo de caerse.

—Se me ocurre una posibilidad. —Leah no parecía segura que su idea le fuera a agradar.

—¡Adelante! —instó Hayden—. ¿Cuál es?

—Estoy de acuerdo en que sería peligroso cargar a Kit, subiendo y bajando escaleras, con frecuencia. Y la dificultad solo aumentará a medida que crezca.

Hayden asintió, mientras ella hablaba. Estaba claro que Leah entendía los peligros involucrados, y no estaba más dispuesta que él a correr el riesgo que Kit sufriera daño. Más que nunca, sabía que debía persuadirla para que se convirtiera en la nueva madre de su hijo.

—Sugiero eliminar el obstáculo —continuó Leah—, mueve el dormitorio de Kit a este piso para que pueda participar en todo lo que sucede aquí abajo. De esa manera, solo sería necesario bajarlo por las escaleras una vez, con mucho cuidado.

—¿Poner la guardería de Kit en la planta baja? —Inmediatamente, Hayden pudo prever todo tipo de dificultades—. Pero, no puedo hacer que duerma tan lejos de mí. ¿Y si me necesita por la noche?

—Instala una campana entre su habitación y la tuya, como las que llaman a los sirvientes —sugirió Leah.

Cuando vio que él estaba a punto de objetar, ella se le adelantó:

—O traslada también tu dormitorio a la planta baja. Hay suficientes habitaciones no utilizadas que podrían convertirse para ese propósito con un poco de esfuerzo.

—Creo que con mucho esfuerzo... —la corrigió Hayden.

Como de costumbre, Leah se negó a dejarse intimidar:

—Durante toda la vida de Kit no has escatimado esfuerzos para hacer lo que creías que le beneficiaría. ¿Es eso realmente lo que te impediría probar mi idea, o todavía tienes miedo de darle más libertad a tu hijo?

Hayden sabía que les debía a Kit y a ella examinar su corazón, y dar una respuesta sincera. Después de una larga pausa reflexiva, respondió:

—Un poco de ambas cosas, supongo.

Leah asintió, como si su respuesta coincidiera con lo que esperaba.

—No es necesario que decidas de inmediato. Pero, por el bien de todos, espero que consideres mi sugerencia cuidadosamente y no la descartes de plano.

Eso era razonable, tuvo que admitir Hayden. Leah había moderado sus esfuerzos desde sus primeros días tormentosos en Renforth Abbey. Había cultivado la paciencia con su lento ritmo de cambio. Ella había demostrado su preocupación por su hijo. Lo menos que podía hacer era tratar de encontrarla a mitad de camino.

La dama pareció sentir que él necesitaba más estímulo.

—¿Lo sabes? Si me demuestras que estás dispuesto a darle más libertad a tu hijo, eso podría ayudar a cambiar mi opinión sobre... ese otro asunto.

Ella miró hacia el mayordomo y el lacayo que rondaban en silencio cerca del aparador, esperando la señal de Hayden para servir el siguiente plato.

Él se dio cuenta que Leah se refería al tema del matrimonio. Si le permitía a Kit más libertad, le mostraría que casarse con él podría no ser la sentencia de prisión que temía.

Si aceptaba casarse con él, Hayden sospechaba que estaría motivada tanto por sentimientos tiernos hacia el niño como hacia él... tal vez más... Aunque se dijo a sí mismo que sería mejor si las razones de Leah para casarse fueran las mismas que las suyas, de alguna manera esta idea todavía lo preocupaba.

Capítulo trece

—Hoy suena tranquilo abajo —dijo Kit, mientras Leah empujaba su silla por la galería superior; una salida que se había convertido en una parte muy esperada de su rutina diaria—. ¿Han terminado todos los trabajadores con lo que estaban haciendo?

—Creo que sí. —Leah intentó pensar en un tema para desviar la curiosidad de su joven alumno.

Durante tres semanas, los misteriosos sonidos de pasos, martillazos y voces distantes desde la planta baja habían intrigado a Kit. Cuando los interrogó, Leah y su padre lo disuadieron con vagas referencias a renovaciones. Hayden temía que su hijo se impacientara con el ritmo del trabajo, si supiera lo que significaría para él. Leah no quería dejar que la verdad se escapara, en caso que Hayden cambiara de opinión en el último minuto, lo cual le preocupaba que pudiera suceder.

Ella aprobó el esfuerzo que él estaba haciendo para dominar sus miedos y dar este paso desalentador hacia una mayor libertad para su hijo. Incluso consideró el hecho que él hubiera decidido actuar, según su sugerencia, como una conmovedora indicación de sus sentimientos hacia ella.

—¿Jugamos a los bolos? —le preguntó a Kit, segura que la actividad distraería su atención de lo que estaba sucediendo abajo.

Fue Hayden quien mencionó el juego por primera vez, recordando cómo su hermana y él lo habían jugado en la galería superior, cuando eran niños. Kit disfrutó la oportunidad de estar activo y hacer algo de ruido, derribando los bolos. Al principio sus brazos estaban demasiado débiles para poder hacer rodar la pelota lejos, y mucho menos golpear los bolos, pero con la práctica había mejorado mucho.

—¡Sí, por favor! —Kit se irguió en su silla—. Espero poder derribar seis bolos de una sola tirada hoy. Quiero poder jugar a los bolos con Sophie cuando venga de visita. ¿Crees que papá podría enseñarme más juegos?

—¿Podría? —respondió Leah, mientras colocaba los pasadores de madera—. Tendrás que preguntarle cuando venga.

Hayden todavía pasaba mucho más tiempo con su hijo que cualquier padre que Leah hubiera conocido. Pero con la llegada de la primavera, se había involucrado más en la gestión de la finca, sin mencionar la supervisión de la construcción de la planta baja. A pesar de estar tan ocupado, parecía mejor descansado, más relajado y feliz. Kit y él parecían disfrutar más del tiempo que pasaban juntos.

Leah le entregó la pelota a Kit y observó con satisfacción cómo derribaba varios bolos.

—Solo cuatro —sonó decepcionado, olvidando claramente que no había pasado mucho tiempo desde que estaba feliz de acertar siquiera uno—. Pero, lo haré mejor en el próximo turno.

—Estoy segura que seguirás mejorando, si mantienes esa actitud. —Leah lo animó, mientras reiniciaba los pines para su próximo intento.

Se imaginó a Hayden y su hermana jugando cuando eran niños. Sin duda, ellos habrían tenido cuidado de observar las reglas y no molestar a su abuela, haciendo demasiado ruido. Althea habría saltado y gritado, al obtener una buena puntuación, y tal vez no hubiera estado por encima de alguna que otra trampa.

En las últimas semanas, Leah y Hayden habían hablado a menudo de su infancia, lo que la

hacía sentir más cerca de él que nunca. A diferencia de ella, él tenía edad suficiente para recordar la epidemia de fiebre, que se llevó a sus queridos padres, su abuelo y su hermano menor. ¿Fue esa devastadora pérdida parte de la razón por la que se aferró con tanta fuerza a sus seres queridos? Si bien podía simpatizar con esos sentimientos, Leah no estaba segura de atreverse a casarse con un hombre que siempre querría abrazarla demasiado fuerte.

—Ya está. —Ella le devolvió la pelota a Kit—. Tómame tu tiempo, apunta con cuidado y pon todas tus fuerzas en tu tirada.

Los rasgos del niño adoptaron una expresión decidida tan parecida a la de su padre, que Leah no pudo evitar sonreír. Mientras intentaba con todas sus fuerzas evitar que sus sentimientos por Hayden Latimer salieran a flote, ella sintió que su resolución se desmoronaba lentamente. Si hubiera seguido argumentando en contra de sus puntos de vista sobre el matrimonio, habría despertado su antagonismo, como el viajero de la fábula de *Esopo* que se apretaba la capa contra el viento furioso. En cambio, la atención del duque y sus sinceros esfuerzos por cambiar habían trabajado en ella, como los rayos del sol, aflojando su agarre.

Kit hizo lo que Leah había sugerido, entrecerró los ojos y sacó la punta de la lengua en una mirada de intensa concentración. La pelota salió volando de su mano y se estrelló contra los bolos.

—¡Siete! —Kit saltaba arriba y abajo en su silla, en medio de una emoción, que habría alarmado a su antiguo médico—. ¡Nunca pensé que podría derribar tantos con un solo lanzamiento!

—¡Bien hecho! —La voz de Hayden sorprendió tanto a Leah, como al niño, cuando apareció a la vista—. Sigue así y pronto serás mejor de lo que yo fui.

—¡Papá! —Kit levantó los brazos para abrazarlo.

Leah deseaba poder hacer lo mismo.

Todo lo que tenía que decir era una pequeña palabra, susurró la voz de la tentación, y sería libre de dar y recibir tales gestos de afecto por parte del duque.

¿Gratis? Una voz más familiar respondió. ¿Con un hombre tan ferozmente protector y un niño que requería tantos cuidados especiales? Seguramente, habría muchas más cosas que no se le permitiría hacer.

Sin darse cuenta de los pensamientos inquietantes de Leah, Hayden se agachó para abrazar a su hijo.

—Jugar a los bolos me hace más fuerte. —Kit flexionó el brazo para mostrar cómo se le había puesto carne—. La señorita Leah lo dice. Y es muy divertido. ¿Te gustaría jugar contra mí, papá?

Hayden asintió hacia los bolos esparcidos.

—Unos pocos golpes como ese y humillarías a tu anciano padre. Dame la oportunidad de practicar primero para poder ofrecerte un poco de competencia.

—Además —continuó, lanzando una mirada significativa hacia Leah—, si puedes tomar un descanso de tu juego, hay algo que me gustaría mostrarte.

Kit asintió vigorosamente.

—¿Qué pasa, papá?

Hayden se inclinó sobre el niño y lo levantó en brazos.

—Lo verás muy pronto.

Mientras se dirigía hacia las escaleras con pasos cuidadosos, apareció un lacayo y llevó la silla de Kit hacia las escaleras de servicio.

—Sea lo que sea, ¿puede la señorita Leah verlo también? —Kit le preguntó a su padre.

—Por supuesto —contestó Hayden—. De hecho, quiero que ella lo vea, ya que fue idea suya.

—¡Vamos, señorita Leah! —el niño la llamó—. No querrás perdértelo.

—Ciertamente no. —Corrió tras ellos, con el corazón galopando por la anticipación de la reacción de Kit.

¿O estaba palpitando por el temor que su frágil y joven pupilo fuera arrastrado por ese alto tramo de escaleras? Imágenes de Hayden cayendo con Kit en sus brazos pasaron por su mente en una secuencia inquietante. Solo podía imaginar cómo debía sentirse él, después de pasar años protegiendo celosamente a su hijo, ante el más mínimo golpe o resfriado.

—Déjame caminar delante de ti —ofreció, mientras Hayden vacilaba en lo alto de las escaleras.

Así ella se agarraría fuerte a la barandilla y, si ocurría algún percance, con suerte amortiguaría cualquier caída.

—¿Vamos a bajar? —Kit parecía tan asombrado y encantado, como si le hubieran informado de un viaje al oriente.

—Vamos... —Los rasgos de Hayden se arrugaron por la ansiedad—. Ahora, quédate quieto, como un buen muchacho, y agárrate fuerte a mi cuello.

Leah le dedicó una sonrisa que esperaba le comunicara aliento y confianza. Luego, dio la vuelta y bajó las escaleras con casi tanto cuidado como si llevara al niño en brazos.

Detrás de ella, escuchó los pasos firmes pero cautelosos de Hayden. Cuando rodearon el rellano, miró hacia abajo y vio la silla de Kit esperándolo, junto con un comité de bienvenida compuesto por el señor Gibson, Tilly, y varias criadas y lacayos.

Cuando llegó al piso inferior, la respiración de Leah era tan rápida y superficial, que se sintió un poco débil. Se juntó con las mujeres para observar a Hayden descender los últimos escalones. ¿Alguien más notó la leve capa de sudor en la distinguida frente de Lord Northam?

Los sirvientes estallaron en aplausos, cuando el duque dejó a Kit en su silla. El niño sonrió y se inclinó desde la cintura, claramente encantado con todo el proceso.

—¿Es esto lo que querías mostrarme, papá?

—Parte de ello. —Hayden sonaba sin aliento, como si acabara de escalar una montaña, en lugar de bajar un tramo de escaleras—. Ahora, veamos el resto.

—Era una especie de montaña que él había escalado —reflexionó Leah, mientras seguía el desfile hacia el nuevo alojamiento de Kit. Este obstáculo a la libertad de su hijo había parecido abrumador, durante mucho tiempo, pero Hayden había luchado contra su cautela paralizante para conquistarlo. Este paso abriría perspectivas completamente nuevas para el niño: la biblioteca, la sala de música, los claustros y la capilla, incluso los jardines exteriores.

Cuando llegó por primera vez a Renforth Abbey, Leah habría considerado que se trataba de una tarea sencilla que debería haberse realizado de inmediato. Ahora, ella lo sabía mejor. No había sido nada fácil para Hayden. Sin embargo, lo había hecho porque amaba a su hijo y quería demostrarle algo.

Era capaz de cambiar y estaba dispuesto a emprenderlo por el bien de sus seres queridos. Si Hayden pudo cambiar, tal vez ella también podía. Quizás podría vencer su miedo al encierro, aprender a estar contenta en un lugar, y permitirse formar vínculos duraderos... incluso si amenazaran con atarla definitivamente.

* * *

Bajar esa larga escalera con su precioso hijo en brazos fue una de las pruebas más aterradoras

que Hayden jamás había intentado. Después, cuando pensó en esto, sus entrañas se retorcieron en nudos apretados y sus palmas se humedecieron. Un solo paso en falso y no podía soportar imaginar lo que podría haber sucedido. Todas sus peores pesadillas se habrían hecho realidad.

Sin embargo, cuando los sombríos días del invierno dieron paso a la primavera y él vio florecer a su hijo, no pudo negar que la recompensa había valido el riesgo. Cuatro ruedas unidas a las patas de una silla y el dormitorio de Kit trasladado a la planta baja. ¿Quién hubiera pensado que dos cambios tan simples podrían tener un efecto tan profundo en la vida del niño? Pero a Kit los mismos le habían abierto un mundo nuevo, que él había abrazado con entusiasmo. Cada día parecía volverse más fuerte, feliz e independiente.

Una tarde de principios de abril, cuando Hayden y Leah salían de la guardería, después de escuchar las oraciones del hijo y darle las buenas noches, él sacudió la cabeza y soltó una risita irónica. ¿Escuchaste a Kit, durante la cena, informándome que es demasiado mayor para tener niñera, y pidiendo un ayudante de cámara propio? ¿Qué será lo próximo?

—Es una petición bastante precoz —coincidió Leah—. Pero, quizás valga la pena considerarla. Él está creciendo muy rápido. Pronto necesitará a alguien con buenos brazos fuertes que lo ayude a moverse. Además, Kit podría sentirse menos mimado si lo atiende un hombre. Sugeriría a alguien bastante joven, que también podría ser su compañero, participaría en sus juegos, etc.

—Debería haber sabido que tendrías una opinión sobre el tema. —Hayden le ofreció a Leah su brazo, que ella tomó sin la más mínima vacilación.

En las semanas transcurridas desde que Kit se había instalado en la planta baja, Hayden también sintió un cambio creciente en Leah. Parecía más contenta en Renforth Abbey y menos inquieta. Hacía algún tiempo que no hablaban del tema del matrimonio, pero él sospechaba que a ella le preocupaba tanto como a él. A menos que se equivocara, ella parecía estar entusiasmada con la idea, o al menos estaba acostumbrándose a la misma.

—¿Eso significa que pensarás en la petición de Kit? —Ella le lanzó una mirada de reojo y sus labios se arquearon en el comienzo de una sonrisa descarada que se había vuelto tan familiar para él—. Seguramente, ¿no puedes seguir teniendo miedo de que cada golpe o escalofrío le cause un daño terrible?

Hayden sacudió la cabeza con tristeza.

—No es fácil abandonar la costumbre de preocuparse por él. No importa cuán grande, fuerte y capaz se vuelva, una parte de mí siempre pensará en él como ese pequeño y frágil, que primero sostuve en mis brazos y juré proteger.

Por la mirada húmeda y melancólica de sus ojos, se dio cuenta que Leah no pensaba menos en él por expresar esos sentimientos, sino todo lo contrario. Sin embargo, también debía darle a la dama lo que le corresponde.

—Por otro lado, cuando pienso en la vida restringida que tenía Kit, antes de que tú fueras su institutriz, me compadezco del pobre niño, con todo mi corazón, y me culpo por mi ceguera.

—No seas demasiado severo contigo mismo. —Leah le dio un apretón alentador en el brazo—. Merecías tanta lástima como tu hijo. Me complace verlo disfrutar de su nueva libertad, pero también me alegra verte recuperar tu propia vida. Gracias a ello, tú serás un mejor padre para Kit, estoy segura.

Sin prestar mucha atención a dónde se dirigían, habían llegado a una puerta lateral que daba a los jardines.

Hayden asintió hacia allí.

—La tarde es templada y todavía hay algo de luz. ¿Salimos antes de cenar?

—Me gustaría eso —respondió Leah fácilmente—. De hecho, hay algo que me gustaría mostrarte y una pregunta que quiero hacerte.

¿Una pregunta? Él era el que siempre tenía una pregunta en mente. Más de una vez, había subido una a sus labios solo para ser reprimido por miedo a que su respuesta no fuera de su agrado. Cuanto más pudiera esperar, más optimista se sentiría acerca de sus posibilidades. Sin embargo, su sentido de precaución lo impulsó a estar seguro de Leah.

—¡Vamos! —Hayden abrió la puerta y la hizo salir.

El sol ya se había ocultado tras el horizonte, iluminando el cielo occidental con vívidas bandas de rojo, naranja y violeta. Hayden no podía recordar que los atardeceres hubieran sido tan intensos y hermosos en el pasado. ¿Fue la compañía de Leah la que los hizo parecer así? Él lo sospechaba, así como la comida tenía más sabor, cuando ella cenaba con él. Cada experiencia, por más común que fuera, parecía intensificada de algún modo, cuando la compartía con ella.

Incluso mientras saboreaba esta consciencia más aguda de las alegrías de la vida, no podía reprimir un escrúpulo de inquietud. Cada vez le resultaba más difícil impedir que su corazón se comprometiera, como había sido su prudente plan. Después de todo, no podía estar seguro que Leah aceptara casarse con él. Todavía podría decidir irse a Europa con ese almirante y su familia. Por mucho que intentara evitarlo, debía esforzarse igualmente en evitar que su corazón se desgarrara si eso sucediera.

Cuando sintió que sus emociones se escapaban de su control, recordó su matrimonio con Celia, que había comenzado en un apogeo, solo para erosionarse bajo las presiones del tiempo y sus diferencias.

—¿Qué es lo que quieres mostrarme? —preguntó, mientras caminaban más y más lejos de la casa.

Ahí, cerca de una franja del bosque, había una serie de jardines amurallados, que proporcionaban productos frescos para la finca. Esos árboles separaban los terrenos de Renforth Abbey de las granjas arrendatarias circundantes.

—Este. —Leah lo llevó hacia uno de los jardines cerrados y abrió una puerta de madera que conducía al interior—. ¿Por qué se dejó abandonado, cuando todas las demás partes de la finca están tan bien cuidadas?

Hayden miró a su alrededor. Había árboles sin podar y macizos de flores cubiertos de maleza.

—Me había olvidado por completo de este pequeño jardín. Mi abuelo lo hizo para mi abuela, cuando se casaron por primera vez. Después de su muerte, ella ordenó que lo cerraran y lo dejaran como estaba. Nunca entendí por qué... Althea preguntó una vez, pero la abuela se negó a responderle... Fue lo más cerca que la vi de llorar. ¿Esto es importante?

—Tal vez. —Leah lo soltó del brazo y caminó hacia un alto roble. De una de sus robustas ramas colgaba un columpio de cuerda con asiento de madera. Ella se sentó encima—. Me gustaría traer a Kit aquí, cuando haya buen tiempo.

Instintivamente, Hayden comenzó a organizar sus argumentos, pero Leah pareció anticiparlos, antes que él pudiera hablar.

—Podría viajar en la silla de jardín de tu abuela. Ya le pregunté al cochero sobre las reparaciones que necesita. Más adelante sería bueno que le compraras a Kit un carrito, y un perro grande y de buen carácter para tirar de este.

—¿Un perro grande? —Hayden olvidó sus objeciones al jardín, mientras contemplaba esa alarmante idea.

—¿No crees que sería una buena compañía para él? —Leah se dio un pequeño empujón

para que el columpio se moviera hacia adelante y atrás.

—¡Cuidado! —Hayden se acercó para atraparla si se caía—. ¿Estás segura que esa rama es lo suficientemente fuerte? La cuerda también podría estar podrida.

Leah se rió.

—Es lo más sólida posible. Pero, estás en lo correcto. Podría ser una buena idea reemplazar la cuerda por una nueva antes que Kit la use.

—¿Estás loca? —Hayden agarró las cuerdas y detuvo abruptamente el columpio—. ¿O simplemente estás tratando de llevarme de esa manera? ¡No permitiré que mi hijo vuele por el aire y retoce con bestias que le doblan el tamaño!

Leah lo miró con una mezcla de lástima y exasperación que él había llegado a conocer tan bien. Lo encontró extrañamente atractivo.

—Hace unos meses no querías que Kit saliera de su cama, pero, ahora te reprendes por tenerlo allí tanto tiempo. Otros niños juegan en los columpios. Otros niños tienen perros y a ninguno de ellos les hace daño. Kit quiere más que nada ser como los demás niños, incluso si no puede caminar. Esas son dos formas en que puede hacerlo. ¡No dejes que tus miedos lo detengan a él!

¿Era eso lo que había estado haciendo toda la vida de Kit? La carga de Leah sacudió a Hayden, como si fuera él, quien estuviera en el columpio, y no ella. ¿Había dejado que sus miedos frenaran a su hijo más que la enfermedad física del niño? Acaso, ¿era él el mayor obstáculo de Kit?

—¿Nunca te cansas de tener razón? —Le dio un suave empujón al columpio de Leah, esperando que su arrebato no hubiera retrasado su campaña para ganar su mano. ¿Qué mejor prueba podría haber que Kit y él la necesitaban para defender la independencia del niño?

—¿Estás cansado de tener razón? —Leah soltó una risa melodiosa que le aseguró que no estaba ofendida—. ¡Difícilmente! De hecho, eso supone un cambio muy agradable. ¿Eso significa que me dejarás traer a Kit aquí y pensarás en comprarle un perro?

Hayden intentó desterrar las imágenes del posible desastre y el sentimiento de alarma que engendraban.

—Con ciertas condiciones. Se debe inspeccionar la solidez de esa rama del árbol y reemplazar el columpio por uno nuevo. Y cualquier perro que adquiera debe ser el más dócil de su tipo que se pueda encontrar.

—Medidas muy prudentes —dijo Leah, asintiendo—. Créeme, yo tampoco quiero correr el riesgo que Kit sufra ningún daño. Pero me preocupan más las consecuencias de mantenerlo demasiado protegido. Eso me recuerda que hay algo más que creo que a Kit le gustará de este jardín.

—¿Y qué podría ser eso? —Hayden le dio otro empujón al columpio. La rama y la cuerda habían resistido hasta el momento. Quizás ambos eran más resistentes de lo que él creía. ¿Se aplicaba lo mismo a su hijo?

—Resultó que yo estaba caminando a principios de esta semana. —Leah parecía disfrutar el movimiento del columpio. ¿Había participado alguna vez en esos pasatiempos infantiles? ¿O había estado demasiado ocupada, cuidando a su abuela? Hayden dudaba que hubiera tenido columpios o juegos en la escuela Pendergast.

—Escuché voces desde dentro de estos muros —continuó Leah—, parece que algunos de los hijos de tu inquilino se cuelan aquí para jugar.

—¿De verdad lo hacen? —Ahora que miró, Hayden pudo ver dónde habían arrancado y esparcido algunas malas hierbas y se habían removido recientemente la tierra de los macizos de

flores.

—Por favor, no te enfades con ellos. —Leah lo miró por encima del hombro con una mirada suplicante, que él no pudo resistir—. Si el jardín lleva tanto tiempo abandonado, ¿por qué alguien no debería utilizarlo? Creo que tu abuelo aprobaría que otros se divirtieran en un lugar donde él y tu abuela alguna vez fueron felices.

—Creo que lo hubieran hecho —reflexionó Hayden—. Será mejor que cerrar el lugar y volver a sembrar.

—Me alegra que estemos de acuerdo. —Leah saltó del columpio en pleno vuelo, chillando, cuando casi perdió el equilibrio.

Hayden voló hacia ella y la agarró de los brazos, estabilizándola sobre sus pies. Ella no hizo ningún esfuerzo por alejarse, por lo que él aguantó más de lo que permitía el decoro.

—Me gustaría que Kit conociera a los niños inquilinos. —Leah lo miró fijamente a los ojos, deseando que lo aprobara—. Creo que sería bueno que trabajaran juntos para devolverle la vida a este antiguo jardín.

—No crees en dar un paso a la vez, ¿verdad? O incluso dos. ¿Quieres sugerirme a continuación que le compre a Kit su propio globo aerostático? —Hayden exhaló un suspiro.

Leah se rió de su exageración.

—Si ya aceptaste dejarlo venir aquí, ¿qué daño podría tener la compañía de otros niños? Le encanta intercambiar cartas con los hijos de mis amigas, pero eso no sustituye a los compañeros de juegos de carne y hueso.

—¿Qué podría dolerle? —concluyó Hayden—. Tienes razón al decir que Kit podría sufrir cosas peores que una enfermedad o una lesión. ¿Qué pasa si esos niños no quieren tener nada que ver con él porque no puede correr y jugar como ellos? ¿Qué pasa si lo ridiculizan o se imponen?

—Esas no fueron las dificultades que preví —respondió Leah, desafiándolo pero tranquilizándolo al mismo tiempo—. Son peligros que cualquier niño puede afrontar y, con suerte, superar. ¿Serían mucho peores para Kit que el aburrimiento o la soledad?

Para entonces, los colores vivos se habían desvanecido del horizonte, dejando una luna regordeta y amarilla, como maestra del cielo nocturno con miles de diminutas estrellas titilantes como compañía.

—¿Tienes miedo que tu hijo haga nuevos amigos y te veas obligado a compartir su afecto? —preguntó Leah.

Su pregunta logró hacer lo que el decoro no pudo. Hayden abruptamente soltó su suave agarre sobre sus brazos.

—¡No seas ridícula! Amo a Kit... ¡Tú lo sabes! No quiero verlo herido... Seguramente, debes saber por esa miserable escuela de caridad lo crueles que pueden ser los niños con cualquiera que consideren más débil que ellos.

—Sí —admitió Leah con un suspiro que le atravesó el corazón—. ¿Te conté alguna vez de las niñas grandes que solían pararse alrededor del fuego, calentándose e impidiendo que el calor llegara a las más pequeñas? Si no devorábamos nuestra comida, ellas tomaban lo que nos quedaba, una vez que terminaban sus propias porciones.

La indignación recorrió a Hayden como un fuego avivado por un fuerte viento.

—¡Tus maestros deberían haber protegido a las niñas más pequeñas!

La protección era el rasgo dominante de su carácter. No podía imaginar cómo otros podían quedarse impasibles y permitir que los grandes y fuertes pisotearan a los pequeños y débiles.

—Deberían —murmuró Leah—. Pero, las niñas grandes se ganaban su favor, contándoles historias sobre el resto de nosotras por cualquier mal comportamiento, por trivial que fuera.

¿Cuánto de eso había soportado? Por el dolor en su tono, Hayden sospechó que Leah había sido un objetivo principal. Eso lo hacía sentirse insoportablemente impotente porque él no podía hacer nada para cambiar lo que le había sucedido.

Sus sentimientos eran demasiado poderosos para negarle alguna salida. Antes que supiera lo que estaba haciendo, sus pies lo llevaron de regreso hacia ella. Buscó sus manos entre las sombras. Luego se llevó las palmas de las manos a los labios y los ungió con tiernos besos. Si tan solo tuviera el poder de quitar esas cicatrices, las de sus manos, y aún más, las profundas de su corazón.

Cualquier advertencia equivocada que su abuela hubiera sembrado en su mente sobre el matrimonio debió haber sido cien veces reforzada por esa otra miserable institución. ¿Era de extrañar que temiera darle a alguien poder sobre ella por temor a que abusaran, incluso con el poder del amor?

Un leve jadeo escapó de los labios de Leah, cuando él comenzó a besarle las manos. El sonido sacudió a Hayden, como un golpe, y le hizo darse cuenta de lo que estaba haciendo. En cierto modo, este gesto era más íntimo que un beso en los labios, ciertamente así lo sentía él.

—¡Perdóname por tomarme tal libertad! —suplicó—. Solo quise...

Su voz se apagó. ¿Cómo podría explicar lo que él mismo apenas entendía?

Pero cuando intentó soltarle las manos, Leah mantuvo la suya.

—Sé lo que quisiste decir y eso fue hecho amablemente. Pero, no me compadezcas demasiado. Puede que haya aprendido dolorosas lecciones sobre la crueldad en la escuela Pendergast, pero también aprendí sobre la generosidad, la lealtad y la bondad. Esas lecciones bien valieron el precio. No le niegues a Kit esa oportunidad. El amor no puede prevenir todo daño, pero puede brindar fuerza y consuelo para triunfar sobre cualquier prueba que la vida pueda traer.

Sus palabras tenían un tono de verdad que ni siquiera su actitud protectora profundamente arraigada podía negar.

—No será fácil. —Esa fue una subestimación casi ridícula.

—Por supuesto que no lo será. —De alguna manera, el franco reconocimiento de la dificultad por parte de Leah lo tranquilizó más que cualquier simplista palabra de aliento—. Pero, tampoco creo que sea tan difícil como temes. No hace mucho me pediste que cerrara los ojos y confiara en ti para guiarme. Ahora debo pedirte que confíes en mí. ¿Puedes hacer eso?

¿Podría él? La confianza estaba demasiado cerca de otros sentimientos vulnerables, que él se esforzaba por reprimir, hasta poder estar completamente seguro de Leah. Temía que sus esfuerzos no estuvieran yendo tan bien.

—Puedo intentarlo. —Incluso esa tibia admisión salió con un doloroso esfuerzo.

Sin embargo, él se sintió ampliamente recompensado, cuando Leah levantó las manos y le rozó los nudillos con los labios—. Entonces, tal vez yo también pueda...

Capítulo catorce

—No diré que te lo dije —bromeó Leah suavemente a Hayden, un mes después, mientras estaban en el jardín vallado, observando a Kit jugar con los niños de los inquilinos—. Pero, no puedo negar que podría estar pensando en eso.

Algunos de los niños estaban cavando en la tierra, quitando malas hierbas y sembrando flores del vivero de plantas de Renforth. Un niño empujaba a su hermano en el columpio, mientras Kit y una niña se turnaban para lanzar un palo para que su perro, Goldie, lo recuperara.

—Tendrías todo el derecho a hacerlo. —La voz de Hayden sonó con dulce satisfacción—. Kit no solo está más feliz de lo que lo he visto nunca, sino que también tiene mejor carácter. No ser el centro de atención de todos lo ha hecho menos obstinado. Fue una bendición que no esperaba.

Leah asintió y su mirada se detuvo en el chico con inconfundible afecto.

—Tenía miedo que pusieras fin a todo, ese primer día, cuando los otros niños se agolparon alrededor de Kit, y le preguntaron por su silla y por qué no podía caminar.

—Si no me hubieras retenido, recordándote que confiara en ti, podría haberlo llevado a casa y despedido a los otros niños. —El tono de Hayden traicionó el esfuerzo, que le había costado contener sus impulsos protectores, y lo agradecido que estaba porque ella lo ayudó a tener éxito—. Ahora, veo que solo tenían curiosidad. Una vez que Kit les explicó su condición, parecieron darla por sentado.

Sabiendo lo difíciles que habían sido todos estos cambios para Hayden en un período tan corto, Leah no pudo evitar admirarlo aún más. Había desafiado sus miedos más profundos por el bien de su hijo... y también por el de ella. Después que él había hecho todo lo posible para cambiar de la forma que ella necesitaba, ¿cómo no iba a intentar hacer lo mismo por él?

Durante las últimas semanas, mientras observaba a Kit dar paso tras paso hacia una mayor libertad, Leah había tratado de dar rienda suelta a sus sentimientos por Hayden. Se había permitido imaginar un futuro en Renforth Abbey como esposa, madre y duquesa. Al principio, la perspectiva de esos vínculos la había asustado por la permanencia y el peso de la responsabilidad que conllevaban. Pero cuando consideró la alternativa, dejar ese lugar, al hombre y al niño, por quienes había llegado a preocuparse tan profundamente, el matrimonio le pareció el menor de dos males. Quizás descubriría que los beneficios del matrimonio superaban con creces los riesgos.

Ahora, se acercaba rápidamente el momento en que debía tomar su decisión. No podía posponerla más.

—Recibí una carta el otro día. —Sentía la boca seca, mientras hablaba, y percibía el pecho oprimido, como por un corsé anticuado—. De la esposa del almirante DeLancey sobre el puesto que me ofreció en Navidad. Parece que han decidido partir hacia el continente, quince días antes de lo previsto. Quiere saber si todavía podré acompañarlos.

Hayden reaccionó, como si ella le hubiera informado de la intención del almirante de atacar Renforth Abbey.

Se volvió hacia Leah y le agarró las manos con tanta fuerza que casi le dolió. La mirada que se posó sobre la de ella estaba muy alarmada.

—Seguramente, no pretendes estar de acuerdo. Kit todavía te necesita y yo también. ¡Estaríamos bastante perdidos sin ti!

¿Qué sería de ellos si ella se fuera? Leah intentó imaginarse esta situación. ¿Kit podría resfriarse o uno de sus nuevos amigos podría insultarlo? Si tal revés ocurriera, cuando ella ya no estuviera allí para apoyar a Hayden, ¿se apoderarían de él sus dudas y temores? ¿Apretaría las restricciones sobre Kit hasta que ellos terminaran en la misma situación intolerable en la que ella los había encontrado por primera vez?

—Supongo que podría disculparme con los DeLancey y renovar mi puesto como institutriz de Kit por un año más. —Un espasmo de arrepentimiento se apoderó de Leah ante la perspectiva de abandonar su sueño de viajar al extranjero.

El agarre de Hayden se alivió un poco, pero sacudió la cabeza con decisión.

—Eso sería preferible a perderte, pero solo retrasaría el día del juicio final. Muchas veces, durante estas últimas semanas, he querido proponerte matrimonio, pero cada vez lo pospuse porque temía que fuera demasiado pronto y te negarías.

Miró a los niños, que estaban tan absortos en sus propias actividades, que no prestaron atención al padre ni a la institutriz de Kit.

—Estaba planeando una velada especial con el ambiente adecuado para pedir tu mano, pero no puedo esperar un momento más para hablar. ¡Por favor, mi querida Leah, pon fin a mi ansiedad y dime que me harás el gran honor de aceptar ser mi esposa! ¡Prometo que dedicaré el resto de mi vida a hacerte feliz!

Leah no tenía dudas que él haría todo lo que estuviera a su alcance para cumplir esa promesa. Nunca había conocido a un hombre dispuesto a entregarse tan generosamente. La perspectiva de tener a alguien que la cuidara y protegiera era muy atractiva, después de toda una vida de valerse por sí misma. Más que eso, anhelaba cuidar de él, como nadie más podía hacerlo. Ella llenaría el vacío en su corazón creado por tantas pérdidas. También lo alentaría a dejar que la esperanza de lo mejor gobernara sus acciones, en lugar del miedo a lo peor.

—¡Gracias por ser tan paciente! —La mirada de ella recorrió sus rasgos, que se habían vuelto tan queridos. Hayden parecía unos años más joven que cuando se conocieron. Las sombras de cansancio bajo sus ojos habían desaparecido. Las finas líneas de preocupación, grabadas en su frente, se habían suavizado. Era mucho más probable que su boca se curvara en una cálida sonrisa que en un ceño ansioso—. Y por el honor de tu propuesta. Así como tú has hecho el esfuerzo de superar tus temores por Kit, yo he luchado para superar mis... reservas sobre el matrimonio.

—¿Has tenido éxito? —Hayden miró desde su rostro hasta sus manos entrelazadas y su espalda. Tal era el poder de su mirada que todo a su alrededor pareció disolverse. Las voces de los niños se alejaron, como si estuvieran mucho más lejos. Los latidos de su corazón se hicieron más fuertes en los oídos de Leah que cualquier cosa fuera de la cómoda esfera, la cual parecía encerrarlos.

—Quizás no tan bien como tú —confesó. Luego, antes que la sombra de la decepción oscureciera su mirada más de lo que ella podía soportar, añadió—, pero, lo suficiente como para sentirme capaz de aceptar tu propuesta.

—¿Lo harás?

La oleada de alivio, gratitud y alegría, que Leah sintió en él, ahogó sus últimas dudas persistentes. Cuando él se inclinó hacia ella, ella levantó el rostro e inclinó la cabeza, según el instinto la impulsaba, hasta que sus labios se encontraron en un beso de tierno afecto que no conocía límites.

Durante un lapso de tiempo medido únicamente por los latidos de sus corazones, Hayden y ella permanecieron en su propio jardín privado, donde la confianza y el amor habían florecido, y

los miedos no eran más que malas hierbas problemáticas que había que arrancar y expulsar.

* * *

A menudo, durante las siguientes quincenas, Hayden estuvo tentado de pellizcarse para estar seguro que no había imaginado esa tarde en el jardín, cuando Leah finalmente había aceptado su propuesta. Durante el maravilloso beso que selló su compromiso, sintió como si una última carga hubiera caído de sus hombros, dejando su espíritu libre para volar.

Leah no abandonaría a Kit ni a él. Ella se quedaría, y juntos construirían, para su hijo, un futuro feliz que equilibrara su seguridad y salud con una independencia cada vez mayor. Él también cuidaría de Leah, como nadie en su pasado lo había hecho adecuadamente. Haría todo lo que estuviera en su poder para compensar todas las privaciones, que ella había sufrido. Además, él aplicaría las importantes lecciones que ella le había enseñado sobre la necesidad de darle libertad a su hijo, en su relación con ella.

Hoy, atravesó los claustros con tales saltos, que se preguntó si debería añadir peso a sus botas para evitar flotar hasta el techo abovedado. A solo un mes de la fecha de la boda, Renforth Abbey estaba llena de vida, como no había sucedido en muchos años. Los sirvientes estaban más ocupados que nunca: fregaban pisos, ventilaban habitaciones, sacudían alfombras, pulían ventanas y candelabros. Aunque en lugar de quejarse por el trabajo extra, todos parecían revitalizados. Gibson estaba radiante de actividad.

Las puertas de la capilla se habían abierto de par en par, lo que permitió a Hayden mirar hacia adentro y comprobar el trabajo que se estaba realizando allí. El suelo de piedra estaba siendo fregado por varias criadas de rostro fresco, que charlaban mientras trabajaban. Un par de ágiles lacayos jóvenes, encaramados en escaleras, pulían la mampara finamente tallada con aceite de linaza. Hayden se recordó de preguntarle a Leah qué tipo de flores quería para decorar la capilla, en la ceremonia de su boda.

Al oír acercarse unos pasos rápidos y ligeros (claramente de una mujer), miró hacia los claustros, esperando ver a Leah. Su sonrisa vaciló solo un poco, cuando reconoció a su hermana. Althea y él habían tenido diferencias, a lo largo de los años, pero ella fue responsable de enviar a Leah a la vida de Kit y a la suya. Por ese favor, él estaría eternamente agradecido.

—¡Althea! —Él le abrió los brazos—. ¡Esta es realmente una agradable sorpresa! ¿Qué te trae al campo cuando la temporada está en su apogeo? La boda no es hasta dentro de un mes.

—¡Gracias al Cielo por eso! —Su hermana evitó el abrazo de Hayden—. Me dan treinta días para hacerte entrar en razón. Y pensar que debería pedirte precaución... ¿A dónde está llegando el mundo?

—¿Hablarle con sentido común? —Hayden sacudió la cabeza, desconcertado—. ¿Necesito precaución? ¿En qué estás pensando? ¿Desapruebas mis planes de matrimonio?

Althea levantó las manos.

—Hablas como si esperaras que yo estuviera encantada. ¡No sé qué te ha pasado!

Su mirada se desvió hacia la capilla, haciendo que Hayden también mirara. Las criadas parecían congeladas en su lugar, con sus cepillos quietos y sus cabezas levantadas, mirando hacia su hermana y él.

—Necesitamos hablar —dijo Althea, como si eso no fuera lo que ya estuvieran haciendo—, en algún lugar privado.

Su voz subió de volumen con esa última palabra. Como si fuera una señal, las criadas comenzaron a fregar de nuevo, más fuerte y rápido, tal vez tratando de disimular y compensar el lapso perdido.

—Muy bien. —Hayden asintió para indicar el camino por donde había venido—. La biblioteca debe ser silenciosa, ya que no es necesario prepararla para los invitados a la boda.

Su hermana se estremeció inexplicablemente, después dio la vuelta y descendió por los claustros, a un ritmo que a Hayden le resultaba difícil igualar. De camino a la biblioteca, él intentó varias veces preguntarle por qué ella se oponía a sus planes de matrimonio. Cada pregunta fue recibida con un silencio erizado y una mirada siniestra.

No podía comprender lo que le había pasado a Althea. Incluso ella era una de las mayores admiradoras de Leah. En Navidad, prácticamente le había exigido que le propusiera matrimonio a la institutriz de Kit.

En el instante en que ella entró en la biblioteca y él cerró la puerta detrás de ellos, su hermana se dirigió hacia él y soltó la diatriba que claramente había estado a punto de desatar.

—¿Has perdido el sentido, Hayden? ¿Te imaginas lo que diría la abuela, si supiera que estás planeando convertir a una institutriz común en la próxima duquesa de Northam?

Esta repentina desaprobación de su compromiso fue perversa, incluso para su hermana.

—¿Cuándo te importó un comino lo que diría la abuela? Además, Leah no tiene nada de común. Es una de las mujeres menos comunes que jamás haya tenido el placer de conocer. Fue, con diferencia, el mayor favor que me hiciste, cuando la enviaste a Renforth Abbey. Ella ha cambiado la vida de Kit y la mía. No puedo entender por qué deberías oponerte a que me case con ella. No sería el primer noble que se casa con la mujer que enseñó y cuidó a sus hijos.

El razonamiento de Hayden no hizo nada para apaciguar a su hermana, sino ocurrió todo lo contrario.

—Desafortunadamente, eso es cierto. En los últimos años ha habido una perfecta epidemia de compañeros que se casan con institutrices. Primero estuvo el vizconde Benedict, pero siempre fue bastante extraño. Luego Lord Steadwell siguió su deplorable ejemplo y, apenas el verano pasado, el conde de Hawkehurst. Las viudas de la alta sociedad dicen que deberían ahorrarse los gastos de una temporada, poniendo a sus hijas, candidatas a casarse, a trabajar como institutrices. ¡Una vez que se sepa que un duque ha sido víctima de esta locura, los chismes serán perfectamente violentos!

Como había sido el caso durante la mayor parte de su vida, la oposición de su hermana solo fortaleció la determinación de Hayden. Se cruzó de brazos frente a su pecho y miró fijamente a Althea.

—Entonces... es una suerte que vivo una existencia tranquila en el campo y no me importan en lo más mínimo los chismes de la sociedad.

—Pero, ¡yo no disfruto de ese lujo! —Su hermana comenzó a pasear por el perímetro de la biblioteca, gesticulando salvajemente, mientras hablaba—. ¡Debería haberlo visto venir! Por supuesto, estarías hambriento de compañía, enterrado durante años en medio de la nada... ¡Debería haber contratado a una institutriz más sencilla! No tan parecida a la pobre Celia. Pero, pensé que habías aprendido la lección... Pensé que tenías intención de dedicar el resto de tu vida a Kit...

¿Leah realmente se parecía tanto a Celia? Las palabras de su hermana sorprendieron a Hayden. Tenía que admitir que había muchas similitudes. ¿Tenía debilidad por las mujeres enérgicas e impulsivas porque agregaban entusiasmo a su vida tranquila y cautelosa? ¿Y esas intrigantes diferencias acarrearán las semillas de una futura discordia?

—¿Por qué sacas a relucir todo esto ahora? —él exigió—. Tú fuiste quien me dijo que debía hacer todo lo que estuviera en mi poder para mantener a Leah en Renforth Abbey. Solo estaba tratando de seguir tu consejo para variar.

—¿Proponiéndole matrimonio? —Althea prácticamente gritó—. ¡Solo quería que le ofrecieras un salario más alto o le prometieras redecorar su habitación, no que la convirtieras en tu duquesa!

—Esas cosas nunca habrían funcionado —insistió Hayden, en un esfuerzo por silenciar a su hermana y las dudas que había comenzado a despertar en él—. Leah no se preocuparía por ellos lo suficiente como para renunciar a su libertad.

En el momento en que esas palabras salieron, las mismas regresaron para atormentarlo. ¿El matrimonio con él causaría la pérdida de libertad que Leah más temía? Si ella se sentía confinada y se rebelaba contra ello, ¿se vería obligado a apretarla más, tal como lo había hecho con Celia?

—Tenías razón cuando dijiste que Kit necesita a Leah —continuó, decidido a persuadir a Althea y a él mismo que había hecho lo correcto—, una vez que estemos casados, no habrá temor de que él la pierda. Lamento que los chismes resultantes te molesten, pero seguramente el bienestar de Kit merece un pequeño sacrificio.

—¿Qué pasa con la señorita Shaw y el sacrificio que hará? —exigió Althea—. ¿Está dispuesta a asumir todas las responsabilidades de una duquesa y señora de esta casa? ¿La mantendrás escondida en el campo por el resto de tu vida, o la traerás a Londres, algún día, y la someterás al escrutinio de la sociedad? ¿Se da cuenta la pobre chica que solo quieres casarte con ella por el bien de tu hijo?

Hasta el momento en que Althea guardó silencio, Hayden no se dio cuenta de cuán fuerte se había vuelto su discusión. Pero sus preguntas no eran algo que él pudiera responder fácilmente. No había considerado las restricciones adicionales que Leah podría soportar como esposa de un duque y objeto de crueles chismes. En cuanto a si ella sabía que él solo se casaba con ella, por el bien de Kit, no estaba nada seguro que eso fuera cierto.

Durante el silencio tembloroso, que siguió a las preguntas de su hermana, un sonido débil y agudo llamó la atención de Hayden hacia la ventana de la biblioteca, la cual estaba entreabierta y ellos no lo habían notado. Él reconoció el gemido de una criatura adolorida. ¿Había resultado herido el perro de Kit?

Pero cuando su mirada se dirigió hacia el sonido, no vio un animal herido, sino el rostro afligido de Leah Shaw. Nunca había imaginado que sus rasgos pudieran verse tan pálidos ni que sus ojos color avellana estuvieran tan llenos de angustia. ¿Cuánto había oído ella de su pelea con Althea y qué había interpretado al respecto?

Leah dio un sobresalto violento, al darse cuenta que él era consciente de su presencia. Luego, dio la vuelta y huyó, confirmando el temor de Hayden que ella escuchó demasiado. En ese desdichado instante, todos sus planes y esperanzas para el futuro parecieron hacerse añicos y convertirse en polvo.

* * *

Ella debía abandonar ese lugar. ¡No soportaría permanecer otra noche bajo el techo de Hayden!

Esos pensamientos estimularon a Leah, mientras corría por el sendero que se alejaba de Renforth Abbey. Desesperadamente, ella se concentró en ese objetivo y en poner un pie delante del otro. Si aflojaba el paso o permitía que sus pensamientos vagaran, los recuerdos de la última media hora seguramente la asaltarían. No podría soportarlo si lo hicieran.

Antes pensaba en lo feliz que había sido hace tan poco tiempo, saboreando su éxito al liberar a Kit. Esperando ser algo más que su maestra. Anticipando un tipo de vida, que pensaba como imposible de desear, solo para descubrir que sí la anhelaba... siempre que pudiera compartirla con el hombre adecuado. Sin embargo, ahora, ¡qué tonta y crédula había sido,

creyendo que un hombre como Hayden Latimer podía amarla!

—¡Leah! —Una voz sonó detrás de ella—. ¿A dónde vas? Por favor, ¡detente para que podamos hablar!

—¡No! —Ella se obligó a moverse más rápido para que él supiera que lo decía en serio—. Ya no quiero escucharte. ¡Ya he oído suficiente!

Había estado en el jardín con Kit, su perro y el joven lacayo, que estaba entrenando para cuidar al niño. Una de las criadas había venido a buscar a Hayden, diciendo que su hermana había llegado y estaba ansiosa por verla. Inmediatamente, Leah se preguntó si Lady Althea había venido a disuadir a su hermano de su loco capricho de casarse con la institutriz de su hijo. Si era así, no podría soportar la idea que hablaran de ella a sus espaldas. Independientemente de lo que la hermana de Hayden tuviera que decir, Leah estaba decidida a escuchar eso por sí misma.

Y así fue, mientras pasaba corriendo por la biblioteca.

—Escuchaste demasiado. —La voz de Hayden sonó más cercana. Él estaba acercándose a ella, ¡maldiciones!—. Pero, aún hay más que necesitas escuchar, y lo escucharás, así tenga que perseguirte hasta Londres.

Viniendo de algunas personas, eso podría haber sido solo una exageración ridícula, pero Leah conocía la naturaleza decidida de Hayden. Si él decía que la perseguiría, tanto como fuera necesario, entonces lo haría. No es que se viera obligado a viajar hasta Londres. Sus piernas ya se sentían como gelatina y cada fuerte bocanada de aire apuñalaba sus pulmones cuando inhalaba. Sin embargo, resistió el impulso de su cuerpo de detenerse y discutir con Hayden. Si debía volver a hablar con él, necesitaba tiempo para que su corazón sanara lo suficiente, como para poder hacer una broma amarga sobre sus sentimientos y fingir que no eran tan profundos. Pero, claramente, él estaría decidido a humillarla aún más, obligándola a traicionar sentimientos que él no correspondía.

¡Muy bien entonces! Ella se detuvo abruptamente y giró para enfrentarlo. Si él estaba decidido a hacerla escuchar, entonces, por cualquier excusa que pudiera idear, ella se aseguraría que él también recibiría una reprimenda.

Cuando vio lo cerca que había estado Hayden de atraparla, Leah se alegró de haber decidido enfrentarlo, en sus propios términos. Lo único que deseaba menos que verse obligada a hablar con él era someterse a sus caricias. La humillaba pensar cómo la había usado para despertar sus sentimientos hacia él, mientras permanecía impassible.

—¿Cuál es tu plan ahora? —Ella empleó cada gramo de voluntad para controlar su respiración entrecortada—. ¿Tienes la intención de llevarme a tu casa por la fuerza y encerrarme para que nunca pueda salir?

—No seas... ridícula. —Hayden se detuvo casi patinando, con el pecho agitado bajo su bien cortado abrigo azul—. No tengo ninguna intención... de retenerte... contra tu voluntad.

Habían llegado a la cima de la colina, donde el camino comenzaba a serpentear entre los árboles. Hace casi un año, Leah vislumbró por primera vez la belleza de Renforth Abbey desde este lugar. En enero, regresó de Berkshire y recibió una cálida bienvenida. ¿Hoy estaba viendo la casa de Hayden por última vez? Con fuerza despiadada, Leah sofocó cualquier sentimiento traidor de arrepentimiento. Era mejor no volver a ver el lugar nunca más que quedar encarcelada allí.

—¿Tú no? —ella desafió a Hayden—. Pero, pensé que harías lo que fuera necesario para mantener a la institutriz de Kit en Renforth Abbey. Ahora que tu despreciable misión matrimonial está expuesta, lo que necesitarás es un candado y una llave.

Él se estremeció ante su mordaz acusación, como si la misma fuera el dolor de una serie de

duros golpes de garrote.

—Lamento que hayas escuchado... lo que escuchaste... La verdad no es tan mala, como debe haber sonado, si tan solo me escuchas.

—¿La verdad? —Leah pronunció la última palabra, como si perteneciera a algún idioma extranjero incomprensible—. Ese sería un cambio refrescante. ¿Estás seguro que lo reconocerías? No pareces tener ningún conocido cercano.

—Supongo que me lo merezco —admitió Hayden—. Pero, te juro que nunca quise engañarte. Es cierto que quería que te quedaras y continuaras el excelente progreso que has hecho con Kit, desde que llegaste a Renforth Abbey. El matrimonio fue el único medio que pude concebir para mantenerte con nosotros... permanentemente. Pero, si engañé a alguien, fue a mí mismo más que a ti.

Parecía tan culpable, arrepentido y miserable que Leah se vio en apuros para no tener lástima de él. Con severidad, recordó todo lo que él le había contado a su hermana, cosas que había comenzado a confesar. Ella había bajado la guardia y había permitido sus atenciones, cuando él solo quería su habilidad y su servicio, no su corazón.

—¿Cómo lograste engañarte a ti mismo? —Ella entrecerró los ojos.

Hayden bajó la cabeza.

—Fingiendo virtuosamente que solo me casaba contigo por el bien de Kit, cuando la verdad es que quería evitar que me dejaras. Empecé a sentirlo hace un tiempo, pero fue solo cuando te vi corriendo por este camino, que supe con certeza que no podía soportar la idea de perderte. ¡Sí me enamoré de ti, Leah! Algo que nunca quise... Algo que me convencí que no debía ni quería.... Porque con demasiada frecuencia para mí el amor ha terminado en pérdida. Y con tu inclinación por la libertad sabía que eras la última mujer, en el mundo, de la que debería permitirme cuidar porque estaba destinado a perderte. Pero, ¡mi corazón tenía sus propias ideas al respecto!

Sus palabras eran un canto de sirena que podría atraerla tan fácilmente, si ella lo permitiera. Pero, ¿hacia dónde? ¿A una tierna trampa, como la que le había advertido su abuela? Muchas mujeres podrían aprovechar la oportunidad de casarse con un duque amable y apuesto, y convertirse en la dueña de una gran casa, pero Leah había escuchado a Lady Althea y a su hermano. En muchos sentidos, la vida de la esposa de un noble estaba más limitada que la de otras mujeres, amarrada a las ataduras del deber y el decoro, que aumentaban a medida que se ascendía en la escala de la sociedad. Las únicas damas con menos independencia que una duquesa eran las de la familia real. ¿Qué ventajas de rango o fortuna podrían compensar esa pérdida?

Incluso si Hayden la amara de verdad, algo de lo que todavía no estaba convencida, ¿sería eso suficiente?

—¿Cómo puedo estar segura que te refieres a algo de eso? —Era mucho más fácil alejarse, si pudiera aferrarse a la creencia que él realmente no se preocupaba por ella—. No hay nada que usted no haría ni diría en beneficio de su hijo. La ironía es que Kit no me necesita tanto como crees. Él solo necesita que sigas abriendo su mundo y puedes hacerlo, si te lo propones.

—¿Cómo puedo demostrar que te amo? —Los rasgos de Hayden se tensaron en una mirada de profunda perplejidad.

A pesar de sí misma, Leah ansiaba aliviar sus problemas. Una parte de ella anhelaba que él la convenciera de los sentimientos que profesaba. Cuanto más tiempo permanecía allí con el ceño fruncido, buscando la respuesta en su mente y su corazón, más deseaba ella que él simplemente abriera los brazos y la invitara a descubrir la verdad de sus sentimientos en la profundidad de su abrazo. Sin embargo, él no lo hizo.

—¿Bien? —Ella lo incitó, después de lo que pareció una eternidad de suspenso—. ¿No se te ocurre nada en absoluto?

Parecía que tal vez sí, porque sus ojos se abrieron como platos y su boca se abrió ligeramente. No obstante, ese instante de iluminación fue seguido por uno de intensa angustia, como Leah solo lo había presenciado, cuando él temía por el bienestar de su amado hijo.

—Creo que solo hay una manera de demostrar lo mucho que te quiero. —Las comisuras de los labios de Hayden se curvaron hacia arriba, pero la sombra de angustia, en sus ojos, se convirtió en una sonrisa de profundo arrepentimiento.

—¿Qué es eso, por favor? —A Leah no le gustó cómo sonaba eso.

—Dejándote ir, por supuesto.

En el momento en que él habló, ella supo que tenía razón. Al recordar lo que su hermana había dicho sobre el tipo de esposa que necesitaba, temió que lo más amable que podía hacer por Hayden fuera concederle también su libertad.

Capítulo quince

El inmenso dolor por cada amor que había perdido, a lo largo de los años, asedió el corazón de Hayden de inmediato, rogándole que se retractara de su intención de dejar que Leah saliera de su vida. Los sentimientos lo instaron a aferrarse a ella con todas sus fuerzas, no solo por su propio bien sino también por el de Kit.

¿Y qué pasaba con ella? Preguntó el susurro de una resolución recién nacida. ¿Eso no debía contar para algo? Si realmente la amaba, como afirmaba, ¿no debería anteponer su felicidad a cualquier otra consideración, incluida la suya propia?

Si continuaba allí, mirándola a los ojos, la haría creer que le suplicaba para que cambiara de opinión, y seguramente, su determinación se desmoronaría bajo un peso de miedo y anhelo que no podría sostener. Se obligó a avanzar, paso a paso, alejándose de la segura soledad de Renforth Abbey.

—¿A dónde vas? —preguntó Leah.

¿Le apetecía una nota lastimera en su pregunta, o era solo un resultado de la angustia de escuchar cómo había intentado atraparla para casarla?

—Quiero acompañarte hasta el pueblo —él respondió con una voz ronca y ahogada, que temía que se rompiera en cualquier momento. Él se negó a permitir esto, no por orgullo sino porque conocía demasiado bien el tierno corazón que Leah escondía, detrás de su fachada de descarado desafío. No quería que ella insistiera en quedarse y casarse con él por lástima. Si lo intentaba, no estaba seguro de ser lo suficientemente fuerte como para negarse.

—Te dejaré a salvo en la posada para pasar la noche —él continuó con la misma determinación tenaz, que lo mantuvo caminando—. Mañana recogeré tus pertenencias en Renforth Abbey y traeré a Kit para despedirte.

Escuchó que ella corrió para alcanzarlo.

—¿No tendría más sentido volver a casa y dejarme hacer mi propio equipaje? Entonces, podría irme mañana y despedirme de Kit.

Leah tenía razón como siempre. Su sugerencia tenía más sentido en todos los aspectos, excepto en uno.

—Si vuelvo a tenerte bajo mi techo, no estoy seguro de poder dominar mis inclinaciones egoístas y dejarte ir mañana. Además, pensé que te complacería que Kit hiciera una excursión al pueblo, independientemente del motivo.

—Yo... estaría... por supuesto. —Ella no parecía complacida—. Espero que no te moleste que me vaya tan repentinamente.

Hayden podía verla por el rabillo del ojo, mientras caminaban penosamente por el sendero boscoso. Todos los árboles estaban llenos de hojas. Los helechos de encaje bordeaban el estrecho sendero, y su verdor estaba realzado por flores silvestres, dispersas en tonos de blanco, amarillo y rosa. Una suave brisa agitaba las hojas, mientras un trino alto y claro del canto de un pájaro resonaba desde alguna posición secreta.

Si hubiera caminado por este camino con Leah ayer, todos los colores habrían parecido más vívidos y los sonidos hubieran creado armonías agradables. Ahora, todo su mundo parecía haberse sumido en las sombras y se preguntaba si algún día volvería a salir a la luz del sol.

—Supongo que a Kit le molestará verte partir. —¿Qué sentido tenía fingir lo contrario?—. Pero, me has demostrado que mi hijo no está hecho de vidrio hilado. Es bastante capaz de

sobrevivir a un golpe, un escalofrío o una decepción. Además, ahora tiene otros recursos: su perro, sus compañeros de juegos, sus destinatarios. Y le contrataré a otra institutriz o a un tutor.

Sin duda, Kit soportaría la situación de Leah mucho mejor que él. Hayden se preguntó cómo se las había arreglado durante tanto tiempo para engañarse a sí mismo, y tenerla en Renforth Abbey por el bien de su hijo.

—No quiero que te preocupes que vuelva a ser como antes, simplemente porque no te tendré cerca para presionarme.

—Eso es tranquilizador. —Leah sonaba más apagada de lo que Hayden la había oído jamás.

—No puedo fingir que será fácil. —Se obligó a seguir hablando, en un esfuerzo por persuadir a Leah y a él mismo que todo estaría bien, cuando su corazón le advirtiera lo contrario —. Pero nada de valor duradero lo es.

¿Se aplicaba eso también a sus sentimientos mutuos? Él se preguntó. Su breve noviazgo con Celia había sido felizmente tranquilo, dejando a su amor sin preparación para capear los bajíos y tormentas que enfrentaría más tarde. Su amor por Leah se había desarrollado lenta y cautelosamente, basándose en una sólida base de respeto, gratitud y simpatía. Ahora, se enfrentaba a la prueba más grande de todas, una que la experiencia le advirtió que probablemente no produciría el resultado que deseaba.

Esta vez Leah no respondió, dejando a Hayden, deseando poder ver dentro de su corazón para saber lo que ella estaba sintiendo. ¿Creyó ella en su declaración de amor, que venía con una insistencia contradictoria en que debía marcharse?

—¿Recuerdas que una vez comencé a contarte lo que pasó después de la muerte de mi abuela? Nos interrumpieron y nunca tuve la oportunidad de terminar.

Más tarde consideró imprudente plantear el tema a una mujer cuya mano intentaba conquistar. Ahora, eso ya no importaba. Además, había llegado a ver aquellos acontecimientos pasados de forma totalmente opuesta.

—Lo recuerdo —dijo Leah, pero no lo invitó a contarle más. Quizás ella no quería escucharlo.

Hayden se negó a dejarse disuadir. Esta podría ser su última oportunidad para decírselo.

—Aunque mi abuela era mayor y llevaba algún tiempo decayendo, su muerte me afectó más de lo que esperaba. Ella había sido una constante en mi vida. Tenía la esperanza que si podía aguantar hasta que naciera su bisnieto, eso la reviviría de alguna manera.

Leah no hizo ningún esfuerzo por detenerlo, así que él continuó:

—Solo puedo imaginar lo lúgubre que debió ser Renforth Abbey para Celia... ese invierno sin más compañía que un marido taciturno y afligido. Un día que no pudo soportarlo más, encargó el carruaje y partió hacia Londres. Pasaron horas, antes que descubriera que se había ido. Cabalgué tras ella y la recogí, lo cual no le gustó. Cuando llegamos a casa, Celia estaba de parto, aunque el bebé no nacería hasta dentro de algunas semanas.

Para entonces, Hayden percibió atención en el silencio de Leah.

—Mi esposa estaba tan agotada por el viaje que no sobrevivió al nacimiento de Kit. Es un milagro que él lo haya hecho, pobrecito. Durante años me culpé por no vigilar más de cerca a Celia para evitar que viajara en ese estado. Utilicé ese arrepentimiento para justificar mis esfuerzos por proteger a mi hijo, a toda costa, incluso socavando su felicidad. Ahora me doy cuenta, que yo tuve la culpa de lo que les pasó a mi esposa y a mi hijo, pero no de la forma en que creí todos estos años. Si no me hubiera aferrado con tanta fuerza a Celia, tal vez, ella no se habría visto obligada a escapar. No puedo arriesgarme a que te pase algo así. Preferiría renunciar a ti, antes que destruir cualquier sentimiento que tengas por mí, aferrándome a ti.

—¿Usted no tuvo la culpa de lo que le pasó a su esposa! —Las palabras brotaron de los labios de Leah, casi antes que Hayden terminara—. Ella tenía una opción y... ¡eligió imprudentemente! No puedes estar seguro de lo que ella habría hecho, si hubieras actuado de manera diferente. ¡Y no puedes permitir que el pasado te mantenga como rehén en tu futuro!

Sabía que lo decía con amabilidad y, de hecho, probablemente tenía razón. Sin embargo, por alguna razón sus palabras le parecieron mal.

—Eres una buena persona para hablar. ¿Tu pasado nunca te ha frenado? Ambos hemos sufrido pérdidas, Leah. Creo que las mías me han hecho aferrarme demasiado a aquellos que me importan, pero las tuyas te han hecho reacia a preocuparte en absoluto. Usted lo llama independencia y libertad, pero, ¿estás segura que no son nombres que suenan valientes para huir? ¿Cuán libre eres verdaderamente, si no puedes permitirle a tu corazón la libertad de amar?

La única respuesta que recibió fue un silbido breve y agudo, cuando Leah contuvo el aliento. Ella también se puso rígida, pero no respondió. ¿Era porque no podía creer que él tuviera razón? ¿O su dura perspicacia la había herido demasiado profundamente para expresarlo con palabras?

Ya habían llegado al punto donde el camino que conducía a Renforth Abbey se unía a la carretera del pueblo. La posada estaba a la vista. No había muchos aldeanos por ahí, pero sí los suficientes como para destrozar la privacidad de Hayden y Leah. Sobre todo porque ver al duque caminando a pie podría despertar la curiosidad de todos los presentes.

Hayden bajó la voz.

—Haré los arreglos necesarios para que recibas una suma de dinero que te permitirá viajar a donde quieras ir.

Leah negó con la cabeza.

—No puedo aceptar eso... No de ti... No después de todo lo que ha pasado entre nosotros...

—¡Tonterías! —Hayden frunció el ceño—. Debes permitirme hacer esto. Todo lo que has hecho por Kit... y para mí vale mucho más que cualquier cantidad de dinero que pueda darte. Además, si tienes la oportunidad de experimentar la libertad que anhelas y ver todas las maravillas lejanas que deseas, tal vez te sientas inclinada a sentar cabeza algún día.

Si lo hacía, dudaba que Leah eligiera a alguien tan agobiado como él, un hombre que había destruido su mejor oportunidad de ser feliz con ella, al no reconocer sus verdaderos sentimientos hasta que fue demasiado tarde.

* * *

¿Hayden había querido decir las cosas que le había dicho, cuando se separaron, acerca de demostrarle que la amaba, dándole la libertad que ansiaba? ¿O simplemente había estado tratando de expiarse por haberla lastimado y engañado? Leah se había hecho esas preguntas, todos los días, durante la mayor parte de un año, mientras viajaba por Francia, Suiza, Austria e Italia. Las respuestas que recibió variaron de un día para otro, dependiendo de su estado de ánimo. Ahora, mientras contemplaba la casa, que le era familiar, y los jardines de Renforth Abbey, todavía no daba señales de haber llegado a una conclusión firme.

A diferencia de otros años, el año pasado fue el más fascinante de toda su vida. Ella vio muchos lugares maravillosos, conoció gente interesante y aprendió más de lo que jamás había imaginado. La experiencia la enriqueció muchísimo, y nunca se arrepentiría de haber aprovechado la oportunidad al máximo. Sin embargo, todavía lo lamentaba...

Apenas había pasado un día en el que no se preguntara qué estaban haciendo Hayden y Kit. ¿Estaba el niño bien y feliz? ¿Hayden había seguido ampliando los horizontes de su hijo, o sus

miedos lo habían obligado a volver a las viejas costumbres? Cada vez que contemplaba algún espectáculo nuevo y conmovedor, una parte de ella anhelaba compartirlo con el duque y su hijo. Uno de los momentos más felices de todo su viaje había sido la semana pasada, cuando vislumbró de nuevo la costa de Inglaterra, después de tantos meses en el extranjero.

¿Estaba su corazón atrapado por sus sentimientos hacia Hayden, o él la había ayudado a liberarlo para encontrar por fin el amor?

Leah sospechaba de esto último y esperaba saberlo con certeza, cuando lo volviera a ver. La anticipación había ido creciendo en su interior con cada milla que había viajado más cerca de Renforth Abbey. Ahora, apenas podía contenerla.

Mientras se apeaba del carro con poni, que la había traído desde el pueblo, se esforzó por captar las voces de los niños jugando o el ladrido profundo y resonante del perro de Kit. El silencio la preocupaba. ¿Todo estaba bien en Renforth Abbey? El miedo de que tal vez no fuera así le dio un vuelco en el estómago.

Seguramente, Hayden habría encontrado una manera de contactarla, si algo hubiera salido mal, o si su hijo sufriera algún daño. Pero, ¿por qué debería hacerlo? Hacía casi un año que no formaba parte de la vida de Kit, aunque le había enviado cartas alegres, desde muchos de los lugares que había visitado.

Ansiosa por asegurarse que ellos estuvieran bien, Leah tocó la aldaba de latón con urgente vigor. Se sentía extraño tener que llamar para entrar a Renforth Abbey.

Después de dos o tres largos minutos, la puerta se abrió y el señor Gibson se asomó. En el momento en que la reconoció, su rostro solemne dio paso a una amplia y acogedora sonrisa.

—Señorita Shaw, ¡qué agradable sorpresa! No sabía que habías regresado a Inglaterra. Confío que su gira por el continente haya sido satisfactoria en todos los sentidos. Por favor, entre.

—Gracias, señor Gibson. —Cuando cruzó el umbral y entró en el familiar vestíbulo, una sensación conmovedora, aunque muy agradable se apoderó de Leah. ¿Era así como se sentía el regreso a casa? En ese caso, esta fue la primera vez en su vida que lo experimentaba. ¿Qué se había estado perdiendo?—. Mis viajes fueron realmente muy satisfactorios. Cualquier inconveniente fue más que compensado por las muchas cosas nuevas que tuve la oportunidad de ver y hacer. Recogí algunos regalos para Kit... me refiero a Lord Renforth y pensé en entregárselos en persona.

La mirada de pesar con la que el señor Gibson recibió la explicación de su visita despertó una vez más la ansiedad de Leah.

—Lamento que se haya visto obligada a venir hasta aquí, señorita Shaw. Estoy seguro que Lord Renforth y Su Excelencia lamentarán aún más haberla echado de menos. Pero, actualmente están fuera de casa. Su amiga Lady Steadwell los invitó a visitar a su familia. Se fueron la semana pasada a Berkshire por quince días.

Un agudo espasmo de alivio hizo que a Leah se le llenaran los ojos de lágrimas, al mismo tiempo que una risa alegre brotaba de sus labios.

—¿Unas vacaciones en Nethercross? ¡Qué buena idea!

El mayordomo asintió.

—¿Quién habría imaginado algo así, cuando usted llegó por primera vez a Renforth Abbey? Yo no, por supuesto.

A pesar de lo satisfecha que estaba al enterarse del progreso que Hayden había logrado, a Leah se le ocurrió otro pensamiento. Luchó por mantener su sonrisa, y obligó a su voz para evitar contradicciones y vacilaciones.

—¿Supongo que la nueva institutriz de Lord Renforth los acompañó a Nethercross?

—Tutor, creo que a eso se refiere usted, señorita Shaw. —El mayordomo la corrigió—. De hecho, Su Excelencia le dio al joven unas vacaciones para visitar a su familia, ya que no deseaba imponerse a Lord y Lady Steadwell, trayendo un gran séquito.

El mayordomo la invitó a quedarse a tomar el té. Aunque Leah apreció su amabilidad, ella se negó. Sus pensamientos estaban acelerados y necesitaba ordenarlos.

En el camino de regreso al pueblo, reflexionó sobre las sorprendentes noticias del viaje de Hayden y Kit. Claramente, ellos se las habían arreglado mucho mejor sin ella de lo que Hayden alguna vez había creído que podrían hacerlo. ¿Se había dado cuenta de eso también? ¿Aún querría que ella fuera parte de sus vidas, si Kit ya no la necesitaba?

* * *

—Gracias por traerme a visitar a Sophie, papá. —Kit le dio a su padre un apretón en el cuello, mientras Hayden lo ayudaba a subir a la silla de un fornido poni marrón—. Me gusta venir aquí.

—A mí también. —Hayden se maravilló de la fuerza de su hijo y se regocijó por su evidente felicidad—. Los Kendrick han sido muy amables con nosotros. Me siento como en casa, en Nethercross.

Había un tono agridulce en su visita, aunque Hayden hizo todo lo posible por ocultárselo a su hijo. Debido a que su relación con la familia había comenzado con Leah, había frecuentes recordatorios de ella. Cada uno de ellos le produjo a Hayden una punzada de dolor.

Intentó ignorar el presente, concentrándose en Kit.

—¿Tienes un buen asiento sólido? —Comprobó que los pies del niño estuvieran firmemente insertados en los estribos—. No olvides mantener bien sujetas las riendas.

—No lo olvidaré, papá. —Kit se rió entre dientes de una manera que sonó exasperada, pero indulgente—. No te preocupes tanto. Phoebe dice que soy un buen jinete, y que este poni nunca ha ido más rápido que un paseo en su vida.

—Soy muy consciente de ello, gracias. —Sin embargo, Hayden revisó el arnés y se aseguró que la silla estuviera correctamente ceñida.

No había abandonado la cautela en lo que respecta al bienestar de Kit, y dudaba que alguna vez lo hiciera. Pero había aprendido a no permitir que sus preocupaciones interfirieran con la felicidad y la independencia de su hijo. Ver el placer de Kit, al poder montar a caballo, como cualquier niño sano de su edad, valió la pena cualquier inquietud que pudiera sentir.

—¡Miren! —Sophie señaló un carruaje que avanzaba por el camino entre dos hileras de tilos—. ¡Más compañía! Me pregunto quién puede ser.

Montó su poni hasta el borde del prado. Su hermana mayor, Phoebe, la siguió y levantó la mano para protegerse los ojos del sol.

—Es una dama. Creo que ella está sola. ¿Es... tía Leah?

El nombre golpeó a Hayden con fuerza en el pecho. Tuvo que apoyarse en el poni de Kit para no tambalearse. Eso no lo ayudó por mucho tiempo.

—¿Señorita Leah? —Kit agitó las riendas de su poni, empujándolo hacia la valla, al lado de Sophie y su hermana—. ¿Ha vuelto del extranjero? ¿Por qué no me lo dijiste, papá?

Hayden intentó inhalar una profunda bocanada de aire, pero la zona de aparcamiento de caballos, en Nethercross, parecía escasear en ese momento.

—Tal vez haya algún error —advirtió a Kit, mientras seguía al niño—. Puede que no sea ella en absoluto.

¿Estaba tratando de proteger al niño de la decepción... o a sí mismo?

—¡Es ella! —insistió Phoebe—. Reconozco su sombrero. Es el mismo que llevaba la última vez que vino a vernos, justo antes de irse al extranjero.

—¡Tía Leah! —Sophie la llamó y saludó, con la mano, mientras la dama bajaba de su carruaje—. ¡Bienvenida a casa! ¡Nunca adivinarás quién ha venido a visitarnos!

Cuando la dama se acercó, Hayden rápidamente se alisó el cabello hacia atrás y deseó desesperadamente haberse puesto un abrigo más nuevo.

—Estoy segura que no lo adivinaré. —El tono familiar de la voz de Leah le hizo imposible seguir negando su identidad—. Apenas las reconozco, niñas. Ambas han crecido a un ritmo absolutamente escandaloso, desde la última vez que las vi.

—¿Me reconoce, señorita Leah? —Kit parecía ansioso que no lo hiciera.

Leah fingió parecer desconcertada.

—Hay algo bastante familiar en ti, joven. Me recuerdas a un niño muy querido que conozco, pero no es tan grande ni tan robusto como tú. Y es seguro que no sabía montar a caballo.

—Es solo un poni. —Kit se rió, sabiendo que su antigua institutriz no lo había olvidado—. Y sabes que yo soy ese niño. ¡Solo estás bromeando!

—En parte —admitió Leah, extendiendo la mano por encima de la valla para tomar su mano—. Es cierto que apenas puedo creer cómo has crecido.

Hasta ese momento, Hayden podría haber sido invisible, a pesar de toda la atención que la mirada de él le había prestado. Pero ahora la de Leah se dirigió hacia él. ¿Vislumbró una profundidad de vulnerabilidad debajo de su habitual muestra de buen humor? ¿O solo estaba viendo lo que deseaba? Podría haber muchas razones por las que había venido a visitar Nethercross, ninguna de las cuales tenía nada que ver con él.

—¿Has venido a casa para quedarte? —le preguntó Kit—. ¿O solo has venido de visita por un tiempo, antes de volver a viajar?

Aunque Hayden deseaba saber la respuesta tanto como su hijo, lo reprochó amablemente.

—No debes ser tan entrometido, Kit. Los... Los planes de la señorita Shaw son asunto privado de ella.

—Pero, quiero saber —insistió Kit y luego dirigió sus siguientes palabras a Leah—. No me gustó cuando te fuiste la última vez, pero papá dijo que si realmente te amamos, deberíamos estar felices que estuvieras haciendo lo que te hacía feliz. Lo intenté, pero te extrañé mucho y papá también. Así que espero que puedas estar feliz de volver a casa.

Antes que Hayden pudiera reunir un aliento para protestar, al niño se le ocurrió una idea aún mejor:

—¡O tal vez podrías llevarnos a viajar contigo!

Cuando Leah respondió, no fue al niño sino a su padre:

—¿Dijiste eso?

Hayden asintió tímidamente.

—Espero que hayas sido feliz en tus viajes. Tus cartas a Kit, ciertamente, lo hicieron sonar así. Fue muy amable de tu parte escribirle.

Phoebe, que sea bendecida, pareció reconocer la necesidad que Hayden tuviera un momento privado con Leah.

—Sophie y Kit, ¿por qué no le muestran a tía Leah lo bien que saben montar?

Hasta ahora, Hayden había insistido en conducir el poni, cuando Kit lo montaba, pero Phoebe añadió:

—Todo estará bien, Su Excelencia. Prometo permanecer cerca de él.

Hayden le dedicó a la niña una sonrisa agradecida, apenas ensombrecida por la preocupación.

—Gracias cariño. Tengo plena confianza en ti.

Mientras los tres jóvenes corredores se alejaban a paso cuidadoso, Hayden se acercó a la valla:

—Kit estará bien. —Leah lo tranquilizó—. Entonces, leíste mis cartas, ¿cierto?

—Las leímos juntos. Fue una buena práctica para él. —Eso era todo lo que Hayden pretendía decir, pero siguieron más palabras, a pesar de sus esfuerzos por contenerlas—. Después que Kit se cansó de leer la última carta, una y otra vez, las seguí leyendo hasta que el papel casi se desmoronó.

Se dio unas palmaditas en la pechera de su abrigo, sobre el bolsillo interior.

—Aún tengo la última aquí. Está hecha jirones.

¿Se burlaría de su desamor? A Hayden no le importaba.

—Hubo ocasiones en las que habría dado cualquier cosa por tener una carta tuya para leerla, una y otra vez. —Una nota melancólica en la voz de Leah le dio más esperanzas de las que se había permitido desde que ella se fue.

—¡Ustedes no están mirando! —Kit los llamó, lo que provocó que Leah y su padre saludaran y exclamaran sobre su habilidad con la equitación y la de Sophie.

Eso pareció satisfacer al niño, que dirigió su atención a las niñas.

Leah bajó la voz para que solo Hayden la oyera.

—Ustedes dos se las han arreglado admirablemente sin mí. Parece que Kit no me necesita tanto como pensabas.

Parecía complacida y orgullosa de su autosuficiencia, aunque de algún modo desamparada.

Su mano enguantada descansaba sobre la barandilla superior de la valla del prado. Hayden la cubrió con la suya.

—Puede que Kit no te necesite, pero yo sí, ¡más que nunca! Mis sentimientos por ti no han cambiado en tu ausencia, excepto para volverse más profundos. A riesgo de ser grosero, debo repetir la pregunta de mi hijo: ¿has venido a casa para quedarte?

—Eso depende... —Su mirada se fijó en la de él, dándole a Hayden la sensación que por fin había regresado a casa, después de una larga y solitaria estancia—. Si es demasiado tarde para reconsiderar tu propuesta.

—¡Nunca! —Hayden pasó la mano por encima de la valla, agarró a Leah por debajo de los brazos y la llevó al prado con él—. Nunca será demasiado tarde para eso, si quieres aceptarla.

Leah soltó un grito de sorpresa que se convirtió inmediatamente en una risa alegre.

Le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él, como si nunca quisiera soltarlo.

—¡Acepto, con todo mi corazón!

Epílogo

Somerset, Inglaterra

Julio 1818.

Transcurrieron casi dos años, después del día en que Leah entró por primera vez en la Renforth Abbey. Ella esperó con sus queridas amigas de la escuela, en la entrada de los claustros, de camino a la capilla.

—Estoy muy feliz de tener otra boda en nuestro grupo. —Marian ajustó el velo de Leah por última vez, antes de la ceremonia—. Nos brinda a todas una oportunidad muy bienvenida de reunirnos con nuestras familias.

—¡Gracias a todas por venir a compartir mi día especial! —Leah abrazó a cada una de ellas: Rebecca, Marian, Grace y Hannah, agradecida por la preciosa bendición de su amistad—. Me hubiera gustado que Evangeline hubiera estado aquí para completar nuestro círculo, pero sé lo ocupada que debe estar con los planes para la nueva escuela. ¿Te dije que Hayden insiste en hacer una gran contribución al fondo de donación?

—¡Esa es una excelente noticia! —Hannah abrazó a Leah con más fuerza—. Cuanto mayor sea la dotación, mejor escuela podremos construir para reemplazar a esa horrible institución de Pendergast. Evangeline está ansiosa por empezar, pero no se atreve a dejar su puesto actual hasta que encuentre a alguien capaz de ocupar su lugar.

—No es de extrañar que le haya tomado tanto tiempo. —Rebecca soltó una risita y sacudió la cabeza—. Esos no serán zapatos fáciles de llenar. Me pregunto qué pensará su empleador cuando Evangeline contrate a su reemplazo. Debes admitir que eso es bastante presuntuoso, incluso para nuestra intrépida lideresa.

—No estoy segura que ella tenga la intención de contratar a una nueva institutriz para los hijos del señor Chase —le confió Hannah, quien siguió hablando—, tanto como encontrarle una esposa al caballero.

Eso hizo que las cinco hablaran a la vez, hasta que la hijastra de Grace, Charlotte, abrió la puerta de los claustros.

—¿Ustedes van a venir, o no? El pobre Lord Northam parece terriblemente ansioso de que lo dejen en el altar.

Después de la forma en que se había escapado hacía un año, Leah no podía culparlo.

—No debemos hacerlo esperar más. —Hizo un gesto a sus amigas para que se fueran y se reunieran con sus familias en la capilla—. Ya retrasé esta boda una vez. No tengo intención de volver a hacerlo.

—Estoy bastante sorprendida de que estés haciendo esto. —Rebecca le guiñó un ojo—. Si yo fuera una jugadora, habría apostado que Leah Shaw nunca renunciaría voluntariamente a su preciosa libertad.

A Leah no le importaron las bromas bondadosas de su amiga, porque sabía que ella habría hecho lo mismo, si sus lugares estuvieran al revés. Aún así, no podía dejar que la burla quedara sin respuesta.

—Pero, no voy a renunciar a mi libertad, ¿lo sabes? Solo desde que llegué a Renforth Abbey encontré la verdadera libertad de mis miedos y del pasado. Ahora, soy libre de amar a Hayden, como se merece, y de tener una vida feliz con él.

—¡Bien dicho, querida! —Grace se secó una lágrima del rabillo del ojo—. Creo que todas

podemos hacernos eco de ese sentimiento.

Las demás intercambiaron asentimientos y sonrisas, en señal de consentimiento, mientras Charlotte las llevaba a toda prisa a la capilla.

Después de darles a sus amigas un momento para tomar sus lugares en la capilla, Leah la siguió. La luz del sol de la mañana entraba a raudales por las ventanas de la cara sur de los claustros, haciendo que la mampostería del interior brillara como el oro. El perfume de las rosas de Renforth Abbey envolvió a Leah, mientras se deslizaba por el antiguo sendero entre macetas de flores, que se alineaban en ambas paredes.

Le recordaron la noche en que Hayden le había dado el maravilloso regalo de la primavera en pleno invierno. Aunque podría haber momentos fríos y oscuros en los años venideros, confiaba en que su amor los llevaría a la primavera nuevamente.

La capilla estaba decorada con más flores, y bañada por una luz de colores suaves, que entraba por la gran vidriera, detrás del biombo ornamentadamente tallado.

Al otro lado de la puerta de la capilla, Kit estaba sentado, esperando en su silla de ruedas con su tutor detrás. Le sonrió a Leah, cuando ella entró y le tendió la mano, en la que él colocó la suya. Cuando un arpista y un flautista comenzaron a tocar un aire pastoral, el tutor de Kit empujó su silla por el pasillo, mientras Leah caminaba a su lado, sosteniendo la mano del niño.

En algún lugar de la congregación, Leah sabía que la hermana de Hayden estaba sentada, observando con desaprobación, mal disimulada, cómo el duque se casaba con la ex institutriz de su hijo. Esperaba que Lady Althea se sintiera diferente, una vez que viera lo felices que eran juntos.

Cuando llegaron al frente de la capilla, Leah se agachó para darle un beso en la mejilla a Kit, antes de ocupar su lugar junto a su padre.

El vicario abrió su libro de oraciones para comenzar la ceremonia que los uniría. Hayden se inclinó hacia Leah y le susurró:

—Espero que no estés demasiado nerviosa por casarte por fin, mi amor.

—Tengo algunas mariposas revoloteando dentro de mí —confesó Leah con una sonrisa—. Sin embargo, no son por aprensión sino por emoción.

—¿Así que no tienes ningún reparo en sentar cabeza? —La tierna devoción que irradiaba de sus ojos le aseguró que cancelaría toda la boda en un instante, si ella estuviera en lo más mínimo insegura.

—No lo considero como sentar cabeza. —Ella tomó su mano y se la llevó a los labios, para diversión de los invitados a la boda—. ¡Creo que hacer una nueva vida contigo será la aventura más emocionante que jamás pueda emprender!

* * * * *

Palabras finales de la autora

Estimado(a) lector(a),

Esta historia tiene un significado único para mí porque, al igual que su héroe, soy pariente de niños con necesidades especiales. Y, como su heroína, una vez enseñé a niños con necesidades especiales. Cada día, con la ayuda de Dios, busco el equilibrio adecuado entre el instinto de protección y la necesidad de promover la independencia.

Hayden Latimer, duque de Northam, ha dedicado su vida al cuidado de su hijo, postrado en cama. Los sentimientos de culpa y la amarga experiencia de la pérdida lo obligan a proteger al niño, a cualquier precio. La hermana de Hayden contrata a la enérgica institutriz Leah Shaw para enseñarle al niño, y animar a su padre a que le permita disfrutar de más libertades.

El duque y la institutriz aprenden lecciones difíciles, pero valiosas, el uno de la otra y viceversa. Sin embargo, cuando sus corazones se conmueven, deben liberarse de las cargas de sus pasados turbulentos para poder ser libres de encontrar el amor.

Deborah Hale.